

LIBRARY OF CONGRESS.

[SMITHSONIAN DEPOSIT.]

Chap. BX 1801

Shelf 112.97

UNITED STATES OF AMERICA.



Contestacion Doctrinal

DE

D. VALENTIN ORTIGOSA,

OBISPO ELECTO DE MÁLAGA,

Gobernador y Vicario Capítular

de su Diócesis,

A LAS CENSURAS JUDICIALES DE LOS CALIFICADORES

DE SEVILLA SOBRE LAS DOCTRINAS DENUNCIADAS POR EL CABILDO
ECLESIASTICO DE AQUELLA CIUDAD.

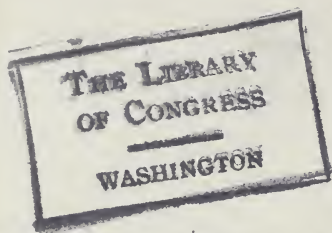


Sevilla.

Imprenta de D. Joaquín Roselló.

1840.





BX 1801
⑨7

Handwritten text in the upper right corner. "BX 1801" is written above a circled number "97".

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Agotados todos los medios que la prudencia y el deseo de la paz me sugirieron para declinar la incompetente jurisdiccion del Tribunal monstruoso, que ilegal y esclusivamente para mi creó el Sr. D. Nicolás Maestre, Gobernador de esta Diócesis, y evitar la degradacion, á que pretendía sugetarme con sus irregulares procedimientos contenciosos, tan agenos de un juicio de doctrina, como impropios de la jurisdiccion puramente gubernativa de dicho Gobernador, me ví en la forzosa necesidad de recurrir al Tribunal Civil Superior del Territorio, que me dispensó su proteccion contra los procedimientos de aquel, estando todavía pendiente de resolucion del Gobierno el cumplimiento de la Providencia de esta Audiencia.

Mas no se crea por esto, que ha sido mi animo retardar, ni eludir este juicio de doctrina. Jamás ha sido ni podido ser este mi intento; porque mi fé y creencia es la misma, que la de nuestra Santa Madre Iglesia, á la que someto y en todo tiempo he sometido mis doctrinas. Siempre he estado dispuesto, como repetidas veces tengo dicho y publicado, á dar razon á todo fiel Cristiano de mi fé y doctrina, y cuantas esplicaciones se creyesen necesarias, no solamente por los medios legales, y prescritos por los Cánones, sino aun fraternal, amistosa y espontáneamente, como ahora lo hago. Este y no otro fué el objeto de mi venida á esta Ciudad de Sevilla, en cumplimiento y obediencia debida á la Real Orden que así lo disponía. Pero desgraciadamente en las personas que tomaron á su cargo la instruccion y decision de este juicio de doctrina, no encontré la buena y discreta disposicion, que me había prometido. Sus procedimientos, referidos en el *Exámen* de ellos, que anteriormente publiqué, y en el *Informe* del Sr. D. José María Jayme, Magistrado de esta Audiencia, al Tribunal Supremo de Justicia, son una prueba evidente de aquella verdad; siendo ciertamente de sentir, que se haya dado tan desacertado giro y tal complicacion á un negocio, que ya fraternalmente y sin estrépito forense, ó ya por los sencillos trámites canónicos y legales era de tan fácil terminacion.

Aun el mismo Gobierno de S. M. notando el ilegal modo de proceder, que en este asunto se observaba, recomendó al Gobernador de esta Diócesis,

de la manera mas espresiva, como en su dia haré ver documentalmenté, la observancia de los preceptos evangélicos, repetidos en los Cánones y en nuestras leyes, recordándole las ventajas que podría producir una previa conferencia fraterna, cual dispone la ley de Partida, y cual yo anticipadamente habia procurado. Mas todo fué en vano: todas las indicaciones fueron desestimadas: y aun se me cerró enteramente la puerta para hacerlas, negándose el Gobernador, que habia principiado á entenderse conmigo por medio de oficios, á recibir uno mio, en que le hacia presente, para que lo rectificase, el equivocado giro que comenzaba á dar al negocio, llegando hasta el extremo tiránico de prohibir al Notario, que me admitiese respuesta alguna al tiempo de hacerme las notificaciones. Tan perseverante negativa, aun á las poderosas y prudentes insinuaciones del Gobierno de S. M. dá bastante fundamento para pensar, que lo que se intentaba no era la legal prosecucion y la pronta y pacífica terminacion de este juicio, promovido como hipócritamente se afectaba, por un supuesto celo de religion; ni era esto lo que en realidad se deseaba; sino que habia otro designio, habia otras miras que llenar, habia un interés en que este negocio se complicase y se prolongase indefinidamente, con el objeto de acechar una favorable y provechosa coyuntura para la realizacion de pensamientos, que harto se vislumbran; pero que aquí no es conveniente determinar.

Menos es cierto, que el Sr. Gobernador hubiera deseado, como se ha querido suponer, verse libre de la odiosa necesidad de promover y conocer de este juicio; pues que lo contrario está demostrado con solo leer su primera esposicion al Gobierno de S. M., pintándose con los mas negros colores, haciendo recaer sobre mí, con tan notoria falsedad, como solapado designio, las increíbles sospechas de perturbador del orden público, y de agitador de las mismas disensiones políticas, que mis vengativos enemigos inventaban y suscitaban malignamente para hacerme odioso á las Autoridades, y solicitando por fin con ahinco y astucia, su auxilio para mi separacion del Gobierno de la Diócesis, y mi comparecencia ante él, con el objeto de incoar un juicio y un proceso, sin haber ningun mérito para ello, sino solamente tomando ocasion de una simple y anticanonica denuncia de mis declarados enemigos los Canónigos de Málaga, que por su calidad aun la misma Inquisicion la hubiera despreciado. Resalta igualmente la falsedad de aquella suposicion, con solo observar al mismo tiempo, que la calificacion de mis escritos se ha hecho, como se verá, ejerciendo la mayor coaccion y violencia sobre los Calificadores; y con solo ver la injusticia con que voluntariamente me ha tratado despues en todos sus procedimientos el mismo Gobernador, saliéndose de la línea canónica y legal para humillarme, para mortificarme, y aun lo que es mas cruel y apenas concebible, para privarme de todos los medios de defensa. ¡Y cuando espontáneamente se procede con tanta falta de justicia y equidad se quiere aparentar sentimiento por verse en la supuesta precision de conocer de causa tan odiosa y comprometida!

No es ahora oportuno hacerme cargo, con la estension que merece, de la citada insidiosa esposicion del Gobernador; otro dia se evidenciará documentalmenté la falsedad, la calumnia y el veneno con que se escribió, y se hará patente con la publicacion de los oficios de las mismas Autoridades, á quienes se pretendió hacerme sospechoso, para deshacerse de mí, en ocasion de hallarse Málaga en estado de sitio, que todo fué manioobra, pretesto y maqui-

nacion para cohonestar los Canónigos sus pérfidos designios de venganza, y para llenar este Gobernador sus disimuladas miras. Pero nadie que conozca y compare la vida de aquellos y este con la mía en todas las vicisitudes políticas, se dejará sorprender por el miserable recurso de atribuirme pensamientos de perturbacion y sedicion, precisamente en los momentos mismos, en que con motivo de las elecciones de Diputados y Senadores, empleaba toda mi influencia, tanto por persuasiones privadas, como por exortaciones públicas, que todo el mundo conoce, para alejar del Clero toda nota de instigador de la discordia, y enseñándole una prudente regla de conducta Sacerdotal al mismo tiempo que política, de que yo le daba un marcado ejemplo, contribuir así á acreditar y afirmar un sistema de gobierno, del que ciertamente nadie los creerá muy devotos, así como nadie me negará una constante y siempre consecuente adhesion.

Por fin, habiendo llegado á mis manos unos estensos apuntes de las censuras, que se impusieron á mis escritos denunciados, aprovecho la oportunidad, que se me presenta, de contestar á ellas, satisfaciendo así los vivos deseos, que me animaban, de dar estas esplicaciones. Por esta mi contestacion verá todo el mundo, con cuánta prevencion y parcialidad se ha hecho la calificación; y cómo los Calificadores han contribuido con increíble ligereza y debilidad por lo menos, á favorecer las miras de los que me han suscitado y prolongado esta injusta persecucion.

Para poder formar el debido juicio de esta contestacion, es indispensable tener á la vista los escritos denunciados y censurados; y habiéndose concluido la primera edicion, que hice de ellos, y de otros que les acompañaban con sus notas, he creido oportuno reimprimirlos, colocándolos por apéndice al fin de esta contestacion.

En otra oportunidad, y cuando se haya acabado un mas estenso trabajo histórico sobre todo este negocio, se publicarán tambien otros documentos desconocidos, sumamente curiosos é importantes; entre los que los aficionados á las ciencias eclesiásticas y jurídicas hallarán algunos, que les serán de mucho aprecio é interés, al mismo tiempo que son de grande honor para la Iglesia de España.

INDICE.

ADVERTENCIA PRELIMINAR.	Pág..	1.
INTRODUCCION.	Pág..	7.
CONSIDERANDO 6.º=Punto 1.º= La Potestad de jurisdiccion fué conferida igualmente por Jesucristo mismo á todos los Apóstoles, y no á S. Pedro <i>solo</i> como se pretende en la censura, pág.. . . .		17.
Punto 2.º= El Papa no es el <i>único</i> Vicario de Jesucristo, como afirma el Cabildo de Málaga, y defienden mis Calificadores, pág.. . . .		52.
Punto 3.º= En qué consiste el Primado de San Pedro, y derechos divinos que corresponden á esta Prerogativa, pág.. . . .		59.
CONSIDERANDO 7.º=Punto 4.º= La Santa Sede Apostólica no es el origen de la Dignidad de los Prelados Eclesiásticos, ni su Potestad de jurisdiccion está sujeta al arbitrio del Papa, como suponen mis Calificadores, pág.. . . .		53.
CONSIDERANDO 8.º=Punto 5.º= La Monarquía Universal de los Papas, segun pretende la escuela ultramontana y mis Calificadores, es inadmisibile, pág.. . . .		65.
CONSIDERANDO 9.º=Punto 6.º= De la esclusiva jurisdiccion que mis Calificadores atribuyen al Romano Pontífice, y su Soberana Potestad legislativa, pág.. . . .		87.
CONSIDERANDO 10.º=Punto 7.º= Derechos divinos del Episcopado, pág.. . . .		122.
CONSIDERANDO 11.º=Punto 8.º= La Potestad de las llaves fué dada por Jesucristo á la Iglesia en propiedad: á San Pedro y demas Apóstoles, como Ministros, para su ejercicio, pág.. . . .		141.
CONSIDERANDO 12.º=Punto 9.º= El Papa y la Iglesia no son una misma cosa, pág.. . . .		149.
CONSIDERANDO 13.º=Punto 10.º= De la jurisdiccion que ejerce la Iglesia en la parte exterior y temporal de la disciplina eclesiástica por concesion de los Príncipes, pág.. . . .		155.
CONTESTACION á la censura, que por separado dán mis Calificadores á un oficio, que dirigí al Cabildo de Málaga, acerca de la Potestad y Dignidad de los Obispos electos, pág.. . . .		167.

CONTESTACION al voto particular, que añadieron á las anteriores censuras tres Calificadores, pág.	171.
Censura al Considerando 9.º, pág.	173.
Censura al Considerando 8.º, pág.	186.
Censura al Considerando 13, pág.	189.
Censura al oficio de 2 de Febrero al Cabildo de Málaga, pág.	191.
Contestacion á la Censura final, pág.	202.
CONCLUSION , pág.	205.
PROVIDENCIA ejecutoriada del Tribunal Eclesiástico de Málaga, declarando nulos los votos de D. Francisco de Paula Fernandez, pág.	213.
APENDICE. = Carta de despedida á los Venerables Señores Curas y Sacerdotes y á todos los fieles de la Diócesis de Málaga, pág.	215.
Documento núm. 1.º=Providencia denunciada por la que quedó espedito D. Francisco de Paula Fernandez para contraher matrimonio, pág.	222.
Documento núm. 2.º=Oficio al Cabildo de Málaga sobre el nombramiento de Secretario, pág. . . .	227.
Documento núm. 3.º=Oficio denunciado, dirigido al Cabildo de Málaga, acerca de la Potestad y Dignidad de los Obispos electos, pág.	231.
NOTA final acerca de la obra anunciada por D. Manuel de Jesus Carmona, con el título de <i>Exámen critico-teológico-canónico de los escritos publicados por D. Valentin Ortigosa, Obispo electo de Málaga</i> , pág. . . .	241.

INTRODUCCION.

No hay cosa que se practique mas generalmente entre los hombres, que la censura de las palabras, de las obras y de los escritos de los demas. Tampoco la hay que se haga con tanta frecuencia sin remordimiento; ni que parezca mas fácil al amor propio, á la envidia, á la ignorancia ó á la vana mediocridad; y tambien muchas veces á la malignidad.

Por desgracia, la denuncia del Cabildo de Málaga, y la censura judicial, que de mis escritos han hecho los Calificadores de Sevilla (1), son en parte una triste y evidente prueba de aquella verdad. El espíritu de venganza del Cabildo, cubierto con un falso celo, los denunció como heréticos y cismáticos. Los Calificadores en su mayoría, aunque rebajaron la parte mas odiosa de la denuncia, no habiendo encontrado las supuestas heregías, ni el cisma, le impusieron, no obstante, á la totalidad y en globo, censuras, sino tan fuertes, por lo ménos tan injustas, como injuriosas y mortificantes á un hombre, que cual yo, ha profesado y profesa la fé purísima de la Reli-

(1) Los Calificadores nombrados por el Sr. Gobernador de la Diócesis D. Nicolas Maestre Tous de Monsalve, son los siguientes.—Dr. D. Diego José Marquez, Canónigo Magistral de la Sta. Iglesia Patriarcal.—Dr. D. Juan Bautista Maestre, Canónigo Magistral de la Colegial del Salvador.—Dr. D. José Ramon Vazquez, Cura de S. Vicente.—Dr. D. Francisco de Paula Ruiz y Marron, Cura de S. Isidoro.—Dr. D. José Ramirez Cruzado, Cura de S. Andres.—Dr. D. Manuel de Castilla, Cura de la Magdalena.—Dr. D. José Govea, ex-Provincial de Agustinos Calzados.—Licdo. D. José Clemente Mateos, Cura del Sagrario.—Licdo. D. Antonio Lucena, Cura de S. Lorenzo.—D. Manuel Ortega y Serrano, Cura de Sta. Catalina.—D. José Gil, ex-lector de Teología de Franciscos observantes.—Dr. D. José de Soto, Capellan Párroco del Seminario de S. Telmo.

Es de advertir que el Sr. D. José Ramon Vazquez, no firmó la censura por hallarse enfermo, y lo hizo en su nombre D. José Gil, por encargo de aquel, segun este manifestó.

Tambien hay que notar, que los Sres. D. José Clemente Mateos, D. Manuel Ortega y Serrano, y D. José de Soto, conformándose con el dictámen de censura, presentaron ademas un voto particular.

gion Católica, y conserva ademas por conviccion el espíritu de unidad y de verdad de nuestra Santa Madre Iglesia.

Los testimonios públicos, y uno especialmente insigne, que he dado en época muy crítica para la Iglesia, y ha resonado en toda la Cristiandad, acerca del cual conservo aun muchos documentos, particularmente de Prelados nacionales y extranjeros, tanto de Europa, como de América, que envaneecerían á mis adversarios, debieron haberme puesto á cubierto de la ligereza, por no decir mas, con que han sido calificadas mis doctrinas; y tambien debieron haber obligado á mis apasionados Censores, á que, si estas en su ánimo preocupado no merecian indulgencia, por lo ménos hubiesen tratado mis intenciones con mas caridad. Pero se olvidaron totalmente de ella mis Calificadores, cuando al mismo tiempo que protestan su celo sacerdotal, su amor á la pureza de la fé, su imparcialidad y espíritu de Religion, atentaron gratuitamente á la mia, é invadieron el vedado terreno de las intenciones, anunciando desde luego, y calificando la mia de dañada, aunque con un frívolo correctivo, euando dicen, que *mis doctrinas están mezcladas y confundidas, tal vez al propósito y de intento, con verdades, opiniones y falsedades.*

Olvidados así de la caridad, aunque ufanos sin ella de mas religiosos que yo, engañados y engreídos, quizá con la funesta ventaja de haber venido á ser ellos los tristes instrumentos de esta gran prueba á que me ha sugetado Dios, tampoco manifestaron aquel celo discreto y segun ciencia, que exige S. Pablo; pues han ignorado de todo punto (y sino peor para ellos, porque no las han seguido) las reglas sapientisimas establecidas por Benedicto XIV para la censura de eseritos denunciados. Con presencia y ciencia de ellas, tal vez alguno, los mas, ó todos los Calificadores, habrían tenido mayor circunspeccion en el desempeño de tan delicado encargo, y aun fortaleza para haberse resistido respetuosamente á censurar mis escritos: mas se contentaron como por cumplimiento con palabras de modestia, y pasaron á las obras. El modo como lo han hecho admira, sino es que indigna sobremanera: sin el debido exámen de mis doctrinas, ó *examinadas del modo que les ha sido posible*, como dicen los Calificadores en su voto particular, sin discusion, sin detenimiento, en una sola rapida lectura á lo mas, en un solo acto de coaccion, como después se verá; así se ha firmado por los Calificadores este delicadísimo dictámen de censura, cuya dificultad han ponderado en su exordio ser tan superior á sus fuerzas. No son disculpables de todo error; pues que ya manifestaron desde un principio la grave y fundamental duda acerca de la legítima competencia del mismo Gobernador Eclesiástico, que los nombró; ni en su propia conciencia se hallarán exentos de otra nota ménos favorable, cuando por evitar la desconfianza y enojo de aquel en la prosecucion del negocio, tuvieron que dirigirle, por medio de una

Comision, la mas inoportuna, degradante y significativa protesta de la ortodoxia de su fé. Tampoco honra mucho el nombre de estos Sres. Calificadores, Catedráticos los mas de la Universidad de Sevilla, un dictámen de censura, que no puede apreciarse bastante bien, sin la penosísima mortificación de leer un pesado é indigesto farrago de doctrinas triviales, y muchas pesimamente aplicadas, capaz de poner á prueba de tortura la mas heróica paciencia.

Mas todavia deseo restringir aquellas espresiones generales, por que no quisiera que se estendiesen á la totalidad de hombres respetables. Hay fundado motivo para creer, que tales obligadas censuras se han hecho aisladamente por una persona sola de una Comision, y que se firmaron por todos, sin darles lugar para conferenciar, discutir, rectificar, ni enmendar: así es, que en la censura al Considerando 9.º se habla en primera persona, *Concluyo diciendo etc.*, y en la del Considerando 15. *Citaré tres etc.* Este language con otras noticias confidenciales y protestas, que por conductos veridicos se me han dirigido, dá bastante fundamento para pensar, que una sorpresa y otras causas han hecho comprometer conciencias, convicciones y nombres honorables, á quienes desearia poder evitar toda espresion de mortificación, y que ván inculpablemente envueltos por mí en la generalidad, por la necesidad de mi defensa.

El apego interesado en muchos por varios respetos, y en otros por preocupaciones de Escuela, ácia un sistema exagerado, que se hizo esclusivo en otro tiempo, nacido en la ignorancia de una época infeliz para la Iglesia, que se estendió y sostuvo por el gran poder é influencia de la Corte Romana, que no pierde ocasion de hacer esfuerzos para rejuvenecerlo y conservarlo, es acaso el movíl secreto, y sin ser sentido de muchos, de semejantes censuras, que son el resorte, que como un ardid de guerra se pone en juego por algunos, para intimidar á los débiles é ignorantes, y entretener así la amenazante ruina de ese nuevo dogma de la Monarquía absoluta y universal de los Papas, con sus seductoras y mundanas consecuencias. Para ello se desnaturalizan, se promiscuan nombres y títulos de diversas acepciones y sentidos, y se adultera con ellos la verdadera idea de la esencia del Primado divino, que con sus derechos inherentes de honor y jurisdiccion reconocemos todos los Católicos en el Sumo Pontífice. Tambien á esta verdad divina se procuran mañosamente unir y asociar otras irregulares y exorbitantes pretensiones de aquella Curia, que disimuladamente suele confundirse y apellidarse *Santa Sede*, para que bajo tan sagrado manto y á su sombra pasen como igualmente dogmaticas estas, ó por lo ménos como sus próximas consecuencias. A este fin se emplean los mas ingeniosos sofismas, se usan los mas sutiles equivocós, se tergiversan conceptos, se truncan espresiones, se intrusan apócrifos textos, y se hacen con el escolasticismo disputador

inconcebibles conatos de todo género, para rehacerse de la derrota, y ver si finalmente, á favor de ciertas circunstancias, se puede con la constancia y el tiempo lograr algun nuevo triunfo para aquella desacreditada Escuela de exagerado ultramontanismo, que reprueban los mas sabios y moderados de entre sus Doctores.

Todo el que está algun tanto instruido en la historia, sabe las ingeniosas artes, con que evitó su total ruina en el Concilio de Trento: y sin esperanza ya en muchos tiempos de otro, en el que, con la estension y superioridad de luces difundidas por la invencion de la imprenta en la multiplicacion de actas originales y obras de los Stos. Padres, se declare como dogma el origen divino de la jurisdiccion de los Obispos, conferida inmediatamente por Jesucristo mismo, y no por el Papa, trabajan entretanto sin cesar algunos Doctores de aquella Escuela, por alargar indefinidamente el plazo del arreglo de los limites en el ejercicio de la Potestad Primacial y Episcopal, segun los Canones, y las necesidades de la Iglesia universal.

Estoy firmemente persuadido, y liago la debida justicia, protestando, que no creo mala fé en los que se adhieren y defienden estas pretensiones exorbitantes, que llamamos comunmente ultramontanas. Los libros elementales, con que generalmente se principian los estudios en nuestros Colegios y Universidades; el corto numero de los que se dedican sin prevenciones anticipadas á profundizar las materias Eclesiásticas desde el origen de la Iglesia; el miedo á la persecucion y á tantas prohibiciones y censuras, como hormiguan contra todo libro y doctrina desagradable á los intereses de la Corte Romana, y en las que aquellos Curiales no son escasos, disponiendo á su voluntad de los rayos del Vaticano para intimidar; todo esto, y otras muy graves causas, que por respeto y prudencia no debo referir, influyen en la generalidad de los que estudian, para contentarse en sus conocimientos con la mas triste mediocridad, y quedar asi parasitos en la cobardia, timidez y pusilanimidad de espíritu el mas intolerante y perjudicial.

¿Cual es la suerte que debe esperar un escrito, y aun la persona que lo escribe, cuando su fatal desgracia le haga caer bajo el juicio de tales preocupados Censores? El escrito, sino está conforme con las doctrinas ú opiniones intolerantes de su Escuela, es censurado con las calificaciones mas arbitrarias é injustas; y hasta este punto, si solo lo hiciesen doctrinalmente, de algun modo serian disculpables, mas no lo son á ley de hombres de bien y de caridad, cuando al hacerlo judicialmente, solo por no convenir con sus ideas, aunque controvertibles; salva la fé, ó por censurar con ligereza, y sin el debido estudio y comprension, presentan al escritor sospechoso de mala intencion, y tachado, como lo he sido yo con muy notable injuria, de que *mis doctrinas estan mezcladas y confundidas, tal vez al proposito y de intento, con verdades, opiniones y falsedades.*

Mas antes de contestar á las censuras judiciales, debo anticipar reflexiones importantes que no tuvieron presentes mis Calificadores. Hablaré particularmente de la Providencia, acerca de la habilitacion del ex-frayle Fernandez para contraher matrimonio, la cual ha sido el objeto principal de la denuncia y de tales censuras.

Una Providencia gubernativa no es una disertacion academica, en la que se desenvuelven con estension las ideas, se presenta el estado de la cuestion, la tesis que se defiende, las pruebas que se alegan, y los argumentos que se combaten. En una Providencia de gobierno es imposible, y sería ridículo descender á estos pormenores; y en honor de la verdad, como en ella misma lo protesto, debo repetir, que con enojo me ví obligado á formular los Considerandos por las particulares circunstancias del negocio, el escandalo causado por la publicidad del desacertado informe del Cabildo de Málaga, y el error subversivo en que fué inducido mi Antecesor en el Gobierno de la Diócesis, anulando con quebrantamiento notorio de nuestras leyes, por una Providencia gubernativa, una sentencia judicial ejecutoriada. Así es, que no sé porqué mis Calificadores han echado de ménos en mi Providencia un mayor desembolvimiento de ideas; siendo de admirar, que esa para ellos aparente obscuridad, léjos de haberlos contenido, les haya llevado con poca piedad, en la gratuita duda de mis intenciones, en materia de tanta gravedad, á buscar en mis palabras sentidos controvertibles unos; otros que me han supuesto y atribuido, añadiendo palabras que yo no he dicho; y otros desnaturalizando, y tergiversando el concepto natural de mis espresiones, para emplear indistintamente contra todos, y á cargo mio, sus mas amargas censuras.

Mis Calificadores, con el afan de encontrar que censurar, no observaron, que la parte espositiva de mi Providencia se refiere esplicitamente á combatir las doctrinas escolásticas del Cabildo de Málaga, como *inadmisibles, intolerables, y de consecuencias tan perjudiciales en el gobierno practico de la Iglesia, como lo han sido al presente.* (Apéndice, documento n.º 1.º Considerando 15.) Es decir, que mi Providencia en la resolucion de un tan grave Expediente, no debió ser mirada por aquellos tan aisladamente, como si solo fuese una disertacion de Academia, á la que libremente se pueden poner censuras doctrinales; sino con intima relacion al negocio que yo iba á resolver. En él, ademas de las reglas comunes legales, con las que estaba de acuerdo mi conviccion, habia en mi conciencia, y en el deber imperioso de mi Ministerio Pastoral, la obligacion de ejercer un acto de suma y urgente caridad, y de rigurosa justicia restableciendo en su fuerza y vigor las leyes civiles y disposiciones canónicas. Yo tenia que sacar sobre mis hombros una oveja caída en el abismo, y librar á una familia entera con toda su posteridad de una nota de infamia, á la que por las reglas comunes de una doctrina escolástica, y

de pura opinion, la condenaban con infraccion de las leyes el Cabildo informante y el Gobernador seducido: yo tenia que evitar sin lugar á la demora, que prosiguiese una escandalosa y encarnizada discordia, é impedir á todo trance, que por su consecuencia se consumase un atentado muy criminal, de que yo solo era sabedor. Y esta es la diferencia de un Pastor mercenario é indolente, respecto de otro á quien le duelen sus ovejas: aquel por no molestarse, ni padecer, duerme en la cabaña, las deja que anden solas, y las que caen, que yazcan caidas en los precipicios; este sufre, padece y lleva hasta la nota de temerario por los esfuerzos de su caridad.

Si yo no hubiera tenido precision, segun el estado crítico del negocio, de satisfacer á los demas fieles, no habria dictado los Considerandos en la Providencia. La resolucion sola y aislada hubiera bastado para restituir su vigor á la sentencia ejecutoriada; pero consideré, y era necesario, para evitar la oposicion y remover obstáculos á su mas espedita ejecucion, ilustrar las conciencias de los que habian de cooperar á ella, contraponiendo á las mezquinas escolásticas doctrinas del Cabildo, que condenan, otras mas generosas, y mas conformes con el espíritu de caridad de la Iglesia de Jesucristo, que salvan. Las doctrinas del Cabildo podrán ser admisibles y tolerables en las Aulas; sus teorías y máximas de gobierno Eclesiástico, segun su sistema, serán tan buenas como se las quieran figurar sus patronos; mas en el *gobierno practico de la Iglesia*, en el negocio preciso que resolvió mi Predecesor, y yo mandé ejecutar, á no ser y pasar por un indigno y cobarde Pastor, incapaz de arrojados intrépidos de caridad, son inadmisibles é intolerables. La Iglesia podrá juzgar el acto: yo lo someto gustoso y humilde á la equidad de su juicio en la parte de ejecucion que me ha cabido, con las doctrinas, que me han servido de fundamento; pero de mi conciencia pastoral en él, segun S. Cipriano, y de la pureza de mis intenciones, solo yo soy Juez, y Dios que me juzgará; no mis apasionados é injustos Calificadores. Mas no se pierda de vista que hasta ahora ninguno se ha atrevido á hacerme cargo alguno por este acto. Ni mis denunciadores en su denuncia, ni mis Calificadores en su censura me culpan ni acriminan por él; reconociendo así la justicia, la legalidad, y la sujecion á todas las disposiciones canónicas y legales, con que procedí al dictar aquella Providencia, relativa á la celebracion del matrimonio del ex-frayle D. Francisco de Paula Fernandez: no la censuran, ni su notoria legalidad lo permitia; y solamente se dirigen contra los fundamentos y doctrinas, en que la apoyé, y me vi precisado á emitir, para facilitar, como he dicho, la ejecucion de aquella Providencia, cuya justicia no han podido desconocer.

Todavía insisto ademas, en que son intolerables las doctrinas del Cabildo aplicadas al negocio en cuestion, por otro concepto que está bastante esplicito en mi Providencia. El juicio estaba fenecido: la sen-

tencia ejecutoriada de un Tribunal, sin ninguna reclamacion, habia cerrado enteramente la puerta á otro nuevo juicio; y mucho mas á una providencia gubernativa, que lo anulase en sus efectos ejecutivos, bajo pretextos tan frívolos, como los que proveen á la cavilosidad unas opiniones puramente escolásticas, cualquiera que sea el grado de probabilidad que pretendan atribuirles sus patronos. ¿Cómo sin un trastorno del orden público, y una subversion de todas nuestras leyes se pueden tolerar las doctrinas del Cabildo, en que se funda la Monarquía universal de los Papas, y su esclusiva jurisdiccion, para atentar á su sombra á la inviolabilidad legal de los juicios fenecidos? ¿Porqué, si es tan celosa aquella Corporacion como afectó, no hizo en tiempo oportuno, y ántes de ejecutoriarse la sentencia las reclamaciones que legalmente pudiera? Repito, que las doctrinas del Cabildo de Málaga son, como llevo espuesto, intolerables; y aunque haya disgustado este adjetivo á mis Calificadores, es mucho mas intolerable su aplicacion en el estado ejecutoriado que tenía ya el negocio.

En medio de la pena y fastidio que se vá sintiendo al leer tales censuras, tan sobrecargadas de inútiles, impertinentes y trivialísimos lugares comunes, se advierte, que mis Calificadores, mas que de otra cosa, se han ocupado de defender al Cabildo de Málaga, para disculparlo del atrevimiento de su hereticadora denuncia, tal cual es, absolutamente vaga é indeterminada, y presentar siquiera como tolerables y pasaderas, aunque solo sea en cierto limitado sentido, sus doctrinas, que yo habia notado en mi Providencia, como inadmisibles é intolerables unas, de equivocada esplicacion y aplicacion otras, y de exóticos algunos de sus asertos. Despues de hacer esta defensa á su modo, para dejar algun tanto bien puesto el pabellon de su Escuela ultramontana, y marear no en valde el oficio de Censores; despues que han probado la paciencia del lector, y lo han asustado con Martin Lutero, Wicel, Zuinglio, Marco Antonio de Dominis, Febronio, Wanspeen, Marsilio de Padua, Cestari, y con el nombre aterrador de Richerismo, mudan de tono, y cambiando el papel de defensores del Cabildo en el de Calificadores judiciales míos, concluyen descargando sus censuras contra mi Providencia. ¿Y de que manera? Indeterminadamente, de un modo vago, como lo reconocieron algunos de los mismos Calificadores en su voto particular, del que tambien me ocuparé, sin designar una proposicion literal censurable, que pueda ser objeto preciso de mi defensa ó esplicacion, ni del juicio del Tribunal para la correccion, ó para la absolucion.

Hablando generalmente, y sin ánimo de ofender, es casi imposible confiar del todo en la sinceridad, buena fé, imparcialidad, ni caridad de Calificadores judiciales, que censuran con notas columniosas é injuriosas los escritos de un autor, por proposiciones, que no están referidas en sus propios términos; pues que hasta de derecho natural

es, no hacer á nadie responsable de lo que no ha dicho, ó de lo que por ignorancia, cavilosidad, ilusion ó malevolencia se le ha imputado y substituido á sus palabras, ó de las intenciones que infundada y siniestramente se le han supuesto y atribuido. Cumpliendo con su deber estaban obligados, tratándose de una Calificación judicial, á presentar literalmente la proposicion censurable, y á su lado, ó la condenacion que de ella como Cismatica haya hecho la Iglesia, ó la definicion dogmática, con que la misma haya declarado artículo de fé la proposicion contradictoria de aquella. Léjos de esto, mis Calificadores, considerando *en globo* mi Providencia, segun la arbitraria interpretacion, que á su placer se han permitido, añadiendo palabras que no son mías, con lo que varian el natural y verdadero sentido, cometiendo á cada paso contradicciones, diciendo y desdiciéndose, sin seguridad en lo que dicen, y añadiendo lo que yo no digo; *lo calificamos*, concluyen, *en su totalidad de falso, injurioso, depresivo de los derechos y prerogativas del Romano Pontífice, ofensivo al Episcopado Español, despreciativo de las Bulas dogmaticas, y que reproduce y esparce doctrinas reprobadas y condenadas ya por la Iglesia.* A usanza del Santo Oficio, no habrian hecho mas, ni de otro modo, y quizá no tanto los Calificadores Inquisitoriales. De esta suerte queda el denunciado lleno de confusiones, devanándose inútilmente la cabeza, para atinar cuales serán los puntos precisos, á que debe dirigir su defensa, ni á que cargos el Juez ha de contraher su juicio. En esta imposibilidad, me veré obligado á estenderme en las contestaciones mas de lo que quisiera: y anuncio desde luego, que estando tan opuesto en doctrinas controvertibles y sistema con mis Calificadores, mi contestacion no dejará de darles materia para nuevas y mas graves censuras, si, como para las presentes, no tienen mas equidad y mas tolerancia con las que yo, salva la fé profeso, porque las creo en mi conviccion y conciencia verdaderas, aunque á ellos les parezcan y las censuren arbitrariamente de erroneas y falsas.

Tambien tengo que hacer á mis Calificadores una advertencia, para que desde luego nos entendamos. No admito el lenguaje equívoco, ambiguo, ó mejor diré de promiscuacion, que ellos han usado, y suele usar la Escuela ultramontana, cuando dicen, que está reprobado y condenado por la Iglesia todo lo que se reprueba y condena gratuitamente por algun Prelado particular, ó por una Congregacion en Roma y se supone despues hecho con toda la autoridad decisiva del Papa: y aunque el Cabildo de Málaga afirme, apoyado en el dicho de S. Francisco de Sales, *que el Papa y la Iglesia son una misma cosa*, y mis Calificadores defiendan esta identidad como pasable, yo en el caso presente no la puedo aprobar, ni admitir. El uso de una expresion verdadera en cierto concepto alegorico, ó dicha en sentido encomiástico, y que como tal ha sido proferida por aquel Santo, se hace inadmisibile,

desde que se convierte en un abuso tan perjudicial y de tan inmensa trascendencia.

No puedo menos de dirigir dos palabras á la conciencia religiosa de mis denunciadores y Calificadores. Cuando bajo pretexto de Religión y Santa Iglesia, sin preceder la necesaria monición Canónica, hicieron aquellos la denuncia, y estos dieron sus censuras judiciales, hechas de la manera que se han hecho, y sobre las que con tanta precipitación, sin el debido exámen y detenimiento estamparon sus firmas, ¿no tuvieron presentes los graves escándalos y peligros, que de su ligereza se iban á seguir á la Iglesia y al Estado? ¿No advirtieron la diferencia que habia, entre una censura judicial, que tantos daños y conflictos habia de acarrear, y una censura puramente doctrinal? ¿No previeron las consecuencias funestas de calificar judicialmente con notas infamantes, opiniones y doctrinas controvertibles en las Escuelas? ¿No conocieron los gravísimos é insubsanables perjuicios que iban á causar á mi reputacion y buen nombre, las vejaciones á que me esponian, y las amarguras que sobre mi alma iban á derramar sin un sólido fundamento? ¿Podrán tranquilizar su conciencia, y hallarla segura y sin mancha delante de Dios, no habiéndome con anticipacion pedido fraternalmente una esplicacion, si era cierta su duda y caritativo su celo, en lugar de haberme imputado palabras que yo no he dicho, é intenciones que no he tenido, haciéndome por consecuencia de ellas sufrir tanto, y entregándome á tanto padecer? Mas la Providencia divina ha dispuesto, que una reunion de hombres ilustres, mas sabios, mas imparciales, mas religiosos, y mas caritativos, que mis denunciadores y Calificadores, me haya indemnizado una gran parte de mis disgustos y pesares. La Academia de Ciencias Eclesiásticas de S. Isidro de Madrid, compuesta de sabios y respetables Prelados, Arzobispos y Obispos, Teólogos y Canonistas insignes, ha declarado solemnemente por unanimidad en una sesion pública, en medio de un concurso numeroso, *injusta y no merecida la calificacion del Cabildo de Málaga, y una gran parte de ilustres Académicos han hecho suyas las opiniones manifestadas en sus escritos, (los míos) las que se están defendiendo por medio de brillantes disertaciones en los dias, en que la Academia celebra sus sesiones.* (1)

En vista de todo, yo espero para en adelante, que mis denunciadores y Calificadores, con mas equidad en su juicio, con mas caridad conmigo, con mas detenido y ménos apasionado exámen de doctrinas controvertibles, con mas profundo discernimiento de la aplicacion que

(1) Véase mas estensamente el documento de la nota 11 y última de mi *Exámen del procedimiento ilegal del Gobernador del Arzobispado de Sevilla &c.*

yo he hecho de las mías, con mas exactitud y ménos ligereza en sus censuras, me harán la justicia, que tan gratuitamente me han negado, y se apresurarán, por un deber de conciencia delante de Dios á satisfacer tanto agravio, y reparar tantos escándalos.

Mas siendo imposible seguir testualmente las censuras de mis Calificadores, en las que se han desviado muy notablemente del encargo judicial que se les ha cometido, convirtiendo en disertaciones Academicas el exámen de mis doctrinas, y estendiéndose á otra multitud de materias ajenas del mismo encargo, sentando por su parte nuevas proposiciones, con las que no estoy conforme, y cuya minuciosa contestacion haría interminable y mas complicado este trabajo, he creido que convenia reducirla á las cuestiones principales, que comprende todo el contenido de dichas censuras.

CONSIDERANDO 6.º (1)

PUNTO 1.º

La Potestad de Jurisdiccion fué conferida igualmente por Jesucristo mismo á todos los Apóstoles, y no á S. Pedro solo, como se pretende en la Censura.

Mis Calificadores comenzaron su dictámen de censura por este Considerando 6.º de mi Providencia, porque omitimos, dicen, como fuera de nuestro proposito, y como que no nos pertenecen las doctrinas que se contienen en los primeros números,..... pues todo lo que ellos contienen, dice orden y se refiere á puntos contenciosos y jurídicos.

No es fuera del mio comenzar á observar con motivo de esta omision, cuanto se han separado mis Calificadores desde el principio, de las reglas establecidas para desempeñar con discrecion y acierto tan delicado encargo. Asi tambien comenzará desde luego á aparecer la injusticia que han hecho con tanta ligereza á la rectitud y santidad de mis intenciones, injusticia infinitamente mayor y mas dolorosa para mí, que la que pudiera resultar de cualquiera nota impuesta con mas ó ménos fundamento, con error ó sin él, á mis doctrinas. Yo las creo de buena fé verdaderas y ortodoxas, aunque no las hayan creído tales mis enemigos y sus defensores, juzgándolas precipitada y apasionadamente, y presentándolas para ello con los arbitrarios y violentos sentidos, que gratuitamente se han permitido.

El corto preambulo, que lice preceder á los Considerandos de mi Providencia, anuncia desde luego, que voy á resolver un negocio muy delicado y de graves y trascendentales consecuencias. ¿Porqué mis Calificadores se desentienden de este primordial punto de partida, y del fin á que vá á referirse la doctrina de mis Considerandos? ¿Es por ventura un tratado de doctrina especulativa el que yo he escrito y ellos van á censurar? No: son *muy ligeras indicaciones*, como digo literalmente, que presupongo, para que mas fácilmente me abran el camino á la ejecucion de la resolucion de un negocio gravísimo. ¿Pues porqué estas ligeras indicaciones no han de ser examinadas con relacion al negocio mismo, á sus peculiares circunstancias, y á su misma gravedad? Esta es la regia espresa, á que han faltado mis Calificadores. Y aunque ella no estaviese, como está, escrita y mandada, to-

(1) Véase el Apéndice, Documento núm. 1.º

davía la caridad, la equidad natural, la justicia, el celo puro de Religión, de que, habiendo faltado á la primera, blasonan mis Calificadores, y hasta la generosidad de nobles y caballerosos enemigos, debieron haberlos detenido, para no proceder con tanta ligereza y desacuerdo, tachando judiciamente, no solo mis doctrinas controvertibles, salva la fé, y apenas presentadas en muy ligeras indicaciones, sino tambien propasándose á atacar mis intenciones y propositos.

En dicho preambulo, del que con los cinco Considerandos primeros no han creído oportuno ocuparse mis Calificadores, y es precisamente la salvaguardia de mis intenciones tan siniestramente interpretadas por ellos, hablo de los errores y equivocaciones, en que habia incurrido el Cabildo, tanto contra la divina autoridad de los Obispos, como contra las Regalias de la Corona y leyes vigentes del Reino, en el informe con que indujo en error á mi inmediato Antecesor, con resultados legales y de conciencia muy funestos. Era por tanto del deber de mis Calificadores, para dar la natural y verdadera inteligencia á mi doctrina, ó á las ligeras indicaciones de ella, que contienen los Considerandos censurados, haber tomado en cuenta, con relacion al negocio mismo en este caso dado, qué especie de Autoridad divina era la que yo vindicaba y atribuía á los Obispos, para su aplicacion en la urgencia del conflicto, en que se habia hallado mi Predecesor, y qué Prerogativas de la Corona, qué leyes vigentes decía yo que autorizaban el ejercicio, no solo de la autoridad espiritual, sino tambien de la temporal concedida á la Iglesia por la bondad de los Príncipes, de que habia necesitado el negocio en resolucion. Todo habia sido escandalosamente atacado por el Cabildo de Málaga y por mi inmediato Antecesor, á pretexto de Bulas de imposible ejecucion, por la mayor de las imposibilidades, que es la falta de materia sobre que versan, y á la sombra de doctrinas, aunque controvertibles, ya del todo desacreditadas.

Así, mis Calificadores, por apasionados que fuesen á ellas, debieron, á ley de Jueces imparciales, no omitir ni desentenderse, como lo han hecho, de todas estas circunstancias con relacion y aplicacion al negocio mismo que se resolvía; sin perder tampoco de vista, que mediaba tambien, como allí lo espreso, mi conciencia Pastoral; parte muy esencial, y con preferencia atendible en esta clase de conflictos, especialmente cuando aquella está apoyada y en conformidad con la ley. Pero es visto, que de nada de esto se ocuparon, que para nada tomaron en cuenta tan esenciales antecedentes, y que su arrebatado celo por aparecer nimiamente religiosos, por no decir supersticiosos, los ha llevado al mal caso de ser jueces notoriamente injustos.

Hubieron de pensar sin duda mis Calificadores, que era punto de honor tomar la defensa del Cabildo de Málaga denunciador. Son bien evidentes las mutuas simpatias; y como no se les podia ocultar el temerario arrojio de la mal urdida denuncia, nada ménos que de here-

gía y cisma, y que por final del juicio era imposible, que no saliesen muy mal parados aquellos Canónigos, creyeron preciso, á costa mia, alargarles una mano amiga. Así es, que todo el empeño de los Calificadores en su dictámen de censura, es defender como pasables, como admisibles, como tolerables las doctrinas del Cabildo; y siendo necesario por lo ménos disculpar la denuncia y mantener el partido y la difrazada bandera, contribuyendo así, tal vez sin penetrar el objeto, á inutilizarme, y tenerme por tiempo indefinido bajo la mano pesada de sus parciales, censuraron mis doctrinas, sinó ya con las notas de heregía y cisma, con que habian sido denunciadas, con otras, aunque mas leves en su esencia, bastantes al fin propuesto.

El tal dictámen de censura es una coleccion de disertaciones academicas sobre varios puntos de doctrina controvertibles en las Escuelas; una polemica impertinente, sobre si el Papa puede llamarse Monarca universal en tal ó cual sentido; si S. Pedro fué el *único* Vicario de Jesucristo de tal ó cual modo, y no los demas Apóstoles; ó si lo son estos en la forma menguada y degradante que quieren mis denunciadores y Calificadores; si los Obispos son Obispos, ó son unos Magistrados amovibles puestos por el Papa; si los Príncipes temporales pueden ó no dar leyes sobre puntos de disciplina Eclesiástica externa temporal, y todo lo demas que en adelante se verá. ¿Y es esto para lo que fuéron nombrados Jueces de mi doctrina denunciada estos Sres. Calificadores?

A tres reducen los puntos que ván á tratar con vista de este Considerando 6.º „*Primero. Que la Potestad de Jurisdiccion fué dada inmediatamente por nuestro Salvador á S. Pedro. Segundo. Que por él y en él á sus Colegas en el Apostolado, Tercero. Es la misma que obtiene hoy su Sucesor, único Vicario de aquel Señor en la tierra.*”

Descartando de la presente cuestion la primera parte (que bien pudieron haber presentado con mas precision y sencillez), porque todos los Católicos reconocemos el dogma definido del Primado de S. Pedro y sus Sucesores, con todos los derechos esenciales anexos necesariamente á tan elevada Dignidad, por el bien de la Unidad; y no involucrando con esta verdad de fé pura y sencilla otras pretensiones, que se quieren hacer pasar bajo nombres y frases equívocas, como igualmente dogmaticas; pasemos á la segunda.

¿Recibió solo S. Pedro de Jesucristo *inmediatamente* la Potestad de jurisdiccion, la que se llama Potestad de las llaves, de un modo tan esclusivo, que no la recibieron *inmediatamente* del mismo modo é igualmente de Jesucristo mismo los demas Apóstoles, y los Obispos sus Sucesores? ¿O solo aquel la recibió *inmediatamente*, y por él ó *mediatamente*, esto es por medio de él, la recibieron sus Colegas en el Apostolado? Mis Calificadores con el Cabildo denunciador han pre-

sentado ya su opinion afirmativa: la mia es enteramente contraria. Y no habiendo aun definido la Iglesia este punto, cuya decision se eludió, despues de acalorados debates en el Concilio Tridentino, quedamos aquellos y yo en la libertad religiosa de controvertirlo. Esto lo advierto desde luego, para rechazar las censuras judiciales, que mis Calificadores injustamente pretenden imponer á mi opinion doctrinal sobre este punto.

Pero, pues que aquellos han entrado á esplanar los fundamentos de su doctrina, justo será que yo tambien presente los de la mia. Tengo la ventaja sobre mis adversarios, que ellos enseñan una doctrina, que no es la que se halla sencilla y literalmente en el Evangelio, ni en los Actos de los Apóstoles, ni en las Epistolas de S. Pedro y S. Pablo y demas libros Canónicos, ni en la Tradicion comunicada por los Stos. Padres y primeros Concilios, que son los fundamentos de la mia. Su doctrina no tiene origen divino: es nueva en la Iglesia de Dios, como afirma el Ilmo. Bossuet: se sostiene haciendo violencia al sentido natural de la Sagrada Escritura, interpretándola arbitrariamente para acomodarla á su modo al intento propuesto, y falseando la sencillez de las palabras de la verdad con ridículas distinciones y tergiversaciones del mas exagerado y anticuado Escolasticismo.

La falsas Decretales de Isidoro Mercador, creidas en un tiempo como verdaderas, fuéron el origen del trastorno de la disciplina en muchos puntos, de la confusion de derechos Primaciales, Patriarcales y Episcopales, de las usurpaciones graduales de la Corte Romana, y del espíritu de dominacion que se introdujo en el Gobierno de la Iglesia, haciéndolo estensivo aun al temporal de los Estados. Ellas formaron, con la autoridad que posteriormente se atribuyó al Decreto de Graciano, y á las demas Decretales de los Papas fundadas en él, una opinion mundana con color de divina, á favor de la ignorancia de tiempos ménos ilustrados; y habiéndose multiplicado de un modo intolerable ya los hechos de escandalosa usurpacion, no solo sobre los derechos temporales de los Reyes, sino tambien sobre la divina autoridad inmediata de los Obispos, degradados y convertidos en meros instrumentos de la ambicion Romana, llegó al fin aquel otro tiempo, en que haciéndose insoportable aquella doctrina, se pensó seriamente en indagar los respectivos títulos, y en buscar el primitivo derecho. De aquí los grandes debates en los Concilios de Constanza, Pisa, Basilea y Florencia; y de aquí la reñida controversia y eludida decision del gran punto cardinal de reforma en el Tridentino.

Los numerosos partidarios de la Corte de Roma, que se gozaban, y habian visto bajo los estandartes de su doctrina heróicos hechos de armas, pueblos subyugados, Naciones sometidas, Reyes destronados, Emperadores abatidos, Emperadores elevados, la espada espiritual en fin dominando á la espada temporal, ¿como era posible que cediesen

sin porfiadas luchas, y sin jugar todas armas, lo que habian conquistado y poseian ya con un título, que si de fuerza y ardides y todo mundano, se había elevado al fin á divino por la Bula dogmática de Bonifacio VIII? Tanta dominacion y tantas riquezas como refluián á la Corte de Roma por la invencion de tan provechosa doctrina, ¿no eran un estímulo irresistible á aquellos Cortesanos, para escogitar y ensayar este medio de imponer el nuevo dogma, nada ménos que *de necessitate salutis*, como se dice en aquella Bula?

Sometidos los Obispos de la Cristiandad á esa influencia y poder Romano, tanto en lo espiritual, como en lo temporal, no eran mas que unos agentes, unos instrumentos de accion de aquel colosal poder: y la cobardía, la negligencia, la ignorancia, el interes, y hasta el justo respeto religioso de los Obispos y del Clero en general ácia los Papas, todas estas causas concurrieron al establecimiento, propagacion y sostenimiento de esa doctrina tan antisocial, tan anticristiana, tan subversiva, y tan fecunda en sangre y dolorosas consecuencias. Unida intimamente á semejaute doctrina, procedente del mismo origen, y luchando siempre juntas, es la otra de la jurisdiccion *inmediata* de solo S. Pedro, y solo *mediata* ó *por él* á los demas Cólegas en el Apostolado, y á los Obispos sus Sucesores; esto es, la Monarquía absoluta universal en la Iglesia, ya que no ha podido ser tan duradero el título de Monarca universal de la tierra.

Combatido victoriosamente tan monstruoso poder, y amenazado de ruina total este sistema, era natural, que los que disfrutaban á nombre del Papa de las consecuencias dominatrices, y de los demas goces y atractivos de aquella provechosa doctrina, saliesen á su defensa; y cada cual, segun las armas que podia manejar, tomó parte en el combate. Las Corporaciones religiosas, tanto Seculares como Regulares, para conservar y aumentar sus exenciones, privilegios, é independencia de su propio Obispo, y solo reconocer en Roma un lejano Gefe, han empeñado siempre en la lid los mas poderosos, sinó los mas cristianos medios; y aquella Corte habil y sagaz estimuló oportunamente y benefició en su provecho con tales auxiliares la omnipotente espada espiritual, que le sometió el mundo católico. Una cosa faltaba al complemento: reducir á un cuerpo de doctrina, para que fuese la base de la educacion general, ese sistema, que haciendo al Papa *el solo y exclusivo* dueño de las llaves del Reino de los Cielos, con las mismas se abriesen sus Cortesanos la puerta, para gozar la posesion de los Reinos de la tierra. Esta empresa la acometieron, como principales campeones, con mas ó ménos ingeniosa destreza, aunque con religiosa intencion, los Cardenales Cayetano, Belarmino, Baronio, Aguirre, Rocaberti y otros, tras los que ha seguido una multitud de Doctores de todas categorias, hasta el último y no ménos exagerado el Ilmo. Devoti.

Los escándalos que dieron, y las derrotas que sufrieron los primeros que pusieron en práctica la anticristiana y antisocial doctrina, obligaron á los segundos á modificar sus principios; pero sin renunciar á aquellas consecuencias: y por un cambio de voces escolásticas convirtieron el poder *directo* de la Monarquía temporal universal, en otro que llamaron *indirecto*, siendo realmente iguales uno y otro en sus efectos y resultados. Pero en cuanto á la Monarquía llamada despues por ellos á designio, *espiritual*, se atrincheraron con muy largas miras en el nuevo dogma creado por los mismos, de la omnimoda y exclusiva jurisdiccion sobre la Iglesia, conferida *inmediatamente* por Jesucristo al Papa, y solo *mediatamente* ó *por él*, á los demas Obispos. Esta es la historia abreviada del nacimiento, progreso, derrotas y modificacion de esta doctrina de la Monarquía universal de los Papas, que absorbió y confundió el origen inmediatamente divino de la Jurisdiccion de los Apóstoles y de los Obispos sus Sucesores.

A pesar de tantos conatos, impotentes ya en esta época, no hay mas que leer con simplicidad de corazon el Evangelio, y allí se hallará literal y muy claramente establecida la verdad. Una misma fué la promesa de futuro, que hizo Jesucristo á S. Pedro respecto á la Potestad de las llaves para ligar y desatar, que la que hizo de futuro tambien á los demas Apóstoles. *Tc daré, dijo á S. Pedro, las llaves del Reino de los Cielos, y todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado en los Cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado en los Cielos.* (1) Con las mismas palabras se dirigió Jesucristo á todos los demas Apóstoles incluso S. Pedro, cuando les dijo: *Cuanto ligareis sobre la tierra, será tambien ligado en el Cielo, y cuanto desatareis sobre la tierra, será tambien desatado en el Cielo.* (2) Por estas palabras entienden los Stos. Padres la Potestad de las llaves, lo mismo que por las que anteriormente habian sido dirigidas á S. Pedro. (3) La promesa es enteramente igual, y no puede ser mas clara. Veamos si hay alguna variacion al tiempo de su cumplimiento; y si Jesucristo hizo en el acto de la entrega de las llaves alguna distincion, alguna diferencia, ó indicó ni aun lejanamente alguna

(1) Tibi dabo claves regni coelorum, et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in Coelis, et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in Coelis. Math. c. 16.

(2) Amen dico vobis, quæcumque alligaveritis super terram, erunt ligata et in coelo, et quæcumque solveritis super terram, erunt soluta et in coelo. Math. c. 18.

(3) Hilar. de Trin. lib. 6.º n. 53. = Ambros. in Psal. 58. = Cipr. de unit. Eccl. = Origen. in Matheum tom. 12 n. 11. = Hieron. lib. 1.º adv. Jovin. = August. Sermon. 149 et 295. = Gaud. Orat. 16. in die ord. suæ.

desigualdad. *Id por todo el mundo*, les dice Jesucristo á todos despues de su resurreccion, *predicad el Evangelio á toda criatura. Así como me envió mi Padre, así os envío yo. Recibid el Espíritu Santo: á quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados, y á quienes los retuviereis, les serán retenidos. Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos* (1).

Pregunto á mis adversarios denunciadores y Calificadores, ¿qué persona intermedia hubo aquí entre Jesucristo que hablaba inmediatamente con todos sus Apóstoles, y estos mismos, á quienes en este acto preciso comunicó el Espíritu Santo y les confirió su Potestad y jurisdiccion? ¿Hay en este coloquio divino alguna indicacion la mas remota, de que por medio de S. Pedro se daba á sus demás Colegas en el Apostolado la Potestad de las llaves? No: ¿pues de donde han sacado los Doctores de la Escuela ultramontana esa transmision inmediata de jurisdiccion á solo S. Pedro, y mediata ó por él á los demas Apostoles y sus Sucesores? De su imaginacion, de su voluntariedad, de su vana ilusion, del prurito de alterar con sutilezas los mas sencillos y literales textos de la Sagrada Escritura, porque así viene bien á su sistema. En este dia de la gran mision fué, cuando se cumplieron las promesas hechas á Pedro, como á los demas Apóstoles, y se dieron á todos las llaves del Reino de los Cielos, hasta á Tomás que estaba ausente (2), en la misma forma, de la misma manera, con la misma igualdad, sin distincion, sin diferencia, ni en la sustancia, ni en el modo: nada, nada de mediate, nada por él, nada por Pedro; sino por Jesucristo solo, que habló inmediatamente con todos. *Euntes in mundum universum prædicate Evangelium omni Creaturæ. Sicut misit me Pater, et ego mitto vos. Accipite Spiritum Sanctum: quorum remiseritis peccata remittantur eis, et quorum retinueritis, retenta sunt. Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem sæculi.*

¿Porqué con tanto hablar y escribir los Doctores de la nueva Escuela no citan un testo esplicito de la Sagrada Escritura, claro como los referidos, literal, sin mezcla de interpretaciones y distinciones, de alegorias místicas ó espresiones encomiasticas, ni de comparaciones de arbitraria y acomodaticia aplicacion, que puesto en prevencia de los citados textos oscurezca lo mas minimo, ó haga dudosa la verdad sencilla y divina que contienen estos? Señalen uno siquiera, en que se espresé literalmente, que Jesucristo se valió de S. Pedro para conferir por su medio la mas pequeña facultad á los demas Apóstoles. No lo citarán, porque no lo hay. En su lugar se echan á buscar por los espacios imaginarios interpretaciones metaforicas, á presumir sentidos que realmente no existen sino en su fantasia, y á inventar frases con-

(1) S. Juan. c. 20.—S. Marc. c. 16.

(2) S. Ciril. Alex. lib. 12. in Joan. v. 22 y 23.

fusas, equivocas, elasticas y ambiguas, como las de *mediate*, *por él* y *en él*, con cuyo juego de voces todavia pretenden, aunque esterilmente, sostener ese ultimo baluarte de su Escuela.

Yo bien sé, que en el language de algunos Santos Padres y Doctores, ciertos textos de la Sagrada Escritura, que hablan de S. Pedro, se hallan interpretados y esplicados en un sentido metaforico, en cuyo unico concepto, y como en figura y representacion puede entenderse la espresion de que *en él*, esto es en S. Pedro, recibieron los demas Apóstoles y la Iglesia la promesa de la Potestad de las llaves, llamándole por lo mismo origen, raiz, ó como dice Gerson principio fontal de ella, porque S. Pedro fué el primero á quien se hizo la promesa, á consecuencia de la confesion de la divinidad de Jesucristo, que pronunció en nombre de todos, sobre cuya confesion, como piedra eterna é inmutable sería edificada su Iglesia. Pero desde que se abusa de este sentido figurado, como lo hacen frecuentemente los ultramontanos, para darle una aplicacion literal, esclusivamente personal á S. Pedro y sus Sucesores, en lo no relativo al Primado, ya no puede admitirse, y mucho ménos cuando asocian este sentido á un otro ménos tolerable por absolutamente desnudo de sólido fundamento, y que esplican con la espresion de *por él*; con lo que quieren decir, que *por medio* de S. Pedro, y no *inmediatamente* por Jesucristo, se comunicó á los demas Apóstoles la divina Potestad de las llaves para ligar y desatar, al mismo tiempo que la de enseñar y predicar.

Yo admito todos los títulos y nombres honoríficos, con que se realce la altísima Dignidad del Primado divino de S. Pedro, y sus Sucesores con todos los derechos que corresponden á tan elevada Autoridad; pero fuera de esta singular Prerogativa, rechazo el sentido *esclusivo*, que se pretende dar á aquellas palabras, aplicando á S. Pedro solo, y no á los demas Apóstoles, la *inmediata* concesion divina de la Potestad de las llaves; y por consiguiente, resisto las consecuencias *esclusivas*, que de aquel arbitrario sentido sacan mis denunciadores y Calificadores, con degradacion del Apostolado y del Episcopado.

Esta Potestad divina, conferida inmediatamente por Jesucristo, á los demas Apóstoles segun la letra del Evangelio, es la misma en que suceden con igual plenitud los Obispos, los cuales la transmiten por la Ordenacion á otros Sucesores suyos hasta la consumacion de los siglos. Omito por demasiado sabida la diferencia entre los dones extraordinarios personales de los Apóstoles y las facultades peculiares del Apostolado, y las ordinarias, comunes á aquellos y á los Obispos sus Sucesores. De estas hablo. S. Pablo ordenó á Tito, y Tito ordenó otros Obispos en varias Ciudades, segun se lo habia mandado el mismo S. Pablo (1), sin que S. Pedro, ni *mediate* ni *por él* haya intervenido

(1) Epis. ad Tit. c. 1.º

en la Ordenacion de Tito, ni en la de los Ordenados por Tito.

La sencilla esposicion de esta verdad se encuentra en toda la Tradicion; y no hay uno entre todos los Stos. Padres, que haya pensado en interpretar las palabras del Evangelio, *sicut misit me Pater etc. Quaecumque ligaveritis super terram etc.*; *Quorum remiseritis peccata etc.*, con la rara ocurrencia del *mediate* ó por él, y las demas impertinentes sutilezas, que en los siglos del Peripato inventó la imaginacion de los Escolásticos. Todos por el contrario reconocen simple y literalmente el origen *inmediatamente* divino de la Potestad Episcopal en los Apóstoles y sus Sucesores, *igual á la* de S. Pedro, conferida por Jesucristo, tanto á este como á aquellos, en un mismo acto y de la misma manera, sin ninguna distincion. Seria interminable si hubiera de referir tantas autoridades, que pueden verse largamente en los Espositores de los textos Evangelicos citados. Indicaré no obstante algunas.

S. Cipriano dice: *Loquitur Dominus ad Petrum... Tibi dabo claves regni cælorum etc.... Et quamvis Apostolis omnibus post resurrectionem suam parem potestatem tribuat, et dicat: Sicut misit me Pater et ego mitto vos; accipite Spiritum Sanctum; si cui remiseritis peccata remittentur illi; si cui tenueritis, tenebuntur, tamen ut unitatem manifestaret, unam Cathedram constituit, et unitatis ejusdem originem ab uno incipientem sua auctoritate disposuit. Hoc erant utique et cæteri Apostoli, quod fuit Petrus, pari consortio præditi et honoris et potestatis, sed exordium ab unitate proficiscitur. Primatus Petro datur ut una Christi Ecclesia et Cathedra una monstretur. Et Pastores sunt omnes, sed grex unus ostenditur, qui ab Apostolis omnibus unanimi consensione pascatur.* (1) S. Ambrosio: *Quod Petro dicitur, cæteris Apostolis dicitur: Tibi dabo claves regni cælorum.* (2) S. Agustín: *Numquid istas claves Petrus accepit, et Paulus non accepit? Petrus accepit, et Joannes et Jacobus non accepit, et cæteri Apostoli? Aut non sunt istæ in Ecclesia claves, ubi quotidie peccata dimittuntur? Has claves non homo unus, sed unitas accepit Ecclesie.* Y en otra parte: *Quamvis Petro soli dictum sit; Tibi dabo claves, omnibus tamen Apostolis concessæ sunt. Quando? Cum dixit: Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis. Etenim, cum dixit, Dabo, futurum tempus signat; hoc est. post resurrectionem.* (5) El Venerable Beda: *Quocumque ligaveritis &c. Hæc*

(1) S. Cipr. de unit. Eccl. edit. Pamellii. Parisiis. 1616. Es de advertir; que en muchos manuscritos antiguos, y en las ediciones mas generalmente usadas no se hallan las palabras: *unam Cathedram constituit;... Primatus Petro datur.... et Cathedra una.*

(2) S. Ambros. in Psalm. 38.—(3) S. August. Serm. 149 et 295.

Potestas sine dubio cunctis datur Apostolis, quibus ab eo post resurrectionem dicitur generaliter: Accipite Spiritum Sanctum: Quorum remiseritis peccata &c. (1)

Por lo dicho se vendrá en conocimiento, aun por el mas preocupado, si camina de buena fé, de la arbitrariedad, con que mis adversarios, fuera del sentido literal de la Sagrada Escritura, y de la sencilla interpretacion de los Santos Padres, pretenden atribuir á solo S. Pedro la inmediata concesion de las llaves; y se dará el verdadero valor al invento escolastico de la espresion; por él á los demas Apóstoles y sus Sucesores, introducida con el designio, que ya se ha insinuado, y se irá mas adelante desenvolviendo.

Pero esclaman los defensores de aquella doctrina, diciendo: si por estas palabras; *sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*, y por las otras; *te daré las llaves del Reino de los Cielos*, no se ha dado á solo S. Pedro el singular privilegio de la jurisdiccion inmediata ¿porqué á él es á quien las dirige Jesucristo? Los Stos. Padres les responden con mucha precision y claridad. S. Agustin dice: *Quædam dicuntur, quæ ad Apostolum Petrum propriè pertinere videantur, nec tamen habent illustrem intellectum, nisi cum referuntur ad Ecclesiam, ejus ille agnoscitur in figura gestasse personam, propter Prîmatum, quem in discipulis habuit; sicuti est: Tibi dabo claves regni cælorum, et si qua hujusmodi. (2)* El mismo en otra parte: *Cum omnes essent interrogati, solus Petrus respondit; Tu es Christus Filius Dei vivi; et ei dicitur, Tibi dabo claves regni cælorum &c. tanquam ligandi atque solvendi solus acceperit potestatem, cum et illud unus pro omnibus dixerit, et hoc cum omnibus, tanquam personam gerens ipsius unitatis, acceperit. Ideo unus pro omnibus, quia unitas est in omnibus. (3)* S. Cipriano: *Petrus tamen, super quem ædificata ab eodem Domino fuerat Ecclesia, unus pro omnibus loquens, et Ecclesiæ voce respondens, ait: Domine ad quem ibimus; verba vite æternæ habes, et nos credimus et cognovimus quoniam tu es Filius Dei vivi. (4)* Y en otro lugar: *Ut unitatem manifestaret, unam Cathedram constituit, et unitatis ejusdem originem ab uno incipientem sua auctoritate disposuit. Hoc erant utique et cæteri Apostoli: quod fuit Petrus, pari consortio præditi et honoris et potestatis: sed exordium ab unitate proficiscitur. Primatus Petro*

(1) Beda sup. Mat. cap. 16.

(2) S. August. in Psal. 108.

(3) S. August. Tract. 118. in Joan.

(4) S. Cip. Epist. 55. ad Corneli. de Fortunato et Felicissimo.

datur, ut una Christi Ecclesia, et Cathedra una monstretur. (1) S. Paciano: *Ad Petrum loquutus est Dominus; ad unum, ideo ut unitatem fundaret ex uno; mox id ipsum in commune præcipiens.* (2) S. Gerónimo: *At dicis: Super Petrum fundatur Ecclesia, licet id ipsum in alio loco super omnes Apostolos fiat, et cuncti claves regni cælorum accipiant, et ex æquo super illos fortitudo Ecclesie solidetur; tamen propterea inter duodecim unus eligitur, ut capite constituto schismatis tollatur occasio,* (3). S. Optato Milevitano: *Bono unitatis Beatus Petrus et præferri omnibus (Apostolis) meruit, et claves regni cælorum communicandas cæteris, solus accepit.* (4) Necesito detenerme en la esposicion de esta autoridad de S. Optato.

Mis Calificadores presentan este testo, suprimiendo, como hacen regularmente los Doctores ultramontanos, una parte que es muy importante para conocer su verdadero y genuino sentido. La clausula suprimida es, *Bono unitatis*, como puede verse en la censura al Considerando 6.º: mas sin detenerme en esto, porque basta la indicacion para ser comprendido, voy á la parte del testo, que aquellos me presentan como concluyente y decisiva en favor de su doctrina de la jurisdiccion conferida por S. Pedro á los demas Apóstoles, y repiten en la censura al Considerando 7.º Este error es comun á toda la Escuela ultramontana; y muy recientemente otro Escritor ha alegado contra mí, como decisivo, el citado testo con la indicada supresion. Hallaron mis Calificadores en el *Tibi dabo*, de que hace mencion S. Optato, que S. Pedro solo habia recibido las llaves del Reino de los Cielos; y como vieron hacer parte de la última oracion el *communicandas cæteris*, esto es, que estas llaves debian ser comunicadas despues á los demas, interpretaron arbitrariamente, que no es Jesucristo, sino el mismo S. Pedro el que quedaba encargado de comunicar las llaves á los demas Apóstoles, y sus Sucesores.

Prescindiendo de que si tal fuese la opinion de S. Optato (que no lo es), no podria prevalecer ni sostenerse á vista de la letra de la Sagrada Escritura, ni del sentido que le han dado literalmente los Stos. Padres referidos, no hay contestacion mas propia y concluyente, que la que el mismo S. Optato dá en su libro 7.º, en donde espresa con toda claridad la verdadera, y no la supuesta inteligencia de aquellas palabras, *et claves regni cælorum communicandas cæteris*. ¿Por ventura, dice allí, á solo Pedro se dan las llaves del Reino de los Cielos, sin que ningun otro las reciba? Pues si este dicho de Jesucristo; te dará las llaves del Reino de los Cielos, es

(1) S. Cipr. de Unit. Ecc.—(2) S. Pacian. Epist. 3. ad Simp.—(3) S. Hier. lib. 1.º adv. Jovin. c. 14.—(4) Optat. Milev. lib. 1.º cont. Parm.

comun, ¿porqué al mismo tiempo todas las demas cosas que se han dicho antes y las que les siguen como dichas á Pedro, no han de ser comunes á todos? (1) Es claro pues, que S. Optato no quiso decir, que S. Pedro era el que habia de comunicar las llaves á los demas; sino Jesucristo, de quien es el dicho, comun á los demas Apóstoles, *Te daré las llaves del Reino de los Cielos*; y de esto infiere bien el Santo, que lo que antecede y se sigue á estas palabras de Jesucristo, dichas á todos en la persona de S. Pedro, tambien es comun á los demas Apóstoles; esto es: *sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y todo lo que ligares en la tierra, será ligado en el Cielo*; cuya promesa se repitió poco despues á los mismos, por aquellas palabras dirigidas á todos: *Quæcumque alligaveritis, etc.* (2), y á todos se cumplió indistintamente despues de la resurreccion, quando Jesucristo les dijo: *Accipite Spiritum Sanctum: Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis.* (3)

Aunque este punto no necesita de mas esclarecimiento, todavia, pues que este debilísimo baluarte gramatical se ha creído inespugnable por la Escuela, porque no ha sido bien analizado, y se apoyan tanto en él con repeticion mis Calificadores, voy á presentar una tan patente confirmacion de esta inteligencia, como que aparecerá S. Optato un mero relator de lo que casi materialmente, con casi identicas palabras habia dicho Orígenes, cuyos sentimientos en esta parte no ofrecen duda alguna. ¿Por ventura, dice, á solo Pedro se dan por el Señor las llaves del Reino de los Cielos, y ningun otro de los bienaventurados (Apóstoles) las recibirá? Porque, si es comun á estos el, *Te daré las llaves del Reino de los Cielos*, ¿cómo no han de ser comunes tambien á los mismos las palabras que preceden, y las que inmediatamente subsiguen, ó mas abajo se enlazan como dichas á S. Pedro? (4) Nótese aquí, que en ambos testos de S. Optato y Orígenes se sienta como una doctrina cierta é indisputable, que las llaves han sido entregadas por el *Tibi dabo*, no solo á Pedro, sino á los demas Apóstoles; y de este precedente, como reconocido unanimemente por todos, y solo puesto en

(1) An vero soli Petro dantur claves regni Cœlorum, nec alius quisquam eas accepturus? Quod si dictum, *Tibi dabo claves regni Cœlorum* commune est; cur non simul omnia et quæ dicta sunt et quæ sequuntur, velut ad Petrum dicta, sunt omnium communia? (S. Op. lib. 7.º)

(2) S. Math. c. 18.—(3) S. Joan. c. 20.

(4) An etiam soli Petro dantur á Domino claves regni Cœlorum, nec quisquam beatorum (Apostolorum) alius eas accipiet? Quod si et id aliis commune est, *Dabo tibi claves regni Cœlorum*; quomodo et non ea, quæ præcedunt communia sunt, et quæ subnectuntur, tamquam in Petrum dicta? (Orig. in Math. tom. 12. n. 11.)

cuestion á fuerza de sutilezas escolásticas desde el siglo 13., como dice Bossuet, sacan la consecuencia, de que así como á todos los Apóstoles fuéron dirigidas las palabras, *Tibi dabo etc.*, así fuéron tambien dichas á todos las que les anteceden y las que les siguen. Cotejese la letra de los dos testos, de S. Optato y Orígenes, sigase su sentido obvio y natural, véase lo que precede en el Evangelio al *Tibi dabo*, y lo que le sigue inmediatamente, y se advertirá, que uno y otro suponen, que así como el *Tibi dabo* dicho por Jesucristo á S. Pedro, se entiende dicho tambien á los demas Discípulos, porque preguntados todos, aquel respondió por todos; así tambien entienden que Jesucristo edificó igualmente su Iglesia sobre el fundamento de los Apóstoles, como sobre Pedro, que es lo que precede; ó como espican los Santos Padres, y especialmente S. Agustin, sobre esta piedra, sobre esta confesion de la divinidad de Jesucristo, que S. Pedro acababa de hacer en nombre de todos los Apóstoles; y que de la misma manera que á Pedro, comunicó á aquellos tambien la Potestad de ligar y desatar, que es lo que se sigue inmediatamente á las palabras de Jesucristo, *Tibi dabo*. Es evidente pues, que el participio pasivo *communicandas cæteris* de S. Optato, no admite la gratuita y erronea inteligencia, que se pretende, supliendo arbitrariamente el ablativo á *Pedro*, debiendo ser *communicandas á Christo*, que es aquí la única persona que puede y tiene que dar.

Toda esta larga y pesada esposicion demandaba el testo de S. Optato; porque explicado con estos pormenores por otro del mismo Santo, comparado con el de Orígenes, del que indudablemente lo tomó aquel, me persuado, que ya la Escuela ultramontana, y sus afiliados mis Calificadores, procediendo de buena fé, no volverán á presentarlo como el argumento inespugnable, que compendia toda la fuerza de su doctrina sobre la esclusiva concesion de la Potestad de las llaves, que dicen dada inmediatamente por Jesucristo á solo S. Pedro, para que este la comunicase á los demas Apóstoles, y sus Sucesores.

La disputa se puede terminar muy pronto en favor de mis Calificadores y su Escuela, con solo que presenten el testo del Evangelio, en que conste, ó que S. Pedro recibió la Potestad de las llaves, para comunicarla á los demas Apóstoles, ó el acto en que de hecho la comunicó. A falta de este documento decisivo, que si existiese, era tan facil haber presentado, se recurre á la defensa de las malas causas, escribir mucho y nunca probar nada. Al contrario los que defienden simplemente la verdad, la apoyan en el Evangelio, en el que consta el acto preciso de la comunicacion de esta Potestad igualmente á todos los Apóstoles por Jesucristo mismo, cuando les dijo; *Data est mihi omnis Potestas in cælo et in terra. Sicut missit me Pater, et ego mitto vos. Accipite Spiritum Sanctum.*

Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis. Ite in universum mundum. Prædicate Evangelium omni creaturæ. Docete omnes gentes, etc. Mas á S. Pedro en particular no se le dió por Jesucristo aquella Potestad para que la comunicase, ni repartiase entre los demas Apóstoles; ni de los libros Sagrados consta, que estos recibiesen de S. Pedro Potestad alguna.

Se confirma la doctrina que llevo espuesta, con cuanta claridad es posible apetecer, con la autoridad del célebre Cardenal Nicolas de Cusa. Sabemos, dice, que Pedro no ha recibido de Jesucristo mas Potestad que los demas Apóstoles; porque nada se ha dicho á Pedro, que tambien no se haya dicho á aquellos. Asi como se ha dicho á Pedro, Todo lo que ligareis &c.; así se ha dicho á los otros, todo lo que ligareis &c..... por tanto rectamente decimos, que todos los Apóstoles son iguales en Potestad con Pedro. (1) Asi es, dice S. Agustin, que al ausentarse el Esposo encomendó su Esposa, no á Pedro solamente ni principalmente, sino igualmente á todos los Apóstoles sus amigos. (2)

Y para que se vea rechazada, hasta con la materialidad de las palabras, la doctrina de mis Calificadores sobre la jurisdiccion mediata, oigamos al gran Teologo Domingo de Soto. Siendo una y otra plenissima Jurisdiccion de esencia del Ministerio Apostólico, todos recibieron de Jesucristo una y otra inmediatamente. (3) De hecho todos los Apóstoles, ademas de la Potestad de ligar y dezatar ejercieron la de juzgar, igualmente que S. Pedro, en el Concilio de Jerusalem. *Vissum est Spiritui Sancto, et nobis*, pronunció S. Pedro, como Primado y Presidente, despues de haber discutido y votado como Jueces los demas Apóstoles. De hecho usaron de la misma Potestad los Padres del octavo Concilio General en su sentenencia contra Focio, sin esperar el consentimiento del Papa. *Nos cum inobedientem et resistantem Sanctæ huic et universali Synodo repulimus, et anathematizamus per datam nobis Potestatem in Spiritu Sancto á Primo et Magno Pontifice nostro, Liberatore et Salvatore cunctorum.*

(1) Scimus quod Petrus nihil plus Potestatis á Cristo recepit aliis Apostolis; nihil enim dictum est ad Petrum, quod etiam aliis dictum non sit. Nonne sicut Petro dictum est, *Quodcumque ligaveris, &c.*, ita aliis, *Quæcumque ligaveritis &c?* Ideo recte dicimus omnes Apostolos in Potestate cum Petro æquales. (Cusa de Concord. Cath. lib. 2.^o cap. 13.)

(2) Sic Sponsam suam non Petro soli, nec præcipue; sed omnibus ex æquo Apostolis, suis amicis, Sponsus abiens commendavit. (S. August. lib. 1.^o cont. Gaud. n. 22.)

(3) Cum utraque plenissima jurisdiccion de essentia sit Apostolici Muneris, utramque á Christo omnes immediate susceperunt. (Dom. Soto. 4.^o Sent. p. 348.)

Finalmente S. Pablo rechaza esta falsa doctrina de la jurisdiccion y Potestad comunicada á solo S. Pedro inmediatamente, y por él y segun su voluntad á los demas Apóstoles. El dice que tuvo el Apostolado, *non ab hominibus, neque per hominem, sed per Jesum-Christum.* (1) *No de los hombres, ni por medio de ningun hombre; sino por Jesucristo. No de S. Pedro, no por él; sino por Jesucristo, secundum potestatem, quam dedit mihi Dominus in ædificationem, et non in destructionem.* (2)

Apurados anduvieron los Doctores ultramontanos sin hallar contestacion, ni aun escolástica á tan esplicitas Autoridades, porque no se prestaban fácilmente á la arbitraria y sutil invencion del *mediate* y por él; pero el Jesuita Lainez los sacó del conflicto en la Congregacion del Tridentino el 20 de Octubre de 1562 diciendo „que „ los Apóstoles deben ser hechos por S. Pedro y recibir su jurisdiccion de él solo, y no de Jesucristo; y que si fuéron ordenados Obispos por Jesucristo, es porque hizo esta vez el oficio de „ S. Pedro.” No cabe mayor delirio.

Basta lo dicho para justificar mi Considerando 6.º censurado judicialmente por mis Calificadores de *temerario*, porque llamé en mi Providencia inadmisibles y aun intolerables los referidos principios de la esclusiva jurisdiccion de los Papas, con aplicacion al negocio que yo resolvía; censura que mas bien se convertirá contra ellos por todo hombre sensato y desapasionado. Si tales principios escolásticos y las funestas consecuencias que de ellos se han seguido, pudieron ser tolerables y admisibles en otro estado de ménos ilustracion, llevados hoy de consecuencia en consecuencia, como pretenden mis denunciadores, cuya doctrina defienden mis Calificadores, hasta el absurdo estremo, de que por una Providencia gubernativa de mi inmediato Antecesor se anulase la sentencia ejecutoriada de un Tribunal de Justicia, son ya inadmisibles y aun intolerables, y hasta subversivos de las leyes del Estado.

El estrecho círculo en que la Escuela exagerada encierra á sus afiliados, conservando todavia los restos de preocupacion del antiguo método de estudios, no ha permitido á mis Calificadores ver con libertad de espíritu, que no es lo mismo defender ciertas Tesis en los libros ó en los Colegios, que hallarse en la necesidad de resolver graves y difíciles negocios con inmensa responsabilidad. A no ser así, otro hubiera sido su juicio, y otro dictámen les hubiera inspirado la Caridad: no habrian desconocido cuanta distancia hay entre una censura puramente doctrinal, y una censura judicial, como la que se les ha cometido; ni se echaría de ménos en su dictámen la circunspeccion, la madurez, y la imparcialidad.

(1) S. Paul. Ep. ad Gal. 1. c. 1.—(2) S. Paul. Ep. ad Corinth. 2. c. 13.

PUNTO 2.º

El Papa no es el único Vicario de Jesucristo, como afirma el Cabildo de Málaga, y defienden mis Calificadores.

Destruido el fundamento principal del sistema ultramontano, sobre el que se han sostenido, y se pretenden sostener todavía por algunos las exageradas pretensiones de aquella Escuela, continuaré examinando las demas doctrinas de mi Providencia, censuradas por mis Calificadores. Mas como todas tienen un tan intimo enlace, que son mas bien consecuencias del principio capital ya examinado, no deberá extrañarse alguna repetición; y aun muchas de las que en lo sucesivo tengo que alegar, deberán aplicarse tambien al Punto primero, como pruebas que confirman la verdad que en él se establece, y que sirve de base á toda mi doctrina.

Los Ultramontanos, y con ellos sus discípulos los Canónigos de Málaga, y mis Calificadores de Sevilla, se manifiestan consiguientes en su sistema, llamando al Papa *único Vicario* de Jesucristo, para atribuirle despues en un sentido absoluto, y que escluye toda otra jurisdiccion propia en el régimen de la Iglesia, los títulos de Pastor de los Pastores, Obispo de los Obispos, Ordinario de los Ordinarios, y venir á parar en el que mas cumplidamente les satisface; el de Monarca universal. Pero es de advertir, que cuando se les estrecha á que precisen sus conceptos, y los funden literalmente en la Santa Escritura, en la Tradicion Apostólica, ó en la autoridad espresa de los Stos. Padres, ya no hay sencillez en su language, ni exactitud en sus ideas Teologicas y Canonicas. En su lugar echan mano de las metáforas, y de las sutilezas y distinciones del Escolasticismo, el cual, con sus juegos de voces y variedad de sentidos, es bien sabido, que en todas materias provee admirablemente de recursos, para sacar airoso en cuantos apuros pueda verse un hombre, ya sea en Filosofia, ó ya en Teología, ya sea en Moral ó ya en Política.

Esta especie de valvula, que manejan á discrecion, abriendo ó cerrando, dilatando ó restringiendo el sentido de las palabras, segun conviene á su propósito, es el secreto de los Ultramontanos, al que sirve en gran manera el estratagema que frecuentemente usan, de asociar sagazmente á una proposicion verdadera ó dogmatica, y esconder tras de ella otra que no lo es, ó que solamente lo es en aquel cierto sentido que ellos se reservan para quedar bien, si por acaso son fuertemente contradichos. Si pasa el disimulado ardid sin ser conocido, la toman por consentida enteramente en su generalidad, y así se repite por unos, se copia por otros, no se examina en mucho tiem-

po por ninguno; y al fin pasa á ser autoridad, lo que en su origen fué una alegoría, ó un encomio, despues una inadvertencia, en su progreso una imprevision, y al fin una paradoja, ó tal vez una sofistería. Esto es lo que, como á otras muchas proposiciones, que algunos ultramontanos exagerados quieren elevar presuntuosamente á la categoría de dogmas, ha sucedido á la del Vicariato único del Papa.

El objeto de este Considerando de mi Providencia, fué como palpablemente se vé, rebatir la doctrina del Cabildo de Málaga acerca de dicha proposicion. Este se habia propuesto que se anulase la sentencia ejecutoriada, por la que se declaró al ex-Frayle Fernandez en libertad de contraer matrimonio, á pretesto de no haberse observado las imposibles formalidades prevenidas en la Bula de Benedicto XIV, y principalmente por la falta de jurisdiccion en mi Predecesor, que supone debió haberla recibido de S. Sd. por medio de otra Bula; y como fundamento de este aserto, sienta en su informe el principio, de que la Potestad de jurisdiccion fué dada *inmediatamente* por nuestro Salvador á *solo* S. Pedro, y *por él* á sus Colegas en el Apostolado; *que es la misma*, dice, *que obtiene hoy su Sucesor, único Vicario de aquel Señor en la tierra.*

Para impugnar esta doctrina, el argumento que se me ofreció mas al alcance de todos los fieles en general, porque á ellos me dirigía, y no á Teologos controversistas, fué la Oracion, que hace todos los dias la Iglesia, fundada en la fé divina y su creencia universal, en la que á todos los Apóstoles se les llama igualmente *Vicarios de Jesucristo*. Por consiguiente, al enseñar yo á los fieles, que dudaban ó habian participado del error, en que habia caído tambien mi inmediato Antecesor; al fundar la verdad sencilla de la fé, alterada por una opinion de Escuela, que anda buscando sentidos equívocos y sin la simplicidad de la fé para sus designios, debí decirles, y hoy lo repito, aunque pese á mis denunciadores y Calificadores, que el Papa no es el *único Vicario* de Jesucristo; sino que son *Vicarios de su obra divina* todos los Apóstoles y sus Sucesores en el Episcopado, porque así ora sencillamente, y literalmente lo canta la Iglesia universal todos los dias. Por tanto digo y digo, que no es admisible ni tolerable, que á los fieles se les presente como objeto de sus actos de fé una doctrina ambigua, complicada, confusa, equívoca, que les induce en error y consecuencias erroneas bajo el pretesto, como ahora pretenden explicar mis Calificadores, de que en un cierto limitado sentido, bajo cierto aspecto y de cierta manera, puede llamarse al Sucesor de S. Pedro *único Vicario* de Jesucristo en la tierra, aunque los demas Apóstoles y sus Sucesores tambien lo sean. Este es el juego de la valvula ultramontana.

Si los Canónigos de Málaga y los Calificadores de Sevilla tienen por tan cierta y sencilla su doctrina, de que *solo* el Papa recibe in-

mediatamente de Jesucristo la potestad de jurisdiccion, y que los demas Obispos no, sino que la reciben de aquel y por aquel á su placer, discrecion y voluntad, y que por lo mismo en este sentido aquel es el *único Vicario* de Jesucristo, ¿porqué no se atreven á contradecir con frente serena la Oracion de la fé, que con tanta simplicidad hace la Iglesia? Pero léjos de esto, no pudiendo contradecirla ni oscurecerla, han tenido que inventar sutilmente una distincion escolástica y arbitraria, á la par que injuriosa á los Apóstoles y Obispos, como despues se verá, para salvar la proposicion y hacerla siquiera pasable y admisible.

No pudiendo desconocer los ultramontanos los testos literales de la Sagrada Escritura y las Autoridades innumerables de Santos Padres, que llaman igual é indistintamente á todos los Apóstoles Principes de la Iglesia, fundamento sobre que está edificada la Iglesia, Rectores de ella, y Vicarios de Jesucristo, sin restriccion ni limitacion, como ora y canta la misma Iglesia, responden mis Calificadores en nombre de aquellos diciendo. „Puede ser llamado (el Romano Pontífice) *Vicario único* en la Primacia, en la Superioridad, en el Principado; *único* porque á él están subordinados todos, de él dependen todos, y en él y por él reciben la jurisdiccion; y aun cuando cantamos con la Iglesia y decimos de los Apóstoles, Vicarios de Jesucristo, fundamentos de la Iglesia, Principes de la Iglesia, *Constitues eos Principes etc.*; pero Vicarios dependientes; fundamentos secundarios, Principes subordinados. Querer inferir otra cosa sería un error.” ¡Que lenguaje tan extraño, tan capcioso y tan ageno de la gravedad y simplicidad de la oracion de la fé!! Pues así es, como con este juego de voces inventadas adrede, y arbitrariamente añadidas se ha osado calificar de erronea mi doctrina, que reconoce con las identicas palabras, con que ora la Iglesia, á los Apóstoles igualmente que á S. Pedro, como Vicarios de Jesucristo. *Ut iisdem Rectoribus gubernetur, quos operis tui Vicarios eidem contulisti præesse Pastores.*

¿Cómo es posible que Timoteo conserve en toda su pureza el depósito de la fé que le encomendó S. Pablo, si contra su mandato deja introducir *profanas novedades de voces*, que no hacen mas que confundir, y promover disputas y cuestiones de palabras, de que nacen envidias, contiendas y malas sospechas? ¡Vicarios dependientes!! ¡Fundamentos secundarios!! ¡Principes subordinados!! ¿De donde han tomado mis Calificadores semejante lenguaje? ¿De quien lo han aprendido? En la Escritura Santa no lo hay; la Iglesia jamas lo usó: en los Stos. Padres no se halla. ¿Cómo se han atrevido á profanar con semejante invencion y novedad de palabras, el idioma sacro y simple de la Escritura de la verdad? ¡Vicarios dependientes!! El Vicario no puede depender sino de aquel, cuyas ve-

ces ejerce; de Jesucristo. ¡Fundamentos secundarios!! Este es un contrasentido, por no decir un absurdo. Si son fundamentos, ya no son secundarios; porque de la misma manera podría entónces llamarse, y lo sería aun en milésimo término, hasta la penultima piedra del remate del edificio. La Sagrada Escritura rechaza la invencion de este language tan impropio; y solo dice con igual sencillez que naturalidad, *que somos edificados sobre el fundamento de los Apóstoles*, segun S. Pablo. S. Juan en su Apocalipsis individualiza el mismo concepto, y ya sin lugar á la adiccion arbitraria de fundamentos secundarios: *Et murus Civitatis habens fundamenta duodecim, et in ipsis duodecim nomina duodecim Apostolorum Agni.* (1) No es un fundamento solo y único, y once mas los fundamentos secundarios, *sino doce fundamentos, que son los doce Apóstoles del Cordero.*

Ruego á mis Calificadores en paz y fraternidad, que mediten y vean, si al calificar de error mi doctrina, manifestada en los identicos literales términos que la hallo en la Iglesia, en S. Pablo y S. Juan, están en el caso de necesitar hacer la rectificacion de su profesion de fé, mas sencilla y ajustada al language de la Sta. Escritura y de la Oracion de la Iglesia, del que se han desviado acaso, sin percibirlo, y llevados con demasía del espíritu de Escuela.

Mas para dar algun colorido á su ilusoria esposicion, intentan mis Calificadores apoyarse en ciertas autoridades entendidas á su manera, como la de S. Optato Milevitano en el *communicandas cæteris*, de que ya he manifestado el abuso arbitrario é infundado que hacen; las de S. Gerónimo, del Cardenal Perron, Allier, Tomasino, y otros citados por el Devoti; un dicho de S. Juan Crisóstomo, que afirman que dijo, que S. Pedro pudo elegir á otro en lugar de Judás Iscariote, sin consultar á los demas Apóstoles; un testo de Gerson, verdadero sí, pero en un sentido diverso é inaplicable al intento presente, en el cual llama al Primado de S. Pedro principio fountal de la Autoridad Episcopal, y en fin unas misteriosas metáforas de S. Cipriano sobre el Sol, el rio y el árbol. Despues de alegado todo esto inconexa é inoportunamente, para probar que por S. Pedro fué dada la jurisdiccion á sus Colegas en el Apostolado, concluyen preguntando; „¿Nos desviamos acaso de la simplicidad de la fé, siguiendo in-„ terpretaciones y distinciones escolásticas, cuando afirmamos lo que „ en tan sólido fundamento está apoyado? ¿No merecieron S. Pedro „ y sus Sucesores la Prerogativa sublime de *Vicario único* de Jesucristo en la tierra?” Mi respuesta es muy explicita. Sí, digo yo á mis Calificadores: os desviais de la simplicidad de la fé siguiendo arbitrarias interpretaciones y distinciones escolásticas por sólidos que

(1) S. Joann. Apocal. cap. 21. vers. 14.

os parezcan 'os fundamentos que vuestra fantasía os ha presentado como firme apoyo de tales interpretaciones y distinciones. Ellas no se hallan, ni en la Sagrada Escritura, ni en los Stos. Padres, ni en el natural y sencillo language de la Oracion de la Iglesia. En ninguno de estos lugares se halla ese *único Vicario*, ni se encuentran semejantes *Príncipes subordinados, fundamentos secundarios, Vicarios dependientes* del Papa. Todo es sacado de ese inagotable arsenal de la Escuela, que premia al que mas sutilmente inventa.

En cuanto á si S. Pedro y sus Sucesores merecieron la Prerogativa sublime de *Vicario único de Jesucristo en la tierra*, respondiendo á mis Calificadores con igual claridad, que no: porque si la hubieran merecido, ó hubiera sido necesaria esta esclusiva Prerogativa, se les hubiera dado por Jesucristo fundador de la Iglesia; así como se les dió para bien de la misma la sublime y *exclusiva* Prerogativa de *único Primado* en la Iglesia universal. Por ella es el Primero entre sus hermanos, tiene la preferencia, la presidencia, la suprema direccion y administracion con toda la autoridad y derechos, que corresponden esencialmente á la altísima Dignidad Primacial, de que despues hablaré mas estensamente. *Único Primado*, repito, sí: *Único Vicario*; no. Ha venido á ser cosa muy seria, y ya intolerable este abuso de confundir, promiscuar y asociar como sinonimas dos voces, que tienen sentidos muy diversos, significan atribuciones muy diferentes, derechos y deberes muy distintos. La doctrina de la fé se debe enseñar á los fieles sencillamente, y fundarla en principios que no encierren sentidos arbitrarios, ni se hallen espresados en términos vagos y ambiguos, de que se puede abusar y de hecho se abusa, para oscurecer y aniquilar los derechos divinos del Episcopado.

Debo cerrar desde luego la puerta á una cavilosidad. Al reprobar yo el language nuevo y capcioso de mis Calificadores, que desnaturalizan con sus arbitrarias adiciones é interpretaciones el título de Vicarios de Jesucristo, que reconoce la Iglesia igualmente, sin diferencia ni distincion en todos los Apóstoles incluso S. Pedro, cuidado no se entienda, que yo no reconozco la debida subordinacion de los Apóstoles al Primado. Lo que yo no reconozco es esa *dependencia* en el sentido que pretenden mis Calificadores; aquella que los deja sin jurisdiccion propia, sin la Potestad de las llaves recibida *inmediatamente* de Jesucristo, y no de S. Pedro, ni *por él*: aquella que esplican, como se ha visto, hasta con la ambigüedad de asociar la idea de *subordinacion*, verdadera en todo sentido, á la de dependencia, que no lo es en el que ellos espresan, cuando dicen „*único*“, co, porque de él dependen todos, y en él y *por él* reciben la *jurisdiccion*.” Mas adelante habrá ocasion de dar mayor estension á estas ideas.

Con esta esplicacion, que no he alcanzado á dar con mas clari-

dad, ni gustará mucho á mis Calificadores, desafío á todos los *Luteranizadores*, *Calvinizadores*, y heretificadores de todo género, á que luteranicen y calvinicen y pongan notas y censuras cuantas quieran á esta mi doctrina. Yo creo todo lo que cree la Iglesia y nada mas; y esto es lo que cree, y no mas. Yo enseño á los fieles lo que ora la Iglesia en sus propios términos, y no mas. Lo que yo haya de disputar con los Teólogos controversistas, lo disputaré, salva la fé, en las Aulas, en los libros ó en escritos de otra especie. Mas en mi Providencia gubernativa, para remover los obstáculos en su ejecucion, enseñaba yo á los fieles, cuya conciencia se hallaba turbada con las exageradas doctrinas y opiniones escolásticas del Cabildo de Málaga, á las que llamé inadmisibles é intolerables en el gobierno practico de la Iglesia, porque cerraban la puerta, que había abierto mi Predecesor, y que yo he franqueado despues á mi costa, á una oveja extraviada, que urgía sobremauera volverla al redil por un rasgo generoso, ó temerario si se quiere, de gran caridad, pero felizmente de acuerdo con todas las disposiciones Canónicas y legales. Un hombre arrodillado en mi presencia, anegado en lágrimas y balbuciando palabras, de las que solo percibí, *yo estoy perdido.....* y se ahogaba de dolor, será espectáculo que podrán discutir friamente y con duro corazon los Canónigos de Málaga en treinta pliegos, que han dado ocasion á mis Calificadores para otros tantos: á mi no me ocurrió otra respuesta de consolacion para aquel hombre sumergido en tan grande tribulacion, en vista del inviolable derecho que le habia dado una sentencia ejecutoriada, que la que mi espíritu de acuerdo con mi corazon me dictó: *V. no está perdido*, le dije para consolarlo; *quien lo está desde este momento soy yo: V. se salvará, aunque me cueste á mi percer*. A pesar de la justicia de esta determinacion, ví venir sobre mí todo el Escolasticismo disputador, con todas sus doctrinas intolerantes, sus censuras, y anatemas: pero en este instante apremiador, á salvar al que perece, á dar la mano al que se ahoga; esta fué mi repentina resolucion.... Salvé mi oveja.... ya estoy contento. Nada importa que persigan al pastor.

Volvamos al pretendido *Vicariato único* de S. Pedro y sus Sucesores. Pues que mis Calificadores confiesan, aunque al parecer no de muy buena gana, que tambien pueden llamarse Vicarios de Jesucristo los demas Apóstoles, pero con tal que se entienda en aquel cierto sentido arbitrario y degradante que han fingido, porque „in-“, ferir, dicen, otra cosa de las palabras del Prefacio, sería un error; todavia me queda á mí que cerrar la puerta á tan gratuita interpretacion. Sin repetir de nuevo cuantas Autoridades llevo citadas, que han puesto en evidencia la igualdad de los Apóstoles con S. Pedro, en la recepcion inmediata de la Potestad de las llaves, conferida á todos por Jesucristo, sin intermedia persona, sin dependencia, sin li-

mitación, ni restricción de ninguna especie, y omitiendo otras muy específicas, hasta la del Concilio de Trento, en la sesión 6.^a cap. 1.^o de reformation, voy á contraerme á la Autoridad de S. Pablo explicada por S. Juan Crisóstomo. *Nosotros*, dice aquel, *hacemos las funciones de Legados ó Embajadores por Jesucristo, exhortandoos Dios mismo por nuestra boca.* (1) *¿Vés como Pablo eleva el Ministerio?* espone el Crisóstomo. *El sentido de aquellas palabras es este. El Padre envió á su hijo, para que exhortase en su nombre, y fuese su Embajador ó Legado cerca de los hombres. Mas habiendo desaparecido despues de su muerte, nosotros le hemos sucedido en esta Legacion; y por eso os exhortamos en su nombre y en el nombre de su Padre. Así es, que nosotros hacemos las funciones de Legados por Jesucristo, Christí vice, porque nosotros hemos sucedido en su Ministerio.* (2) Aquí no hay Vicarios dependientes mas que de Cristo, cuya Legacion, cuyas veces hacía S. Juan Crisóstomo en el acto mismo, en que así espone las palabras de S. Pablo, que ensalzaba el Sto. Ministerio; pero al contrario los Canónigos de Málaga, y mis Calificadores lo deprimen y degradan, llamando á los Apóstoles y á los Obispos sus Sucesores, Vicarios dependientes del Papa.

S. Pedro fué Vicario de la misma manera, y con la misma igualdad que lo fuéron todos los demas Apóstoles. Todos fuéron igualmente Sucesores de Jesucristo en esta Legacion del Padre Eterno, todos hacen sus veces, y desempeñan por Cristo la misma Legacion para exhortar y obrar en su nombre; y en esto consiste segun S. Crisóstomo la gran Dignidad de cada uno de todos los Apóstoles. Esto mismo es lo que canta la Iglesia en el Prefacio: *ut iisdem Rectoribus gubernetur, quos operis tui Vicarios eidem contulisti præesse Pastores;* y esto es lo que mas elevaba á S. Pablo, haciéndole mirar como tan magnífica la independiente Dignidad de su Legacion, no dependiente de Pedro, pues solo reconocia á Cristo por Autor de ella; así como Cristo no reconocia en la misma Embajada otra dependencia, que] la de su eterno Padre que le envió.

Resta aun hacerme cargo de aquella Prerogativa esclusiva, por

(1) Pro Christo legatione fungimur, tamquam Deo exhortante per nos. (S. Paul. Epist. 2^a ad Corinth. Cap. 5.)

(2) Vides quomodo hoc negotium extulerit?... horum enim verborum sensus est; Pater Filium missit, qui ipsius nomine exhortaretur, atque apud hominum genus legationis munus susceperet: sed quoniam ille necatus abscessit, nos legationi illi successimus; atque et illius et Patris nomine vos exhortamur..... Pro Christo ergo legatione fungimur: ac si diceret *Christi vice*; nos enim ipsius muneri successimus. (S. Joan. Chrisost. Hom. 11. sup. Epist. 2. ad Cor. n.º 3.)

la cual dicen mis Calificadores que corresponde á S. Pedro y á sus Sucesores, el título de *único Vicario* de Jesucristo, y en cuya virtud le hacen Pastor de los Pastores, Obispo de los Obispos, y Ordinario de los Ordinarios. Tal es la de Primado de toda la Iglesia universal.

PUNTO 3.º

En que consiste el Primado de S. Pedro, y derechos divinos que corresponden á esta Prerogativa.

Yo no voy á probar el Primado; lo supongo. Pero antes debo notar, para que lo tengan presente mis Calificadores, que el Primado del Papa con su mayor Potestad Primacial tiene para nuestra creencia el mismo é igual fundamento, que el Episcopado de los Obispos con su Potestad Episcopal. Tal es la *Sucesion divina*, en aquel de S. Pedro en el Primado; en estos de S. Pedro y demas Apóstoles en el Episcopado. Si por sutiles y arbitrarias distinciones y divisiones escolásticas se debilita el derecho jurisdiccional de estos, separándolo y dividiéndolo de la misma divina sucesion para atribuirlo al Papa, con mas motivo se debilita aquel fundamento, é la razon del derecho jurisdiccional Primacial de aquel: y esto es precisamente lo que desean los enemigos de la Primacia del Papa por derecho Divino, para combatirla con el poderoso argumento *ad hominem*, á que con tales divisiones y distinciones ha dado motivo la exagerada Escuela ultramontana.

A fin de no dar lugar á tan infundados ataques y fijar en este punto la verdadera doctrina, he dicho, y repito, que apoyando y afirmando la Potestad divina inmediata de los Obispos, apoyamos y afirmamos la mayor Potestad divina del Primado. Así es, que el Papa, en cuanto succede á S. Pedro, es por derecho divino el Primado de la Iglesia universal, porque por institucion de Cristo debe haber en su Iglesia uno que sea el *Primero*; así como es de institucion divina que haya en ella otros Obispos, los cuales estén subordinados á aquel. Concurriendo pues en el Romano Pontífice la divina Sucesion de S. Pedro, y ademas la razon de la Sucesion, como se esplica el Cardenal Belarmino (1), justamente creemos, en el mismo la divina Prerogativa del Primado.

Confieso, por tanto, con toda la Iglesia Católica el dogma, de que á solo S. Pedro concedió Jesucristo la magnífica Prerogativa del Pri-

(1) Belarm. lib. 2.º de Rom. Pont. cap. 12.

mado; la misma que reconozco en todos sus Sucesores hasta la consumacion de los siglos. Confieso de la misma manera, que tan elevado y esclusivo Don fué concedido á S. Pedro y sus Sucesores, para que se conservase eternamente la Unidad de la Iglesia, y quedase firmemente inmóvil nuestra fé, creyendo, como espresa el Símbolo, en la Sta. Iglesia Católica, Apostólica, *Unam Sanctam Catholicam et Apostolicam Ecclesiam*. Confieso tambien como consecuencia inmediata y natural, que á S. Pedro y sus Sucesores se concedieron por Jesucristo todos los derechos, la autoridad y facultades necesarias para desempeñar tan eminente Ministerio Primacial en toda la Iglesia universal.

Como no ha bastado á la hereticadora suspicacia de mis enemigos, el que yo esplicita y literalmente haya confesado el Primado en los términos mas claros y sencillos, cuales pueden verse y releerse en mi Providencia, en la que digo, que *el Papa solamente es único en el Primado para mantener la unidad de la fé*, repito aquí la misma confesion, para quitarles todo pretesto, y ver si convertida su malevolencia en la caridad que les ha faltado, cesan de dar á la Iglesia el escándalo que han causado, cuando movidos de un mal disfrazado interes y falso celo por la pureza de la fé, me han levantado esta cruel persecucion. Queda por tanto cerrada tambien la puerta á mis Calificadores para imponer á mi doctrina, con la notable ligereza y parcialidad con que lo han hecho, censuras judiciales arbitrarias é injuriosas á mi fé católica.

Aunque en la enumeracion de los derechos y facultades que corresponden á la sublime Prerogativa del Primado, estamos acordes en reconocer muchos como esenciales, y por consiguiente los creemos dogmáticos, hay otros, en que no estan de acuerdo los Teólogos, en cuanto á llamarlos esenciales; ni tampoco convienen acerca del modo como esta obligado á ejercerlos el Primado. En estos puntos, como no definidos dogmaticamente por la Iglesia, está dividida la Escuela ultramontana de la cismontana; y cada cual, salva la fé y la caridad, disputa doctrinalmente en pro de la que le parece mas adecuada al espíritu de la Iglesia, y mas conducente al fin primario de la Primacia, que es la conservacion de la Unidad. Imponer censuras judiciales á la una ó á la otra de estas opiniones controvertibles, es el arrojo mas temerario, es atacar abiertamente, con escándalo de los fieles y perturbacion de su fé, la unidad de creencia, que por otra parte unos y otros blasonan defender. En esto son frecuentemente muy fáciles los Ultramontanos; y tambien lo son en elevar con excesiva ligereza á dogmas de fé, las proposiciones mas favorables al sosten de su sistema, aunque no solo no ha recaido la solemne decision de la Iglesia, sino que por el contrario son impugnadas por los mas ilustrados, santos y celosos Prelados.

Con la misma facilidad y ligereza imponen notas y censuras, lanzando anatemas y prohibiciones, cuando ven, que por doctrinas opuestas á las suyas amenaza ruina el cimiento de su provechoso sistema. Con tal conducta han dado lugar á que se piense, que lo que les falta de justicia y razon, para sostener el edificio, cuya debilidad no se oculta á los primeros directores, lo quieren suplir por medios de intimidacion, que entre los ignorantes no dejan de tener grande eficacia todavia, pretendiendo así dominar nuestra fé. Son tan celosos, ó mas bien tan exagerados y cavilosos, que á cualquiera proposicion, que á primera vista no les conviene, ó no penetran, comienzan á buscarle sentidos diversos; desnaturalizando el que sencillamente llevan sus palabras, procuran mañosamente asimilarla por medio de cierta astucia sutil á algunas de Lutero, Calvino, Zuinglio ú otro de esos terrificos nombres, é interpretándola arbitrariamente sacan de la proposicion mas simple los mayores despropósitos, las heregias mas groseras, y hasta las mas atroces injurias. Esto es lo que se llama *hereticificar*; y no hay duda, que en poniéndose á cavilar un Escolástico disputador y hereticador, hallará hasta en el *Credo* tantas heregias, cuantas palabras contiene, como ya lo demostró en un ensayo satírico el célebre Jesuita Teofilo Raynaldo. (1) Y aunque estoy cierto,

(1) *Articulus 1. Credo in Deum Patrem Omnipotentem Creatorem cœli et terræ.*—Censura.—Primus iste articulus, si intelligatur quasi solus Pater sit Deus, et Omnipotens, et Creator, Filius autem et Spiritus Sanctus solum Creaturæ sint, propositio est impia, blasphema, individuæ Trinitatis destructiva, et pridem in sacro et Æcumenico Concilio 318 Episcoporum adversus Arii impietatem damnata. Quatenus autem soli Patri Creationem attribuit, nova est, temeraria, erronea, contra communem Ecclesiæ, Patrum, et Theologorum omnium sensum prolata, cum hactenus receptum sit, omnes Trinitatis actiones *ad extra* esse indivisibiliter toti Trinitati communes.

Artic. 2. Et in Jesum-Christum Filium ejus unicum Dominum nostrum.—Censura.—Tota hæc propositio captiosa est et fallax: 1.º in quantum omittit Jesum-Christum filium esse naturalem et consubstantialem Patri: sic enim periculosa est, et doctrinam induit hæreticam, sæpius ab Ecclesia in Conciliis Nicæno, Ephesino, et Francofurdiensi præsentem Carolo Magno damnatam. 2.º Ratione particulæ *unicum*, ommissa præsertim consubstantialis aut naturalis mentione: sic enim, quatenus propositio etiam extenditur ad filios adoptivos &c. &c., falsa est, piarum aurium offensiva, et justis omnibus et Sanctis injuriosa. 3.º Quatenus esse *Dominum*, quod indivisa proprietate tribus Divinis Personis æqualiter convenit, soli Filio attribuit, *obliquè* insinuans unicam esse Divinam Personam, quæ modo Patris, modo Filii, modo Spiritus Sancti apellatione significat; hoc jam pridem adversus Sabellium Universa Ecclesia tamquam impium, atque hereticum damnavit. &c. &c.

Art. 12. Vitam æternam.—Censura.—Hæc propositio, quatenus indefinite proponitur, atque ita universaliter extenditur ad omnes, excludendo mortem,

de que por mas esplicito que yo sea, no escaparé, ni aun con esta repetida advertencia, de nuevas notas y censuras de mis adversarios here-
tíficos, no obstante me explicaré con cuanta claridad me sea posible.

Como derechos esenciales del Primado creemos unanimemente y confesamos, que corresponden á S. Pedro y sus Sucesores los derechos y facultades preeminentes de la Presidencia, de la suprema Vigilancia, y de la alta Direccion ó Administracion de la Iglesia Universal, como que es su Gefe visible y el principal de sus miembros. En concepto de tal le reconocemos como el *primero* entre los Apóstoles sus hermanos, el *primero* entre los Obispos, el *primero* entre los Pastores, el *primero* entre los Ordinarios, y el *primero* entre los Vicarios de Jesucristo. Mas no por eso le llamaremos el *solo* y *único* Apóstol, ó el Apóstol de los Apóstoles; ni el *solo* Obispo, ó el Obispo de los Obispos; ni el *sola* Pastor, ó el Pastor de los Pastores; ni el *solo* y *único* Vicario de Jesucristo en la tierra. *Si uno es universal, entonces vosotros no sois Obispos*, dijo el Papa S. Gregorio Magno (1). *Pero dices*, arguía S. Gerónimo contra Joviniano, *sobre una piedra se funda la Iglesia, aunque esto mismo en otro lugar de la Santa Escritura se diga hecho sobre los demas Apóstoles, y todos reciban las llaves del Reino de los Cielos, é igualmente sobre ellos se consolide la fortaleza de la Iglesia; mas con todo eso entre doce se elige uno* (S. Pedro), *para que constituida una cabeza se evite toda ocasion de cisma* (2). *Por tanto se elige uno por todos, porque la Unidad está en todos*, dice S. Agustín (3). Y S. Cipriano: *Jesucristo comienza por uno solo, para mostrar que la Iglesia es una* (4). S. Paciano: *El Señor ha hablado á Pedro, á uno solo, á fin de fundar la Unidad, comenzando por uno solo, reservándose decir bien pronto lo mismo á todos en comun* (5). *Por el bien de la Unidad es por lo que S. Pedro ha sido preferido á todos los Apóstoles* (6). La Unidad; este es el grandioso objeto de Jesucristo en la institucion del Primado de S. Pedro y sus Sucesores.

æternam, qua injusti puniuntur, falsa, scandalosa, et hæretica est, januamque vitii omnibus aperit, et atheistarum hujus temporis impietatem atque insaniam sapit.=(Mack. Abr. Histor. Ecc. tom. 3.)

(1) Si unus universalis est, restat ut vos Episcopi non sitis. (S. Greg. Mag. Epist. 30. ad Eulog. lib. 7.º)

(2) S. Hier. lib. 1.º adv. Jovin. cap. 14.

(3) S. August. Tract. 118. in Joan.

(4) S. Cypr. de Unit. Ecc.

(5) S. Pacian. Epist. 3. ad Simp.

(6) S. Optat. Milev. lib. 1.º cont. Parm.

Por esta tan excelsa Perrogativa les corresponde esencialmente tener siempre su vista estendida por todo el mundo, y con especialidad en toda la Cristiandad, para que se mantenga ilesa la pureza de la fé, y la moral evangelica, no permitiendo sufra atentado la Unidad de la Iglesia, que como se ha visto, es el objeto primordial de la Autoridad divina del Primado.

En virtud de esta misma Autoridad exhorta y escita el celo de todos los demas Obispos del Orbe Católico, para que llenen debidamente las elevadas y multiplicadas funciones de tan difícil Ministerio, y muy particularmente para que le den cuenta puntual de los errores, que en materias de fé y costumbres se puedan introducir en la Iglesia, y á cuya estincion no alcance el celo Pastoral de aquellos.

Como Conservador de la Unidad Eclesiástica á él vienen á parar de todo el mundo Católico las profesiones de fé de todos sus hermanos los demas Obispos. Todos, todos le deben no solo este tributo de respeto, sino que por especial obligacion han de rendirle este omenage, cuantas veces juzgue el Primado, que es necesario pedirles cuenta de su fé, para comprobarla con la que en depósito conserva principalmente la Sta. Sede Apostólica. Y precisamente como consecuencia de este sublime y precioso derecho, no tan apreciado ni practicado hoy por desgracia, como fuera conveniente, tiene tambien el Sumo Pontífice el honroso deber de contestar cuantas veces sea consultado fraternalmente por los demas Obispos de la Cristiandad; como se acostumbro desde los mas antiguos tiempos de la Iglesia, con tanta edificacion de todos, engrandecimiento espiritual de la Sta. Sede Apostólica, y provecho de la Religion.

En calidad de Primado corresponde tambien al Sucesor de S. Pedro la autoridad para amonestar y corregir fraternalmente á los demas Obispos, conservarles sus derechos, protegerlos en su libre ejercicio, avenirlos en sus discordias, y en su tibieza ó negligencia en el Ministerio escitarlos, conminarlos y obligarlos.

En las disputas sobre la fé incumbe especialmente al Primado tomar conocimiento, y con el debido precedente exámen decidir cual es la creencia de la Iglesia, y obligar á los refractarios por penas eclesiásticas á su reconocimiento y confesion, so pena de ser separados de su comunion, poniéndolo en conocimiento de la Iglesia.

Si el error tomase tanta estension, que á su juicio y prudencia amenazase un gran trastorno en la Iglesia, tiene la facultad de convocar, reunir, y presidir á todos los Obispos, y obligarlos con penas eclesiásticas á su concurrencia, si causas suficientes no se lo impidiesen, para que oido el juicio de todos, pronuncie como S. Pedro, *Vissum est Spiritui Sancto et nobis*; y quede sentada irrevocable y uniformemente la doctrina de la fé en toda la Cristiandad.

No solo en las cuestiones sobre la fé es necesaria la interven-

cion del Sumo Pontífice como Primado y centro moral de la Unidad; sino que tambien lo es para la final decision de todo otro asunto de general interes disciplinar de la Iglesia universal; porque bien sea dispersa ó reunida en Concilio, siempre es aquel la primera y principal Autoridad, que ha de reunir el comun asenso del Episcopado para su definitivo establecimiento.

El es el Guardador de los Canones y de la Disciplina universal de la Iglesia. En calidad de tal, le corresponde la Suprema Vigilancia é interpone su Autoridad, para que no se relaje ninguna observancia intimamente unida con la conservacion de la fé, la administracion de los Sacramentos y la dignidad del culto exterior. A este fin hace y publica leyes para toda la Iglesia universal con arreglo á los Canones, las cuales son recibidas por todos los Obispos con el mas profundo respeto; y aun cuando por razones y circunstancias particulares tenga alguno que suspender su ejecucion y representar, lo hace con el debido acatamiento á tan elevada Dignidad.

Su caracter de Primado y el primero entre todos los Príncipes de la Iglesia le autoriza para dirigir su voz á todos los Reyes, Príncipes y Magnates de la tierra, tanto fieles, como infieles, en cuanto dice relacion á la propagacion de nuestra Sta. Fé Católica, y á la conservacion de su pureza.

En fin, por el bien de la unidad es, por el que los Sucesores de S. Pedro, tienen, como un derecho esencial, esta Inspeccion *autoritativa* suprema, esta Administracion universal, que corresponde al Primado; en virtud de la cual, donde quiera que por cualquier causa hay falta de Ministros ó de jurisdiccion, y no puede llenarse por los medios comunes designados en los Canones y Disciplina, en los grandes conflictos y dudas, y en todas las ocasiones, en que su prudencia Pastoral Universal vea urgencia y necesidad, allí ejerce y despliega con toda plenitud su Suprema, y en este sentido, si se quiere, su Soberana Potestad Primacial. Por este mismo concepto se estiende á una infinita variedad de funciones, en toda la redondez del mundo, á donde ha llegado y ha de llegar algun dia la luz del Evangelio, segun las miras del Redentor y Salvador de todos los hombres.

No creo me tendrán por escaso mis detractores, y á la vista de tan sincera, estensa y espontanea confesion, deberán quedar confundidos, por haber atentado tan sin fundamento y sin caridad á la ortodoxia de mi fé. Pueda ella servir de ilustracion y de edificacion, y me dará por recompensado de los trabajos y amarguras de mi injusta persecucion. Mas no por eso creo, que la malevolencia, la infatigable envidia y el espíritu de partido ayudado de la cavilosidad escolástica, dejarán de buscar, aun en la misma claridad y naturalidad de mis palabras, algun sentido recondito, á que aplicar las notas y censuras de Teófilo Raynaldo. Sin embargo, cualesquiera que sean los nue-

vos ataques que me preparen mis adversarios conocidos, y esa turba de anonimos despreciables, que faltándose indecorosamente á sí mismos me han ultrajado y provocado, hasta con las mas groseras injurias, yo no me desviaré de la humilde reverencia y profundo respeto, que Dios me ha dado, ácia la divina Prerogativa del Primado de S. Pedro y de todos sus Sucesores en la Sta. Sede Apostólica.

Por lo dicho se verá cuanto distan los derechos del Primado, en el que fué *único* S. Pedro y sus Sucesores, de los derechos del Vicariato, que son *comunes* á los demas Apóstoles y á los Obispos Sucesores de estos; y se verá ademas, que el Papa no es el *único* Vicario de Jesucristo, porque como espresa la Iglesia en su Oracion, fundada en el testimonio de S. Pablo, hacen las veces de Jesucristo todos los Obispos, quienes en calidad de tales ejercen, como Pastores y Vicarios de su obra divina, la misma Potestad, la misma jurisdiccion sobre el rebaño confiado á su gobierno por el Espíritu Santo, con la misma estension sobre él, que la que el Papa, como Obispo de Roma, puede ejercer en la Diócesis de Roma. *El Obispo, dice S. Gerónimo, sea en Roma, en Constantinopla, ó en Reggio; en Alejandria ó en Tanis, es del mismo mérito y del mismo Sacerdocio:.... todos son igualmente Sucesores de los Apóstoles* (1). No porque el Obispo de Ceuta desde su balcon alcance á ver todo su rebaño, reducido á tan corto número de ovejas en tan estrecho recinto, es inferior en jurisdiccion y potestad al de Málaga, que tiene 126 parroquias en muchas leguas de estension. Y hé aquí porqué no debe confundirse, como no lo confunde la Oracion de la Iglesia, el título de Vicarios de Jesucristo, que es *comun* á todos los Apóstoles y á los Obispos sus Sucesores, para trabajar en la Obra del Señor, con el título de Primado, que corresponde á *solo* S. Pedro y sus Sucesores, para conservar la unidad.

Antes de pasar adelante, debo advertir, para evitar toda cavilosity, que voy hablando de lo que corresponde á cada uno por derecho divino: no de los honores, Prerogativas y privilegios acordados en diferentes épocas por la Iglesia á los Papas, á los Patriarcas, á los Primados, á los Metropolitanos, y aun á Obispos particulares, que es lo que constituye la Gerarquía puramente eclesiástica, á diferencia de la Gerarquía de institucion divina. Todo lo que esencialmente es de institucion divina siempre permanecerá: todo lo demas ha sufrido y sufrirá muchas variaciones, segun las circunstancias y los

(1) Ubicumque fuerit Episcopus, sivè Romæ, sivè Eugubii, sivè Constantinopoli, sivè Reggii, sivè Alexandriæ, sivè Tannis, ejusdem meriti, ejusdem est Sacerdotii..... Cæterum omnes Apostolorum Succesores sunt. (S. Hier. Epist. 101. ad Evangelum, seu 85. ad Evagrium.)

tiempos, porque está subordinado al mayor bien de la Iglesia y edificacion de los fieles. Así es, que aquellos derechos y facultades que hoy ejerce el Papa, y no son esencialmente de derecho divino, si en vez de edificacion se convirtiesen en destruccion, deberian cesar, cualquiera que fuese el origen que hubiesen tenido.

Esta doctrina ya no agrada á los Ultramontanos : de solo oirla se indignan, y la persiguen con anatemas, como si se atacase un dogma de fé. Las reservas, las dispensas, la concesion de privilegios y esenciones, las apelaciones, la institucion y confirmacion de los Obispos, todo lo ponen sagazmente en igual categoria, que las funciones esenciales de la Primacia para conservar la Unidad: todo lo hacen descender dogmaticamente, como consecuencia inmediata, del Primado divino del Papa: y para asegurarse mejor en la posesion de aquellas facultades, sientan primero la supuesta jurisdiccion *inmediata* en solo S. Pedro y sus Sucesores, de la que paso á paso y como sin ser sentidos, han ido sacando el pretendido Vicariato *único*, y en seguida los demas títulos, que de encomiásticos que fueron y son, ó verdaderos solamente en un cierto limitado sentido, los han elevado á nombres significativos de derechos esclusivos, como los de Ordinario de los Ordinarios, Pastor de los Pastores, Obispo de los Obispos, y en fin Monarca universal, de cuya sola voluntad emana y depende la jurisdiccion de aquellos.

De esta manera los Doctores exagerados de la Curia Romana, á favor de ciertas circunstancias han ido abanzando su doctrina, hasta despojar de sus derechos y facultades á los demas Obispos de la Cristiandad; y apesar de la mayor ilustracion, que han recibido estas materias, aun continuan resistiendo, despues de mas de doscientos años, todo deslinde, entre lo que esencialmente y por derecho divino constituye el Primado, lo que debieron los Papas á las concesiones espresas de la Iglesia en sus Concilios por los distintos conceptos de Primado, Patriarca y Metropolitano, lo introducido por la creencia general en las falsas decretales Isidorianas, lo consentido por la Iglesia en ciertas circunstancias, lo puramente permitido en algunas coyunturas, lo tolerado en alguna ocasion por lo crítico de algun Estado, lo introducido abusivamente por la negligencia ó ignorancia de los Obispos en algun tiempo, ó lo comenzado por deferencia y por respeto, y generalizado al fin por imprevision.

Bajo el nombre de supuestos derechos dogmaticos por una parte, y por otra de loables usos, costumbres piadosas, practicas y doctrinas, que dicen recibidas por la Iglesia, tenemos que deplorar mil perdidas muy dolorosas, habiéndose enagenado de la Unidad Católica Provincias y Reinos enteros; y se continuan lamentables abusos, que porque de hecho se hallan dentro de la Iglesia, y tolerados con sentimiento por ella, ya los dan como autorizados por la misma, im-

poniendo injuriosas notas de cisma, ó impiedad por lo ménos, á los mas virtuosos, sabios y celosos Prelados, Doctores y Teólogos, que ha tanto tiempo claman por un eficaz remedio. Mas el Papa es el todo para los Ultramontanos: los Obispos no son sino unos meros y simples delegados al quitar, unos amovibles instrumentos del Papa, ó lo que, como espresion del mayor vilipendio, á que los habian reducido los Italianos por su mayor número, dijo el muy respetable y sabio anciano Arzobispo de Granada, el Sr. Guerrero, atleta el mas valeroso en el Concilio de Trento: *Vinimos como Obispos, y volvemos como Sacristanes*. Ya habia dicho energicamente, y sabiamente defendido, en el mismo Concilio, en nombre de los demas Obispos de la Iglesia de España, con el calor é intrepidez de un jóven el mas brioso, que la Jurisdiccion divina de los Obispos les fué conferida inmediatamente por Jesucristo, y no por el Papa, añadiendo que esto era para él tan de fé, como los mismos preceptos del Decálogo.

Eludida la resolucion por entónces en el Tridentino despues de muy acalorados debates, posteriormente se ha esclarecido la cuestion de tal modo, que generalizada ya la conviccion de la falsedad de las Decretales de Isidoro Mercator, cayó el mas poderoso apoyo de las pretensiones ultramontanas. Hoy no es admisible, sino entre los afiliados parciales de la agonizante Escuela, esa doctrina, que tanto ha degradado á los Obispos con el invento de la Monarquía, de la exclusiva jurisdiccion universal, de ese Vicariato *único*, que atribuyen al Primado, aniquilando así los derechos divinos del Episcopado, y confundiéndolos con la Direccion ó Administracion universal, que reconocemos en la Primacia instituida para la conservacion de la Unidad. Así es, que ya no cabe duda, entre los mismos imparciales y moderados ultramontanos, de que la Potestad de los Obispos en su respectiva Diócesis es ilimitada por institucion Divina, en cuanto á su gobierno, y se estiende á tanto, cuanta sea la necesidad de los fieles encomendados á su Ministerio Pastoral.

No debe pues llamarse al Papa, sin la conveniente explicacion, Obispo de los Obispos, Pastor de los Pastores, y Ordinario de los Ordinarios. Cualquier sentido que quiera darse á este language tendrá una justa aplicacion, con tal que por él no se entienda, que la jurisdiccion Ordinaria Primacial, Pastoral y Episcopal del Papa en el alto gobierno de la Iglesia universal es de tal naturaleza, como pretenden dar á entender los Ultramontanos exagerados con su *único* Vicariato, que absorba la jurisdiccion igualmente Ordinaria, Pastoral y Episcopal, que cada Obispo ha recibido inmediatamente de Jesucristo, y no del Papa, para regir la Iglesia, en que el Espíritu Santo le ha colocado. Si uno es universal, repetiré con S.

Gregorio Magno, *resta que vosotros no sois Obispos.* (1)

El sentido natural, verdadero y aun dogmático de aquellos títulos, que reconocemos todos los Cristianos, cuando se aplican al Primado, es que por razon de tal tiene la general Inspeccion, la Prelacion, la Presidencia, la autoritativa suprema Vigilancia, sobre todos los demas Obispos de la Cristiandad; siendo este derecho propio y ordinario del Sucesor de S. Pedro en el Ministerio *particular* de su Primacia, sin que pueda compartirse con otro, porque no puede ser sino derecho de uno solo; mas no por eso debe entenderse, que por aquellos puede perturbar en el gobierno de sus respectivas Iglesias y arrogarse esclusivamente á su voluntad la Autoridad propia y ordinaria que tienen inmediatamente de Jesucristo los Obispos, como Sucesores de S. Pedro y de los demas Apóstoles en el Ministerio *general* Apostólico. No rechazo aquellos títulos en su verdadero y exacto sentido; sino esas extralimitadas significaciones, que se pretenden capciosamente cubrir por muchos bajo tan sagrados títulos, para reducir á completa nulidad la divina jurisdiccion Episcopal y su Potes-tad de gobernar. *Todo acto gerarquico que puede hacer el Papa, lo puede hacer el Obispo*, dice Sto. Tomas (2); y el Cardenal de Cusa, que *solamente hubo de singularidad en Pedro, que fue mayor en administracion* (3). Y en otra parte: *La superioridad en el Arzobispo, en el Primado y en el Papa, consiste en la administracion* (4). No hay mas diferencia, sino que la del Papa es de derecho divino, y la de los otros de derecho Eclesiástico.

Pero ninguno se ha expresado con mas energia ni mayor claridad que S. Cipriano. *Por ley divina, dice, está dispuesto, que la Iglesia se constituya sobre los Obispos, para que todo acto de la Iglesia se gobierne por los mismos Prepositos* (5). En este asunto, decia el mismo Sto. al Papa Estevan, *nosotros no hacemos fuerza á nadie, ni le damos la ley, teniendo cada Preposito en la administracion de su Iglesia el libre arbitrio de su voluntad, siendo responsable á Dios de lo que haga* (6). En el Concilio Africa-

(1) S. Greg. Mag. Epist. 30. ad Eulog. lib. 7.º

(2) S. Thom. lib. 4. sent. dist. 24. quæst. 3. art. 2.

(3) Hoc solum singularitatis in Petro fuit, quod ipse fuit major in administratione. (Cusa lib. 2. de Conc. Cath. cap. 13.)

(4) Superioritas in Archiepiscopo, Primate et Papa in administratione consistit. (Cusa lib. 2. de Conc. Cath. cap. 17.)

(5) Divina lege fundatum est, ut Ecclesiæ super Episcopos constituatur, ut omnis actus Ecclesiæ per eosdem Præpositos gubernetur. (S. Cyp. Epist. 33. de lap.)

(6) Qua in re, nec nos vim cuiquam facimus aut legem damus; cum habeat in Ecclesiæ administratione voluntatis suæ liberum arbitrium unusquisque Præpositus, rationem actus sui Domino redditurus. (S. Cyp. Ep. 72.)

no celebrado en el año 256, con ocasion de la amenaza que dirigió el Papa S. Estevan á los Obispos, que sostenian la rebautizacion de los bautizados por los hereges, dijo en la oracion de apertura el mismo S. Cipriano. *Ninguno pues de nosotros pretende ser Obispo de los Obispos: ni obliga á sus Colegas con tiránico terror á que le obedezcan necesariamente, puesto que todo Obispo tiene su propio arbitrio en virtud de la licencia de su potestad y libertad; no pudiendo ser juzgado por otro; asi como él tampoco puede juzgar á los demas. Al contrario todos esperamos el juicio de nuestro Señor Jesucristo, que es el solo y único que tiene la potestad de establecernos Prepositos para el gobierno de su Iglesia; y de juzgar nuestras acciones* (1). Ultimamente dice el referido Santo: *Nosotros debemos adherirnos firmemente á la Unidad de la Iglesia, y aplicarnos á defenderla, nosotros principalmente que presidimos como Obispos en la Iglesia, á fin de que probemos que el Episcopado es tambien uno é indivisible. Nadie engañe á nuestros hermanos con la mentira; nadie corrompa la verdad de la fé por una páfida prevaricacion. El Episcopado es uno; y si cada uno de nosotros no está encargado sino de una parte del rebaño, es quedando solidariamente obligado por el resto* (2).

Ruego á mis Calificadores y denunciadores, que mediten con toda la estension y profundidad que tienen las palabras de S. Cipriano sobre la Unidad de la Iglesia, que como una verdad de fé es una misma con la indivisibilidad, la comunidad y solidaridad del Episcopado, y las cotejen con esa mezquina y bastarda explicacion que ellos les han dado en la Censura al Considerando 3.º, y con la esclusiva, unica y universal jurisdiccion Vicarial inmediatamente recibida de Jesucristo por solo S. Pedro y sus Sucesores, que atribuyen á los Papas por el titulo de su Primacia, reconociendo solamente en los Obispos una jurisdiccion puramente delegada de aquellos, segun su arbitrio y vo-

(1) Neque enim quisquam nostrum Episcopum se esse Episcoporum constituit, aut tyrannico terrore ad obsequendi necessitatem Collegas suos adigit; quando habeat omnis Episcopus, pro licentia libertatis et potestatis suæ arbitrium proprium, tamque judicari ab alio non possit, quàm nec ipse potest alterum judicare. Sed expectamus universi judicium Domini nostri Jesucristi, qui unus et solus habet potestatem et præponendi nos in Ecclesiæ suæ gubernatione, et de actu nostro judicandi. (Conc. tom. 1.º p. 786.)

(2) Quam Unitatem (Ecclesiæ) firmiter tenere et vindicare debemus, maxime Episcopi, qui in Ecclesia præsidemus, ut Episcopatum quoque ipsum unum atque indivisum probemus. Nemo fraternitatem mendacio fallat; nemo fidei veritatem perfida prævaricatione corrumpat. Episcopatus unus est, cujus á singulis in solidum pars tenetur. (S. Cyp. de Unit. Eccl.)

luntad. Vease mi contestacion á la censura del Considerando 7.º.

Anuncié al principio de este punto, que no habia conformidad entre las Escuelas ultramontana y cismontana, acerca del modo como está obligado el Primado á ejercer su cargo Primacial. En efecto los primeros se lo figuran un Monarca absoluto; y como tal le consideran con todas las ilimitadas facultades de los Monarcas terrenos: por eso le atribuyen toda la esclusiva jurisdiccion Monarquica absoluta, no viendo en los Obispos mas que unos Magistrados ó Prefectos, puestos ó quitados por su soberana voluntad, á quienes delega la parte de jurisdiccion que quiere, estendiéndosela ó limitándosela segun su placer.

Los segundos distan mucho de tal doctrina: elevan el Primado divino sobre toda idea terrestre, hasta la alta esfera que le corresponde segun la institucion de Jesucristo: ven en un hombre mortal toda aquella gran Potestad, que ni aun pudieron haber concebido los hombres, para que ahora se atrevan á describirla y arreglarla con sujecion á sus miserables especulaciones de gobierno mundano: ven asi mismo, que fué conferida para un fin igualmente divino, y que su ejercicio fijado en su base esencial por Jesucristo fundador, y desenvuelto por los Apóstoles en sus Concilios y preceptos, está dichosamente ligado á aquella Tradicion Apostólica, y á los Canones, que la Iglesia guiada por el Espiritu Santo ha establecido, y establezca. Bajo tan solido principio no reconocen ese absoluto poder Monárquico, ni esa especie de efimera Potestad Episcopal, que hacen descender por delegacion gratuita del supuesto Monarca á los demas Obispos, ni tampoco el poder de restringirla ó estenderla segun su placer y voluntad. Sentando estos, como un principio invariable, la Potestad divina del Primado, y la igualmente divina de los Obispos; no obstante, en su ejercicio la consideran sujeta á las reglas y Canones de la Iglesia, como así lo protestaron los Papas S. Gelasio, S. Leon, S. Gregorio, S. Celestino, y otros Santos Pontífices, que en adelante habrá ocasion de citar.

Resumiendo lo dicho en los tres puntos principales, que comprende la censura al Considerando 6.º de mi Providencia, y son la base de todo lo que me resta que esponer en defensa de mi doctrina, digo; que la Potestad y jurisdiccion divina, aunque fué prometida por palabras de futuro en dos diversos actos, primero á S. Pedro por todos en el *Quodcumque ligaveris*, y despues á los demas Apóstoles en el *Quaecumque ligaveritis*; de hecho fué cumplida á todos dicha promesa en un solo acto, con la misma igualdad, sin hacer ninguna diferencia con S. Pedro, cuando Jesucristo despues de la resurreccion dijo á todos: *Como me envió mi Padre, os envío yo: Recibid el Espiritu Santo: A quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados etc.*: que esta igualdad en nada perjudica, sino que por el contrario apoya la singular Prerogativa del Primado conferido á S. Pedro solo y sus Sucesores por Jesucristo,

para conservar la unidad de la Iglesia su Esposa, que como dice S. Agustin, fué encomendada por aquel á todos *igualmente* antes de partir: que los títulos de Obispo de los Obispos, Pastor de los Pastores, Ordinario de los Ordinarios, Monarca y Vicario *único* de Jesucristo en la tierra, no son, en el sentido que ellos pretenden, otra cosa, que exageraciones que han venido á ser capciosas; y si en un cierto limitado concepto (el que ellos esplican á su modo) se han usado algunas veces en estilo figurado ó encomiasticamente, solo son admisibles en panegiricos ó en las Aulas, y en escritos donde se les dá la conveniente esplicacion; mas en el gobierno práctico de la Iglesia, no lo son por las perniciosas consecuencias que quieren sacar de ellos con daño inmenso de los fieles, como en mi caso ha sucedido; y mucho ménos se puede tolerar, que se ofrezcan á su creencia sencilla en lugar de simples y claras oraciones de la Iglesia, paradojas que no alcanzan, y nombres que envuelven ideas equívocas, confusas é inductivas á error, que nunca deben proponerseles, como si pudieran ó debieran ser objeto de sus actos de orar y de creer.

Como consecuencia natural de los principios demostrados, y que mas adelante tendrán mayor ilustracion, debo añadir, que la Iglesia no se gobierna por ninguna Autoridad absoluta, sino por los Canones establecidos por la misma: que la celebracion de Concilios es parte esencial y constitutiva de su gobierno, como así lo enseñaron practicamente los Apóstoles, no solo sin mengua de la mayor autoridad de S. Pedro, sino como el mejor apoyo de su Primado; que léjos de emanar del Papa solo la autoridad de los Concilios Ecumenicos, como pretenden los ultramontanos para sacar consecuencias favorables á sus miras, por el contrario, no puede aquel anular sus Canones, ni dispensar de ellos sin justa causa, y en el caso que el mismo Concilio dispensaría; así como cada Obispo puede hacerlo de la misma manera dentro de su Diócesis en ciertos casos particulares, en que lo exige la urgente necesidad y lo manda la caridad.

Si mis denunciadores y Calificadores no se conforman con estos principios y consecuencias, enhorabuena sea; pero que vean si han cumplido con su propio honor, con la imparcialidad de la justicia, con los deberes de la caridad, y si esperan sin miedo el juicio divino del Supremo Juez, habiendo levantado unos y agravado otros mi persecucion, denunciando aquellos é imponiendo estos notas calumniosas y censuras judiciales á doctrinas, que literalmente se fundan en las Stas. Escrituras, en la Autoridad de los Concilios, y en la de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia. Los puntos sobre que aun no ha recaído definicion esplicita de fé, y que, salva la caridad, se controvierten en las Escuelas, no son susceptibles de otras notas, que las que doctrinalmente están admitidas por la buena educacion. Al censurarlos pues judicialmente, como mis Calificadores lo han hecho,

interpretando ademas siniestramente mis intenciones, me han de permitir que les diga, que ignoraron de todo punto la delicada grandeza de su encargo; que invadieron temerariamente el sagrado asilo del pensamiento católico y todo de caridad que me ha dominado en el ejercicio de mi Ministerio Pastoral, al dictar la Providencia denunciada; y que sacrificaron á las preocupaciones de Escuela, y acaso de partido político la Religion misma, cometiendo en su nombre demasias que ella aborrece, presentando su dictamen de censura con tan injuriosas calificaciones.

Yo habré errado mas ó menos (Dios lo sabe) en el desempeño de un Ministerio tan difícil en tan delicados tiempos; pero jamas he tenido *intento*, como se han atrevido á suponer mis Calificadores, ni *de propósito he mezclado y confundido*, ni con *tal vez* ni sin *tal vez*, *con verdades opiniones y falsedades*. Me han atribuido gratuitamente un crimen inutil; y sin el mas leve indicio ni fundamento han supuesto, que yo me proponía un fin siniestro al dictarla; en un acto precisamente en que no tenía otro pensamiento mas que la gloria de Dios, sacando sobre mis hombros por un esfuerzo de caridad á un hombre perdido, evitando un inminente crimen, de que yo solo era sabedor, y librando de una eterna infamia á toda una posteridad. Mis facultades intelectuales se ocupaban de solo este grande objeto; á él iban encaminadas todas mis medidas, teniendo que luchar y vencer enormes dificultades. ¿Cómo han podido imaginar mis Calificadores, que en tales momentos podía yo ocuparme de la mala intencion, que tan ligera y temerariamente me suponen?

La ofensa ha sido demasiado cruel para que se extrañe mi vehemencia: yo me defiende de la ignominia y de la afrenta, á que por consecuencia de tales censuras se me ha querido sujetar por el Gobernador Eclesiástico de Sevilla, el cual sin atender á mi caracter y circunstancias, á la calidad y estado del negocio, puramente gubernativo y no del foro contencioso, ni á las prevenciones que le tenia hechas el Gobierno de S. M., se empeñó con repeticion y conminacion judicial, aunque esterilmente, en hacirme comparecer ante su monstruoso é ilegal Tribunal á las doce del dia, atravesando calles y plazas, cual si fuese un criminal.

CONSIDERANDO 7.º (1)

PUNTO 4.º

La Santa Sede Apostólica no es el origen de la Dignidad de los Prelados Eclesiásticos; ni su Potestad de Jurisdiccion está sujeta al arbitrio del Papa, como suponen mis Calificadores.

Lo espuesto en los tres puntos del Considerando anterior bastará para conocer la exactitud de mi doctrina en el presente, y nada mas añadiría, si mis Calificadores no volviesen á la carga, reproduciendo en su censura á este el mismo supuesto principio de la jurisdiccion conferida inmediatamente por Jesucristo á solo S. Pedro, y por él y en él á los demas Apóstoles y sus Sucesores. Si este principio fuese cierto, y como tal consentido, no hay duda, que tambien lo sería la consecuencia, esto es, que *la Santa Sede Apostólica tambien es al mismo tiempo origen de la Dignidad de los Prelados Eclesiásticos*. Mas cuando ya quedó demostrado, que los Apóstoles y sus Sucesores los Prelados Eclesiásticos recibieron de Jesucristo inmediatamente, y no de S. Pedro, la Potestad de jurisdiccion, la consecuencia natural es, que dichos Prelados Eclesiásticos reciben inmediatamente la Dignidad, del mismo de quien reciben inmediatamente su Potestad: de Jesucristo.

No puedo creer, que mis Calificadores hayan procedido de mala fé al estender esta censura. Creo mas bien, que el espíritu de la Escuela á que pertenecen, y el arte disputador y caviloso que aprendieron en su primera educacion escolástica, es lo que los ha llevado, sin poderlo ellos remediar, á desnaturalizar el sentido genuino y natural de mis espresiones, á fin de sacar y aplicarme la absurda consecuencia, que al presente se han permitido, para descargar despues sobre ella el golpe á su placer. *Es un error*, digo yo en mi Providencia, *afirmar, que la Sta. Sede Apostólica tambien es al mismo tiempo origen de la Dignidad de los Prelados Eclesiásticos*: y dicen mis Calificadores: „Se infiere claramente y se contiene en la „ dicha proposicion esta consecuencia; *luego es una verdad afirmar, „ que la Santa Sede Apostólica, en la institucion de la Dignidad de los Prelados Eclesiásticos, es decir de los Obispos, „ no tiene ninguna intervencion*. Esta consecuencia si es un error, el que pretende introducir el Autor del Escrito tocando así „ muy de cerca las pisadas de Febronio.”

Es admirable este talento de buscar rastros y olfatear pisadas. Pero lo mas admirable es, que llegue á tanto su precipitada irreflexion, que con tan incomprensible ceguedad se arrojen á decir, que *se infiere claramente* de mi proposicion la consecuencia, que su lógica absurda les ha sugerido. ¿Que tiene que ver lo que yo he dicho hablando del *origen* inmediatamente divino de la Dignidad Episcopal, con la *intervencion* que tenga la Santa Sede Apostólica en la Dignidad de los Prelados Eclesiásticos, que la misma instituya? He hablado yo aquí ni una palabra siquiera de la *institucion* de los Obispos? Pues si ni las palabras *institucion* é *intervencion*, ni las ideas que en sí llevan se encuentran en mis antecedentes, ¿cual es la lógica de mis Calificadores, que *inferen claramente* una consecuencia que no se halla en ellos? En las aulas tiene este modo de arguir su nombre propio. ¿No pudieran igualmente y con el mismo desacuerdo é incongruencia haber sacado la consecuencia, para atribuirmela despues, de que los Concilios Provinciales, los Metropolitanos, los Obispos mismos en ciertas circunstancias, segun la varia disciplina de los tiempos y lugares, en la *institucion* de la Dignidad de los Obispos, que eligieron y consagraron por sí y ante sí, no tuvieron ninguna *intervencion*? El que nombra, el que elige, el que confirma, el que consagra á un Obispo ¿no ha de tener la parte de *intervencion*, que por su acto le corresponda, cualquiera que sea ese acto con que concorra, y el derecho por que le corresponda? ¿Podia yo hablar de esto, cuando se trataba del primitivo *origen divino* de la Potestad y de la Dignidad Episcopal? Parece imposible, que de aquellos sencillos y claros antecedentes haya podido sacarse tan artificiosa y violenta consecuencia!

Así son, y aquí están perfectamente retratados en las personas de mis Calificadores, los heretificadores ultramontanos, á cuya manera ignoble de adulterar espresiones, tergiversar sentidos, estrujar palabras y falsear intenciones, no hay doctrina que pueda escapar sin la nota de Husitana, Zuingliana, Luterana y Calviniana. S. Agustin mismo no ha sido respetado por los adeptos fanáticos de tal Escuela. El Padre Martinon lo trata de *hombre duro, que cae en excesos* (1). El Padre Adam: *S. Agustin se arroja á estremidades peligrosas* (2). El P. Deschamps: *S. Agustin en su doctrina acerca del estado de la naturaleza corrompida, era del partido de Calvino, y favorable á la doctrina de Calvino sobre la gracia* (3). El Palavicino: *S. Agustin en su doctrina sobre la predestinacion*

(1) Disp. 25. n. 44.

(2) Calv. derrot. cap. 7.

(3) Colecc. de cart. 8. al Princ. de Conti.

favorece la heregia de Calvino (1). A vista de tanta osadía ¿quien está libre de este espíritu heretificador, que así difama impunemente, y todo se lo permite?

Mas todavía meditando sobre aquella consecuencia y el modo de sacarla, presumo que podrá acaso suceder que haya algun embebido en ella: lo vislumbro; pero no es á mí á quien al presente corresponde desmascararlo. Me basta por ahora manifestar, que mis Calificadores han osado gratuitamente, por una arbitraria y mañosa introduccion y adiccion de palabras, que no son mias, desnaturalizar el sentido de mis espresiones, y atribuirme lo que yo no he dicho, ni aun remotamente se infiere de mi dicho, para calificar de erronea mi doctrina.

En la censura al Considerando anterior dijeron mis Calificadores, que entre los Padres y Doctores del Concilio de Trento „ se „ suscitó una grande y acalorada disputa sobre la Autoridad de los „ Obispos, si ella viene inmediatamente de Dios, ó del Sumo Pontífice;” pero que el Concilio se abstuvo de resolverla. Repitiendo esto mismo en la censura al presente Considerando, y diciendo que „ se disputó agitadamente sobre el origen inmediato ó mediato de la „ jurisdiccion de los Obispos,” continúan , „ pero no fué muy em- „ barazosa á los Padres esta disputa. Creyeron desde luego no era de „ gran momento, y que dependía mas bien de la ambigüedad de las „ voces..... Procuraremos dar á estas voces toda la perspicuidad „ suficiente, y veremos el error del Autor del Escrito mas claro que „ la luz del medio dia.”

Ciertamente debe sentirse, que mis Calificadores no hayan estado presentes en el Concilio de Trento. Con la perspicuidad que hubiesen dado á las voces, tal y de la misma manera que ahora lo hacen, no se hubiera acalorado la disputa, y se hubiera definido el dogma. A la perspicuidad de mis Calificadores queda el componer, como no habiendo sido muy embarazosa á los Padres esta disputa, á pesar del calor y agitacion con que dicen se disputó, aun quedó el punto sin resolver. Si creyeron desde luego los Padres, que la disputa dependía mas bien de la ambigüedad de las voces ¿porque tanta agitacion? Una vez convenidos en la ambigüedad, ya no debió haber dificultad en la decision; pues explicando el genuino sentido de las voces, cesaba el motivo de la disputa; y el dogma afirmativa ó negativamente se hubiera definido. Mas no fué así: continuó y se sostuvo entónces, por causas que refieren los historiadores, y que yo he leído alemas en el precioso Diario manuscrito original del Sr. Obispo Mendoza presente en el Concilio; se sostuvo digo, la misma am-

(1) Trat. de la Unid. de Dios.

bigüedad, que todavía hoy se pretende, aunque ya esterilmente, que continúe, á fin de mantener á favor de ella, el sistema ultramontano, y creerse autorizados para calificar la doctrina que les es contraria, como ahora lo han hecho con la mia, de *error mas claro que la luz del medio dia*. Muy ciegos debian ser los Padres del Concilio, y tan ciegos como yo, que no veo esa luz del medio dia. Por el contrario, lo que vieron con la claridad de la fé en las Santas Escrituras, y lo que proclamaron los Padres Españoles y Franceses, y el Venerable Arzobispo Guerrero en nombre de todos, sin ambigüedad, y con la energía de la misma fé, es, *que la jurisdiccion inmediatamente divina de los Obispos es tan de fé, como los mismos preceptos del Decálogo*.

La firmeza y energía con que se pronunció la intima conviccion de esta verdad de fé, aunque no definida todavia como dogma por la Iglesia, me recuerda la hermosa observacion de un sabio y religioso Autor. „Antes de la decision solemne de los Concilios Generales, los que sostienen la verdad, no la proponen como dudando, sino con tanta seguridad, como si hubiera sido ya decidida con la mas perfecta unanimidad. La Iglesia, en la persona de aquellos que están instruidos en su doctrina, está siempre plenamente segura de la verdad, y la conoce con certeza, aunque no esté siempre en su poder decidirla con una autoridad absoluta.” (1)

Cotéjese el pronunciamiento firme, seguro, tan enérgico como lo lanza la intima conviccion de la verdad, de que estaban poseidos los Obispos Españoles, con las artes que se emplearon para eludir la decision del dogma, con los oficios que hizo el habil negociador el Cardenal de Lorena, con todo lo demas que se puso en juego en las Cortes de Madrid, Paris y Roma; y se verá exactamente cumplida la referida observacion. La conducta de aquellos llenará para siempre de honra y gloria al Episcopado Español, que jamas olvidará, y recientemente ha dado una prueba insigne sobre este mismo punto, los ilustres ejemplos de sus Santos Predecesores, particularmente en los tan célebres Concilios Toledanos. A vista de esto ¿cómo se han atrevido mis Calificadores á censurar de injuriosa al Episcopado Español mi doctrina, solo porque es opuesta á la de ellos, cuando es la mia la que este ha proclamado, así como en Trento, en otras muy solemnes coyunturas? Ruego á mis Calificadores, recojan su injusta y parcial censura: ruegoles, que con ménos preocupacion por su Escuela, no injurien ni rebajen el mérito eminente que tiene adquirido en la Cristiandad la Iglesia de España; y les suplico por último, que no servilicen el Episcopado Español á las opiniones y pretensiones

(1) Rac. Hist. Ecc. t. 3. pag. 97.

indebidas de la Corte Romana, porque sin dejar de reconocer el Primado divino de S. Pedro, le decoran mil testimonios de que sabe defender tambien los divinos derechos de su Gerarquía en el primer grado, la que han hecho brillar en todo tiempo sus mas santos y sabios Prelados; cuyas pisadas, sin necesidad de recurrir á las de Febrero, me bago un deber de seguir yo el último de los fieles Cristianos y el menor de los discípulos de su doctrina.

Pero volvamos á la perspicuidad, con que mis Calificadores van á poner en claro mi error: quizá será algun argumento nuevo, fuerte, incontrastable, que les habrá ocurrido, y se ocultó á los Padres del Concilio de Trento. Puede ser, que por algun prodigioso descubrimiento nos den ya preparada la resolucion dogmatica, para quando Dios quiera, que la Iglesia, tan necesitada como está, celebre otro Concilio General. Veámoslo. „Convenimos, dicen, en que la Potes-
 „ tad de jurisdiccion, si se mira en su origen, y *con cierta gene-
 „ ralidad*, no conoce otro autor ni principio, que al mismo Jesucris-
 „ to..... Y habiéndosela dado inmediatamente á S. Pedro, para que
 „ en él y por él entrasen los demas en la parte de su solicitud.....” No es posible continuar sin hacer antes una observacion; porque no se puede llevar con paciencia la intolerable lógica de mis Censores. Si van á dar la prueba de esa jurisdiccion dada inmediatamente á S. Pedro, y no á los demas Apóstoles, ¿porqué tan puerilmente responden con la misma pregunta, esto es, con la misma inmediata jurisdiccion dada á S. Pedro, para que *en él y por él entrasen los demas en la parte de su solicitud?* Esta es la perspicuidad con que han dissipado todas las ambigüedades, y con la que pretenden haber quedado mi error mas claro que la luz del medio dia. Siempre suponen, lo que siempre se les está negando, sin poderlo jamas probar; y siempre el mismo supuesto, y el mismo supuesto siempre; y siempre prueban el supuesto, con el supuesto mismo.

Prosigamos la cláusula suspendida, que continúa así: „Pero la
 „ jurisdiccion particular de esta ó aquella persona, para esta ó aque-
 „ lla Diócesis, ya á una con mas amplitud y estension, ya á otra
 „ con ménos y mas circunscrita, no es de Dios. El Papa solo es la
 „ fuente y el canal, de donde y por donde se difunden, pasan y se
 „ comunican estos dones de Dios.” He aquí la perspicuidad de mis Calificadores: en esto consiste; en promover nuevas disputas; en eudredar la cuestion quando es tan sencilla.

Mas yo quiero concluir aquí; porque la supuesta perspicuidad lo que hace es aumentar la confusion, para que continúe la ambigüedad. Que presenten de una vez mis Calificadores el documento auténtico, sencilio, claro, literal, en que conste esa concesion *exclusiva* de jurisdiccion, que Jesucristo hizo á solo S. Pedro inmediatamente, en el que, con la misma claridad y sencillez, sin ambigüe-

dad, se le encargue por el mismo Jesucristo, que la subdelegue á su voluntad y arbitrio en los demas Apóstoles y sus Sucesores los Obispos, para que *por él* entren en la parte de su solicitud. Entretanto que lo presentan, queda mi doctrina, la que presuntuosamente llaman mi error, consignada sencilla y literalmente en la Escritura Santa y en la Tradicion de nuestros Padres, con la claridad y certeza misma, con que tantos ilustres Prelados la compararon á los divinos preceptos del Decálogo. Muchos siglos hace, que se les está pidiendo la exhibicion del título, con que pretenden los ultramontanos, que *el Papa solo sea la fuente y el canal, de donde y por donde se difunden, pasan y se comunican estos dones de Dios*; y no habiendo parecido tal título, ni pudiendo parecer, porque no lo hay, recurren como en el Concilio de Trento, donde tambien se les pidió, á disputar agitadamente, como dicen é imitan mis Calificadores, apelando entónces como ahora á aumentar la ambigüedad con su pretendida perspicuidad.

Es tan notable el último parrafo, con que concluyen mis Calificadores su censura á este Considerando, que no puedo dispensarme de copiarlo, para que se vea el estado degradante y depresivo, á que hacen descender el Episcopato. „¿No es cierto, preguntan confirmando „su anterior doctrina, que el Papa puede mudar, ampliar, restringir, „estender la jurisdiccion de los Obispos? ¿No lo hace así, poniendo „en ejecucion los derechos de su Primado de honor y jurisdiccion? „Pues si esta la recibieron los Obispos de Dios, ¿no obraría el Papa „en esta ampliacion, diminucion, estension y restriccion, contra lo que „ordenára Dios? ¿No convienen unanimente los Teologos, que „en tanto pueden los Señores Obispos limitar, y aun quitar á los Presbiteros la jurisdiccion en el fuero penitencial, en cuanto depende inmediatamente de ellos? ¿Pues no podrá decirse esto mismo del Papa „respecto de los Obispos, cuando aquel circunscribe, y limita, y estien- „de, y amplia la jurisdiccion de estos?” Increible parece, que semejantes absurdos y dislates hayan sido proferidos por unos Doctores de la Universidad de Sevilla. Solo son comparables con los del exagerado Layman, si no son tomados del mismo, el cual se atrevió á escribir, que „solo el Papa recibe de derecho divino la jurisdiccion necesaria para la remision y absolucion de los pecados: todos los demas „Obispos, dice, no la tienen sino de derecho Eclesiástico, y no la „reciben sino del Papa, que puede por consiguiente poner limites á „su jurisdiccion. (1)”

Segun esta doctrina de mis Calificadores, que supone la Potestad de jurisdiccion ó de regimen en solo el Papa, y que es dueño de

distribuirla segun su voluntad, podrá tambien si gusta reasumir la que ejercen los Obispos de Cádiz, Córdoba, Plasencia, Valladolid, Pamplona y demas, y quedarse así con el gobierno de todas las Diócesis de España por medio de *Vicarios Apostólicos*, que envíe á este efecto, transfiriéndoles la jurisdiccion que quite á aquellos Obispos, dejando á estos puramente reducidos al ejercicio de su Potestad de órden, para ordenar Presbíteros y Ministros, instruir y exortar; mas no para gobernar. Las consecuencias de esto en muchos sentidos, ¿á donde nos llevarían? Tambien pueden prepararse todos los Obispos de la Cristiandad; porque con un pequeño paso mas, si á la Curia Romana le viene en voluntad, tendrán que ir á Roma ellos mismos por licencias de confesar..... Dijo bien el Sr. Guerrero en el Concilio de Trento: *Vinimos como Obispos, y volvemos como Sacristanes.*

Mediten bien los Sres. Obispos el estado de vilipendio, á que los ha reducido la Escuela ultramontana; y si la elevada idea de su altísimo Ministerio Pastoral, si su Mision divina, si su Apostólica Sucesion, si la Dignidad del Episcopado es compatible con tal absurdo, con tal dependencia: que vean, si esta ignoble dependencia, á que se les pretende sugetar, tiene origen en la Tradicion Apostólica, ó está autorizada por el Evangelio; ó si mas bien por el contrario no se hallan allí establecidos por Jesucristo sus derechos divinos, aquellos mismos que con tanta libertad usaron los mas insignes Santos de la antigüedad. *Cada Preposito tiene en la administracion de su Iglesia el libre albedrío de su voluntad, de la que es responsable al Señor (1). Todo acto gerarquico ó de jurisdiccion, que puede hacer el Papa, puede hacerlo el Obispo (2).* Comparen mis Calificadores su doctrina con esta de S. Cipriano y Santo Tomas, y luego imponganle la censura judicial, que decreten á la mia, que es aquella misma.

No puedo ménos de llamarles la atencion, para que rectifiquen su juicio ó sus espresiones, y se alejen del peligro, á que pudieran dar lugar sus cláusulas arriba copiadas. Aunque los Teologos habien de la limitacion del ejercicio de la Potestad Presbiteral en el foro penitencial por los Obispos, si bien debieron haber sido mas exactos en su language teológico mis Calificadores; todavia no es admisible ni tolerable la comparacion de la Potestad del Sumo Sacerdocio de los Obispos, que siendo hermanos iguales con el Papa, aunque este sea el mayor, ocupan igualmente que él el primer grado de la Gerarquía divina; con la potestad de los Presbíteros, que están en el segundo grado de la Gerarquía, como definió el Concilio de Trento. En el citado lugar de Sto. Tomas, y con presencia de su doctrina

(1) S. Cypr. Epist. 72.

(2) S. Thom. lib. 4. Sent. distin. 24. quest. 3. art. 2.

Teológica acerca de la Potestad de los Obispos, que la llama *ejusdem generis* que la del Papa, á diferencia de la de los Presbíteros, que respecto de la de aquellos la llama *alterius generis*, verán cuanto se han equivocado en un punto tan esencial al expresar su doctrina, de la que no dejarían de tomar armas, cada cual en su sentido, los Sectarios Episcopales y Presbiterianos, si se dejase correr sin la debida rectificación.

Muy distantes estaban de aquellos degradantes principios los Padres del Concilio de Salegunstad en el año de 1022, cuando en el Canon 18 definieron, que no serían válidas las absoluciones que concediese el Romano Pontífice á otros, que no fuesen sus Diocesanos, sin el precedente beneplácito ó consentimiento de sus propios Obispos (1). De la misma manera se expresaron en el Concilio de Li-moges en el año de 1055. *Inconsulto Episcopo suo ab Apostolico pœnitentiam et absolutionem nemini accipere licet.*

Mas la Escuela ultramontana representada por mis Calificadores, que en este punto han avanzado hasta el absurdo, no retrocede á pesar de los mas evidentes testimonios. Ella insiste, en que todas las Prerogativas que hoy ejerce el Romano Pontífice, aun sin la distincion de las que le corresponden por derecho Eclesiástico como Patriarca y Metropolitano, y las que se le hayan agregado en siglos posteriores por uso ó por abuso, por tolerancia ó por tácito respetuoso consentimiento, por ignorancia ó por negligencia de los Obispos, pertenecen esencialmente al Primado, y son de derecho divino. Así ha confundido dicha Escuela la Gerarquía divina de la Iglesia, con la Gerarquía puramente eclesiástica, sometiendo aquella á esta, obscureciéndola y suplantándola de tal manera, que segun su lenguaje exagerado, mas bien parece que en un todo ha desaparecido: así ha fomentado la continuacion del cisma lamentable de la Iglesia Griega, y ha provocado la separacion del Centro de tantas Provincias y Reinos: así ha puesto en permanente enojo y recelo á los Príncipes seculares: así mantiene en continuo disgusto y mortificación á los Obispos, porque se les ha deprimido hasta el punto de que los Curiales de la Corte Romana no los miren, sino como unos instrumentos suyos, ó unos dependientes del Papa, unos simulacros pintados, y como si hubieran venido á ser superfluos. *Crescente Clericorum avaritia*, decía el Venerable Canciller Gerson, *et Papæ cupiditate, potestas et auctoritas Episcoporum quasi videtur exhausta et totaliter diruta; ita ut qui in primitiva Ecclesia æqualis potestatis cum Papa erant, jam in Ecclesia non videantur esse, nisi simulacra depicta et quasi frustra.* (2)

(1) Tom. 11. Conc. pag. 1133.

(2) Gers. tom. 1.º pag. 172.

Es cierto, que no obstante que cada Obispo recibe en la Consagracion toda la plenitud de Potestad, que Jesucristo le confiere inmediatamente, el uso y ejercicio de ella está restringido y limitado justamente por la Iglesia en sus leyes generales, sin que sea lícito á ningun Obispo traspasar los limites de su Diócesis por solo su juicio particular; porque entónces, lo que tan sabiamente se ha establecido por los Canones para el órden, se convertiría en confusion. El Papa mismo no puede excederse de la que le ha tocado como Obispo de Roma, como Ordinario y Sucesor particular en el Obispado de S. Pedro, sin perjuicio de los derechos de su Primacia en toda la Iglesia universal, para vigilar la conservacion de este mismo órden, y contener autoritativamente á los traslimitadores. *Papa non habet ex Canone, quod lædere possit jurisdictionem Episcoporum, quia esset ordinem turbare* (1). Y si por el título de Primado y por el de Ordinario de los Ordinarios le fuera permitido, como se pretende, entrometerse á ejercer la jurisdiccion Ordinaria Episcopal en las Diócesis, que tienen su Ordinario propio con su jurisdiccion Ordinaria, ¿no sería esto el mayor trastorno y perturbacion del órden, y haber introducido la confusion en el Ministerio y entre los fieles?

Los Canones del Concilio 1.º de Nicea cap. 17, del 2.º Arlatense cap. 15., del Antioqueno cap. 15., del 3.º de Cartago cap. 20 y 21; y otros muchos mas acreditan esta verdad. El Concilio de Trento renovó estos Canones antiguos de un modo absoluto, sin ninguna escepcion, ni aun la del Papa, estableciendo lo siguiente: *Nulli Episcopo liceat, cujusvis privilegii pretextu Pontificalia in alterius Diœcesi exercere, nisi de Ordinarii loci licentia, et in personas eidem Ordinario subjectas tantum* (2). Igualmente establecieron los antiguos Padres, para el mejor órden y administracion de la Iglesia, los Patriarcas, los Primados y los Metropolitanos, determinando los derechos que concedían respectivamente á cada una de estas Dignidades Eclesiásticas, y la parte del uso de jurisdiccion, que se desmembraba de cada Obispo en favor de la Iglesia, para que la ejerciese el Gefe que se designaba. Mas en aquellos tiempos de tanta sabiduría y de tanto espíritu de santidad no se halla una restriccion siquiera al ejercicio de la Autoridad Episcopal, en todo lo que podia exigir en cada Diócesis la necesidad de los fieles encomendados á su inmediato y especial cuidado. Por eso no se conocieron en la venerable antigüedad esas reservas é innumerables limitaciones, que como patrimonio esclusivo de los Papas defienden los exagerados Doc-

(1) Card. de Cusa cap. 13. de concord. Cath.—Decr. caus. 11. quæs. 1. cap. 59. Pervenit.

(2) Concil. Trid. Sess. 6. de reform. cap. 5.

tores de la Escuela ultramontana.

Todavía, no obstante aquellas leyes generales, la unidad y solidaridad del Episcopado hace necesario que se tenga presente una importantísima escepcion en favor de la suprema ley de la caridad, que es la vida de la Iglesia, á la que todo está subordinado en ella, y no se puede componer con la esclusiva doctrina de mis Calificadores y de los Cortesanos de Roma. Cuando S. Atanasio, separado de la comunión del Papa Liberio, y S. Eusebio de Samosata recorrían prófugos el Oriente y Occidente, ordenando Obispos y Presbíteros por sí y ante sí, con grande edificacion de la Iglesia, ¿de quien habian recibido la Potestad y la facultad de ejercerla fuera de sus Diócesis? Los que así la ejercían lo sabían: aun no se habian forjado las falsas Decretales de Isidoro Mercator, ni habia nacido ese sistema, que hace de los Sucesores de los Apóstoles unos meros Vicarios del Papa y dependientes suyos; unos *simulacros pintados y cuasi superfluos*, segun la espresion de Gerson. Los antiguos Canones Sardicensenses fijaron en este punto para siempre el orden de la caridad en la necesidad.

Sabido es, que los Curiales de la Corte Romana no pueden soportar la antigua doctrina de nuestros Padres, y que sus Doctores exagerados han hecho esfuerzos de toda especie para obscurecerla y neutralizarla; mas habiéndoles salido esteriles y vanos, tomaron el recurso de perseguirla con anatemas y condenarla como cismática. La palabra de orden dada á todos sus adeptos es, defender á todo trance, aunque sea contra S. Gregorio Magno, que el Papa es el Obispo universal, que es el *único* Vicario de Jesucristo, el Ordinario de los Ordinarios, y que la jurisdiccion de estos, no obstante que en el nombre se la llame Ordinaria, se sostenga á fuerza de sutilezas que es delegada, que es derivada á placer y voluntad de aquel Ordinario de los Ordinarios. ¿Quien los entenderá? Pero bien se les comprende: bien saben ellos cuanto les vale y cuanto les importa; así como saben los Obispos y los fieles cuanto les cuesta.

Uno de los mas sabios Doctores de la Curia Romana, el Cardenal de Luca, acérrimo defensor de la Monarquía absoluta del Papa, ha tenido la templanza de reconocer, que á pesar de aquellas condenaciones y apelaciones á cisma, „la igualdad de Potestad de los Obispos en su propia Diócesis con el Papa era la doctrina de la antigüedad, y como tal la defendian los Obispos y Prelados no Italianos (1).” Pero aunque estas, que el llama opiniones, sean la doctrina de la primitiva Iglesia, como dice Gerson, y por lo tanto deberían

(1) Antiquas retinent opiniones super æqualitate eorum potestatis in propria Diocesi cum Papa. (Card. de Luca. Tom. 15. Disc. 2. n. 37.)

merecer todo acatamiento y respeto, la Curia Romana no obstante condena esta doctrina de nuestros antiguos Padres. ¿Y porqué? El mismo Cardenal lo dice: „porque ahora hay otras opiniones ya firmes y recibidas en la Curia, por esto se ha condenado aquella (1).” He aquí la Curia Romana erigida en dogmatizadora: así abusa esta del nombre y autoridad de los Papas. La Iglesia rechaza con todas sus fuerzas semejante escándalo, reprobado muchas veces por los mismos Pontífices, cuando han sido mejor informados.

Por lo demás reproduzco cuanto llevo dicho en el Considerando anterior, acerca de la jurisdicción conferida por Jesucristo inmediatamente y con igualdad á todos los Apóstoles, incluso S. Pedro, á escepcion de la Primacía, y se formará el verdadero juicio sobre la antigua y nueva doctrina; la antigua que con S. Pedro reconoce á todos los Obispos como Legados ó Vicarios inmediatos de Jesucristo, y la nueva que los reduce á Vicarios dependientes del Papa, ó simulacros pintados: así se verá á buena luz, quienes son, los que provocan é inducen al cisma; si los que lo imputan á sus hermanos, que viven en la paz y unidad, manteniendo la Tradición Apostólica, y defendiendo la doctrina, siempre antigua y siempre nueva, del Evangelio, contra las falsas y arbitrarias interpretaciones de una nueva Escuela; ó los Doctores de esta, que con sus *opiniones*, que dicen, *ya recibidas por la Curia*, atentan, seguramente contra su intención, al régimen gerárquico divino de la Iglesia en su primer grado, deprimiendo el Sumo Sacerdocio de los Obispos, y usurpándole sus derechos primitivos.

CONSIDERANDO 3.º (2)

PUNTO 3.º

La Monarquía universal de los Papas, segun pretende la Escuela ultramontana y mis Calificadores, es inadmisibile.

Muy mal servicio han hecho á la Iglesia de Dios los que han pretendido introducir en ella, aunque sin duda con el mejor fin, la absoluta Monarquía universal de los Papas. Un nombre metafórico, que en su primera aplicacion fué inocente y admitido con simplicidad, para manifestar nuestra sumision y obediencia filial al Sucesor

(1) Ob opiniones in Curia jam firmas ac receptas hæc opinio damnata est. (Id. ibid.)

(2) Véase el Apéndice, Documento n. 1.º

de S. Pedro, como el primero entre todos los Obispos, para realzar su divina Prerogativa de Primado, el lugar preeminente que le corresponde por su altísima Dignidad, y la mayor estension de facultades que ejerce en el gobierno de la Iglesia, ha venido por un lamentable abuso á significar una ambicion, que inundó de lágrimas toda la Cristiandad. No para en esto tan grande mal: ha introducido un germen de discordia, al mismo tiempo que de corrupcion en la Iglesia de Dios, y ha sembrado tanta zizana en el campo del Señor, que habiendo crecido á la par que el trigo, se ha hecho ya, hasta que llegue el Estío, muy difícil la separacion.

Hombres carnales se apoderaron de aquel nombre de honor supremo, propio del Gefe y Rector Soberano de una gran Sociedad terrestre, é indiscretamente lo aplicaron á la celeste, pretendiendo llevase consigo aquel fausto de los Cortesanos, y aquella dominacion, de que tan distante estuvo su divino Fundador. Desnaturalizando así la idea de sencillez, que Jesucristo quiso darnos del principio, medio y fin, que se propuso en el establecimiento de su Iglesia, nos la han presentado con todos los atavíos, con todas las decoraciones de un Trono sobervio, de un Príncipe de mundana Magestad, y de un Soberano absoluto de ella. Al que nació en un pesebre, al que vivió en la mas profunda humildad, al que tomó por Discipulos y Cortesanos unos pobres é ignorantes pescadores, al que eligió por Trono una Cruz, y murió en el patibulo reputado como un criminal, á este quieren atribuirle la fundacion de una Monarquía de imperio absoluto y dominio supremo, que tanto contrasta con su ejemplo, con su doctrina, y con el objeto de la mision, con que su Padre le envió. *Mi Reino no es de este mundo*, dijo á sus Apóstoles el Fundador de esta admirable Sociedad. *Los Reyes de las gentes ejercen la dominacion sobre ellas; mas vosotros no mandareis así.*

Esta Sociedad divina, que convida á todos los hombres á afiliarse en ella, porque en ella sola se halla la felicidad eterna, porque ella sola por la sabia sencillez de sus leyes y preceptos, es compatible con todas las Sociedades de la tierra, que las perfecciona, las mantiene en paz, y auxilia poderosamente á los que las gobiernan, ¿por que especie de locura y aberracion ha venido á ser tantas veces y por tanto tiempo motivo de discordia, objeto de odio, pretexto y estímulo para sangrientas guerras, y todavía lo es hoy de recelos y desconfianzas, hasta de los mismos que han nacido en ella, creen en ella, y esperan salvarse dentro de ella? Doloroso es decirlo; pero muy pronto se verá, que no podian tener otro resultado los excesos, las exageraciones, las estremidades, á que ha llegado la Escuela con su invento de una tal Monarquía, y un Monarca universal, ya sea con un poder *directo*, ó ya lo hayan disimulado despues con un poder *indirecto*.

Si pudiera caber disculpa en la invencion, la tendrian los Judíos, que así esperaban al Mesías, cual Monarca poderoso, que abatiría y dominaría todas las Gentes; pero no la merecen los Cristianos, despues que han oido á Jesucristo hablar de su Reino, y lo han visto esconderse cuando quisieron alzarlo por Rey. Tampoco el pobre Pedro inventó tal título, ni fué tentado siquiera de la envidia y ambicion de la Madre de sus Compañeros los hijos del Zebedeo, ni nunca pensó, que el abandono de una pequeña barca, y unas redes de pescar, le valdría en este mundo mas Trono que una Cruz, para morir como su Maestro murió. Ménos se llamaron Monarcas sus inmediatos Sucesores Lino, Cleto, Clemente, ni Evaristo; ni se halla rastro en siglos enteros de la Iglesia, de que niaguno de los muchos Santos Pontífices, que en ellos la presidieron, haya pretendido arrogarse el fastuoso título de Monarca universal, que tantas ilusiones había de producir, y tan aciago había de venir á ser con el transcurso de los tiempos.

Ya tengo hechas anteriormente las indicaciones suficientes, para que los que han estudiado la historia de la Iglesia, recuerden la enormidad de los males, que sucesivamente la han ido acarreado las falsas Decretales Isidorianas, los trastornos que por efecto de ellas causó Gregorio VII, y la continuacion de tan grandes males en progresivo aumento, hasta el mayor de todos por mas escandaloso, que fué, elevar á artículo de fé la antisocial y subversiva doctrina de la Bula *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII, que mandaba creer *de necessitate salutis* el dogma de la dependencia de toda Potestad temporal de la Potestad del Papa.

Es notable el fundamento de esta doctrina, que se pretendía establecer en un siglo de tanta ambicion como ignorancia. Sentado el principio del *Vicariato único* de S. Pedro, que ahora reproducen mis denunciadores y Calificadores, inferían los ambiciosos é ignorantes de aquel tiempo, que siendo Jesucristo Señor del Cielo y de la tierra, no podía el Papa, su pleno Vicario, dejar de tener igual dominio sobre lo temporal y espiritual. Así puede verse en el raro y curioso diálogo entre un Clérigo y un Militar, de autor incierto, pero escrito en tiempo de aquel Papa con motivo de su citada Bula *Unam Sanctam*. Sosteniendo el Clérigo la doctrina de esta, acerca de la Monarquía universal del Papa, hacia entre otros argumentos el siguiente. *Tenet enim fides nostra, Petrum Apostolum pro se et suis Succesoribus institutum esse plenum Vicarium Jesu-Christi; et certe plenus Vicarius idem potest quod et Dominus ejus, cum nulla exceptione, nulla potestatis diminutione est Vicarius institutus. Si ergo non negatis, Christum de vestris temporalibus statuere posse, qui Dominus est Cæli et terræ, non potestis sine rubore eandem potestatem Chris-*

ti pleno Vicario denegare (1).

Aunque esta doctrina fatal fué proscrita por otro Papa, sin embargo, la Corte Romana, para mantenerla viva, ha cuidado de renovarla de tiempo en tiempo, con mas ó ménos disimulo, mayor ó menor empeño, segun los tiempos y circunstancias. Alejandro VI por una Bula repartió el nuevo mundo. La Bula *In Cæna Domini* espedida la primera vez por Paulo III en 1556, reproducida con ampliaciones las mas exorbitantes por Paulo V en 1610, por Urbano VIII en 1627, y posteriormente por todos los Papas, hasta la época muy reciente de Clemente XIV, en que cesó su publicacion, aunque sin retractacion, es la prueba de que hay un estudio particular, en que se conserve esa doctrina de la Supremacia del Poder del Papa sobre toda Potestad temporal.

Es tan notable el contenido de dicha Bula *In Cæna Domini*, que no puedo dispensarme de dar una idea de sus principales disposiciones, porque en ellas se ven los desmedidos avances que se han dado, á fin de sostener esa Potestad Monárquica absoluta universal. En la primera que comienza así: *Consueverunt Romani Pontifices*, por el parrafo 1.º quedan escomulgados los hereges, sus fautores, y los que leen sus libros: por el 2.º quedan escomulgados los piratas, y particularmente los que van á hacer el corso á los mares del Papa: por el 10 quedan escomulgados todos los que de cualquier manera se oponen á la ejecucion de las letras Apostólicas, sea que contengan concesiones de gracia ó de justicia: *seu gratiam, seu justitiam continentes*: por el 11 son escomulgados todos los Jueces legos que juzguen á Eclesiásticos y los hagan comparecer á su Tribunal, llámese Audiencia, Chancillería, Consejo ó Parlamento: por el 12 quedan escomulgados los que han hecho ó publicado, ó hagan publicar edictos, reglamentos ó pragmáticas, por los que sean vulnerados ó restringidos en la menor cosa, tácita ó espresamente, la libertad eclesiástica, ó los derechos del Papa y de la Santa Sede: por el 14 son escomulgados, los Cancilleres, Vice-Cancilleres, Consejeros ordinarios y extraordinarios de cualesquiera Principes ó Reyes, Presidentes de Chancillerías, Consejos ó Parlamentos, y los Fiscales que aboquen á sí causas eclesiásticas. Los mismos incurrén en la propia escomunion, si impiden la ejecucion de las Cartas Apostólicas, aunque sea bajo el pretexto de impedir alguna violencia; esto es, quedan condenados los recursos de fuerza, con la prevencion, de que todos los dichos Magistrados no pueden ser absueltos sino por el Papa mismo; y esto despues que hayan revocado publicamente sus providencias y arrancadolas de los Registros: por el 20 son escomulgados los que presuman

(1) Disputatio inter Clericum et Militem, temp. Bonif. VIII. ed. Argentorat. 1609.

absolver á dichos escomulgados. En el parrafo 22 se ordena á todos los Patriarcas, Arzobispos y Obispos, en virtud de santa obediencia, que publiquen esta Bula á lo menos una vez cada año.

En la amplificada por Paulo V, que principia así: *Pastoralis Pontificis Romani vigilancia*, quedan escomulgados por su parrafo 2.º los Colegios, Universidades, Cabildos y cualesquiera otras personas, que apelaren del Papa al Concilio General, y todos los que presten su ministerio para favorecer esta apelacion: por el 5.º quedan escomulgados todos los que imponen en sus tierras nuevos derechos de peages ó gabelas, á menos que no les sea permitido por el derecho ó hayan obtenido permiso espreso de la Santa Sede: por el 18 son escomulgados los Emperadores, Príncipes, Reyes, Duques, Condes, Barones, que imponen derechos sobre los Clerigos, Prelados y otras personas eclesiásticas, sobre las Iglesias, Beneficios, ó sobre los Monasterios: por el 19 quedan escomulgados los Magistrados, Jueces, Notarios, Portereros, Alguaciles, y otros que hagan su respectivo oficio, contra Eclesiásticos acusados de delitos: y ultimamente por el 26 se advierte, que nadie alegará ignorancia, desde que se haya publicado esta Bula en la puerta de S. Juan de Letran y Basilica de S. Pedro en Roma.

No hay necesidad de hacer comentarios sobre estas tan singulares disposiciones. Segun ellas no hay persona en España, que no esté escomulgada; desde la escelsa Cristina, hasta el ultimo de los fieles Cristianos. El mismo Pío VI, dice el sabio Plowden Católico Inglés analizando dicha Bula, quedó escomulgado, de tal modo, que no podría ser absuelto, sino á la hora de la muerte, y por otro Papa, por haber hecho causa comun con los Rusos cismaticos, con los Ingleses hereges, y con los Turcos infieles, contra la Francia Católica. (1)

Tambien los Doctores de la Escuela ultramontana han procurado contribuir con sus doctrinas á mantener siempre vivo este sistema de la absoluta Monarquía del Papa, abanzando cada cual un paso mas al que antes se había dado. Establecida por unos la Monarquía *espiritual* del Romano Pontífice en toda la Iglesia, fundaron otros sobre ella la absoluta Monarquía *temporal*, subordinando y sometiendo á la Potestad del Papa las personas de los Monarcas, y su Poder temporal.

El P. Lainez en el discurso que pronunció en la Congregacion de los Padres del Concilio de Trento el 20 de Octubre de 1562, sentó por principio „ que fué concedido por Jesucristo á S. Pedro el ple- „ no poder sobre la Iglesia, á fin de que ella estuviese tan sujeta á „ él, como lo estaba á su Magestad divina: dijo, que la jurisdiccion „ está esencialmente en la sola Silla de Roma, y solamente por emanacion en las otras: que segun el orden instituido por Jesucristo, „ los Apóstoles deben ser hechos por S. Pedro, y recibir su jurisdic-

(1) Plowden, Church and Stat.

„ción de él solo, y no de Jesucristo: que los que dicen que los Apóstoles han sido ordenados Obispos por Jesucristo, añaden, que Jesucristo hizo esta vez el oficio de S. Pedro: que cuando el Papa se halla en un Concilio, aunque sea General, él allí pronuncia solo, sin que el Concilio, por numeroso que sea, ponga otra cosa de suyo, mas que la formula ordinaria de *Sacro approbante Concilio*: que cuando el Concilio juzga, lo hace por la Autoridad Papal emanada de la de Dios y comunicada por el Papa: que los Obispos no son de derecho divino: y por último que cada Obispo particular puede ser despedido por el Papa, como no siendo sino de derecho Canónico.”

Osorio en su coleccion de Sermones enseña, „que el Gobierno de la Iglesia es Monárquico, y que no hay en ella mas que un Príncipe Soberano, que es el Papa: que S. Pedro ha recibido la Potestad de las llaves para él y sus Sucesores, quienes por esto tienen el poder de gobernar la Iglesia universal, de enviar Obispos á todas partes, de predicar el Evangelio en todo el Mundo, de dar toda jurisdiccion, quitarla, moderarla ó templarla, crear Reyes, quitarles sus Reinos, si se separan de la fé, ó impiden que se predique; en fin no hay nada sobre que no tenga una Autoridad Soberana.” (1)

Belarmino, el gran Maestro de los ultramontanos, dice, „Si el Papa errase mandando vicios, y prohibiendo virtudes, la Iglesia estaría obligada á creer, que los vicios son buenos, y que las virtudes son malas; porque está obligada la Iglesia en las cosas dudosas á conformarse con el juicio del Sumo Pontífice, hacer lo que él manda, y no hacer lo que él prohíbe: y no sea que tal vez obre contra conciencia, está obligada á creer, que es bueno lo que él manda, y malo lo que él prohíbe (2).” Nótese que el mismo Belarmino hablando de la infalibilidad del Papa dijo; *non est de fide propter solos Gallos*.

Vazquez dice, „Como el Soberano Pontífice es Superior al Concilio General de los Obispos, él no está sometido á las leyes y decretos dados por el Concilio, sino como los Príncipes Soberanos á sus propias leyes.” (3)

Azor, despues de haber sostenido la esclusiva jurisdiccion del Papa como Vicario único de Jesucristo, y como Soberano de toda

(1) Osor. colec. de Serm. tom. 3. pag. 69.

(2) Si Papa erraret præcipiendo vitia vel prohibendo virtutes, teneretur Ecclesia credere vitia esse bona, virtutes esse malas; tenetur enim in rebus dubiis Ecclesia acquiescere iudicio Summi Pontificis, et facere quod ille præcipit, non facere quod ille prohibet: ac ne forte contra conscientiam agat, tenetur credere, bonum esse quod ille præcipit, malum quod ille prohibet. (Belarm. Tom. 1. lib. 4. de Rom. Pont. cap. 5.)

(3) Vazquez, Tom. 2. Disp. 167. c. 1. pag. 107.

la Iglesia, concluye „que el Papa tiene el poder de quitar á los Obispos su jurisdiccion, disminuirla, restringirla, cambiarla, variarla, segun la medida mas ó ménos grande de Potestad, que él les concede.” (1)

Layman enseña, „que solo el Papa recibe de derecho divino la jurisdiccion necesaria para la remision y absolucion de los pecados: todos los demas Obispos, dice, no la tienen, sino de derecho eclesiástico, y no la reciben sino del Papa, que puede por consiguiente poner limites á su jurisdiccion.” (2)

El P. Rodas en su Teología escolástica, despues de haber sentado, que el Papa es la regla infalible de la fé, superior á los Concilios, y Príncipe Soberano de toda la Iglesia, deduce, „que cuando el Papa muere, no queda en la Iglesia ninguna Autoridad infalible para hacer decisiones de fé; porque dice, que la Autoridad de los Concilios, que no tienen á su cabeza al Papa, es puramente humana....; que la Potestad de las llaves no ha sido dada mas que á S. Pedro, para ser comunicada á sus Sucesores, y que los demas Apóstoles no han tenido sino una Potestad delegada.” (3)

Jacobo Vernant asegura, „que nuestro Señor Jesucristo ha dado á S. Pedro y á sus Sucesores toda la autoridad que ha recibido de su Eterno Padre para gobernar su rebaño. Ved, prosigue, un favor, y una gracia incomparable, pues que la autoridad de S. Pedro, y por consiguiente del Romano Pontífice su Sucesor, es de la misma estension sobre la Iglesia, que la del Padre Eterno y de su hijo Jesucristo.... Segun esto, ¿no podemos decir que el Hijo de Dios ha dado á S. Pedro la misma Potestad, que le es comun con su Padre sobre toda la Iglesia? El Papa es el depositario de los tesoros de la ciencia y de la sabiduría de Jesucristo. En él están los tesoros ocultos de la sabiduría y de la ciencia: *in quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi*. Ad Coloss. 2.” (4)

El P. Desiderant, Profesor de Teología en la Sapiencia, premiado por Clemente XI, había sostenido en una Tesis pública, „que el Papa es el Monarca de toda la tierra, y el Obispo de todo el mundo Cristiano, que todo le está sometido; que él destrona los Reyes y Emperadores hereges; que los puede cargar de cadenas, &c. &c.” (5). Despues de haber dado este escándalo en Lovayna en 1685, desterrado de los Países-bajos, se fué á Roma, y al año siguiente defendió las mismas tesis sediciosas y revolucionarias, que

(1) Azor. inst. mor. p. 2. lib. 3. c. 30.

(2) Layman. Teol. mor. lib. 5. cap. 12.

(3) Rodas. Tom. 1. Disp. 2. de fide, quæst. 2. sec. 5.

(4) Cens. Sorb. 24. Maj. 1664.

(5) Thes. de Lov. año 1685.

tanto agradaron á los Romanos, añadiendo, „que el Papa era el com-
 „pendio del universo, y que la Autoridad de cien mil Obispos reu-
 „nidos, no era igual á la del Pontífice de Roma.”

Por conclusion de tantos propositos, impiedades y estrava-
 gancias, referiré algunas de las proposiciones defendidas publicamente
 por los PP. Recoletos de Lovayna en 1691. „Dios y el Papa, de-
 „cian, no tienen otra razon que su voluntad. El Papa puede dispen-
 „sar de un Cánón de los Apóstoles, porque el Papa es mas grande
 „que un Apóstol: él dispensa algunas veces de la ley de Dios, y
 „tambien alguna vez de la ley natural. El Papa es el Dios de este
 „mundo en lugar de Jesucristo, tanto para las cosas temporales, co-
 „mo para las espirituales. La Potestad Real recibe su Poder de la
 „Autoridad Pontifical. El Papa es el Señor del Emperador y de
 „, todos los Reyes de la tierra.”

Esta es la absurda Monarquía Papal, que bajo el manto del Pri-
 mado divino de S. Pedro, ha fundado la Escuela ultramontana: esta
 es la Monarquía, que despues que Gregorio VII, para abatirla, la
 habia calificado de obra del demonio, la sublimó con su espada y po-
 der Pontifical hasta un punto, que dejó quebrantado el dogma, tan ne-
 cesario á la tranquilidad de los Estados, de la Independencia de la Po-
 testad Soberana de los Reyes, para que al cabo, en época no muy
 posterior, se levantase un contra-dogma anti-evangelico y sedicioso. La
 doctrina que aquel con error de buena fé practicó, Bonifacio VIII
 por sí y ante sí la canonizó.

Habia parecido á muchos, que semejante doctrina de la Monar-
 quía de los Papas, fundada en el Vicariato *único* de S. Pedro, aun-
 que ya restringida modestamente á la Iglesia universal, porque no ha-
 cia gran ruido en estos tiempos, estaba olvidada, si no totalmente es-
 tinguida entre nosotros, particularmente desde que estendida la afición
 á otros estudios que los de las aulas, es conocida de todos, entre otros
 incontrastables testimonios, la solemne declaracion del Clero Galicano,
 y la magnífica defensa que de ella hizo el célebre Obispo Bossuet.
 Allí se halla recopilado, cuanto es posible apeteecer para una demostracion
 Teológica, habiendo recibido las doctrinas de este sapientísimo Prelado
 el mayor realce, y la última decisiva acquiescencia entre los Teólogos
 desapasionados é imparciales, despues de la comparacion y cotejo que
 han sufrido con la impugnacion del muy sabio y respetable Cardenal
 Orsi, sin duda el mas hábil é ingenioso de todos los Doctores ultramon-
 tanos. Pero la infatigable Corte de Roma, de la que dijo el célebre
 Melchior Cano, que *mal conoce á Roma, quien pretende curarla*,
 no pierde ocasion ni medio de mantener vivo su sistema, aunque sea
 á costa del venerando nombre de los Sumos Pontífices, de cuyo tí-
 tulo augusto abusa, y cuya autoridad usurpa.

Para no ir á buscar pruebas á épocas mas lejanas, no hay mas

que observar la conducta de aquellos Cortesanos de veinte años acá, y la que en la actualidad tienen con nosotros en medio de la guerra civil que nos devora. Es lo mas triste y desconsolador para todo corazón verdaderamente católico, que así se nos trate por miras mundanas bajo el nombre del Sucesor de S. Pedro, y que se fomente el cisma de nuestras Iglesias, para sacar provecho de la confusion y afliccion á favor del Pretendiente D. Carlos, cuya causa, por ser del absolutismo, han abrazado aquellos. Los dos conceptos, el de Monarca temporal de Roma, y el de Pontífice de Roma, Primado de la Iglesia universal, se ponen en doble juego, sin quererlos separar, para mal de la Iglesia misma y descredito de su Cabeza, con escándalo de los fieles sencillos, que no distinguen bien, y solo ven, que del Centro de la Unidad parten los rayos de la discordia; que bajo el pacífico y dulce nombre de nuestro Padre comun se fomenta la guerra entre sus hijos; y que con su religioso velo se sostiene entre desolaciones y muertes el mas mundano pensamiento, con el mas infatigable y encarnizado encono. Oviedo, Zaragoza, Toledo, Orihuela y la presente denuncia del Cabildo de Málaga, la acogida estrepitosa que ha tenido por el Gobernador Eclesiástico de Sevilla, y las doctrinas que en sus censuras han emitido mis Calificadores, proveen materia abundante para confirmar tan tristes reflexiones.

Aquella misma repugnante Monarquía Papal absoluta, que le descrito bajo el nombre de los escritores ultramontanos citados, es la que se vá á ver en boca de mis Calificadores, aunque espresada con alguna mas cautela. „¿Son acaso, me preguntan, las falsas Decretales de Isidoro Mercader, á las que acuden en sus conflictos los herejes y protestantes, acusándolas del crimen de haber mudado esencialmente el Gobierno Eclesiástico?” Cuidado con este adverbio *esencialmente*, que con astuta sutileza ó equivocacion se introduce en esta disputa para dar lugar á prevenciones y tergiversaciones injuriosas: por mi parte lo repruebo absolutamente. „¿Que nos diga, continúan, en que tiempo, en que época se inventaron estas máximas, para poner en manos del Papa, á pesar de una vigorosa resistencia, el Imperio universal y la Monarquía del Orbe Católico? Pues qué no puede llamarse este Imperio universal del Papa y su Monarquía de institucion divina? Ciertamente; y nos es bastante para evidenciar esta verdad, decir: En S. Pedro y su Sucesor el Romano Pontífice reside el Primado de honor y de jurisdiccion en toda la Iglesia; á él solo y por él se ha dicho: *Pasce oves meas*, *pasce agnos meos*.”

Después que mis Calificadores han pretendido quedar sobradamente probada la Monarquía del Papa con dicho testo Evangélico, pero tan infelizmente, como se verá después; para apoyarla dan un salto nada ménos que de catorce siglos, desde el Evangelio, hasta Pedro

de Aliaco, y su discípulo Gerson, el Legado del Rey de los Franceses en el Concilio de Florencia, Almayno, y el Duque de Orleans Arzobispo Cameracense, citando ademas algunos actos de ciertos Pontífices que califican de Monárquicos, los cuales no vienen al caso, y por último se cierran con Melancton y Puffendorf, como testigos de mayor escepcion por ser nuestros enemigos; y de todo esto concluyen: „Es pues visto, que la Monarquía ó Supremo dominio del Papa no son máximas inventadas, sino una institucion divina, reconocida como tal en la Iglesia.” ¡Tanto es el poder de las ilusiones, y á tantos estravios conduce!

Mis Calificadores mismos se contradicen, cuando en su censura al Considerando 15 aceptan y adoptan el dicho de Bossuet: *El espíritu del Cristianismo es, que la Iglesia sea gobernada por los Canones.* Mas ahora les viene bien olvidarlo: el Imperio universal del Papa, su Monarquía ó Supremo dominio de institucion divina; esto es lo que se pretende al presente establecer, para despues sacar todas las consecuencias de ese Supremo dominio, que son tantas y de tal calidad, que horrorizan. Por esto dije en un principio, que habia venido á llenar de lágrimas á toda la Cristiandad el nombre de Monarca introducido poco ha metafórica é inocentemente, para ensalzar la gran Prerogativa del Primado de S. Pedro, en la que es único, pero que nada tiene de Supremo dominio, ni con tal carácter se encuentra donde pretenden mis Calificadores. „Nosotros encontramos, dicen, en la venerable antigüedad el carácter verdadero de Monarca en el Romano Pontífice, porque verdadero Monarca es, el que en una Nacion dá órdenes á sus Magistrados, y anula lo, que estos hacen *contra su voluntad é imperio.*” ¡Que triste, que mundana idea tienen de la Esposa de Jesucristo!

Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos, dijo Jesucristo á S. Pedro; este es su gran argumento: *Pasce oves meas, pasce agnos meos*: en él están refundidos todos: aquí están fundados los títulos, que dan al Papa, de Pastor de los Pastores, Obispo de los Obispos, Ordinario de los Ordinarios, Vicario único de Jesucristo, para concluir llamándolo „Monarca que dá órdenes á sus Magistrados, y anula lo que estos hacen contra su voluntad é imperio. *Apacienta mis corderos*; esto es, los simples fieles, traduce la Escuela Romana: *apacienta mis ovejas*; esto es, los Obispos, los Pastores, los mismos Apóstoles. Pero uno de los mas acerrimos ultramontanos, el célebre Maldonado, mas sabio y prudente que mis Calificadores, aconsejó á los de su Escuela, que no se valiesen de tales argumentos, porque no causaban á los hombres doctos mas que el desprecio y la risa. *No se ha de disputar sutilmente*, dice, *porque Cristo los haya llamado mas bien corderos que ovejas; porque el que esto hiciere debe ver con mucho cuidado no dé motivo de*

risa á los hombres doctos (1)." Y tenía razon; porque prueba demasiada ignorancia no saber, para la aplicacion de este texto, y deducion de consecuencias impertinentes y miserables, que Jesucristo unas veces llamó á sus Apóstoles ovejas, y otras veces los llamó corderos. *Yo os envío como ovejas en medio de lobos, dice S. Mateo (2). Yo os envío como corderos, dice S. Lucas (3).*

Qué; ¿tendría que apacentar S. Pedro á los demas Apóstoles sus compañeros y hermanos (no sus Magistrados), de modo que *cual Monarca suyo había de darles órdenes y anular lo que hiciesen contra su voluntad é imperio?* ¿Deprimiremos la Dignidad y Autoridad de los Apóstoles y sus Sucesores, haciéndolos descender á una condicion de tan inferior y subalterna Magistratura, de tal modo dependiente, y con la degradacion que quieren mis Calificadores, cuando los Santos Padres reconocen en todos ellos la mas perfecta igualdad, escepto el Primado? ¿Y para qué se había de dar á S. Pedro el cuidado de apacentar á S. Pablo? ¿Sería para proveerlo de licencias de confesar y absolver de reservados? ¿Cual es ese Monarca, que dá órdenes á sus Magistrados, y anula lo que estos hacen contra su voluntad é imperio? Es Pedro el Monarca? ¿Es Pablo el Magistrado.....? No: ambos son hermanos: ambos son iguales. *Paulus Petrum reprehendit, quod non auferret, nisi se non imparem sciret (4).*

Consideren ante todas cosas mis Calificadores, que como decia S. Bernardo al Papa Eugenio, *la Santa Iglesia Romana, que presides por la misericordia de Dios, es Madre de las demas Iglesias, no Señora de ellas; y que tu no eres Señor de los Obispos, sino uno de ellos (5).* Y qué; por ser el Papa Presidente de la Iglesia Romana Madre de las demas Iglesias, no siendo por tal título Señor de los Obispos, sino uno de ellos ¿podrá llamarse Obispo de los Obispos? *Ninguno de nosotros se constituye Obispo de los Obispos, dice S. Cipriano aludiendo al Papa Estevan, ni obliga á sus demas Colegas con un terror tiránico, á que le obedezcan necesariamente (6).* ¿Se llamará Obispo universal? *Si uno es universal, dice el Papa S. Gregorio Magno, resta que los demas no sois*

(1) Non est subtiliter disputandum, cur Christus agnos potius quam oves appellaverit: quod qui faciat, videat etiam atque etiam, ne doctis hominibus risum præbeat. (Mald. in Cap. 21. Joan. n. 30.)

(2) Math. c. 10. v. 16.

(3) Luc. c. 10. v. 3.

(4) Dec. cau. 2. quæst. 7. cap. 33.

(5) Consideres ante omnia Sanctam Romanam Ecclesiam, cui Deo auctore præsides, Ecclesiarum Matrem esse, non Dominam; te vero, non Dominum Episcoporum, sed unum ex ipsis. (S. Bernard. lib. 4. cap. 7. p. 450.)

(6) Conc. Tom. 1.º p. 786.

Obispos.... Porque si á cada Obispo no se le guarda su jurisdiccion, ¿que otra cosa sucederá, sino que se perturbe el órden eclesiástico por Nos mismo, que debemos hacer que se guarde? (1). No: el Obispo de la Primera Silla no se llame Príncipe de los Sacerdotes, ú otra cosa que se parezca á esto, sino solamente Obispo de la Primera Silla. Así dice el Concilio de Cartago presidido por S. Aurelio, y á que asistió S. Agustin (2). Ya entónces se comenzaba á abusar del nombre de Príncipe, que despues se ha convertido en el de Monarca.

En concepto de mis Calificadores ¿qué querría decir Jesucristo á todos los Apóstoles y sus Sucesores con el precepto ilimitado de su Mision divina; *Docete omnes gentes; Prædicate Evangelium omni creaturæ*; que tenga un diverso sentido del *Pasce oves meas*, aplicado á solo S. Pedro? Pero lo que presenta una evidente prueba de los desmedidos abances de la Escuela ultramontana es, que de Pastor del rebaño, hayan levantado á Pedro á Monarca con Supremo dominio sobre ovejas, y corderos; cosa que el Santo nunca supo, ni imaginó; y que este Supremo dominio Monárquico de los Papas sus Sucesores haya sido presentado despues por mis Calificadores, como una institucion divina reconocida como tal en la Iglesia.

Mas para hacer patente su equivocacion á mis Calificadores, que creen fundada en el Evangelio la Monarquía de los Papas, porque, como suponen, á él solo (S. Pedro), y por él se ha dicho; *Pasce oves meas, pasce agnos meos*; les referiré las palabras de S. Ambrosio. *Apacienta mis ovejas; cuyas ovejas, y cuyo rebaño no solo recibió entónces S. Pedro, sino que las recibió tambien con nosotros, y con él las hemos recibido todos (3). En S. Pedro, dice S. Agustin, estaba figurada la unidad de todos los Pastores..... Pedro Pastor, y Pablo Pastor, y los demas Apóstoles Pastores y buenos Obispos..... Porque á la Iglesia fuéron dadas las llaves del Reino de los Cielos, cuando se dieron á S. Pedro; y cuando á este se dijo; Apacienta mis ovejas, á todos se les dijo..... Porque en figura representaba la persona de*

(1) Si unus universalis est, restat ut vos Episcopi non sitis..... Si sua unicuique Episcopo jurisdiccion non servatur, quid aliud agitur, nisi ut per Nos, per quos Ecclesiasticus custodiri ordo debuit, confundatur. (S. Gregor. Epist. 70. lib. 7. et Epist. 22. lib. 9.)

(2) Primæ Sedis Episcopus non appelletur Princeps Sacerdotum, aut aliquid hujusmodi; sed tantum primæ Sedis Episcopus. (Conc. Carth. 3.º anno 436. can. 26.)

(3) Pasce oves meas; quas oves, et quem gregem non solum tunc Beatus Petrus suscepit, sed et nobiscum eas suscepit, et cum illo eas suscepimus omnes. (S. Ambros. lib. 2. de Dign. Sacerd.)

la Iglesia, por el Primado que tuvo entre los Discípulos (1).

Es visto pues, segun la autoridad de los Stos. Padres referidos, que la aplicacion y esplicacion del texto citado del Evangelio, en que mis Calificadores tan indiestra como impertinentemente apoyan la Monarquía divina, y el Imperio universal de los Papas, es mas, segun Maldonado, para causar risa que conviccion. Lo que no puede causar risa, sino el mas amargo llanto y dolor son los deplorables efectos, que han producido las consecuencias, que los Doctores ultramontanos se han permitido deducir de esta pretendida Monarquía divina é Imperio universal ó Supremo dominio del Papa. Ya he referido muchas de ellas bajo los nombres de los Jesuitas Lainez y Osorio, de Vazquez, Desiderant y demas citados, con otras mil que omito, porque causaría gran pena y desconsuelo referir.

Para dar una idea de la contradiccion, de la confusion, y del laberinto, en que se envuelven mis Calificadores, al esplicar su doctrina sobre la Monarquía divina absoluta del Papa, no puedo ménos de copiar el párrafo siguiente. Hablando conmigo se espresan así. „Tam-
 „ poco dirá ser un error, cuando dice (el Cabildo de Málaga), *que*
 „ *residiendo en la persona del Papa la plenitud de la Potestad,*
 „ *justa y licitamente dá á los Obispos la parte que cree conve-*
 „ *nir para bien de sus respectivos rebaños, y se reserva la de-*
 „ *mas;* porque no debe ignorar los decretos del Sto. Concilio de
 „ Trento en orden á reservas. Ademas, no siendo la jurisdiccion una
 „ cosa corporea, no se puede dividir, y dar á unos una parte y reser-
 „ varse otras. La jurisdiccion, pues, es una cosa incorporeal, como
 „ son todos los derechos, que por eso no son objeto de la posesion,
 „ sino de la quasi-posesion. Cuando á un Obispo le señala el Papa
 „ territorio ó le substrahe subditos, no le quita ni cereena aquella ju-
 „ risdiccion primigenia, que tiene por derecho. Circunscribir, ceñir,
 „ coartar y restringir la jurisdiccion de un Magistrado á cierto lu-
 „ gar, ciertas personas y á ciertas causas, no es quitarsela; sino ar-
 „ reglarla segun los intereses del bien público. Así lo han hecho con
 „ razon y justicia los Concilios particulares, pues siendo estos en au-
 „ toridad superiores á los Obispos, han podido prefinirles el ejercicio
 „ de su autoridad, sin que nadie haya dicho, que los Concilios se han

(1) In uno Petro figurabatur unitas omnium Pastorum..... Petrus Pastor, Paulus Pastor, et cæteri Apostoli Pastores et boni Episcopi..... Huic enim Ecclesiæ claves regni Cælorum datæ sunt, cum Petro datæ sunt; et cum ei dicitur, ad omnes dicitur; *Pasce oves meas*..... Agnoscitur Petrus in figura gestasse personam Ecclesiæ ob Primatum quem in discipulis habuit. (S. August. Serm. 147. de verb. evang. Joan.... Tract. 47. in Joan..... De Agone Christ. cap. 30..... in psalm. 108).

„ excedido en esto. Pues si lo ha podido hacer una Autoridad fun-
 „ dada solo en el derecho eclesiástico, mucho mas podrá hacerlo, la
 „ Autoridad que se funda en el derecho divino, cual es la del Papa.
 „ Establecida así en la Iglesia esta Monarquía del Papa, ¿en dónde
 „ aparece la injuria al Episcopado, como asegura el Autor del Es-
 „ crito?” &c. &c.

Este párrafo merecía un largo comentario. Dejo al sutil escolasticismo de mis Calificadores, que expliquen y aclaren, cómo asegurando ellos mismos, que *la jurisdicción no es una cosa corporea*, y que de consiguiente *no se puede dividir y dar á unos una parte y reservarse otras*, afirman y sostienen en la línea anterior con los Canonigos de Málaga, que *residiendo en el Papa la plenitud de aquella Potestad de jurisdicción, justa y licitamente dá á los Obispos una parte, y se reserva la demas*. ¿Es divisible ó indivisible? ¿Se puede dar una parte y reservarse la demas, ó no? Mis Calificadores en el corto espacio de cuatro líneas han sentido la afirmativa y la negativa. ¡Cuántas contradicciones se cometen, aun involuntariamente, cuando se sostiene una causa, á que no asisten la razón ni la justicia! Esto no es comprehensible, ni disculpable, sino compadeciendo el compromiso y apurada situación, en que se vieron colocados los Calificadores, al tiempo de firmar el dictámen de censura, sin darles tiempo ni aun para el mas ligero exámen.

Mas por fin de todo, lo que se vé, es la idea dominante, de que los Obispos son unos Magistrados al quitar, que aun con aquella *jurisdicción primigenia que tienen por derecho*, no son otra cosa que unos simulacros pintados, que dijo Gerson. Porque, ¿cual es esa *jurisdicción primigenia*; qué viene á ser el *derecho de un Magistrado*, á quien quita y pone á su placer el Monarca, que recibe órdenes del Monarca, anulando este lo que aquel hace contra su voluntad é imperio? ¿Cual será en concepto de mis Calificadores aquella *jurisdicción primigenia*? ¿que *derecho* será aquel de que hablan? ¿Y cómo compendrán con su divina Monarquía absoluta y su dominio Supremo este *derecho* y aquella *primigenia jurisdicción*? Todo lo demas de la *jurisdicción incorporal ó corporea*, la indivisibilidad de aquella al mismo tiempo que la acaban de dividir con las reservas, la posesion y quasi-posesion, el cómo se ha de entender el señalamiento de territorio ó substraccion de subditos que hace el Papa á los Obispos, á manera de Magistrados, á quienes el Monarca dá, coarta y restringe la *jurisdicción*, sin que perjudique con esto la *primigenia jurisdicción*, que confiesan tener aquellos por *derecho*; la autoridad de los Concilios Provinciales para el arreglo del ejercicio de aquella *jurisdicción*, y la comparacion con la del Papa y su Monarquía absoluta de derecho divino, sin temperamento alguno, como dicen despues; todo este embrollo lo entrego á la confusion y

obscuridad de donde salió. Sin embargo los procedimientos sucesivos del Sr. Gobernador Eclesiástico de esta Diócesis indican, que quedó completamente ilustrado y satisfecho de este párrafo de la censura y de otros muchos que se le parecen.

Pero algo habré de decir sobre Reservas, ya que mis Calificadores, tan infortunadamente las trahen en su apoyo. Los Decretos que me recuerdan del Concilio de Trento sobre Reservas ¿prueban acaso que estas corresponden al Papa de derecho divino por razon de su Monarquía? ¿O prueban mejor (y así fué sin duda), que estas Reservas se le concedieron por el Concilio, ó se le confirmaron las que ejercía, por atencion y respeto á su altísima Dignidad de Primado, y á la Suprema Potestad y Vigilancia, que en calidad de tal tiene en la Iglesia universal? ¿Porqué se llaman Reservas? Si estas no son mas que extensiones del derecho comun, y suponen mis Calificadores, que el Papa es Monarca de institucion divina, con Supremo dominio, por razon de la autoridad tan ilimitada que ellos han descrito, ¿á que fin, ni que necesidad habia de esta declaracion de Reservas por el Concilio? Qué, por tales Reservas ¿habrá desaparecido ó se habrá aniquilado aquella Potestad de S. Pablo, y sus Sucesores para regir y gobernar los fieles, *secundum potestatem quam dedit mihi Dominus in edificationem et non in destructionem*? (1) ¿Y servirá de edificacion y no de destruccion el ejercicio de la Potestad reservativa, si la oveja que caida en el precipicio perece, tiene que aguardar á que su propio é inmediato Pastor vaya á Roma á buscar la licencia para salvarla? Y no hay que decir, que en tal peligro, cuya calificacion será siempre discrecional, y por lo mismo sujeta á fluctuaciones y conflictos, el derecho provee al inmediato Pastor de facultades; porque aunque así lo declaró el Concilio de Trento (2), vino despues el Monarca S. Pio V, y por el supuesto poder absoluto sobre la Iglesia, derogó en varios casos aquella disposicion por una Bula, que vino á confirmarse posteriormente por otra de Gregorio XIII (3).

Tambien hay muchos Autores ultramontanos, que dicen, que por la Bula de la *Cena* se revocó á los Obispos la facultad de absolver en caso de heregía (4). Pero es preciso oír al Teologo Fr. Emmanuel (Rodriguez), en sus adiciones á la Bula de la Sta. Cruzada, la convincentísima razon, de porqué está bien derogada á los Obispos esta facultad. Dice así: „aquella facultad (de absolver que de-

(1) S. Paul. Epist. 2. ad Corinth. cap. 13.

(2) Concil. Trid. Sess. 24. cap. 6. de reform.

(3) Gallemart. Concil. Trid. cum notis et remiss. pag. 266. edit. Martini 1773.

(4) Id. pag. 269.

„claró el Concilio de Trento á los Obispos) no se estiende á la he-
 „regia oculta cuando hay cómplice; porque eso sería destruir la má-
 „quina del Sto. Oficio (1).” No hay duda que es lastima se des-
 compusiese esta máquina.

Bien pudieran haber visto la Bula de confirmacion del Concilio de Trento por Pio IV, en la que espresamente se dice, sin arrogarse la Monarquía absoluta, que en las dificultades y controversias que se susciten, acerca de la inteligencia de los Decretos del mismo Concilio, se ocurra á la Santa Sede Apostólica, Maestra de todos los fieles, cuya autoridad reconoció reverentemente la Santa Sinodo, y á la que la misma decretó y confió con razon la declaracion y decision. No dijo por cierto derogacion, revocacion, ni anulacion de sus Decretos. *Nos enim difficultates et controversias, si quæ ex iis Decretis ortæ fuerint, Nobis declarandas et decidendas, quemadmodum ipsa quoque Sancta Synodus decrevit, reservamus, parati, sicut ea de Nobis merito confissa est, omnium Provinciarum necessitatibus ea ratione, quæ commodior Nobis vissa fuerit, providere.* Si la Curia Romana se hubiera contenido en los límites de esta confianza, no tendríamos el sentimiento, de que se hubiese dado ocasion á la maledicencia, para que haya dicho de la Congregacion de Interpretes del Concilio, que han venido á ser en ciertos casos, como el de la cesacion de los Concilios Provinciales, *potius corruptores quàm interpretes Concilii Tridentini.*

Basta de Reservas, pues no es mi proposito estenderme mas en esta materia; sino hacer ver, que esta confianza que le hizo el Concilio, no tenia lugar, si hubiese el Papa reconocido en sí ese derecho Monárquico divino: así como á existir este pretendido Soberano absoluto, ni era preciso tal Concilio, ni jamas la Iglesia hubiera necesitado las reuniones de los Obispos de la Cristiandad, ni hubiera venido al caso, que se hubiesen juntado los Apóstoles en Jerusalem, ni que los Padres de los Concilios de Nicea y Constantinopla se hubiesen congregado para condenar al Papa Honorio, y reprobear el *Constitutum* del Papa Vigilio; ni nada, nada mas necesitaria la Iglesia de Dios, aunque se hallase devorada por un cisma, como el del siglo 14, que un Monarca en Roma con su Corte y sus Cortesanos. Desde allí ese Soberano absoluto, que pretenden mis Calificadores, lo gobernaría todo, enviando órdenes á sus Magistrados los Obispos, quitándolos sino le agradaban, anulando por su Soberano Imperio lo que no fuese conforme á su voluntad, circunscribiendo, coartando, ciñendo y restringiendo su jurisdiccion Episcopal, quitándoles subditos, añadiéndoles subditos, alargándoles su territorio, ó estrechándole los lí-

mites, y en fin lo que mis Calificadores llaman *arreglar la jurisdiccion segun los intereses del bien público*, ¡ Cuanto despropósito ! Y preguntan con una candidez indefinible: „ Establecida así en la „ Iglesia esta Monarquía del Papa ¿ en donde aparece la injuria al „ Episcopado, como asegura el Autor del Escrito ? ” Estoy seguro, que la Corte de Roma tan sabia y tan sagaz, léjos de agradecer á estos Señores la defensa de su Monarquía, se indignará al ver lo infeliz é inhabilmente que lo han hecho, poniéndola en descubiertos tan vergonzosos, y presentándola bajo un aspecto tan odioso, á la par que tan depresivo.

Si la doctrina de los Curiales de Roma y su numerosa clientela no tuviese los seductores atractivos, con que bajo pretexto de Religión la han rodeado, llamando á participar á tantos de mil maneras diversas de los goces de sus mundanas consecuencias, seguramente no se defendería con tanto teson, ni se hubiera sostenido por tanto tiempo. Bastaba la novedad con que se anunció en las Escuelas para haberla desechado en buena Teología, si habían de ser los Teólogos consiguientes en los principios de tan elevada ciencia. Nada nuevo se admite en ella, como confiesan mis Calificadores. Pues bien; del exámen prolijo que ha hecho el Ilmo. Bossuet resulta, que hasta el siglo 13 no se introdujo en las Escuelas la doctrina de la jurisdiccion delegada á los Obispos por el Papa, que es la que ha dado origen á la idea de su absoluta Monarquía (1).

Mas al ver ya despues ensalzado el Primado de S. Pedro, y sus Sucesores, con los nombres encomiasticos y figurados de Monarca, Príncipe y Soberano, repetidos por otros con las mas repugnantes demostraciones de adulacion y vasallage, nada tiene de extraño, que así se haya de unos en otros trasmitido á muchos el engaño. Preocupados de buena fé, y sin haber profundizado la materia, llevados solo de la autoridad de sus Maestros, á fuerza de repetir sin exámen lo que les oyeron, han creído sencillamente, que el Papa, por venir así llamado metaforicamente Monarca, es en la Iglesia de Dios lo que Cárlos IV ó Fernando VII Soberanos absolutos en España, ó lo que son los Czares en Rusia, ó lo que Luis XIV fué en Francia. Todas las ideas que conciben, al considerar lo que les parece y se han figurado ser un Monarca ó Soberano de la tierra, otras tantas pretenden aplicar material y literalmente al Papa, llamando encomiasticamente con el mismo nombre, ó apellidado con tal título por la analogía, que en sus ilusiones creen encontrar perfecta entre el sistema de gobierno de la Iglesia, y el designado en política mundana bajo aquel nombre.

(1) Bossuet, lib. 8. cap. 11.

Ven que un Monarca de la tierra comunica su potestad y jurisdiccion á los Magistrados del Reino; luego el Papa Monarca, dicen, comunica de la misma manera la jurisdiccion y potestad á los Obispos, que son los Magistrados de la Iglesia. Ven que el Soberano depone, traslada, ó suspende á su voluntad á sus Magistrados; luego el Papa Soberano, depone, traslada ó suspende á los Obispos á su placer, y sin dar razon á nadie. Ven que el Monarca distribuye su territorio, ciñe, coarta y restringe la jurisdiccion á sus Magistrados, se reserva juicios y avoca causas; luego el Papa Monarca reparte entre los Obispos la Iglesia universal, les restringe, coarta y ciñe su jurisdiccion, y se reserva los juicios y causas que gusta. Ven que el Soberano es el único que hace leyes para todo su Reino; luego el Papa Soberano es el único, que tambien las hace para toda la Iglesia universal. Ven que el Soberano absoluto se hace superior á las leyes, las infringe ó las anula á su voluntad, sin que nadie se atreva á contra decir so pena de su ira é indignacion; luego el Papa Soberano tambien es superior á los Canones, los infringe ó los anula segun su parecer, y nadie puede contradecir, sin incurrir en la indignacion de S. Pedro y S. Pablo Apóstoles, y en la nota de cismático, temerario, irrespetuoso, y próximo á la heregía.

En fin olvidando el origen de esta Sociedad, que se llama Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica, su objeto, y la perfecta analogía de sus medios con su fin, han desconocido la naturaleza de su Gobierno; y preocupados unos de buena fé, y otros con avara y ambiciosa hipocresía, han aplicado groseramente al Primado de la Unidal universal las ideas vulgares y mundanas de la Monarquía terrestre, olvidando que Jesucristo había dicho, *que su Reino no es de este mundo, y que sus Apóstoles no habian de dominar como los Monarcas de la tierra.*

Así se estendió el error, y la astucia se aprovechó del error. Para envolverlo en mas densas tinieblas, el escolasticismo inventó otras mil cuestiones auxiliares, entre ellas la tan funestamente famosa de Pedro Cuñeres, de que *el Estado está en la Iglesia*, porque sus consecuencias habian de refluir en favor del Gefe de ella. De tan encarnizadas disputas nació la escandalosa y larga lucha del Sacerdocio con el Imperio, que tantas perdidas, y ni un solo grano de mostaza de ganancia ha trahido á la Iglesia de Dios. Mas declarados Soberanos los Papas, sus aluladores y Cortesanos fueron abanzando é introduciendo con mayor empuño máximas contrarias á la Autoridad de los Reyes, y á la independencia de las Naciones: y esta es la razon porqué estas y aquellos, aun los mas piadosos y Católicos se han hecho un deber de impedir, que bajo pretexto de Religion se publique ninguna Bula, aun con el nombre de dogmatica, sin hacerla ántes examinar.

Para que se forme un juicio mas exacto de toda mi doctrina acerca del Gobierno de la Iglesia, no puedo ménos de referir aquí lo que dice nuestro célebre Obispo de Avila D. Alfonso Madrigal, el Tostado, el cual en su texto que sigue traducido á la letra, ademas de las ideas que con toda claridad y exactitud espone acerca de este punto, añade otras, relativas á los anteriormente contestados, siendo todas ellas muy dignas de meditarse por los Teólogos ultramontanos, y muy particularmente por mis denunciadores y Calificadores, que tan injustamente me han censurado. Dice así:

„ Las llaves fuéron dadas á toda la Iglesia por Cristo; mas como
 „ no las podia dispensar la Iglesia universal, porque no es una per-
 „ sona, las dió á Pedro en nombre de la Iglesia: pero si por esto
 „ se entendiese, que las llaves se entregaron á Pedro *especialmente*,
 „ no solo se seguiría inconvenientemente lo que se induce, esto es,
 „ que los otros Apóstoles no las tendrían; sino aun todavía un in-
 „ conveniente mayor; que muerto Pedro, no quedarían las llaves; lo
 „ que necesariamente sucedería, si á *solo* Pedro se hubiesen dado:
 „ y no solo si á él solamente se le hubiesen dado; sino aun si se
 „ hubiesen dado á todos los Apóstoles como personas determinadas,
 „ muertos ellos no hubieran quedado las llaves en la Iglesia; porque
 „ estos no tienen potestad de dar á otros las llaves, haciéndolos suc-
 „ cesores propios; pues ninguno puede hacerse para sí un Prelado
 „ sucesor..... Luego las llaves no fueron dadas á ellos como á de-
 „ terminadas personas, sino como á Ministros de la Iglesia; y en-
 „ tónce mas bien se daban las llaves á la Iglesia, como que la Igle-
 „ sia, que las tiene radicalmente, nunca muere.

„ De esto fácilmente se comprende, cómo muerto Pedro succe-
 „ den otros Sumos Pontífices en igual Potestad; porque aquella Po-
 „ testad de las llaves estaba en la Iglesia..... De aquí es, que muer-
 „ to Pedro la misma puede elegir sucesor, y eligiéndolo le confiere
 „ la Potestad. Esto mismo se hace patente en las Comunidades; por-
 „ que si hay alguna Comunidad ó Colegio, allí habrá jurisdiccion: y
 „ porque esta no puede ser administrada por toda la Sociedad, se
 „ administra por uno de la Comunidad, mas con todo eso no está
 „ la jurisdiccion en él de tal modo, que no esté en la Comunidad;
 „ sino que está mas bien en la Comunidad; pues ántes que él se cons-
 „ tituya en Juez ó Rector, no tiene jurisdiccion alguna: muerto él
 „ ó cumplido no espira la jurisdiccion: otro puede ser hecho Rec-
 „ tor ó Juez; y no pudiera hacerse esto, si no permaneciese en la Co-
 „ munidad la jurisdiccion; luego la Comunidad mas bien es la que
 „ tiene la jurisdiccion..... Luego se vé, que aquella jurisdiccion es-
 „ taba mas radicalmente en la Iglesia, que en el Prelado; mas la
 „ Iglesia no la tendría, si en el principio no se le hubiese dado,
 „ porque la jurisdiccion de las llaves no es tal, cuales son las

„jurisdicciones, que constituyen para sí los hombres; pues siendo esta jurisdiccion para ligar ó remitir pecados, los hombres no pueden fingirselas, sino que es de Dios solo; pues él solo remite los pecados; mas esta jurisdiccion está en la Iglesia. Luego es preciso, que alguna vez la haya recibido; y esto no fué, sino cuando por primera vez fueron dadas las llaves por Cristo.”

Y mas adelante prosigue. „La Iglesia recibe las llaves de Cristo, y los Apóstoles como Ministros de la Iglesia; y ahora la Iglesia las tiene, y los Prelados tambien, pero de distinto modo la Iglesia que los Prelados; porque la Iglesia las tiene en cuanto al origen y la virtud; mas los Prelados las tienen en cuanto al uso de ellas. Se dice que la Iglesia tiene las llaves en cuanto á la virtud, porque puede conferirlas al Prelado por la eleccion (1).”

Los fabricantes de la Monarquía del Papa por derecho divino verán con presencia de la luminosa doctrina de tan insigne Prelado, honor de España, cuanto se han separado de la naturaleza del Gobierno de la Iglesia, asimilándolo á los Gobiernos de la tierra, que han constituido para sí los hombres, á diferencia de aquel, que ni aun siquiera podian haberse imaginado y fingido, como lo han fingido mis Calificadores y sus Maestros. No extraño yo, que desatendiendo, como no debieran, la anterior doctrina, hayan preferido aquellos seguir la de Puffendorf, de bien poco mérito é inteligencia en este preciso punto, y ménos autoridad; pues que no creía ni reconocía en S. Pedro y sus Sucesores el Primado por institucion divina, sino como un derecho humano; pero si extraño, que en una censura judicial de doctrinas Teológicas y Canónicas, para probar que el Gobierno de la Iglesia de Jesucristo es puramente Monárquico, me citen con repeticion la autoridad de aquel y la de Melancton, cuyos nombres tal vez no habrían perdonado á mis labios.

Mis Calificadores, no queriendo parecer agenos de conocimientos en derecho público universal, ni aun de la política constitucional, hablan, siguiendo su tema, de la formacion de las leyes y de su sancion, del Cuerpo legislativo, del Supremo Imperante y otras cosas, que pretenden aplicar y arreglar en el Gobierno de la Iglesia á su modo mundano, suponiendo la Monarquía Papal absoluta, como reconocida por todos y apoyada en sólidas razones. Y añaden, como opinion que reprueban, que se ha considerado, aun entre los Católicos, como una Monarquía templada, con cierta especie de Aristocracia. „Podemos asegurar, continúan, que esta opinion nació sobre el año 1595 del medio del incendio del funesto cisma del Occidente; pues ántes de esta época á nadie le ocurrió semejante

(1) Abul. in cap. 13. Num. quæst. 48 y 49.

„temperamento; por lo cual le cuadra muy bien el dicho de Ter-
 „tuliano *lib. de præscrip.*, donde dice, *id esse dominicum et ve-*
 „*rum, quod sit prius traditum: id autem extraneum et falsum,*
 „*quod sit posterius immissum.*”

Nada de temperamento; *absoluto* lo quieren mis Calificadores. Y yo les pregunto á mi vez; este nombre de Monarca *absoluto*, sin *temperamento*, con que designan al Papa, ¿de donde lo han tomado? ¿Desde que época es conocido en la Iglesia? El Evangelio y la Tradicion Apostólica absolutamente lo desconocen. Desde el *Pasce oves meas*, que tan ridiculamente han interpretado, deduciendo, luego el *Papa es el Monarca de la Iglesia*, hasta que con un salto de catorce siglos se han encontrado con Aliaco y Almayno, no han hallado con que probar, contra mi doctrina, semejante invento de Monarquía divina Papal. ¿No estaré yo, pues, autorizado para aplicarles con mas razon el dicho de Tertuliano, llamando falso y extraño el nombre de Monarca, intrusado muy recientemente en la Iglesia? Mas en fin para mis Calificadores ahí está Puffendorf, que concluye, que *la Iglesia Romana es una verdadera Monarquía*. Quizá sin este invento, que tantas desgracias y perdidas ha acarreado á la Iglesia, no habría vivido Puffendorf, ni muerto fuera de ella. Fundados en tales principios y falsos supuestos, no hay que extrañar continúen mis Calificadores diciendo tantas incoherencias, y traigan tan mal á proposito tantas cosas, que sería interminable seguirlos, para impugnarlas.

Esta Sociedad divina, cuyo objeto es reunir en un mismo culto todas las Naciones de la tierra, para conducir á sus individuos á una felicidad eterna; esta Sociedad compuesta de tantos miembros, que aunque esparcidos por todo el mundo, no obstante, no han de formar todos mas que una Unidad en Jesucristo, cuya ley y cuya forma de gobierno ha de tener la rara y singular cualidad esencial de ser compatible con todos los gobiernos terrestres, cualquiera que sea su forma, y aun de irlos perfeccionando; esta Sociedad divina ¿cómo no ha de rechazar un nombre, que con solo su anuncio comenzó á escitar envidias, celos y rivalidades sangrientas, y á producir hechos de la mas odiosa dominacion? ¿Cómo había de ser posible, que pudiese desplegar el inmenso poder espiritual, con que la estableció Jesucristo para tan estenso fin, sino por medio de la multiplicidad de sus primeros Ministros los Obispos, enviados por todo el Mundo, y dotados por Jesucristo mismo de toda la necesaria potestad y jurisdiccion para salvar sus respectivas porciones, y las que fuesen espiritualmente conquistando? ¿Cómo habían de poderse llenar tan vastas miras en las muy frecuentes ocasiones de necesidad, sin posibilidad mil veces de pedir á un pretendido Monarca absoluto un aumento de potestad, de que la Iglesia sola es la depositaria respecto de Jesucristo, y pro-

pietaria respecto de sus Ministros, incluso el mismo Papa? He aquí porqué dije en mi Providencia denunciada la espresion que tanto ha chocado á mis Calificadores, de que con la Monarquía absoluta de los Papas sería imposible el gobierno práctico de la Iglesia. Les ha chocado, porque son muy menguadas y mundanas las ideas que se han formado de la Iglesia que fundó Jesucristo. *Una, Santa, Católica, Apostólica* es la Iglesia: este es el nombre que yo daría á su Gobierno.

El tiempo que han gastado inutilmente en averiguar de qué especie es el Gobierno del Primado de la Santa Sede, si Monárquico absoluto, aristocrático, democrático, ó mixto, con temperamento ó sin él, para haber venido á decir tantas impertinencias, lo hubieran aprovechado mejor, si lo hubiesen empleado, ya que son Doctores de la Ley, y llamados á calificar mi doctrina con presencia del Evangelio, en estudiar el distintivo carácter de esta Ley, sobre que se funda este Gobierno. Así, léjos de presentarlo causando recelos á las Potestades de la tierra, como ellos y sus Maestros se lo figuran, con sus estravagancias unos, y sus pasiones mundanas otros; por el contrario lo harían amable y lo presentarían en su verdadera sencillez, sin dar motivos de rivalidad, celos, envidias, codicia, ambicion, ni dominacion. Habiendolo meditado á la luz del Evangelio, habrían hallado su particular simpatía con aquellos Gobiernos, que se acercan mas al estado de justa libertad, y de aquella igualdad fraternal que recomendó á todos los hombres el que les dijo: *Sois hermanos; amaos mutuamente*: conocerían desapasionados, cuanto mas facilmente se aproxima á aquellas Naciones, que conocen la importancia de unas máximas, que infiltrándose insensiblemente en la sociedad, van grata y pacíficamente destruyendo el espíritu de servilidad, que ha embrutecido al género humano, máximas que constantemente protejen al débil contra las vejaciones de los poderosos; y por último se convencerían de cuánto la ley sobre que se funda el Gobierno de esta Sociedad inofensiva, que yo llamaré, como lo es ella, *Uno, Santo, Católico y Apostólico*, se adapta muy especialmente á aquellas formas de Gobierno terrestre mas distantes de toda idea de absolutismo, y que respetan los derechos de los pueblos, que por su conformidad con los derechos de la Sociedad fraternal, son aun mas conformes al Evangelio.

En resumen de esta parte de política eclesiástica; mi doctrina acerca de la institucion, organizacion y gobierno de este Cuerpo moral, ó Sociedad divina, siempre visible, la hallo compendiada en los cuatro caracteres esenciales con que nos la designa el Símbolo de la fé: *Una, Santa, Católica, Apostólica*. Yo veo conferida á un Colegio Apostólico, que es una persona moral, y al Episcopado, como Sucesor de este Cuerpo Apostólico, la mision universal; y que el Ministerio todo de la Obra divina se dió á los Apóstoles, y sus Suc-

cesores, como Vicarios de Jesucristo su fundador. Veo un Individuo de este Colegio, el Primero en el primer grado de la Gerarquía divina, en el Sumo Sacerdocio, constituido Gefe y Cabeza de él, como principio y centro moral de Unidad de este mismo Gobierno universal; y que este Ministerio particular, esta Primacia se continúa en la persona del Sucesor en el Obispado de S. Pedro. Veo, que aunque falte la persona del Papa, física ó moralmente; ó pueda no ser visible, ó ignorarse por algun tiempo, como en el de cisma, no por eso falta el Gobierno, ó la única persona moral siempre visible, esto es, el Colegio del Episcopado, aun disperso por el Mundo, ejerciendo su mision divina, para apacentar, enseñar y gobernar la Iglesia Católica; y de este modo tampoco falta en ella en ningun caso la Unidad moral visible de una fé, esperanza y caridad, á cuyo fin vá dirigido todo el ministerio, todo el Gobierno de esta divina Sociedad.

Déseme pues el nombre de un Gobierno que reuna aquellos caracteres esenciales, compendiados en el Símbolo de nuestra fé, y ese será el que yo adopte, para designar el Gobierno peculiar de la Iglesia universal, y no los aplicados y buscados por analogías aisladas entre las especulaciones de los antiguos y modernos políticos para las Sociedades terrenas, y mucho ménos el Monárquico absoluto, cual pretenden mis Calificadores, para dar á las leyes, que emanen del supuesto Monarca universal de la Iglesia, aquel carácter esclusivo, enojoso y de Soberanía absoluta, que ejercen los Monarcas en las peucederas, variables y circunscritas Sociedades terrestres.

Ya que tanto mal han hecho al Cristianismo, y tantas pérdidas han causado á la Iglesia las excesivas y exorbitantes pretensiones de los Cortesanos de Roma, y sus aliados, bajo el título y nombre de la Monarquía absoluta universal de los Papas, no puedo dispensarme por honor de la sólida, piadosa y verdadera doctrina, de presentar á mis Calificadores unos cuantos periodos de la admirable Instruccion Pastoral del sapientísimo Obispo Duque de Langres, con lo que concluiré mi contestacion á la censura de este Considerando.

„ Todas las Constituciones diferentes, dice este ilustre Prelado,
 „ que pueden levantarse, hallarán un fundamento sólido en la admirable Ley, que sin favorecer á ningun Gobierno, los protege todos,
 „ y que no particularizando obligacion alguna civil, las hace cumplir
 „ todas. El Cristianismo forma los ciudadanos; mas no usurpa sobre
 „ la Autoridad publica el derecho de conducirlos. Jesucristo distingue espresamente lo que es del Cesar, y lo que pertenece á Dios.
 „ Su Religion prescribe las virtudes de cada profesion; pero no le determina los deberes: ella ordena al Soberano gobernar con sabiduría; pero no le impone las reglas del gobierno: ella manda al Magistrado juzgar en justicia y equidad; pero no le dicta las leyes, con arreglo á las que debe pronunciar: ella arma al guerrero

„ para la defensa de su Patria; pero no le dice el enemigo, contra
 „ quien debe combatir: ella dá á cada uno lo que le es debido, ho-
 „ nor, respeto, obediencia, temor, tributo; pero no fija, ni el géne-
 „ ro, ni la estension de cada obligacion: ella mantiene en equilibrio
 „ los Poderes, prohibiendo las usurpaciones; pero ni confiere, ni regla,
 „ ni limita ningun Poder. La sola Autoridad, cuyos limites arregla,
 „ es la suya propia: *Mi Reino no es de este mundo*, dijo Jesu-
 „ cristo. Anatema á los Ministros ignorantes ó ambiciosos, que osa-
 „ ren traspasar este límite sagrado, ó introducir en el órden civil
 „ poderes puramente espirituales; y al que bajo el pretexto de la
 „ Ley religiosa, que ordena el cumplimiento de los deberes del Es-
 „ tado, juzgase de ellos, ó pretendiese fijarlos, le declaramos desde
 „ luego criminal ante todas las Potestades, usurpador de la una, pro-
 „ fanador de la otra, y le abandonamos á las penas, que las dos reu-
 „ niesen sobre su cabeza” (1).

Por fin, ignorando yo á que proposiciones determinadas especí-
 ficamente corresponden las notas injustas, que en globo han puesto á
 mi Providencia los Calificadores, no puedo saber cual será, la que
 especialmente les quedó reservada para aplicarla á este Consideran-
 do 3.º El Concilio de Trento declaró dogmáticamente y dividió la
 Gerarquía divina en tres grados, á saber Obispos, Presbíteros y Mi-
 nistros (2), con lo cual es claro que decidió no corresponder al Pa-
 pa otro lugar que el de Obispo, como todos los demas, y no el de
 Monarca, *único* Vicario de Jesucristo, Pastor de los Pastores, Obis-
 po de los Obispos, ni Ordinario de los Ordinarios, en el sentido ab-
 soluto que quieren mis Calificadores. Por tanto espero, que no pre-
 tenderán estos dominar mi fé, reducida á creer en S. Pedro y los
 Sucesores en su Obispado, en lugar de aquellos fastuosos y equívo-
 cos títulos, la sublime Dignidad, la estensa Potestad, y el nombre
 excelso de *único Primado* de la Iglesia Universal.

(1) Duque de Langres Instruct. Past. 15. Abr. 1786.

(2) Concil. Trid. Sess. 23. Can. 6.

CONSIDERANDO 9.º (1)

PUNTO 6.º

De la esclusiva Jurisdiccion que mis Calificadores atribuyen al Romano Pontifice, y su Soberana Potestad legislativa.

Si mis Calificadores se hubiesen penetrado de la naturaleza de su encargo, y conteniendose en sus justos limites, con sujecion á las reglas prescritas para la calificacion de doctrinas, hubieran precisado las proposiciones censurables, no habrian divagado tanto, ni hubieran promovido nuevas cuestiones, que á mas de muy graves y delicadas, son absolutamente inoportunas é impertinentes á su mision. Mas no habiéndolo hecho así, me veo obligado, por honor de la doctrina que profeso, en la parte controvertible y aun no definida por la Iglesia, á entrar en penoso debate con ellos; aunque pudiera facilmente prescindir de su censura, con solo llamarles la atencion sobre una palabra. Mas no quiero pasar por la mengua de que abandono la defensa de principios, que creo necesario repetir y afirmar, por la grande importancia que sus consecuencias tienen y pueden tener mas adelante en el gobierno práctico de la Iglesia.

Todo cuanto alegan mis exagerados Calificadores en su censura á este Considerando, sobre la *esclusiva* Autoridad del Papa en la Iglesia, está sobradamente satisfecho con lo que he espuesto, acerca de la jurisdiccion del Episcopado y la pretendida Monarquía absoluta de los Papas por institucion divina: y si ahora, sobre lo que nuevamente debo decir, incurro en algunas precisas repeticiones, su pesada insistencia disculpará la mia.

Entran á esplicar mis Calificadores, para deslacer una equivocacion, que con error me atribuyen, cual sea esta jurisdiccion *esclusiva* del Papa, que constituye segun ellos, la Monarquía Papal; y dicen: „ En términos precisos distinguimos con Borgessi (en su obra „ *El Episcopado*) dos derechos en los Obispos, que el llama jurisdiccion universal, y jurisdiccion particular. La una comunicada inmediatamente por Dios, pero no bastante para el gobierno actual; „ la otra comunicada á ellos por la Iglesia, mediante el Papa su „ Cabeza. Observa este Autor célebre, que hasta el siglo 4.º habia „ costumbre de ordenar Obispos *ad honorem*, como lo fueron Barseri, Eulogio y Lázaro, que sin tener el gobierno de alguna Dió-

(1) Véase el Apéndice, Documento núm. 1.º

„ cesis, tenían el carácter de Obispos y asiento en el Concilio. En „ este sentido debe entenderse la Autoridad de los Obispos *in solidum*, de que habla S. Cipriano. Bajo este aspecto no es esclusiva, en cuanto reside en él la plenitud de Potestad, y de él se deriva la jurisdiccion particular. Esta plenitud es la que no admite el „ Autor del Escrito en observacion, y llama nuevo dogma.”

Prescindiendo de la confusion de este penúltimo periodo, que mis Calificadores cuidarán de aclarar; lo que yo no admito, y he llamado nuevo dogma es, esa Monarquía absoluta de los Papas, de que he hablado en mi Considerando anterior; Monarquía, que tan mundanamente han definido y descrito con ideas tan vulgares, y comparativamente groseras, desde la invencion y aplicacion del nombre, hasta los derechos absolutos de Soberanía, é Imperio esclusivo que le atribuyen, cambiando por aquella el dogma y nombre verdaderamente esclusivo de Primado universal, título privativo, como lo son los derechos Primaciales de S. Pedro y sus Sucesores, que es lo que yo creo en la forma que dejo sobreabundantemente explicada.

La plenitud de Potestad esencial y divina que reconozco en el mismo Primado, para los fines especiales de la Primacia, la distingo de la plenitud particular que cada Obispo tiene para gobernar su respectiva Diócesis, que es igual á la que tiene el Papa bajo el preciso concepto de Obispo de Roma. Distingo tambien esta misma plena potestad comunicada inmediatamente por Dios á cada Obispo, la cual es ilimitada, para salvar cada uno el rebaño encomendado á su especial cuidado, del ejercicio regular de esta misma potestad en el gobierno actual de su Diócesis, limitado por las leyes ordinarias de la Iglesia. Y advierto á mis Calificadores, porque así lo exige la claridad y la buena fé, que esta jurisdiccion para el gobierno actual ya no se llama, ni se puede llamar *comunicacion* de potestad, ó de jurisdiccion, sino es que se quieren perpetuar equívocos inadvertidos, ó sofismas estudiados: esto se llama *asignacion* ó *designacion* de territorio ó de rebaño, sobre el que se ha de ejercer aquella *jurisdiccion universal*, que no pudo ménos de confesar Borgessi, *que es comunicada inmediatamente por Dios*.

Analizando esta, que mas bien que distincion puede llamarse paradoja, envuelta en la confusion de la cláusula; *en cuanto reside en él (el Papa) la plenitud de potestad, y de él se deriva la jurisdiccion particular*, viene á resultar que toda aquella plenitud de potestad del Papa está reducida unicamente á hacer el señalamiento de territorio ó de Diócesis particular, en la que el Obispo ha de poner en ejercicio aquella jurisdiccion universal, que ya tiene, *comunicada inmediatamente por Dios*. Con lo cual quieren decir, pero por la poca confianza en su propia doctrina no se atreven á espresar explicitamente, que solo al Papa corresponde la esclusiva potestad de hacer

en virtud de su Soberanía, la division ó distribucion de las Diócesis en todo el Orbe Católico, para inferir despues, que la institucion de los Obispos es tambien un derecho *esclusivo* del Papa, *ex vi Primatus divini*. Estas son otras de las pretensiones, que muchos ultramontanos quieren elevar á nuevos dogmas. Pero yo no debo entrar ahora en esta inoportuna disputa.

Prescindiendo de la frecuente y pueril confusion que se afecta, de la potestad con el ejercicio de ella, me bastaria para un completo triunfo hacer la historia de la division de Diócesis, comenzando por el repartimiento de Provincias, que para el mas ordenado ejercicio de su mision divina universal, hicieron entre sí los Apóstoles, de quienes tambien el mismo S. Pedro, aun siendo el Primado y Presidente del Colegio Apostólico, recibió su respectiva mision ó jurisdiccion particular, como la llaman mis Calificadores (1). Pero esto me alegraría mucho de mi propósito. Al presente basta que se considere, que la mision divina, en la que han sucedido los Obispos á los Apóstoles por la Ordenacion Sacramental, para continuar el establecimiento, estension y gobierno de la Iglesia en todo el mundo, con todos los derechos y deberes esencialmente anexos á aquella, los constituye en la obligacion de ponerla en ejercicio siempre y cuando lo exija necesariamente la caridad, sin que haya potestad en el Papa ni en la misma Iglesia, que pueda disminuir ni derogar esta ley divina de la caridad.

La division, pues, de Diócesis, que es de institucion eclesiástica, no pudo aniquilar ni disminuir aquella mision divina para el Ministerio general Apostólico, y lo que ha sucedido únicamente, como efecto necesario de la division de territorios, es, que se han variado las reglas, para el mas ordenado ejercicio de dicha mision Apostólica; y la Iglesia las variará, siempre que lo exija la necesidad, segun los tiempos, lugares y circunstancias. Mas donde no hay Diócesis, ni existe tal division, como sucede en la mayor parte del mundo, que es todavía un campo abierto á los trabajos Apostólicos, no puede admitirse ni reconocerse, por carecer de todo fundamento en la Escritura Santa, la necesidad de que el Papa delegue á los Obispos una pretendida nueva potestad, que no es posible concebir, sin que ántes se suponga, que por aquella division de Diócesis se ha estinguido ó disminuido la que es anexa á la mision divina, conferida por Jesucristo en el Sacramento de la Consagracion Episcopal.

Tomo testimonio con esta ocasion, de que mis Calificadores acep-

(1) Cum autem audissent Apostoli, qui erant Jerosolimis, quod recepisset Samaria verbum Dei, misserunt ad eos Petrum et Joannem. (Act. Apost. cap. 8. v. 14.)

tan el dicho de Borgessi, cuando espresa, aunque muy inexactamente, que *la otra*, (esto es, la jurisdiccion particular no bastante para el gobierno actual) *es comunicada á ellos* (los Obispos) *por la Iglesia, mediante el Papa su Cabeza*. Tenemos por consiguiente al Papa, por confesion de ellos mismos, siendo el conducto intermedio por donde la Iglesia comunica esta que llaman jurisdiccion particular, y no el Monarca absoluto, que como dueño de ella la confiere por sí á su arbitrio y voluntad; que no es *el Papa solo la fuente y el canal*, como dijeron en su censura al Considerando 7.^o hablando de esta misma jurisdiccion particular; sino que la fuente es la Iglesia, de la que él es canal, aunque no el *único*, por donde la misma comunica, ó mas exactamente dicho, designa la Diócesis ó el rebaño, sobre el que el Obispo ha de ejercer la jurisdiccion; y por último, que tanto en esta designacion, como en las restricciones, limitaciones, coartaciones, y subtracciones de súbditos, ó dar y quitar, como dicen, jurisdiccion á los Obispos, tiene el Papa obligacion de atenerse á los Canones de la misma Iglesia, de la que es Ministro; y no obrar como absoluto Monarca de ella, que quita y pone Magistrados, *les da órdenes, y anula lo que estos hacen contra su voluntad é imperio*.

Por lo demas es claro, que siendo la Iglesia la fuente, la depositaria por Jesucristo, y la propietaria respecto de sus Ministros, incluso el Papa, de toda la Potestad, ella es la que distribuye su ejercicio, lo restringe, ó lo estiende mediante quien mejor le parece, segun la voluntad de su divino Fundador, y las tradiciones Apostólicas; y no mediante el Papa solo. Para ello la misma Iglesia ha establecido sus Canones generales, y reconocido ademas la disciplina particular de algunas Iglesias, fundada en el orden y en la caridad, segun los tiempos, lugares y circunstancias. Asi es, que lo que en siglos anteriores fué un derecho ejercido por los Concilios Provinciales, por los Metropolitanos, ó por los Primados y Patriarcas, hoy por la disciplina vigente está reservado al Papa entre nosotros.

Repito, que lo que yo no admito, y á lo que llamo dogma nuevo, es esa *exclusiva* Potestad Papal, Monárquica absoluta, que vanamente pretenden mis Calificadores apoyar, con el *Pasce oves meas* del Evangelio, y con las autoridades de S. Cipriano, Gerson y otros, aunque tan mal aplicadas. Como leen preocupados la doctrina exclusiva de su exagerada Escuela, todo lo que hallan en los Autores, sobre plenitud, Principado, origen fontal, sol, árbol, raiz y otras metáforas, al momento lo generalizan y lo aplican en toda su realidad material á la Monarquía absoluta del Papa, cuando es evidente con el contesto original á la vista, que no son mas que espresiones metafóricas en un limitado sentido, ó comparaciones con determinada aplicacion á objetos diversos de aquel, á que las contraen mis Calificadores. Por ejemplo, S. Cipriano usa de las comparaciones del

sol, la fuente, el rio, y del árbol respecto de su raiz, como semejanzas que dan idea de los efectos de la separacion de los cismáticos de la unidad de la Iglesia de Roma, en la que los Novacianos no querian reconocer como Papa á S. Cornelio, ni al mismo S. Cipriano, como Obispo de Cartago. Tan distante están dichas metáforas de venir al caso para probar la Monarquía Papal, que no habia una cosa más inoportuna y agena del propósito del Santo; y apelo al texto original de su libro de *Unitate Ecclesiæ* de donde son tomadas.

Del mismo modo y con la misma inoportunidad citan á Gerson. Este habla de la plenitud fontal de la potestad, y de la Principiudad de S. Pedro, en el sentido de que él fué el primero que recibió la promesa de las llaves, y tiene la Primacia, en virtud de la que al mismo y sus Sucesores les corresponde el derecho y el deber de vigilar el uso y ejercicio que todos los demas Pastores hacen de su potestad, para corregir segun los Canones, enmendar y suplir lo hecho contra ellos, ó lo que por ignorancia, negligencia, ú otras causas se haya omitido en daño de la Iglesia. Esta es la superioridad del Primado, su plenitud de autoridad, su superintendencia, su inspeccion y vigilancia suprema en el alto régimen de la Iglesia universal, de que habla Gerson, y la que reconocen todos los Obispos Católicos en el uso y ejercicio de su Potestad.

Mas no se crea por ello, que el Primado por razon de tal, y en virtud de esta vigilancia autoritativa, que le reconocemos, puede entrometerse á ejercer jurisdiccion ordinaria en las demas Diócesis de la Cristiandad, no: ni interrumpir, ni restringir por sí y ante sí la de los demas Obispos, ni substraer subditos á unos, ni estender territorios á otros en fuerza de su autoridad Primacial, Monárquica, absoluta, esclusiva y todo lo demas que pretenden mis Calificadores; no. Esta autoridad despótica, muy agena del espíritu del divino Fundador de la Iglesia, destruiría el orden y la caridad simbolizada en la Unidad, y todo sería usurpaciones, discordia, confusion, y por último, lo que han producido deplorablemente tales exageraciones, perdidas, cismas y escision.

No quiero concluir sin preguntar, ¿desde cuando tiene Gerson tanta autoridad entre los ultramontanos? Pues bien; supuesto que citan y adoptan sus doctrinas, yo invito á mis Calificadores, á que lo tomenos por arbitro en nuestras disputas sobre Potestad Eclesiástica. Estoy seguro que al momento se rechaza mi propuesta; porque los Cortesanos de Roma no faltarían á hacer una demostracion de su terrible enojo contra los que elevasen á tal grado la autoridad de tan insignie varon, ante cuyo solo nombre tiemblan, y cuya santidad han dudado reconocer, para no añadir este nuevo realee á su doctrina, á pesar de haber recibido los honores del culto público en los altares de muchas Iglesias.

Volvamos á Borgessi alegado por mis Calificadores en apoyo de su doctrina. Confieso que no conozco la celebridad de este autor, ni qué autoridad tenga adquirida en la republica literaria, para que pueda pasar por su solo nombre la inexacta esplicacion de *la jurisdiccion universal comunicada inmediatamente por Dios á los Obispos, pero no bastante para el gobierno actual*. Tampoco me conformo con su aserto, de que hasta el siglo 4.^o habia costumbre de ordenar Obispos *ad honorem*, á cuyo supuesto, dan forzados y violentos sentidos, con el fin de sacar una consecuencia favorable á su doctrina. En cuanto he leído de historia eclesiástica, aseguro que no he hallado semejante costumbre de ordenar tales Obispos *ad honorem*. He hallado sí la creacion de los Corepiscopos, ú Obispos rurales, que comenzó en la Iglesia Oriental en el siglo 4.^o, y pasó despues á la Occidental; sin que pueda decirse por los monumentos reconocidos, que ni todos, aunque tuviesen este nombre, fuesen Obispos, ni que fuesen solamente Presbíteros. Hay testimonios de unos, que eran consagrados como los Obispos, y se llamaban Corepiscopos, y otros que no eran sino unos Presbíteros mas condecorados, á quienes se daba aquel mismo nombre y título, que vino á ser de honor y esplendor, porque tenian una mas estensa administracion á su cuidado.

Tambien se dió tal título de Corepiscopos á ciertos Obispos, que habiendo sido depuestos de sus Sillas por sus errores, volvian al seno de la Iglesia despues de provistas aquellas; é igualmente á otros, que prófugos á causa de las persecuciones, las encontraban á su vuelta legitimamente ocupadas, por haber obligado la necesidad de los fieles á proveer de Pastores aquellas Iglesias desamparadas; y se les daba aquel nombre por varias razones particulares, siendo una de ellas, porque auxiliaban al Obispo de la Diócesis, donde eran acogidos, en el ejercicio de su Ministerio Pastoral, en aquella parte del territorio que el Ordinario les encomendaba. Todos estos conceptos se hallan expresados en la historia de la Iglesia, y particularmente en los Concilios de Ancira, año 314, Canon 13; de Nicea, can. 8; de Antioquía, can. 10; y de Neocesarea, can. 15. Así no hay que extrañar, que algunos de estos fuesen admitidos muy justamente con asiento y voto en los Concilios, como notan mis Calificadores.

Todavía se hallan en la historia otros, que se llamaban *Episcopi gentium*, y eran los que se consagraban para ir á países infieles á predicar el Evangelio y fundar Iglesias. Sin ocurrir á alguna sutileza escolástica y pueril, difícilmente saldrá Borgessi y mis Calificadores que le siguen, del embarazo, en que respecto de estos últimos lo pone la distincion de derechos en los Obispos, que aquel llama *jurisdiccion universal comunicada inmediatamente por Dios; pero no bastante para el gobierno actual; á diferencia de la particular comunicada á ellos por la Iglesia, mediante el Papa su Cabeza*.

El celo ardiente y la caridad fervorosa de los primeros tiempos producían estos hombres animosos, que elegidos y consagrados por otros Obispos por sí y ante sí, se arrojaban á todos los peligros hasta el último de rendir la vida por Jesucristo. Estos, lejos de poderse llamar Obispos *ad honorem*, mas bien deberían titularse Obispos *ad martyrium*.

Si se ha pretendido por alguno aplicar cualquiera de estos conceptos á los que hoy conocemos con el título de Obispos *in partibus*, para lisongearlos, pase por lisonja; pero no por doctrina. De estos Obispos *in partibus* se hace mencion por primera vez en el Concilio 6.º General, llamado de Trullo, año 692, el cual en este su apéndice no está admitido por la Iglesia. Las incursiones de los Musulmanes habían impedido á muchos Obispos tomar posesion de sus Iglesias, y hacer en ellas sus funciones: á estos, llamados así Obispos *in partibus*, les declaró el Concilio su rango, la facultad de ordenar Clérigos y presidirlos en la Iglesia (1). He referido todo esto, solamente para rectificar la equivocacion que han padecido mis Calificadores al esponer esta doctrina, tan inoportunamente alegada, que mas bien confirma la mia; pues no prestando aquella fundamento alguno para la censura ó cargo judicial que creyesen deducir de mi Considerando 9.º era innecesaria su refutacion.

No puedo ménos de hacer presente á mis Calificadores otro grave error, en que han incurrido, cuando despues de esponer la jurisdiccion universal comunicada inmediatamente por Dios, pero no bastante para el gobierno actual, diferente de la otra jurisdiccion particular, comunicada por la Iglesia mediante el Papa su Cabeza, y la ordenacion de los Obispos *ad honorem*, dicen, „que en este sentido debe entenderse la autoridad de los Obispos *in solidum* de que habla S. „ Cipriano.” Ciertamente no han leído con la atencion debida el hermoso libro de *Unitate Ecclesiae* de dicho Santo, ni se han hecho cargo del objeto con que lo escribió, que fué el cisma que se acaloraba en Roma y en Africa por los Novacianos. En otro caso hubieran conocido, que aquella espresion sublime está infinitamente distante de poder sufrir tan inexacta como tergiversada aplicacion; ni ménos puede caberle un sentido tan ageno del propósito con que la dijo S. Cipriano.

Aquí han dado mis Calificadores una prueba del espíritu que les anima, y que en el presente caso no tiene ni aun el mérito de la sutileza. Así han desnaturalizado la mas bella espresion que acogió toda la venerable antigüedad, y hoy acata la Santa Sede, como la misma Escuela ultramontana imparcial, porque comprende admirable-

(1) Rac. hist. Ecc. tom. 3. p. 149.

mente el dogma de la Unidad de la Iglesia en la Unidad del Episcopado, su indivisibilidad, su mancomunidad, y solidaridad. *Nosotros dice el Santo, debemos adherirnos firmemente á la Unidad de la Iglesia, y aplicarnos á defenderla, nosotros principalmente que presidimos como Obispos en la Iglesia, á fin de que probemos, que el Episcopado es tambien uno é indivisible. Nadie engañe á sus hermanos con la mentira; nadie corrompa la verdad de la fé por una pérvida prevaricacion. El Episcopado es uno; y si cada uno de nosotros no está encargado, sino de una parte del rebaño, es quedando solidariamente obligado por el resto (1). La verdad de la fé rechaza el equivocado sentido, que se ha pretendido dar al verdaderamente célebre dicho del Apóstol de la Unidad San Cipriano.*

No quiero apurar mas á mis Calificadores; porque me temo, que analizándoles su *jurisdiccion universal comunicada por Dios á los Obispos, pero no bastante para su gobierno actual*, y poniéndoles por delante, que Jesucristo no hizo divisione de Obispos, ni limitó territorios; para salir del apuro, ceben mano, y crean necesidad en la urgencia de la caridad, ademas de la jurisdiccion divina, otra distinta, de origen desconocido, y de imposible comunicacion; terreno demasiado resbaladizo y arriesgado en la doctrina de la fé, del que no podrán escapar, sino acudiendo, como lo hacen sus Maestros, á la confusion y embrollo escolástico de la *potestad positiva*, que dá la *voluntad interpretativa*. La sencillez, y claridad de la doctrina exige que digamos simplemente, para no dar armas á los enemigos de la Religion, que las leyes de la Iglesia, que restringen el ejercicio de la Potestad conferida divinamente al Obispo por la Ordenacion, cesan en el caso de grave necesidad, ó grande utilidad, que es lo que demanda la ley suprema de la caridad. El Obispado no es mas que uno en toda la Iglesia universal: muchos Pastores; un solo rebaño: salvar el rebaño es la obligacion solidaria de todos los Pastores; y el que les impuso este deber, les dió todo el derecho, toda la potestad, al conferirles el Sumo Sacerdocio por la Consagracion Episcopal.

Ignoro á qué propósito concluyen mis Calificadores el primer párrafo de su censura á este Considerando, refiriendo la condenacion del libro de la frecuente comunion de Antonio Arnaldo, *prohibido y puesto en el Indice*, porque dicen mis Calificadores, que asoció á S. Pablo con S. Pedro en el Sumo Pontificado. Si aquel Autor quiso decir, que S. Pablo fué Sumo Pontífice, porque partió con S. Pedro el Primado, ó tuvo como él, ó asociado con él la

(1) S. Cypr. de Unit. Ecc.

Primacía, bien condenado está. Pero esto absolutamente no viene al caso, como ni lo de Borgessi, ni otras tantas cosas que se han permitido aglomerar, impertinentemente por lo ménos, en todo su dictamen de censura.

Entran mis Calificadores á probar la *esclusiva* jurisdiccion del Papa, tomando por fundamento la *esclusiva* potestad legislativa que le suponen, diciendo: „Es igualmente cierto, que fué muy conocida „ la *plenitud* de jurisdiccion en el Romano Pontífice desde el principio de la Iglesia, porque primeramente ejercieron *esclusivamente* los Romanos Pontífices la *plenitud* de la potestad legislativa „ en la Iglesia universal, dando leyes á toda ella, como consta por „ las Epístolas decretales genuinas y verdaderas, no falsas ni fraudadas por el impostor Isidoro.” Prescindiendo de la confusion que introducen con tal diversidad de *plenitudes* y de potestades, voy únicamente á rectificar el error que cometen al afirmar, que los Romanos Pontífices ejercieron *esclusivamente* la *plenitud* de la potestad legislativa, que suponen sirvió de fundamento á la *plenitud* de jurisdiccion; debiendo notarse muy particularmente, que yo no he negado al Papa la jurisdiccion, ni la potestad legislativa, que es lo que en último resultado prueban mis Calificadores con ciertos hechos contados á su manera, sino esa *plenitud esclusiva* de potestad y de jurisdiccion.

El primer ejemplo solemnisimo de Potestad legislativa en la Iglesia fué el del Concilio de Jerusalem. Este es la norma de todos los demas. Allí concurrió toda la Iglesia representada por los Apóstoles: todos discutieron; todos juzgaron; habiendo sido tambien aprobada la importante adiccion de Santiago sobre las tres abstinencias; y en nombre de todos pronunció S. Pedro el acuerdo: *Ha parecido al Espíritu Santo y á Nosotros*. Aquí, en estas palabras está expresamente consignado, que en la Iglesia, en el Episcopado, en el Cuerpo universal de Pastores con su Cabeza, es donde se halla *esclusivamente*, y no en S. Pedro solo, ni en los Romanos Pontífices solos, la *plenitud* de la Potestad legislativa. *Vissum est Spiritui Sancto et Nobis*. Esto mismo se vé confirmado en todos los Concilios Eecumenicos, que representan la Iglesia universal, cuya Suprema y última Autoridad es la única irrevocable.

No obstante la solidez Católica de esta doctrina, el Cardenal Belarmino, para eludir sus incontrastables fundamentos, al mismo tiempo que combatía á los que niegan á los Obispos el título de Jueces en los Concilios, tuvo la inconsideracion de dividir en el Papa, por medio de una distincion escolástica, el concepto de *Presidente* de un Concilio Eecumenico, del de *Sumo Pontífice* ó *Príncipe Supremo* de la Iglesia (1).

(1) Belarmin. de Conc. lib. 1. cap. 18.

Mas cualquiera que no esté preocupado conocerá, no solo lo arbitrario, sino aun mas lo peligroso de semejante invencion, y sus poco católicas consecuencias, si como Principe Supremo ha de poder el Papa derogar, lo que como Presidente ha concurrido á establecer.

Estaban tan persuadidos nuestros antiguos Padres y Pontífices, de que en la unidad ó consentimiento comun de los miembros con la cabeza, y no en el Papa solo, residía esta Autoridad Soberana, que por no haber asistido los Obispos Españoles al Concilio 6.^o general, tenido por el Papa S. Agaton, les escribió el Pontífice Leon II, remitiéndoles las Actas Conciliares, y pidiéndoles, que con su autoridad las *confirmasen*. En efecto los Padres del Concilio 14 Toledano las examinaron con detencion, siendo de advertir, que estos, no obstante que tenian á la vista las cartas de los Papas S. Agaton y Leon II, que daban á aquel Concilio el nombre de *Ecumenico*, no lo reconocian todavia como tal, sino que solo lo llamaban *grande y numerosa Junta de Prelados*; y habiendo resultado del maduro examen de dichas Actas la conformidad de su doctrina, con la que la Iglesia de España habia recibido de sus mayores, dicen, que lo *confirman* (1).

En el Concilio 7.^o General ó Niceno 2.^o los Legados del Papa preguntaron á los Padres si se conformaban con la doctrina de las cartas del Sumo Pontífice, que contenian la verdadera fè; y el Patriarca Tarasio contestó á nombre de todos: „Antes de aprobar las cartas, que se acaban de leer, las he examinado con madurez, cotejándolas con la Escritura y tradicion de los Padres, y hallándolas conformes, las confirmo.” *Concordamus, et vim litterarum lectarum confirmamus. El Santo Concilio cree, piensa y enseña lo mismo*, aclamaron los Padres.

Otro tanto se observó casi á la letra en el 8.^o General, que es el 4.^o Constantinopolitano, celebrado con motivo del cisma de Focio, y reposicion de Ignacio en el Patriarcado. *Ad hæc quid dicit Sancta Synodus?* preguntaron los Legados del Papa, leídas las cartas de los Pontífices Nicolas y Adriano. *Recipimus omnia*, contestó el Concilio; *valde quippe sunt discreta, congrua, et consona Ecclesiasticis regulis*. Estos Legados dijeron al Emperador, que habían sido enviados al Concilio *para manifestar la justicia de su sentencia* (la del Papa) *tan claramente, que no quedase ningun medio de apelacion á los partidarios de Focio; y la sentencia de su condenacion y deposicion fuese irrevocable* (2). Estos y otros muchos testimonios que pudieran citarse, y son muy conocidos de todos

(1) Bossuet, Deff. Cleri Gall. lib. 7. cap. 20.

(2) Id. ibid. cap. 30. ad 32.

los que estan algun tanto versados en la historia Eclesiástica, producen la estrañeza, de que aun haya Doctores, que se atrevan á decir, que las cartas dogmaticas de los Papas, dirigidas á los Concilios, eran miradas por estos como *decisiones irrevocables é irreformables*, cuando en sus Actas se habla tan espresamente de la revision y exámen de aquellas, ántes de prestarles su consentimiento y confirmacion.

Alejandro III convocó en 1180 el Concilio Lateranense 3.^o para que se fijase la eleccion de los Sumos Pontífices bajo una forma tal, que se evitasen los cismas, que con esta ocasion se levantaban en la Iglesia. En su carta convocatoria dice, que el cargo de su Primacía le obligaba á llamar á todos los Obispos de la Cristiandad, para que segun la antigua costumbre se arreglen las cosas con su presencia y consejo, y las leyes se hagan y confirmen con la autoridad de muchos; lo cual si se hiciese *particularmente*, las decisiones no tendrían una tan plena y completa autoridad. *Quod si particulariter fieret, non facile posset plenum robur habere.*

El Concilio de Viena celebrado en 1311 por Clemente V, fué convocado entre otras cosas, porque es preciso, dice el Papa, que los decretos pertenecientes á la fé católica sean confirmados con la aprobacion del Concilio. *Ut in eo (universali Concilio) illa communi consilio inveniatur provissio, et ejusdem approbatione Concilii roboretur.* La necesidad de este comun consentimiento, para la final é irrevocable decision de todo asunto importante en la Iglesia, se halla confirmada en los Concilios de Constanza, Basilea y Florencia; y muy espresamente se encareció en el Lateranense 5.^o en tiempo de Julio II y Leon X, donde terminantemente se espresó, que los negocios grandes de la Iglesia exigian el consentimiento comun, que se declara y manifiesta en los Concilios Ecumenicos. Fué tan general esta creencia, y los mismos Papas han considerado tan insuficiente su autoridad en los casos arduos y de conflicto, que por esto mismo los Pontífices, los Obispos todos de la Cristiandad, los Pueblos y los Príncipes no hallaron otro remedio para los males que afligian á la Iglesia, que reunir en Trento un Concilio Ecumenico.

El de Constanza, despues de las declaraciones importantisimas que hizo acerca de la Superioridad del Concilio General sobre el Papa, su esclusiva potestad para decidir en caso de cisma Papal, que haya puesto á la Iglesia en gran conflicto, y otras, dió una muy significativa en la condenacion de la proposicion 41 de Wiclef, que decia así: *Non est de necessitate salutis credere Romanam Ecclesiam esse Supremam inter alias Ecclesias.* El Concilio hace la censura del modo siguiente. *Error est, si per Romanam Ecclesiam intelligat universalem Ecclesiam, aut Concilium Generale: aut pro quanto negaret Primatum Romani Pontificis super alias Ecclesias*

particulares. Esta censura aprobada y ratificada por el Papa Martino V en su Bula *Inter cunctas*, contiene dos sentidos, en que es condenada la proposicion de Wiclef: 1.º si se niega la Supremacia á la Iglesia universal ó al Concilio General: 2.º si se niega el Primado del Sumo Pontífice sobre las demas Iglesias particulares. De la condenacion de estos dos errores resultan dos verdades dogmaticas: una; que la Supremacia, ó la Potestad Suprema de la Iglesia está en la misma Iglesia universal, ó en el Concilio General: otra; que el Romano Pontífice tiene el Primado sobre las demas Iglesias particulares. Pudiera preguntar á mis Calificadores, que con tanta seguridad suponen en el Papa solo la plenitud de la Potestad legislativa y de jurisdiccion; ántes de la eleccion de Martino V por este mismo Concilio ¿dónde estaba esta Potestad Suprema, esta Soberanía? ¿Cual era el Juez Supremo, que debía pronunciar y pronunció irrevocablemente su inapeable juicio definitivo? El Concilio General en nombre de la Iglesia universal. No hay en último resultado otro legislador y Juez Supremo, cuya decisien sea Soberana, esclusiva, é irrevocable.

No por esto se crea que ha de ser frecuente la reunion de los Concilios Generales; porque esto seria sumamente perjudicial á las Iglesias particulares, que se verian á cada paso abandonadas de sus Pastores, si habian de concurrir estos á su celebracion, aun suponiendo que siempre fuese posible superar las inmensas dificultades que ofrece la reunion en un punto de todos ó la mayor parte de los Obispos de la Cristiandad. Son muy raros los casos de tan urgente é imprescindible necesidad, en que deba arrostrarse tan espinosa medida, que solo sería justificable por la grandeza del mal, y realizable cuando fuese apoyada por una fuerte opinion y clamor universal. Otros medios muy poderosos y eficaces tiene el Sumo Pontífice, por razon de su Primacia divina sobre las demas Iglesias, cuando su Potestad legislativa no basta á remediar el mal que sufre la Iglesia. Por medio de Epistolas enciclicas puede consultar, hasta en las mas graves circunstancias, el juicio de sus co-Hermanos dispersos, como muchas veces se ha verificado, y reunir así el consentimiento de la Iglesia universal.

Desde los primeros siglos del Cristianismo acostumbraron los Padres á valerse de Epistolas circulares, como dice el Ilmo. Bossuet, cuando por las persecuciones que sufrían los Cristianos no podían reunirse en Concilio General, ni era fácil encontrar lugar seguro y á proposito para terminar las controversias, cuya decisien correspondía al juicio definitivo de la Iglesia universal; siendo tenuta por valida y rata la resolucion adoptada por el consentimiento de todas las Iglesias, consiguado en las cartas de sus Obispos. *Per Provincias litteræ commeabant*, dice aquel sabio Prelado, *et rata habebantur ea, in quæ omnes Ecclesie consentirent... quæ cum ubique terrarum*

Præpositi facerent, ac per Provincias Romani Pontificis responsa commearent, hinc nempe existerat ille consensus, quem talia negotia postularent (1). De este modo se verificó la condenacion de Paulo Samosateno. Los Padres del Concilio Provincial Antioqueno dirigieron á todos los Obispos sus Epistolas circulares sobre la causa de Paulo. Reunidas despues las respuestas de los Obispos, en virtud del consentimiento universal espresado en ellas se tuvo al referido Paulo de Samosata por condenado por toda la Iglesia, del mismo modo que si lo hubiese sido por sentencia pronunciada en Concilio Ecuemenico. Así lo refería Alejandro Alejandrino á Alejandro Constantinopolitano diciendo: *Paulo Samosateno fué arrojado de la Iglesia por el Concilio, y por el juicio de todos los Obispos* (2).

Es constante pues, segun los incontestables hechos referidos, que todo negocio de interes general en la Iglesia no tiene el sello de irrevocable en su decision, sino por la Soberana Potestad legislativa de la Iglesia universal, ya manifieste su consentimiento hallándose dispersa, ó ya para mejor discutir y declarar su juicio, reunido el Episcopado en Concilio con el Sumo Pontífice á su cabeza. Así se concilia la Potestad legislativa superior del Papa, pero no *exclusiva* como pretenden mis Calificadores, con la Suprema, Soberana y definitiva de la Iglesia.

Este concepto se vé espresado por el mismo Bossuet cuando dice, que el Papa, así como no es *el único* que está obligado á enseñar y defender la fé y á celar la fiel observancia de los Canones y la disciplina, sino *el mas obligado de los Obispos*, como cabeza de ellos; así tampoco es *el único* Maestro de la fé, ni el *Juez único* de las causas de la Iglesia; sino el *primer* Maestro, y el *primer* Juez: Juez y Maestro que tiene mas autoridad para uno y para otro; pero que no la tiene toda; pues tambien los demas Obispos tienen la suya propia recibida *inmediatamente* del mismo Jesucristo (3). Por eso sin faltar á la obediencia y respeto debido á la mayor autoridad del Papa, cada Obispo usa de su derecho, cuando examina y coteja con la Sagrada Escritura, la Tradicion y los Canones, las Bulas y Constituciones dogmaticas que emanan de los Sumos Pontífices, y con su asentimiento *se adhiere, acepta, consiente, ratifica, robustece, confirma y consagra* lo en ellas contenido. De este modo es, como concurre todo el Episcopado disperso á hacer que una decision, que en un principio es respetada y obedecida, como del

(1) Boss. Deffens. Cleri Gall. Gallia Orthod. Diss. prævia n.º 76.

(2) Paulus Samosatenus Concilio, et iudicio omnium ubique Episcoporum ab Ecclesia ejectus est. (Labbe. tom. 12. p. 18.)

(3) Boss. Deff. Cleri Gall. lib. 7. cap. 34. ad 40.

primer Juez y Maestro de la doctrina, adquiriera la irrevocabilidad legislativa por el consentimiento de la Iglesia universal con su cabeza. En este sentido ha dicho recientemente el sabio Fraysinous una espresion muy laconica, llena de exactitud y de belleza: la Santa Sede es el centro á que todo termina; no el origen de que todo dimana.

Todos los Católicos reconocemos, que los Romanos Pontífices por razon de su Primacia ejercen la potestad legislativa en toda la Iglesia, *no la plenitud esclusiva de aquella potestad; y no hay quien no profese la mayor sumision y respeto á sus disposiciones, como es justo y debido. Pero tampoco se debe desconocer, que la historia eclesiástica nos refiere muchos actos legislativos de Papas, que han sido revocados, corregidos y enmendados por los mismos, por otros Pontífices sus Sucesores, ó por los Concilios Generales. Entre otros son muy conocidos especialmente, como mas ruidosos, los sucesos del Papa S. Victor contra los Obispos de Asia; el cual sobre un punto de mera disciplina pretendió ejercer un acto de tan despótico rigor, que mereció ser reprehendido por muchos Obispos, y muy duramente por S. Ireneo.*

El Papa Liberio, despues Martir, no solo separó de su comun-ion á S. Atanasio, sino que firmó una fórmula de fé Arriana; por lo que S. Hilario, indignado de su cobardía, y de la carta que escribió á los Orientales, para que intercediesen con el Emperador á fin de que le volviese del destierro á su Iglesia, le dirigió aquella terrible imprecacion; *Anathema dico tibi, Liberi; iterum dico tibi Anathema, Liberi.* El Papa Vigilio en vista de la insistencia del Concilio 2.^o Constantinopolitano, 5.^o General, en anatematizar los tres Capítulos, y condenar la Carta de Ibas como heretica y opuesta á la profesion de fé del Concilio de Calcedonia, revocó su *Constitutum*, y se unió con los Padres en un todo. El Pontífice Honorio fué condenado por Monothelita en la 6.^a Sinodo General, y posteriormente en otros Concilios. Juan XXII se empeñó en estender en toda la Iglesia el error de la suspension de la vision beatifica de los justos hasta el día del juicio; cuya doctrina segun Gerson fué condenada al son de trompetas en presencia del Rey Felipe: *damnata fuit cum sono buccinarum coram Rege Philipo* (1).

Todavía no se sabe á punto fijo, á qué deberán por último atenerse los Frayles Franciscos en la famosa, porfiada y para muchos hasta ridícula contienda, acerca de su pobreza reglar, comparada con la de Jesucristo, que puso en colision las doctrinas y decretales de cuatro ó cinco Papas, desde Gregorio IX hasta Juan XXII. Cada uno

(1) Gerson, Serm. de festo Paschatis.

definía una cosa de fé, distinta y aun contraria á lo que había declarado su Antecesor, y anulaba la decretal de este con los anatemas de costumbre y notas de heregia. Tambien se intermedió en esta disputa de los llamados *Fratricelos* la Inquisicion, que mas perentoria y ejecutiva en sus juicios, y trabajando á su modo, hizo efectivos los anatemas de Juan XXII, quemando vivos en Marsella cuatro Frayles en 1318, porque se empeñaron en sostener la decretal de Nicolas III; de cuya historia y sacrificio cruel cito el irrecusable testimonio del Inquisidor Eymerich (1).

Por la Bula dogmatica *Unam Sanctam* definió Bonifacio VIII, como artículo de fé, el error, de que los Reyes estan sometidos en lo temporal á la Santa Sede. El escandalo que esto produjo en la Cristiandad fué muy grande, sus fatales consecuencias inmensas; y el raro y curioso diálogo latino, de que ántes he hecho mencion, entre un Militar y un Clérigo, dá una idea de como fué recibida y glosada esta singular Estravagante. Clemente V. Sucesor de Bonifacio, tuvo que revocarla por honor de la Santa Sede y para apagar el incendio que se levantaba en Europa. En fin, para no alargar mas tan ingrata narracion, la famosa Bula *In Cæna Domini* provee materia abundante para una larga historia de ruidosos conflictos, hasta que el prudente y sabio Pontífice Ganganelli mandó suspender su obstinada anual publicacion, ordenada *Urbi et Orbi* por sus Predecesores.

Mas no se crea, que por la relacion de estas sensibles devianones de algunos Pontífices, se disminuye nuestro respeto por la Potestad legislativa que les pertenece como Primados de la Iglesia universal. Ellas son solamente la prueba decisiva, de que no los Papas, sino el Episcopado unido con su Cabeza, la Iglesia, única llamada por el Espíritu Santo *columna y firmamento de la verdad*, es el Legislador Supremo é infalible en las controversias de la fé, y solo su juicio irreformable: así como en los puntos de disciplina universal, y otros de graves consecuencias, que interesen á toda la Iglesia, su decision la última é inapelable.

Para que la Potestad legislativa, que reconocemos en el Papa como Primado de la Iglesia universal, llene los altos objetos de su institucion divina, y sirva primordialmente al santo y principal fin de la conservacion de la Unidad, en medio mismo de la dispersion de los miembros de este Cuerpo moral por todo el mundo, es necesario que no nos alucinemos creyéndola ó defendiéndola como despótica, absoluta ó exclusiva, como quieren mis Calificadores. Esto sería en adelante, como lo ha sido desgraciadamente desde diez ó doce siglos á esta parte, sumamente perjudicial á la misma Unidad, ademas de

(1) Eymerich. Director. p. 2.

altamente ofensivo al Fundador divino de la Sociedad Eclesiástica, y depresivo de la mision divina de los demas Obispos. Por esta razon, tanto los Sumos Pontífices, como todos los demas fieles que nos unimos con la Santa Sede Apostólica, es preciso que reconozcamos, que el ejercicio de su Potestad legislativa tiene sus limites, y está dicho-samente para ellos y para la Iglesia subordinado á las leyes de la misma. *Scimus quidem* decia en el Concilio de Florencia el Vene-rable Arzobispo de Nicca, el gran Bessarion; *scimus, quæ sint iura et prærogativæ Romanæ Ecclesiæ; nihilominus scimus etiam prærogativæ ejus quos terminos habeant. Quoniam quantumque facultate polleat Romana Ecclesia, minus tamen Synodo OEcu-menica, et universali Ecclesia* (1).

En este mismo Concilio, en el que se celebró la reconciliacion de la Iglesia Griega con la Latina, año de 1459, se fijó esta verdad como base de la union, á saber; „que al Romano Pontífice se „le confirió por Jesucristo la potestad de apacentar, regir y gober- „nar toda la Iglesia, segun el modo que se contiene, tanto en las „Actas de los Concilios Ecumenicos, como en los Sagrados Cano- „nes.” *Pascendi, regendi et gubernandi universam Ecclesiam à Domino Jesucristo potestatem esse traditam (Romano Pontifici) quemadmodum et in actis Conciliorum OEcumenicorum, et in Sacris Canonibus continetur* (2). No hagamos caso de la fraudulenta conversion del adverbio *etiam* en lugar del *et* ántes de las palabras *in actis* en algunos ejemplares; porque es demasiado conocida la intencion, y despreciada tan pueril tergiversacion: lamentemos si la inmensidad de tantos males como se han seguido del olvido de aquella doctrina, y lloremos la separacion de la Iglesia Griega nuestra hermana del comun seno maternal. ¡Oh! ¡si levantára la cabeza el santo y sabio Cardenal Bessarion, y viera en que ha venido á parar la obra de su sabiduría y de su piedad!

Los obstinados defensores de la supuesta Monarquía divina, y de la Potestad absoluta y esclusiva de los Papas, no debieran desentenderse, de que los mas santos y respetables de entre estos, se han negado á recibir este regalo de adulacion, considerando ellos mismos sometida su autoridad á las leyes de la Iglesia universal. El santo Papa Zozimo decia en el siglo 5.º *La Autoridad de esta Santa Sede no puede establecer ni mudar nada contra los Estatutos de los Padres* (3). S. Celestino I, en su Epistola á los Obispos de

(1) Conc. Florent. Sess. 9.

(2) In Decreto Unionis.

(3) *Contra Statuta Patrum condere aliquid vel mutare nec hujus quidem Sedis potest Auctoritas.* (Decr. Grat. caus. 25. quest. 1.)

Iliria; *Que las regtas Nos dominen, dice, no dominemos Nosotros á las reglas; estemos sugetos á los Cánones, Nosotros que conservamos los preceptos de los Cánones* (1). S. Gregorio Magno, llevó su veneracion por los santos Cánones de los cuatro Concilios Generales que le habian precedido, hasta compararlos con los santos cuatro Evangelios. *Confieso, dice, que acepto y venero los cuatro Concilios de la misma manera que los cuatro libros del Santo Evangelio; porque estando aquellos constituidos por el consentimiento universal, á sí propio se destruye, y no á ellos, el que presume desatar lo que ligan, ó ligar lo que desatan* (2). Por último S. Martin I dijo, *Somos defensores y guardadores de los Canones divinos; no sus prevaricadores* (3). Comparese la doctrina de las autoridades referidas, y otras mil que pudiera añadir, con los abances de mis exagerados Calificadores sobre el Imperio universal del Papa, su Monarquía de institucion divina, su plenitud de Potestad legislativa y plenitud de jurisdiccion esclusiva, como ellos dicen, y que yo rechazo en mis Considerandos.

En vano han pretendido fundar los ultramontanos la Superioridad legislativa del Papa sobre el Concilio Ecumenico, en la Autoridad que aquel ejerce de dispensar en las leyes eclesiásticas hechas por este. La pequenez del argumento desaparece á vista de la historia de las dispensas desde el establecimiento de la Iglesia hasta el dia, que con gran maestria, erudicion y muchos ejemplos desenvuelve el sabio y piadoso Tomasino desde el capítulo 24 al 29 de su libro 3.^o parte 2.^a En los cinco primeros siglos los Obispos por sí solos ó en los Concilios Provinciales concedían las dispensas, aunque tambien se ocurrió alguna otra vez á la Santa Sede. Desde el siglo 5.^o al 8.^o ya refiere dicho Autor, que hubo mayor número de recursos á Roma por dispensas, que desde el 8.^o al 10.^o siglo se hicieron mas frecuentes, aunque no por eso dejaron de concederlas tambien los Obispos y Sinodos.

Es muy notable el principio del Capítulo 27, en el que vá á tratar de las concedidas despues del siglo 10. „Voy ahora, dice, á „ ilustrar con particular cuidado los dos puntos que me he propues- „ to. El primero es *la misma potestad de dispensar, la cual está „ como ingerida y concretada en la Dignidad Episcopal*; aunque

(1) Dominentur Nobis regulæ, non regulis dominemur; simus subjecti Canonibus, qui Canonum præcepta servamus. (S. Celest. Epist. ad Episcop. Illiriæ).

(2) Sicut Sancti Evangelii quatuor libros, sic quatuor Concilia suscipere et venerari me lateor.... quia dum universali sunt consensu constituta, se et non illa destruit, quisquis præsumit, aut solvere quod ligant, aut ligare quod solvunt. (S. Greg. Magn. lib. ind. 9. Epist. 24. ad Joann. Constantinop.)

(3) Defensores enim divinarum Canonum et Custodes sumus; non prevaricatores. (S. Mart. 1. Epist. 5. ad Joann. Philadelph.).

„ el ejercicio ó uso de ella ha sufrido las mismas vicisitudes, que los „ demas artículos de la disciplina exterior de la Iglesia. La trataré „ por tanto con mas cuidado, y confío que veremos sin preocupa- „ cion, lo que respecto al uso de la potestad de dispensar se han „ apropiado, tanto el Pontifice, como los Obispos, de tal ó cual mo- „ do, y mas ó ménos segun han exigido las necesidades de la Igle- „ sia, las costumbres de los tiempos, y la diferencia de cosas y lu- „ gares.” No puedo ménos de rogar á mis Calificadores, y á toda la Escuela ultramontana, que lean, releen y mediten la doctrina de un autor tan clásico y respetable, que no podrán repudiar en ningun sentido; pues que en nuestro estado y caso es de absoluta necesidad, que estemos perfectamente ilustrados en este punto, que yo solo puedo tocar ligeramente.

Resulta de todo, segun el sabio Tomasino en su capítulo 28, que el derecho de conceder dispensas lo ejercieron primeramente los Obispos; y que segun la sucesion de los tiempos una gran parte de ellas pasó á la Santa Sede, ó por voluntad de los mismos Obispos, ó por la concurrencia de otras causas, que han autorizado á los Papas á su ejercicio.

Que esta facultad de dispensar es esencial y comun á todos los Obispos en sus respectivas Diócesis, como inherente á la potestad de ligar y desatar, de que gozan por la Mision divina, en virtud de la que son Vicarios de Dios, se confirma con la Autoridad de Santo Tomas, que dice, que la dispensa del voto se ha de hacer por autoridad del Prelado; *porque el Prelado en la Iglesia hace las veces de Dios* (1).

No es de mi proposito al presente cerrar la puerta á todos los *efugios*, á que acuden los ultramontanos para reforzar su argumento, estendiéndome á esponer lo que llaman *dispensa propia*, que es cuando para algun caso se levanta la obligacion de la ley eclesiástica; ó *dispensa impropia*, cuando se declara, que en la ley ordinaria no está comprendido el caso ocurrente. Me basta para mi objeto concluir con el dicho del Cardenal de Cusa, que despues de sentar la doctrina, de que no solo el Papa, sino el Obispo puede dispensar de cualquier Estatuto de la Iglesia por necesidad ó evidente utilidad, contrayéndose al Papa dice: *Por lo dicho es patente, que la Potestad de superintendencia que tiene el Papa para utilidad de la Iglesia, no es propriamente sobre los Cánones; sino que declara, que los Cánones no tienen lugar por causas razonables, en el caso ocurrente* (2). Queda por tanto desvanecido el grande argumento

(1) S. Thom. art. 12. quæst. 88 secund. secundæ.

(2) Ex istis patet, quod potestas superintendentis quæ est ad utilitatem Ecclesiæ in Papa, non est propriè supra Cánones, sed ipsa declarat Cánones in occurrenti casu, propter rationabiles causas locum non habere. (Nic. de Cusa. lib. 2. c. 20.)

de las dispensas, alegado por los ultramontanos para fundar la superioridad legislativa del Papa sobre los Concilios Generales.

Sin embargo, la Corte Romana, insistiendo constantemente, bajo el nombre de los Sumos Pontífices, en su ambiciosa pretension de alzarse con la plenitud de la Potestad legislativa y la esclusiva jurisdiccion Papal, que defienden mis Calificadores, no quiere reconocer el imprescindible deber, en que los Papas se hallan, de escuchar benignamente á sus hermanos los Obispos, que usan legitimamente de su derecho, cuando les representan, que por haberse desviado de los Canones en ciertas disposiciones, es perjudicada la Iglesia en general, ó la particular que tienen á su cuidado. Su obstinado empeño en sostener aquella Potestad esclusiva y absoluta, les hace poner á veces en boca de los Sumos Pontífices un language que degrada á los Obispos, hasta el extremo de no considerarlos, sino como meros instrumentos de ciega obediencia, y simples ejecutores de los decretos y resoluciones de aquellos. *Que aprendan á venerar y ejecutar; no á discutir ni juzgar*, dice un Breve de 13 de Agosto de 1706. *Venerari et exequi discant, non discutere aut judicare*. Esta pretension es contraria á la tradicion, destruye enteramente la disciplina y el Gobierno de la Iglesia, convirtiéndolo en despótico, contra el orden que Jesucristo ha establecido, y despojando al Episcopado de sus derechos con la injuria mas inaudita. *Quia mihi injuriam facio, si fratrum meorum jura perturbo*, decia S. Gregorio Magno (1). A este proposito recuerdo lo que el Cardenal Geoffroi de Vendome escribió al Cardenal Pedro de Leon. *Si el Papa*, dice, *es advertido por alguno de sus inferiores, que debe corregir lo que ha hecho excediendo los limites de la justicia, debe recibir este consejo, como S. Pedro recibió el de S. Pablo* (2). El mismo Alejandro III, dijo estas palabras, que se refieren en las Decretales: *Nos no llevaremos á mal, que no hagais, lo que nos haya sido sugerido por malas insinuaciones* (3).

Podría suceder, que un decreto del Papa en materia disciplinar no conviniese á la actual disposicion de los ánimos en alguna Provincia ó Nacion. Deber sería entónces de los Obispos, como inmediatos superiores del rebaño que tienen á su cuidado, examinar, ántes de que se ejecutase, si el mandato podría causar turbacion entre los fieles. Disentir y juzgar, es su derecho: venerar y representar en aquel caso; pero no ejecutar, es su obligacion.

(1) S. Gregor. Magn. Epist. 52. tom. 2. p. 618.

(2) Fleury tom. 14. p. 317.

(3) *Patienier sustinebimus, si non feceris, quod prava Nobis fuerit insinuatione suggestum. (Cap. Si quando, extra, de rescriptis.)*

Todavía puede suceder que una práctica religiosa, aun de origen el mas santo y respetable, y que en su principio fuese de grande edificacion, viniese posteriormente á convertirse en escándalo y destruccion. El celo Pastoral de los Obispos y su deber les obligaria en semejante caso á proscribirla inmediatamente, sin necesidad de previa autorizacion del Romano Pontífice. Los convites de caridad, que fueron una institucion y tradicion Apostólica, fueron abolidos por S. Agustin, que se levantó ardientemente contra ellos. Imitado despues por otros Obispos celosos, y tras de estos, otros, fueron al fin enteramente extinguidos aquellos convites en toda la Cristiandad; habiéndose adoptado y seguido en Roma mismo el ejemplo de estos Stos. Prelados, que se habian anticipado á su condenacion. ¿Y quien mejor y con mas acierto que los Obispos, cada uno en su respectiva Diócesis, Provincia y Nacion, con conocimiento de las circunstancias particulares en que pueda hallarse, podrá juzgar y saber lo que es conveniente ó dañoso á sus Iglesias? El Obispo, á lo que viene obligado en todo caso de variacion urgente y notable es, á dar cuenta respetuosa á la cabeza de la Iglesia de los motivos de su conducta; porque así lo demanda nuestro reconocimiento del Primado como centro de Unidad.

Es absurda la consecuencia, con que amenazan para alucinar los adversarios de esta doctrina. Dicen, que se seguiría de ella, que la autoridad de cada Obispo seria superior á la del Papa. Mas la inexactitud de esta deducccion aparece con solo considerar, que en estos casos los Obispos usan de los derechos que les han sido conferidos por Jesucristo, en virtud de los cuales, no solo en ciertas circunstancias resuelven y obran por sí; sino que ademas, tanto en materias disciplinares, como en las de fé, no prestan su consentimiento á las disposiciones ó decretos del *primero* entre todos los Hermanos, sino despues de haber adquirido un pleno conocimiento, de que lo propuesto es conforme á la doctrina ortodoxa y á los Canones. Véase en confirmacion de esto mismo, ademas de lo espuesto ántes con relacion á los Concilios 14 Toledano, Niceno 2.º, Constantinopolitano 4.º y demas allí citados, la carta de S. Leon Papa á Proterio Arzobispo de Alejandría (1). Fundados, por igual razon, los Príncipes seculares en su derecho especial como Soberanos, examinan las Bulas y Breves de los Papas, y les niegan ó conceden el *pase*; sin que por ello se les atribuya ninguna superioridad; ni ménos el derecho de juzgar de la doctrina, como si lo tienen los Obispos.

Tambien los Canones han consagrado el respeto por las prácticas y costumbres de las Iglesias particulares, como tambien por cier-

(1) S. Leo. Epist. 103. ad Proter.

tos derechos y libertades que les son peculiares. La Iglesia Latina, la Griega, la Africana, y de estas mismas otras particulares, como la Española, la Inglesa y la Galicana, tienen sus Canones respectivos y su disciplina legítimamente introducida en ciertos puntos, que los Sumos Pontífices no pueden ménos de respetar. Cualesquier actos de Potestad legislativa que emanasen del Papa contra estos Canones y disciplina ¿no sería un deber de los Obispos examinarlos, y si los hallaban perjudiciales suspender su publicacion, mientras representaban á S. Sd. con el respeto debido los inconvenientes que de su ejecucion se seguirian? ¿Les dirá el Papa en vista de su respetuosa representacion, que aprendan á venerar y ejecutar, no á discutir ni juzgar?

En terrible conflicto fué puesto el Sto. Obispo Roberto de Lincolnia, cuando el Papa Inocencio IV en 1253 pretendió obligarlo, á que reconociese ciertas reservas contrarias á la disciplina de la Iglesia de Inglaterra. *Propter hoc*, contestó aquel al Pontífice, *his que in prædicta littera continentur, unice, filialiter et obedienter non obedio, contradico, rebello* (1). A este estado de indignacion y de ira santa provoca la Curia Romana con sus exageradas pretensiones de esa Soberanía absoluta, de esa jurisdiccion *exclusiva*, que yo no admito, y por cuya impugnacion me censuran mis Calificadores.

Son tan notables algunas circunstancias de este suceso, que no puedo dispensarme de referirlas. „Irritado el Papa, continúa la historia, y apenas pudiéndole contener su impetu los Cardenales, en cuya presencia se leía la contestacion del venerable Obispo, le dijeron estos; *Señor, no conviene que decretemos nada duro contra ese Obispo. Si hemos de confesar la verdad, verdades son todas las que dice. No podemos condenarlo. Es católico; y por mejor decir, santísimo: mas religioso que nosotros, y mas santo que nosotros; de tal suerte, que no se cree que haya entre todos los Prelados otro mayor, ni aun igual. Todo el Clero Galicano y Anglicano conoce estas cosas, y nuestra tradicion no podría prevalecer* (2).” Estas cosas no quiero yo decir: quiero que las lean mis Calificadores en la carta del santísimo Obispo Roberto. Allí verán cual es la Autoridad de la Santa Sede, cual la de los Cánones, y cual es la obligacion de los Obispos por razon de su Ministerio, cuando se pretende, que aquella se sobreponga á estos. Tampoco quiero decir á mis Calificadores, lo que á este propósito escribe Gerson, ya que su autoridad les ha merecido lugar en su dictámen de censura, aunque con la desgracia de haber

(1) Math. Paris. p. 187. edit. Lond. ann. 1640.

(2) Id. p. 872.

sido mal aplicada; ni lo que dijo S. Bernardo al Papa Eugenio; pues mejor será que lo lean en las obras de aquel y en las cartas de este, que no que lo oigan de mi boca, no sea que se hagan de los escandalizados, y lluevan contra mí nuevas censuras.

Pero si les referiré, lo que la Congregacion de Cardenales y Prelados dijo á Paulo III en 1558, representándole los abusos que se habían introducido en la Iglesia. El origen de los desórdenes le manifestaron que venia „de que algunos Pontífices sus Predecesores habían estado rodeados de Ministros, que lisongeaban sus deseos, y „no permanecían cerca de sus personas, para enseñarles lo que debían „hacer, sino para inventar razones especiosas, que hiciesen permitido lo que les agradaba. Como la sombra sigue al cuerpo, la adu- „lacion sigue á todo el que se halla en elevacion. La sencilla ver- „dad no llega jamas á los oílos de las personas constituidas en „Dignidad. De aquí, prosiguen, han venido estos Doctores, que „han enseñado, que el Soberano Pontífice es el dueño de todos „los Beneficios, y como dueño tiene derecho de vender lo que les „pertenece; que no puede haber simonia en nada de lo que se tra- „ta con el Sumo Pontífice &c. &c.” (1). El Sacro Colegio de Cardenales conoce muy bien á los Curiales de la Corte Romana, y las ingeniosas artes que estos emplean en su provecho, abusando del nombre del Papa.

De todo lo dicho resulta evidentemente, que la Potestad legislativa del Papa no es absoluta ni *esclusiva*, como pretenden mis Calificadores; sino que está limitada y subordinada á los Cánones de la Iglesia universal; y que la *plenitud* de aquella Potestad, lejos de tenerla, ni ejercerla *esclusivamente* los Sumos Pontífices, como aquellos afirman, no está, ni reside, sino en la Iglesia universal.

Si mis Calificadores, supuesto que adoptaron la espresion de Bossuet, de que *el espíritu del Cristianismo es, que la Iglesia sea gobernada por los Cánones*, la hubiesen tenido presente siempre, y hubieran siempre procedido consiguientes á esta doctrina, nos escusaríamos mil fastidiosas interminables disputas. No habría tenido lugar esta de la supuesta *esclusiva plenitud* de la Potestad legislativa del Papa; y con una mejor y mas exacta definicion, de lo que con ella quieren dar á entender, habríamos evitado una discordancia, que acaso no se funda mas, que en los términos anfibológicos, equívocos y confusos, que la Escuela ultramontana exagerada emplea y beneficia en provecho de su sistema de *esclusiva* jurisdiccion y Soberanía Papal.

Desvanecido ya el primero y principal argumento, fundado en la supuesta *esclusiva plenitud* de la Potestad legislativa del Papa, con

que pretendieron mis Calificadores probar, que la *plenitud* de jurisdiccion reside en el mismo, voy á hacerme cargo de los restantes argumentos apoyados en la *plenitud* de las potestades coercitiva y judicial de los Papas, confirmadas por varios hechos históricos, que aquellos aducen en su censura. Los que alegan en comprobacion de la potestad coercitiva de los Romanos Pontífices, probarían cuando mas, lo que ninguna necesidad había de probar; los derechos que les corresponden, segun dejo referido en el Punto 3.º, por razon de su Primacia, que ningun Católico les ha negado. Pero desde esto á la jurisdiccion *esclusiva*, que es de lo que se trata en mi Considerando censurado, hay notoriamente una infinita distancia. Sin embargo, aun los hechos alegados por ellos mismos, léjos de apoyar su opinion, todavía confirman mi doctrina.

El Papa S. Victor amenazó, dicen mis Calificadores, por medio de letras conminatorias á los Obispos de Asia, que no le obedecían en la cuestion del dia de la celebracion de la Pascua. Y ¿qué sucedió? les pregunto yo. Que se levantó un grito de indignacion en las Iglesias hermanas contra aquel abuso escandaloso de autoridad; y S. Ireneo, hecho el interprete de la Unidad, reprendió agriamente la conducta de S. Victor. Contenido este por tales demostraciones, quedó la cuestion indecisa, y cada Iglesia siguió y conservó su práctica y tradicion; pues no obstante aquella disposicion conminatoria emanada de la pretendida *esclusiva plenitud* de la potestad legislativa del Papa, no por ella se tuvo por resuelta la disputa, sino que aplazada esta por el bien de la unidad, se resolvió definitivamente con la *plenitud esclusiva* de potestad legislativa de la Iglesia en el Concilio Ecuménico de Nicea, con cuya decision todo se tranquilizó.

El Papa S. Estevan dicen, amenazó con la espada de las censuras, ó escomulgó á S. Cipriano, S. Firmiliano y demas Obispos de Africa por su doctrina sobre la rebautizacion. ¿Quélo definido el dogma por la resolucion del Papa acompañada de la escomunión ó de la amenaza? No. El mismo S. Agustin no consideró terminada definitivamente la disputa, hasta que recayó la decision de un Concilio plenario: y aunque los Stos. Obispos Africanos estaban en el error, siendo cierta la doctrina de S. Estevan, todavía no pudieron ser, ni fueron condenados como cismáticos por este, que obrando con la mayor prudencia no llegó á imponerles semejante nota. A pesar de esto, la sola amenaza inflamó tanto á S. Firmiliano, que dejándose llevar de un excesivo calor, escribió al mismo Papa S. Estevan. *No os engañeis: al separaros de tantas Iglesias, Vos mismo sois el que os habeis segregado: porque el verdaderamente cismático es aquel, que se hace apostata de la comunión de la Unidad eclesiástica. Mientras pensais, pues, poder separar de Vos á los demas, Vos*

solo sois el separado de todos (1).

La herida que recibe el hombre, aun el mas virtuoso y santo, cuando se ve atacado en su ortodoxia, es tan profundamente dolorosa, que por lo mismo nunca serán sobrados los miramientos de la mas circumspecta prudencia, de la mas esquisita templanza, y de la mas paciente caridad, para no ofender, provocar, ni irritar cuerda tan delicada. Así, el que impone ligeramente la nota de cismático á otro, aunque esté en el error de doctrina no definida por la Iglesia, aquel es el que provoca el cisma, y con mas razon merece la nota de cismático. Por esto decia Gerson, *que puede suceder, que hombres que sostienen el partido de la verdad, sean verdaderamente cismáticos, en tanto que los que están empeñados en el partido contrario no lo son, si están en disposicion de someterse al juicio, que la Iglesia pronuncie sobre sus disputas, y conservan la unidad con los mismos que no participan de su opinion (2).*

Con motivo de estos hechos de los Papas Victor y Estevan con los Obispos de Asia y Africa, que tan confusamente citan mis Calificadores, debo hacerles la advertencia, de que no es lo mismo rehusar la comunión eclesiástica, que escomulgar. Lo primero puede ser efecto, así como de prudente precaucion, tambien de ignorancia inculpable, intolerancia ó dureza excesiva, debilidad, ú otro motivo humano: mas la escomunion jamas puede partir, sino de una sentencia juridica y canónica, á la que haya precedido un juicio con todas las formas prevenidas en las leyes de la Iglesia. Si mis Calificadores hubieran tenido presente, que eran llamados á desempeñar judicialmente una mision facultativa teologico-canónica, no habrian incurrido en tal inexactitud de language y hubiesen distinguido aquellas dos ideas, que tan distantes están entre sí. Para ello les hubiera sido muy provechoso, que se hubiesen tomado la pena de leer y meditar mas estos hechos históricos y otros muchos, en que se ve á los mas insignes Santos en disidencia con otros Santos igualmente insignes, y en el duro conflicto de haber sido separados por los Papas de su comunión.

El Pontífice Liberio, por debilidad, engaño ó condescendencia con los Arrianos, separó de su comunión á S. Atanasio, quien al mismo tiempo conservó la union con la mayor parte de las Iglesias de Oriente y Occidente. Posteriormente el mismo S. Atanasio y el

(1) *Peccatum vero tibi quam magnum exaggerasti, cuando te á tot gregibus scidisti. Excidisti enim te ipsum: noli te fallere; siquidem ille vere est schismaticus, qui se ipsum á communione ecclesiasticæ unitatis apostatam fecerit: dum enim putas omnes á te abstinere posse, solum te ab omnibus abstinuisti.* (S. Fyrm. Epist. ad S. Stephan. apud S. Cypr.)

(2) Gerson. De modo habendi se tempore Schismatis.

Papa S. Dámaso separaron de su comunión á **S. Melecio** Prelado de Antioquía y á sus Sucesores, adhiriéndose á **S. Paulino**, que durante el destierro de aquel había sido consagrado Obispo de la misma Iglesia, y que á su vez fué separado de la comunión de la Iglesia de Oriente. Hay en este suceso la notable circunstancia, de que **S. Basilio**, **S. Gregorio Nacianceno** y demas Católicos de Oriente en comunión con **S. Melecio**, y negándosele á **S. Paulino**, comunicaban al mismo tiempo con **S. Atanasio** y **S. Dámaso**, que rechazaban á los Melecianos. En fin, Roma con toda la Iglesia de Occidente hizo justicia á **S. Melecio**, y habiéndole negado la comunión durante su vida, le invoca como Santo despues de su muerte.

Si es digno de meditarse este hecho con todos sus pormenores históricos, que aquí es preciso omitir, lo es mucho mas el siguiente por sus antecedentes y circunstancias particulares, entre otras la de servir de fundamento á la disidencia un hecho aislado por una parte, y no esencial á la Religion, y una doctrina disciplinar por otra, que dividía á los Orientales de los Romanos. Versaba la divergencia, sobre si era legítima ó no la aceptacion de la Prelacia de una Iglesia, cuyo Obispo hubiera sido separado de ella, aunque fuese con injusticia ó violencia. Los Griegos la creían legítima, prefiriendo á todo, que la Iglesia no quedase sin Pastor; mas los Romanos creían lo contrario, y aun trataban de hereges á todos los Obispos subrogados en lugar de los injustamente perseguidos, y á los que comunicaban con ellos, que era toda la Iglesia de Oriente. **Eufemio** y **Macedonio** de Constantinopla, **Elias** de Jerusalem, y **Flaviano** de Antioquía fuéron el blanco principal de las iras de Roma. „La dureza de los Papas, dice „ un sabio Historiador, hizo irremediables los males de la Iglesia de „ Oriente, y puso á estos buenos Obispos en embarazos y perplexi- „ dades, de que no salieron, sino cometiendo faltas considerables. „ **Elias** de Jerusalem y **Flaviano** de Antioquía, no recibiendo auxi- „ lio alguno de la Iglesia de Occidente, se debilitaron respecto del „ Concilio de Calcedonia; pero Dios les hizo espiar esta falta en el „ destierro que sufrieron por la fé. Los Papas, dice **Mr. de Tille-** „ **mont**, se han visto al fin obligados á ceder, y hoy invocan en el „ cielo á **S. Flaviano** Obispo de Antioquía, y á **S. Elias** de Jeru- „ salen, cuya comunión habían rechazado en tanto que estuvieron en „ la tierra.” (1)

El Pontífice **Sergio III**, despues de haber declarado nulas las ordenaciones de Obispos y Presbíteros hechas por el Papa **Formoso**, entre otros muy escandalosos sucesos, y la ansiedad y congojosas dudas, en que puso á toda la Iglesia, vino por fin á escomulgar al Pres-

bítero Auxilio, porque ejercía su Ministerio Sacerdotal. „ Con este „ motivo, dice Bossuet, reclamó Auxilio, en su nombre y en el de „ todos sus compañeros, la reunion de un Concilio General, que es- „ peraba, no del Pontífice, que era el autor de las turbaciones, sino „ del Emperador: y no obstante la escomunion, mientras se reunia „ el Concilio con el consentimiento de los Obispos, Auxilio perman- „ neció en la comunión de la Iglesia Católica, como tambien de la „ Iglesia particular de Roma, y aun de la misma Santa Sede, pues „ que esta Santa Silla estaba anida al resto de la Iglesia universal.... „ Por juicio divino hay muchos casos gravísimos en los que la Igle- „ sia de Roma, no pudiendo remediar por sí los males en que se vé „ sumergida, no ha hallado socorro, sino en la autoridad de la Igle- „ sia universal.... Dios ha colocado al Obispo de Roma en tal ran- „ go, para que sea el lazo de la Sociedad y comunión Católica..... „ mas esto no impide, que Dios permita, que sucedan ciertos aconte- „ cimientos, en los que muchos varones buenos y santos deben quedar „ privados de la comunión del Papa, á ejemplo del Presbítero „ Auxilio.... Sin embargo, á pesar de la escomunion, y de la de- „ posicion de Auxilio por el Papa Sergio, por la sola peticion y es- „ pectacion del Concilio General se creyó aquel seguro en el ejer- „ cicio de su orden, sin que ningun Católico le reprendiese por ello. „ Y prescindiendo de examinar si esto fué porque se tuviese por „ nulo el decreto del Papa, y contrario á los Cánones, hasta obser- „ var, que *en ciertas causas* por la sola invocacion del Concilio „ General, se puede suspender una sentencia Papal, y que entre tan- „ to el que usó de aquel derecho queda bajo la tutela y proteccion „ del Concilio, es decir de la Iglesia Católica, lo cual nadie puede „ negar (1).”

Estos y otros muchos ejemplos que pudiera citar, harán ver á mis Calificadores, que necesitan rectificar la inexactitud de sus ideas y lenguaje en aquel concepto, y en otros semejantes esparcidos en su dictámen de censura, y les harán conocer ademas, cuan delicadas precauciones de caridad son precisas para evitar los errores, los conflictos y los males, á que conducen el espíritu esclusivo y de intolerancia, y las imprudencias trascendentales de un celo indiscreto, que suele muchas veces equivocarnos y equivocarse con el mas puro celo de Religion.

Examinados ya los hechos que mis Calificadores espusieron en prueba de la *plenitud* de la potestad coercitiva de los Papas, pasaremos a examinar los que trahen en confirmacion de la *Suprema* potestad judiciaria, en la cual fundan tambien la *exclusiva* plenitud de jurisdiccion.

(1) Boss. *Deff. Cleri Gall.* lib. 9. cap. 31. et 32. et lib. 10. c. 23.

Mis Calificadores alegan en el concepto de *suprema* la potestad judiciaria, que todos los Católicos reconocemos en los Sucesores de S. Pedro, la cual, dicen, *ejercieron los Sumos Pontífices desde el principio de la Iglesia en todo el Orbe Católico, admitiendo las apelaciones de cuantos se creían agraviados con la sentencia definitiva de los Concilios particulares.* Si hubieran dicho de los *Concilios Generales* y lo hubiesen confirmado con hechos exactos, habrían acaso sido consiguientes en asegurar la Supremacía judiciaria de los Sumos Pontífices. Pero no; son apelaciones de los Concilios particulares al Papa; y aun para esto han sido tan desgraciados en la eleccion, que los tres hechos que citan son los mas débiles, entre los muchos que provee la historia eclesiástica, y que autores mas diestros benefician en favor de su opinion en materia de apelaciones. Lo particular es, que al contar estos hechos, no han advertido, que destruían ellos mismos su propia doctrina de la plenitud de potestad esclusiva del Papa, que es lo que intentan probar en su censura á este Considerando.

Dicen, que los Obispos Españoles Basilides y Marcial, despues de condenados y depuestos por sentencia Sinodal, apelaron al Papa S. Estevan, y que este los mandó restituir á sus Sillas; pero que estas letras del Papa, *aunque respetadas, no fueron ejecutadas por el vicio de obrepcion, de que adolecian.* Véase aquí por las palabras mismas de mis Calificadores reconocido el derecho de examen de los juicios y decisiones de los Papas, y reconocida tambien su necesidad y la de la consiguiente suspension de su ejecucion, para que por una sorpresa ó un engaño, tan fácil en Roma, á larga distancia de donde suceden los hechos, no se cause un grave daño á la Iglesia con injuria del Episcopado. Mas aunque es cierto, que Basilides recurrió al Papa en queja de los Obispos que lo habían condenado y depuesto, deben saber mis Calificadores, que estos Obispos Españoles, y S. Cipriano consultado por ellos, no reconocieron este derecho de apelacion, ni esperaron el juicio del Papa, para proceder á la deposicion de aquel, y á la eleccion y ordenacion de Sabino en su lugar.

La apelacion de Privato es otro de los hechos referidos por mis Calificadores. Ruegoles que vean toda esta historia, que es un poco larga, en sus originales, y se convencerán, de cuánto se han equivocado. S. Cornelio Papa, y S. Cipriano dan cuenta de todo lo que pasó con Fortunato y Felicisimo, y de la liga que el primero de estos hizo con Privato y otros cuatro mas, á quienes ni siquiera quiso oír el Papa, como legitimamente condenados por los Obispos de sus Provincias. Precisamente los Padres Africanos son los que con mas firmeza resistieron este derecho de apelacion, que se quiso introducir en favor de los Papas: tan lejos estuvieron de creerlo como

derecho inherente á la Primacia. *Quia nulla Patrum definitione, dixerunt, hoc Ecclesie derogatum Africanæ; et Decreta Nicæna, sive inferioris gradus Clericos, sive ipsos Episcopos suis Metropolitanis commisserunt etc. (1).*

Y no solo la Iglesia de Africa resistió este derecho de apelacion al Papa, aun despues de los Canones Sardicenses, como puede verse en la historia Eclesiástica, sino que tambien la Iglesia de España sostuvo con vigor esta disciplina, de modo, que las causas de los Obispos se juzgaban siempre en Sinodo Provincial, y si se dividían los votos, se terminaban por el juicio de otros Obispos mas distantes. Esta es la ley establecida en el Canon 15 de la Coleccion de Martin de Braga, que era la que regia en España. Con ocasion de haber sido depuesto el Obispo Estevan por los Obispos de la Provincia vecina, el Papa intentó juzgarlo en apelacion, bajo el pretesto, de que no teniendo Estevan Metropolitano, porque era exento, debía ser juzgado por la Iglesia Romana, como cabeza de las demas. Mas posteriormente los Obispos Españoles, para quitar todo pretesto de apelacion á Roma, resolvieron; que las causas se juzgasen en un segundo Sinodo, como se dá á entender en el Canon 28 del Concilio Toledano 4.^o celebrado en el año 666, que dice: *Episcopus, Presbiter, aut Diaconus, si á gradu suo injuste dejectus, in secunda Synodo innocens reperiatur, non potest esse quod fuerat, nisi gradus amissos accipiat coram altari de manu Episcopi.*

El tercer hecho de apelacion, que alegan mis Calificadores, es el del Obispo S. Ceciliano, acusado iniquamente por sus enemigos, y depuesto por sentencia Sinodal, segun equivocadamente afirman aquellos. Mas ni la sentencia fué Sinodal, ni S. Ceciliano apeló. Los Donatistas se quejaron al Emperador, rogandole, que para juzgar de nuevo á S. Ceciliano, nombrase jueces transmarinos; y aquel mandó, que Ceciliano marchase á Roma, para que allí fuese juzgado por el Papa Melquiades, y los Obispos Rheticio Marino, y Materno. Así es, que S. Agustin defiende al Papa, diciendo, que no había usurpado el conocimiento de la causa de Ceciliano. *Quid quod nec ipse usurpavit: rogatus quippe Imperator iudices missit Episcopos, qui cum eo (Melchiade) sederent (2).* Ni cabía tal juicio de apelacion, pues que S. Ceciliano no había sido condenado y depuesto por legítimo Sinodo, ó por sentencia de legitimos jueces; sino por solos los Obispos de Numidia, que eran sus enemigos, y cuyo juicio declinó; hallándose en comunion y defendido por los demas Obispos de Africa, especialmente por los de su Provincia, que eran sus jueces naturales;

(1) Collect. Conc. T. 2. 1575.

(2) S. August. Epist. 162.

por tanto no tenia necesidad de semejante apelacion al Papa. Notese de paso, cuanta es la potestad económica que en semejantes casos desplegan los Soberanos en calidad de tales, al mismo tiempo que como protectores de sus subditos; pues no obstante los Canones Sardicenses de una parte, y de otra la disciplina diversa de la Iglesia de Africa, sostenida con tanto teson por los Prelados de aquel pais, el Emperador, con júbilo de la Iglesia, nombró los Obispos que habían de juzgar al Sto. Obispo acusado.

Es cierto, que por el gran respeto y reverencia, que en todos tiempos han prestado los Obispos y todos los Católicos á los Sumos Pontífices, como cabeza de la Iglesia, han recurrido á su Autoridad en las grandes causas y graves conflictos. Esto es muy justo que siempre se haga, y particularmente cuando haya peligro de cisma en alguna Iglesia. Mil y mil veces su juicio, su prudencia y su consejo imparcial y paternal han bastado para componer y sosegar los ánimos, y apagar un grande incendio; pero desde esto, á inferir, como pretenden mis Calificadores, que por un derecho divino inherente al Primado, corresponden al Papa las últimas apelaciones, y de consiguiente la *plenitud* de jurisdiccion suprema y *exclusiva* en la Iglesia universal, hay mucha distancia. Debo advertir, que no ha sido mi ánimo entrar de lleno en la gran cuestion de apelaciones al Papa, sino puramente rebatir los hechos alegados por mis Calificadores, para fundar su censura á este Considerando 9.º

Sin negar lo que yo digo en el Considerando, respecto del Presbítero Apiario, pasan mis Calificadores á darle una explicacion á su modo, ó por mejor decir, á buscarle una evasiva tan frívola, que no es mas que un miserable y pobrisimo efugio, para salir del apuro, en que aquel suceso pone su *exclusiva* jurisdiccion Papal. Hablan de la disciplina particular de la Iglesia de Africa, que prohibía las apelaciones transmarinas, y del sumo derecho que se templa por la equidad, en virtud de la cual, dicen, se prohibieron las referidas apelaciones, pero que sin embargo, añaden, siempre los Obispos Africanos reconocieron aquel sumo derecho. Con ménos palabras, y una corta, pero clara prueba de esto, que alegasen mis Calificadores, hubiera recaído mejor su arbitraria é infundada conclusion. „ Por lo cual, dicen, es visto, que no puede desconocerse la Potestad *exclusiva* „ del Romano Pontífice ó su *plenitud* de Potestad.” Acerca de este hecho me reservo tratar con mas estension en mi contestacion al voto particular.

He dejado para lo último el mas fuerte argumento, que tiene siempre en reserva la Escuela ultramontana, y que tambien indican mis Calificadores, para establecer la Suprema y *exclusiva* Potestad Monárquica del Romano Pontífice: tal es la anulacion del Canon 28 del Concilio General de Calcedonia por el Papa S. Leon. De este he-

cho infieren los ultramontanos muchas consecuencias, segun el asunto á que lo aplican; siendo las principales, la Suprema Autoridad del Papa, su Soberanía, su Monarquía, su Superioridad sobre el Concilio General, la necesidad de la aprobacion Pontificia para el valor de los Canones en la Iglesia, su exencion de la observancia y sometimiento á ellos, su jurisdiccion esclusiva, y en fin la conclusion general que todo lo abraza; la *plenitud* absoluta de Potestad Suprema y *exclusiva* en toda la Iglesia universal.

Para que se conozca la poca fuerza de tal argumento, es preciso tener advertido, que los Obispos Orientales, pretendiendo dar al Patriarca de Constantinopla el segundo lugar de honor, despues del Romano Pontífice, que era el objeto del Canon citado, no definían por ello ningun artículo de fé, ni proveían á ninguna necesidad general de la Iglesia. Complacer al Patriarca de Constantinopla, y particularmente al Emperador, que deseaba con mucha eficacia, se elevase á este segundo rango eclesiástico el Patriarcado de la Corte Imperial, era el motivo principal, que animaba á los Obispos Orientales. Mas los Legados del Papa protestaron contra tal pretension, que tambien repugnaron los Obispos Occidentales unidos con S. Leon. Y con tanta mayor razon se resistía, cuanto que su objeto era invertir el lugar designado á cada Patriarca, y los limites señalados á cada Patriarcado en los Stos. Cánones de Nicea, establecidos y recibidos por toda la Iglesia universal. En esto el Papa no hacía mas, que desempeñar un deber de su Primacia, segun tengo espuesto en el punto 3.^o de mi contestacion á la censura del Considerando 6.^o, evitando al mismo tiempo todo motivo de ambicion, ulteriores rivalidades y discordias, á que necesariamente había de dar lugar aquella pretension de los Obispos Orientales, comprometidos por el Emperador.

Pero el conflicto era muy grande; la lucha estaba muy empeñada; el Emperador no desistía; los Obispos estaban muy comprometidos; los Legados mismos del Papa, á pesar de que habían protestado el Canon, escribían á S. Leon, rogándole que eediese. En situacion tan apurada, entre mil riesgos que se temian, unos por la aquiescencia, otros por la resistencia, dominó al fin el espíritu de conciliacion y de caridad. Para salir del conflicto acordó el Concilio, que todo lo que había pasado en este negocio se reservase á la decision del Sto. Pontífice Leon, como lo dice el Patriarca Anatolio. *Cum et sic gestorum vis omnis et confirmatio auctoritati Vestre Beatitudinis fuerit reservata* (1). En medio de tal divergencia, y tan grande oposicion entre las Iglesias Oriental y Occidental; en vis-

(1) Epist. Anat. Constantinop. Patriarch. ad Leon. Mag. in collect. Lucæ. Holstenio.

ta de esta última resolución del Concilio, ¿podrá decirse, que este Canon 28 gozaba ya de la autoridad del Concilio General? Todo lo contrario; ni es Canon, aunque así se llame, ni merece el nombre de tal, habiendo sido suspendido por el mismo Concilio que lo acordó, y remitido á la decision del Papa.

Entregado así el Concilio á la confianza de S. Leon, dejando á su potestad y arbitrio la resolución, decretó este la nulidad del Canon 28, el cual fué borrado del número de los del Concilio de Calcedonia, como contrario á los Cañones Nicenos; con cuya decision se conformaron todos, incluso el Patriarca Anatolio, y el mismo Emperador.

Es cierto pues, que el supuesto y disputado Canon 28 jamas llegó á tener la autoridad de resolución definitiva de un Concilio General, ni puede llamarse Canon de la Iglesia, á causa de la protesta de los Legados del Papa, de la resistencia de los Obispos de Occidente, y de la suspension acordada por el mismo Concilio: que S. Leon al defender los Cánones de Nicea, é impugnar lo que se intentaba contra ellos, llenaba uno de los primeros deberes de su Primacia divina: y que al acordar la nulidad del referido Canon, no usó de Potestad alguna Suprema en la Iglesia, ó Superior al Concilio General; sino de la confianza que el de Calcedonia le dispensó, y del compromiso que el mismo puso á su arbitrio, para terminar las disputas y conflictos que se habían suscitado.

Tantas veces, y de tantas maneras ha quedado deshecho y aniquilado este argumento, el mas poderoso de cuantos alegan los Doctores ultramontanos en apoyo de su sistema *esclusivo*, que ya habian cesado de citarlo en su defensa, hasta que al presente parece que se le pretende dar nueva vida para alucinar, como si nada ántes de ahora se hubiese hablado y discutido acerca de él. Mas por lo que acabo de esponer se vé su insubsistencia, y la facilidad con que queda desvanecido.

Causa verdaderamente la mayor admiracion y asombro, que el espíritu sistemático de Escuela haya desviado á los hombres de mejor intencion de la fuente pura del Evangelio. Este nos enseña con la mayor naturalidad y sencillez, que en la Iglesia es donde reside esta última Soberana Potestad, y esta plenitud de jurisdiccion. Pero mis Calificadores, á fuerza de sutilezas, pretenden atribuirla *esclusivamente* al Papa, recurriendo para ello á hechos particulares, que nada prueban, y que si algo pudieran probar, sería enteramente lo contrario de lo que aquellos se proponen.

Cuando Jesucristo dirigiendo la palabra á S. Pedro le dijo, que si no le oía aquel á quien tratase de corregir, lo denunciase por último á la Iglesia; *Dic Ecclesiæ; si Ecclesiam non audierit sit tibi sicut ethnicus et publicanus*; manifestó bien claramente, que el jui-

cio definitivo é irrefragable pertenece esclusivamente á la Iglesia, y no á S. Pedro, el cual, caso de no ser escuchado, debía ocurrir á ella. Esta verdad es tan evidente, que no ha podido obscurecerla el pequeño y mal disimulado fraude de haberse cambiado en el Misal Romano el exordio del Evangelio del Domingo 5.^o de cuaresma, tomado del Capítulo 13 de S. Mateo, que hoy dia se lee así: *In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis; si peccaverit in te frater tuus ect.; si te non audierit, dic Ecclesiae*. Es bien sabido, que la Iglesia, para dirigirnos en la inteligencia de los Santos Evangelios, habia adoptado en los Misales manuscritos anteriores al siglo 16, y en los impresos en esta época, la leyenda siguiente, en la que nos presenta á Jesucristo hablando especialmente con S. Pedro. *In illo tempore, respiciens Jesus in discipulos suos, dixit Simoni Petro; si peccaverit in te frater tuus etc.; si te non audierit, dic Ecclesiae*. En estos mismos términos se lee en un raro libro de Evangelios, manuscrito, con la particularidad de ser del siglo 7.^o, que se conserva todavía en Aix-la-Chapelle, sobre el cual hacía el Emperador su juramento en el acto de su coronacion. Sin duda, aquella alteracion posterior se ha hecho para no menoscabar con tales testimonios la pretendida Supremacia, y plenitud *esclusiva* de jurisdiccion del Papa en toda la Iglesia, que queda enteramente destruida por la espresion de Jesucristo dirigida á S. Pedro; *Si te non audierit, dic Ecclesiae*.

En vista de tan evidente é irrefragable testimonio, tomado sencilla y literalmente del Evangelio; en vista de estas palabras del mismo Jesucristo dirigidas á S. Pedro, segun la inteligencia que la Iglesia les ha dado, no es creible, que haya hombres tan obcecados por el espiritu de escuela, que pretendan todavía sostener de buena fé, que corresponde al Papa la *plenitud* de jurisdiccion *esclusiva* en toda la Iglesia universal.

Desvanecidos ya los argumentos, que contra mi doctrina alegaron mis Calificadores, apoyándolos en hechos mal entendidos ó esplicados, que espuestos como son en sí han venido á probar lo contrario de lo que aquellos se propusieron, espero que rectificarán su juicio, al ver completamente confirmada y justificada, con sus propios argumentos, y con tan irrecusable é incontestable testimonio del Evangelio, la doctrina de mi Considerando, que no admite la *esclusiva* jurisdiccion universal del Papa, que los Canónigos de Málaga pretendieron establecer, para inferir que carecia de ella el Gobernador y Juez Eclesiástico de aquella Diócesis al declarar la nulidad de la profesion religiosa de D. Francisco de Paula Fernandez.

Antes de concluir debo hacer una observacion, que siendo extensiva y aplicable á cuanto llevo dicho desde el principio de estas.

contestaciones, y á cuanto me queda que decir, acerca de la *Potestad Eclesiástica* y de la mayor ó menor estension, con que se confirió por Jesucristo á S. Pedro y á los demas Apóstoles, tiene mas oportuna y particular aplicacion á este punto. La mayor parte de las disputas, que sobre esta materia se han suscitado de diez siglos á esta parte, han degenerado en agrias disensiones y dolorosas discordias. Las mas injuriosas sospechas han envenenado casi siempre las discusiones comenzadas de buena fé, y pocas veces han concluido sin acrimonia, sin notas ultrajantes, y sin grandes escandalos, que han puesto en peligro la paz de muchas Iglesias ortodoxas, que han enagenado otras del centro de la Unidad, y han turbado la tranquilidad de los Estados.

En mi juicio se hubieran evitado tantos males, y no se daría lugar á su repeticion, si se hubiese usado siempre, y se usase en adelante lealmente, con sencillez y claridad un mismo language, con nombres de significacion fija y sinceramente convenida; porque segun el modo de tratar los Escolásticos las cuestiones sobre *Potestad Eclesiástica*, es imposible que nos entendamos. Ha venido á ser una necesidad la formacion de una nomenclatura Teologico-Canonica, que espresase exactamente las voces, y lo que ellas invariablemente han de significar. Estoy convencido, de que no habría divergencia esencial, entre la doctrina de mis Calificadores y la mía, si estuviese hecho este deslinde, y establecida como inviolable esta regla. Yo mismo me veo irremediamente y contra mi voluntad arrastrado por la confusion de tantos nombres de tan varios sentidos y aplicaciones, ignorando los que se darán á las voces, que á imitacion de mis Calificadores me veo precisado á usar; con la desventaja, de que yo soy *judicialmente* censurado por ellos, sin poderme defender, sino *doctrinalmente*; y sin mas recurso, que quejarme de un juicio y proceso, que prescindiendo de las pasiones que lo agitan, estriba únicamente en una confusion escolástica, que ni ellos ni yo alcanzamos á disipar; cuando ellos son libres y arbitrarios en la eleccion del sentido que mejor les plazca, para hacer recaer sus censuras. Por esta confusion la Francia Católica se vió en inminente peligro de ser condenada en Roma, como herética y cismática; y el haber escapado sus mas sabios y venerables Obispos de tan infamantes notas, con que anticipadamente los designaba la fanática ignorancia de sus interesados rivales, solo se debió al poder imponente de Luis XIV, y á la sabiduria sobrehumana del grande, del admirable Obispo Bossuet.

A fin, pues, de evitar las funestas y trascendentales consecuencias, que ha ocasionado, y todavia está causando á la Iglesia la confusion que han introducido los sentidos mas ó ménos estenosos que se dan á las palabras *Potestad Eclesiástica*, y los mil nombres diversos que de diez siglos acá se han inventado para significarla y esplicarla,

aplicándolos abusivamente en tan varios conceptos, según conviene á sus inventores, es ya necesario é indispensable, que se fije la verdadera significacion de cada palabra, cerrando así la puerta á las cavilaciones, que de buena fé atormentan aun á los espíritus tímidos ó suspicaces. Esta necesidad aparece mas claramente al considerar cuantos debates produjo aquella confusion de palabras y de sentidos en los Concilios de Constanza, Basilea, Florencia, Letran y Trento, y las controversias que despues han suscitado los Escolásticos, obsecruciando y confundiendo las declaraciones de aquellos Concilios.

Uno habla de Autoridad, y otro contesta por Potestad: uno habla de potestad, y otro responde por plenitud de potestad, y otro por *esclusiva* plenitud de potestad. Se habla de potestad, y se responde por jurisdiccion, por potestad de jurisdiccion, por plenitud de jurisdiccion ó por *esclusiva* jurisdiccion: y si se invierte el orden, comenzando por jurisdiccion, se responde por potestad. Autoridad, potestad, jurisdiccion, gerarquía: á dos gerarquías divinas, dos potestades divinas: gerarquía de orden, gerarquía de jurisdiccion; potestad de orden, potestad de jurisdiccion. La potestad de las llaves subdividida en otras dos, una de juicio discreativo y otra de jurisdiccion ó juicio definitivo; unas veces aquella superior á esta, y otras esta superior aquella. Potestad ministerial, potestad de autoridad. Potestad de régimen, potestad de gobierno; potestad de regir en el fuero interno, potestad de gobernar en el esterno: potestad legislativa, coercitiva, judiciaria, de principado, de imperio, ó de sancion. Potestad suprema, jurisdiccion suprema; potestad universal, potestad particular; jurisdiccion universal, jurisdiccion particular; una suficiente, otra no bastante. Jurisdiccion suficiente y competente, jurisdiccion sufficientísima ó definitiva. Potestad ó jurisdiccion ordinaria, estraordinaria, transitoria, permanente, directiva, coactiva, mediata, inmediata, colectiva, distributiva, interior, exterior, directa, indirecta, positiva, interpretativa.... en fin, la invencion de palabras y variados sentidos para significar á su modo aquella Potestad, que recibió Jesucristo de su Eterno Padre, para conferirla por su mision divina á los Apóstoles, y por la sucesion á los Obispos, sin mezcla de distinciones sutiles, no reconoce otro límite, que la ilimitada fecundidad de imaginaciones escolásticas puestas en aprieto. El sabio Berardi quiso penetrar en este laberinto, para ver si podía fijar las ideas, buscando el origen histórico de la potestad de jurisdiccion en el Sacerdocio, y fué tan poco feliz, como no se ocultará al que lea con meditacion la disertacion proemial de su Obra de Derecho Eclesiástico.

Entre tanta confusion de nombres abstractos, diversamente entendidos, y mas ó ménos estensamente aplicados, todavía llega á pronunciarse alguna vez la palabra *Cánones de la Iglesia universal*, que hubiera acabado con todas las disputas, si la ignorancia y la

ambicion no hubieran venido tambien á desnaturalizarla. A *Cánones* se oponen *Decretales*; se traba nueva disputa sobre la respectiva autoridad, fuerza y superioridad; esta disputa se enlaza facilmente con todas las demas acerca de jurisdiccion y potestad; se vuelve á la confusion de la potestad y jurisdiccion divina Primacial, con la jurisdiccion y potestad divina Episcopal; de la potestad y superioridad Primacial en toda la Iglesia universal y sobre las Iglesias particulares, con la potestad y superioridad sobre toda la Iglesia universal y sobre el Concilio General; de los derechos divinos del Primado, con los que la Iglesia le ha concedido; y de la autoridad, potestad y jurisdiccion, con su ejercicio; se entra de nuevo en aquel intrincado laberinto, al que si desgraciadamente es conducido el mas inocente Católico por la mano de un fabricante y traficante de cismas y heregías, de un Escolástico caviloso y disputador, de un sutil enlazador de sorites, inducciones y consecuencias, no puede ménos de verse enredado entre las notas de herege, cismático, impío, Luterano, Richerista, Zuingliano ó Calvinista.

Mas la Iglesia solo propone á nuestra creencia y oracion las verdades claras, precisas, y sin dobles sentidos; no paradojas, controversias, ni sofismas: ni la calificacion de nuestra fé en el dogma de la Unidad Católica puede estar pendiente ó sujeta á las cavilaciones de Teólogos argutistas, que nos consideran á su placer y voluntad unidos ó separados de ella, segun la conformidad ó discordancia de nuestras doctrinas con los principios de las Escuelas dialectica de Aristóteles, ó metafísica de Platon. Los que amen la simplicidad de la verdad, elegirán entre aquel embrollo escolástico, y la sencilla doctrina de la fé Evangelica, que espresa S. Agustin, refiriéndose al Obispo de Mascula, en tres líneas, que todo lo compendian con tanto laconismo como claridad. *Manifesta est sententia Domini nostri Jesu-Christi Apostolos suos mittentis, et ipsis solis Potestatem á Patre sibi datam promittentis, quibus nos succesimus eadem Potestate Ecclesiam Dei gubernantes* (1). Toda esplicacion desvirtuaría la admirable reunion de tantos conceptos, como se hallan espresados en tan cortas cláusulas, que hacen el mas raro contraste con esa confusa multitud de sentidos, que ha introducido la division de las dos Gerarquías y de las dos potestades divinas, y la subdivision de estas potestades en otras mil, que se han considerado necesarias para sostener el sistema de la absoluta Monarquía Papal, con su potestad *suprema* legislativa, y su única jurisdiccion *exclusiva*.

A esta confusion sin duda debe atribuirse la divergencia entre mis Calificadores mismos. La minoría de tres, confesando la verdad

(1) S. August. de bapt. adv. Donat. lib. 7. cap. 43.

del contesto de mi Considerando, que no admite la *exclusiva* jurisdiccion Papal, sin embargo lo ha interpretado de diversa manera que la mayoría, como se verá en su voto particular, imponiendo á los sentidos arbitrarios que le ha dado, las notas de cisma y heregía; cuando la mayoría de nueve, no conformándose con mi doctrina, ántes al contrario impugnándola, no obstante no le ha impuesto ninguna de aquellas censuras, sino otras, aunque ménos graves; injustas y siempre sensibles.

Por fin, no habiendo marcado la mayoría de mis Calificadores con nota alguna especifica este Considerando en la impugnacion que ha hecho de él, despues de haberse afanado tanto, en ver como sacar airoso á su defendido el Cabildo de Málaga, denunciador de mi doctrina, perdiendo así el carácter imparcial de Calificadores judiciales, no sé para el repartimiento que se haga de su censura final, cual será la que en su mente le tendrán destinada en particular. Es imposible que se haya visto jamas un cargo tan delicado desempeñado con tanta superficialidad y tan poca meditacion, como si no se tratase de la honra y fama religiosa de un hombre, que por pequeño que sea, al fin se halla dirigiendo una Iglesia, para la que está electo Obispo y Pastor.

CONSIDERANDO 10. (1)

PUNTO 7.º

Derechos divinos del Episcopado.

A pesar de la claridad con que distingo la Potestad Episcopal conferida por la mision divina general, que no conoce limites, del uso ó ejercicio ordinario de esta misma Potestad, limitado por la Iglesia á la respectiva Diócesis de cada Obispo, y aun restringido dentro de ella en algunas cosas, pero siempre con escepcion del caso de necesidad, no obstante, mis Calificadores se permiten desnaturalizar mis palabras, y el genuino y natural sentido de ellas. El porqué obran así, ellos lo dirán. Mas la buena fé exigía otra conducta: tan delicado cargo requería otros miramientos y una mas estricta imparcialidad.

La sabiduria con que está estendida la regla 4.^a de las establecidas por Benedicto XIV, y mandadas observar por nuestras leyes, para el exámen y juicio de escritos que se han de censurar, me imple á copiarla. „*Hoc quoque diligenter advertendum monemus, haud rectum iudicium de vero auctoris sensu fieri posse, nisi*

(1) Véase el Apéndice, Documento núm. 1.º

omni ex parte illius liber legatur, quæque diversis in locis posita et collocata sunt, inter se comparentur; universum præterea auctoris consilium et institutum attente dispiciatur; neque vero ex una vel altera propositione ex suo contextu divulsa, vel seorsim ab aliis, quæ in eodem libro continentur, considerata et expensa, de eo pronuntiandum esse: sæpe enim accidit, ut quod ab auctore in aliquo operis loco perfunctoriè aut subobscure traditum est, ita alio in loco, distinctè, copiosè ac dilucidè explicetur, ut offusæ priori sententiæ tenebræ, quibus involuta pravi sensus speciem exhibebat, pænitus dispellantur, omnisque labis expers propositio diagnoscat (1).

Mis Calificadores han faltado enteramente á esta regla: han formado un juicio falso del verdadero sentido del Considerando, porque no lo han comparado con todos los demas; ántes al contrario, lo han aislado voluntaria é indebidamente, desconociendo su íntimo enlace con los anteriores y posteriores; y han descartado ademas los cinco primeros Considerandos, omitiendo tambien hacerse cargo, y pasando en completo silencio desde el 14, que es sumamente importante para formar juicio cabal de este, hasta el 16, que es el ultimo, cuando todos juntos no forman sino un solo cuerpo de doctrina, compuesto de miembros inseparables, que parten de un solo principio, para sacar una sola consecuencia. No han querido ver atentamente, como previene la referida regla, cual era el objeto que yo me proponía como principal intento en toda la Providencia, perdiendo de vista el negocio mismo sobre que recaía. Necesito recordarlo sumariamente.

Un juicio fenecido, en el que se declaró la nulidad de la profesion religiosa de D. Francisco de Paula Fernandez, y su libertad para contraer matrimonio, despues de ejecutoriado, se quiso anular por una providencia gubernativa de mi inmediato Antecesor en el Gobierno de la Mitra. El Cabildo de Málaga, en su informe pedido por este, pretende fundar la nulidad de la sentencia ejecutoriada en la falta, no solo de jurisdiccion en el anterior Gobernador para conocer de aquel juicio, la cual supone debió haberle sido comunicada por medio de una Bula de S. Sd.; sino tambien de facultad para restituir al quinquenio al referido Fernandez, cuya restitucion, dice, debió haberse obtenido por dispensa del Papa, mediante otra Bula; alegando ademas contra la validez del juicio la inobservancia de las formalidades exigidas por Benedicto XIV respecto de los de esta clase.

No se pidió aquella dispensa por las razones que motivaron la sentencia del anterior Gobernador, y que se indican como principales en el Considerando 14, cuyo exámen han omitido, no sé por-

qué, mis Calificadores, reducidas á un apremiante conflicto de grave necesidad y urgencia, á la tardía comunicacion con Roma por el estado de nuestra guerra civil, á las desavenencias con aquella Corte, y en fin porque había venido á ser imposible, que se llenasen las formalidades requeridas precedentemente, para obtener la dispensa del quinquenio, por la mayor de las imposibilidades, cual es, que estaban abolidas las Religiones Monásticas, cuyos Prelados con otros Frayles debían intervenir necesariamente en el juicio, segun la citada Bula de Benedicto XIV.

No debe omitirse aquí la muy poderosa consideracion, de que por la secularizacion obtenida por medio de indulto Apostólico en 1821, había dejado de pertenecer el ex-Frayle Fernandez al estado Regular, quedando única y esclusivamente sugeto á la jurisdiccion ordinaria Diocesana.

En el presente caso, atendidas las criticas circunstancias en que se halló mi Predecesor, y en tan urgente necesidad, todo el mundo conoce, ménos mis denunciadores y Calificadores, que la ley suprema es la de la caridad. La Potestad Episcopal, sus derechos primitivos recobran su accion toda, con la ilimitada estension de la mision divina; *Sicut missit me Pater etc.*: pasado este momento, vuelve á entrar en las reglas ordinarias de la jurisprudencia eclesiástica el ejercicio de aquella Potestad.

Con tales antecedentes, los Considerandos de mi Providencia denunciada, y entre ellos este 10, no pueden mirarse, sino como una contestacion al informe del Cabildo, que indujo en error á mi inmediato Antecesor con sus exageradas doctrinas de Monarquía absoluta Papal; y le hizo creer, que la sentencia judicial ejecutoriada de su Predecesor en el Gobierno de la Diócesis, en favor del ex-Frayle Fernandez, era nula y debía quedar sin efecto. Yo, por el contrario, estimando aquella anulacion infundada, á la par que ilegal, removí los obstáculos que se oponían á que tuviese cumplimiento dicha sentencia ejecutoriada; y la sostenía en la parte contenciosa, porque segun los Cánones y las leyes, sin que se oponga la Bula de Benedicto XIV, una sentencia ejecutoriada no puede ser anulada por una providencia gubernativa, ni dejar de ser cumplida por ningun pretesto; y en la parte doctrinal, tomando por ejemplo, que en la necesidad, el Soberano Español en el año 1799, á consecuencia del fallecimiento de Pio VI, y las complicadas circunstancias de Europa, declaró espedito el ejercicio de los derechos primigenios de los Obispos, no obstante la jurisprudencia ordinaria y las censuras de la Bula *Auctorem fidei*, que contra aquella doctrina alegaba el Cabildo de Málaga. He aquí todos los antecedentes y consecuencias de este Considerando, que á ley de jueces discretos, imparciales y sabios no debieron olvidar mis Calificadores, como los han enteramente olvidado, para entregarse á senti-

dos arbitrarios, increíbles, y aun absurdos. ¿Que extraño es, que impongan notas á los extravíos de su preocupada razon, pretendiendo aplicarlas á mi doctrina sencilla, sana, y á todas luces evangélica?

Pero oigamos á mis Calificadores. „Nosotros desenvolviendo estas doctrinas, y darles su legítimo valor (asi dicen á la letra), no podemos ménos de decir, que ni es, ni ha sido la doctrina de la Iglesia de España el poder usar los Obispos de los primitivos derechos en toda la plenitud de la jurisdiccion y potestad concedida por Jesucristo á los Stos. Apóstoles en el establecimiento de la Iglesia; pues en el estado de la Iglesia naciente, que no es comparable con el en que hoy se halla al cabo de 19 siglos, necesitaban los primeros Pastores de unas facultades extraordinarias, que en aquellas circunstancias exigía la propagacion del Evangelio; y propagado ya en toda la redondez de la tierra, han cesado las causas que motivaron la mision extraordinaria de los Apóstoles: por lo qué, aspirar hoy los Obispos á aquella plenitud de potestad, y apropiarse los llamados primitivos derechos Episcopales, es querer destruir toda la jurisprudencia canónica, por la que hoy se rige la Iglesia universal, y desentenderse de los límites puestos por los santos Canones al ejercicio de la jurisdiccion Sagrada en cuanto á los lugares, á las personas y á las causas; y no hacer caso de las reservas Pontificias, respetadas muchos siglos hace por todos los Obispos de la Cristiandad, no está conforme con la obediencia debida al Romano Pontífice, ni al reconocimiento del Primado del Papa, en lo que han sido siempre observantísimos los Obispos Españoles.”

Digase con imparcialidad si esto es digno de doce Doctores escogidos para ser mis Calificadores. Si hubiera de hacer el analisis minucioso de este párrafo, con que principian su censura al presente Considerando, resultarían los mayores despropósitos é incoherencias, y tal confusion de ideas, que dudo mucho pudieran entender y explicar los mismos que las han vertido. Tan pronto parece que distinguen la Potestad Episcopal del ejercicio de ella; como que niegan, ó por lo ménos dudan de la existencia de aquella, diciendos *llamados primitivos derechos Episcopales*. Tambien parece dan á entender, que la plenitud de jurisdiccion y potestad concedida por Jesucristo á los Apóstoles y sus Sucesores en su mision divina, la cual ha de durar hasta la consumacion de los siglos, quedó estinguida como innecesaria, despues que se halla ya establecida la Iglesia: hablan de facultades extraordinarias concedidas á los Apóstoles, como necesarias para la propagacion del Evangelio, las cuales suponen se estinguieron con ellos, por haber cesado las causas que las motivaron, pues tienen la candidez de decir, *que ya está propagado en toda la redondez de la tierra*: confunden así los dones personales,

de que fueron dotados los Apóstoles, el don de lenguas, el poder de hacer milagros y otros, con la ilimitada potestad de la mision divina para predicar en todo el mundo el Evangelio, ligar, desatar, perdonar pecados, ordenar á otros juzgando de su idoneidad, fundar nuevas Iglesias y gobernarlas, en cuya potestad han sucedido á aquellos ilimitadamente todos los Obispos por el acto de su Consagracion: hablan de aspiracion y apropiacion de estos, que dicen llamados primitivos derechos Episcopales, desconociendo, que no hay ni puede haber tal *aspiracion* ni *apropriacion* de lo que Jesucristo ya les confirió en virtud de la Ordenacion, y manifestando ignorar el valor ilimitado de las palabras del mismo Jesucristo, que acompañan á la imposicion de manos en aquel Sacramento de fecundidad al mismo tiempo que de plenitud de Potestad.

A este tan inexacto como capcioso language de *aspirar hoy los Obispos á aquella plenitud de potestad, y apropiarse los llamados primitivos derechos Episcopales*, añaden, para seducir é intimidar, la cláusula, de que *eso es querer destruir toda la jurisprudencia canónica, y desentenderse de los limites puestos por los santos Cánones al ejercicio de la Jurisdiccion Sagrada*. Mas aquella y estos, como repito cien veces, reconociendo como base esencial aquella plenitud de Potestad, solo tienen por objeto el arreglo y limites de su ejercicio, como ellos mismos confiesan, olvidados instantaneamente de lo que acababan de sentar; siendo de advertir, que se acuerdan ahora de hablar de los santos Cánones, cuando no reconocen mas que la soberana voluntad é imperio Papal, á que todo quieren se someta, hasta los Cánones mismos, sopena de nulidad. Y por último concluyen con la inoportuna alegacion de las reservas Pontificias, cuyo solo nombre dá su verdadera definicion canónica, aglomerando ademas impertinentemente, para que sea mas eficaz la intimidacion, las palabras de *la no conformidad con la obediencia debida al Romano Pontifice, ni al reconocimiento del Primado del Papa, en lo que han sido siempre observantísimos los Obispos Españoles*.

Si yo hubiera dicho, que cada Obispo está facultado para vagar por todo el mundo, introiniciéndose en las Diócesis ajenas á ejercer su jurisdiccion, y que despreciando los Cánones podía tambien entrar á perturbar el orden de las Iglesias, causando escándalo y discordia entre sus hermanos, atentando á sus derechos, y usurpando sus respectivas facultades, bajo pretesto de que es ilimitada su Potestad, vendría á cuento (y aun se habrían quedado cortos en sus notas de censura) lo que mis Calificadores se han permitido decir y aplicarme, sobre jurisprudencia canónica, limites puestos por los santos Cánones al ejercicio de la jurisdiccion sagrada, reservas Pontificias, no conformidad con la obediencia debida al Papa, dea-

conocimiento del Primado &c. Mas cuando he estado tan distante de decir lo que mis Calificadores me imputan ¿podian procediendo sin pasion, y á ley de hombres imparciales, censurar y calificar mis doctrinas con la dureza é injusticia con que lo han hecho?

Pero demasiado se trasluce en esta como en todas las anteriores censuras, que el conato apasionado y ciego es, mantener por cuanto tiempo mas sea posible la interesada doctrina de la absoluta Monarquía Papal; que no haya mas jurisdiccion inmediatamente divina, que la del Papa; que todos los demas Obispos no sean Sucesores de los Apóstoles en la Potestad divina de gobernar, sino unos instrumentos del Papa, que ciegamente *venerari et exequi discant, non discutere aut judicare*; que no representen en la Iglesia otro papel, que el de Magistrados, á semejanza de los nombrados por un Soberano temporal, que los quita y pone á su placer, les dá mas ó ménos jurisdiccion, restringe ó estiende á su arbitrio la ya conferida; y anula todo lo que no es conforme á su voluntad é imperio. En fin, á fuerza de viejas argucias, bajo mil formas disfrazadas, pretenden que se obscurezca, para que por último se desconozca, y no lo conseguiran, lo que tan claro y patente se lee en S. Agustin; esto es: „que es manifiesta la sentencia de nuestro Señor Jesucristo, cuando enviaba á sus Apóstoles, y les prometía á ellos solos la Potestad, que habia recibido de su Eterno Padre, á los cuales hemos sucedido Nosotros en la misma Potestad para gobernar la Iglesia de Dios (1).”

Para mis Calificadores parece nombre de disimulada burla el de *primitivos derechos Episcopales*, cuando dicen *los llamados*. Para ellos no hay mas, que *límites puestos al ejercicio de la jurisdiccion sagrada, y reservas Pontificias*: y cuando de mal grado se les escapa *jurisdiccion primigenia*, como en la censura al Considerando 3.º, y *jurisdiccion sagrada* en la presente, sobre la ambigüedad y obscuridad con que se esplican, tienen ya preparada la rara invencion de la Escuela de Borgessi, de la jurisdiccion universal conferida inmediatamente por Dios á los Obispos, pero no bastante para el gobierno actual: y aun esta *jurisdiccion sagrada*, que reconocen unas veces como conferida á aquellos inmediatamente por Jesucristo, dicen otras veces que no la reciben de este, sino del Papa Monarca.

Ya otra vez he preguntado y ahora vuelvo á preguntar: ¿de donde les vino á S. Eusebio de Samosata, y á S. Atanasio, profugos por ese mundo, de Provincia en Provincia, y de Reino en Reino, la jurisdiccion y Potestad actual para ordenar clandestinamente, por sí y ante sí, Presbiteros y Obispos? ¿Les vendría de Jesucristo, ó

(1) S. August. de bapt. adv. Donat. lib. 7. cap. 43.

sería del Papa Liberio, despues Mártir, que por debilidad había arrojado de su comunión á S. Atanasio, é hizo el acto cobarde de suscribir una formula Arriana, suplicando ademas á los Obispos Arrianos á costa de la fé Católica, que intercediesen con el Emperador, para que le alzase el destierro, miéntras aquel intrepido Santo, inflamado de caridad, ponía en ejercicio su divina é ilimitada Potestad? Recientes estaban los Canones sapientísimos, y por nuestra desgracia frecuentemente olvidados, del gran Concilio de Nicea, en el que nadie trabajó tanto como el mismo S. Atanasio, siendo todavía Presbítero: en ellos se había arreglado el ejercicio de los derechos Episcopales, y fijado los límites y facultades Metropoliticas y Patriarcales: mas con todo eso, que sabía muy bien el Santo, no obstante, penetrado de su ilimitada mision inmediatamente divina (no recibida del Monarca Liberio), de sus alcances, tan infinitos como lo es la Caridad de Jesucristo, y urgido de la necesidad de salvar ovejas en peligro, y de levantar nuevos Apóstoles, que predicasen la Divinidad del Verbo Eterno, Hijo consubstancial del Padre, dejó en silencio aquellos santos Cánones, se desató de las trabas y de las reservas, y cumplió exactamente con ellos, dispensándole de ellos la caridad. *No se ha hecho el hombre para el Sabado; sino el Sabado para el hombre* (1).

Muy contraria á esta parece la doctrina de mis denunciadores y Calificadores, quienes para ser consiguientes, si hubiesen de ponerla en practica, dejarían á David y á los que le seguían, que pereciesen de hambre, por no darles á comer *los panes de proposicion*, que la ley prohibía comer á otros, que no fuesen los Sacerdotes; dejarían las ovejas caídas en el precipicio, por no alargarles la mano en día de Sabado; y habrían, como los hipócritas Fariseos, murmurado de los discípulos de Jesucristo, que hambrientos cogían espigas en Sabado, para comerlas. *Irritum fecisti mandatum Dei propter traditionem vestram*, les increpó Jesucristo. Preferirían la perdición eterna de los fieles, por sostener la doctrina escolar, de los que hoy todavía se atreven á decir los *llamados primitivos derechos Episcopales*, antes que rendir sus orgullosas ilusiones de partido escolástico á la sencilla evangelica doctrina de la caridad, que es, en la necesidad, la de la inmediatamente divina é ilimitada mision y potestad Episcopal. Mis denunciadores pondrán la mano sobre su corazon, y preguntarán á su conciencia delante de Dios, si no han dado motivo para que se dude de la rectitud de sus intenciones por los fieles de la Diócesis de Málaga, y de fuera de ella, cuando llenos de una venganza tan ciega, que les hizo olvidar totalmente las leyes evangelicas y canónicas, y

los deberes de la fraternidad, en su denuncia contra mí, estuvieron atisbando para perderme, si yo salvaba sobre mis hombros á una oveja pérdida, que balaba por su Pastor, al infeliz Fernandez: así atisbaban los hipócritas Fariseos á Jesucristo para acusarlo, si con quebrautamiento de la ley del Sabado, curaba en Sabado la mano seca del Paralítico. *Observabant autem Scribæ et Pharisei si in Sabato curaret, ut invenirent, unde accusarent eum.* (1).

Esta seccion aun mas exagerada de los mismos ultramontanos pretende persuadirse, que hace un gran servicio á la Iglesia y á su unidad, exaltando *ultra modum* el poder del Papa como Prinado, convirtiéndolo en absoluto Monárquico á costa del Episcopado, que degradan y deprimen, inutilizando cuanto pueden, bajo el nombre de reservas Pontificias, los ensanches de la potestad y caridad Episcopal en la necesidad. Hubo un tiempo de ignorancia, hija en mucha parte tambien de la ambicion y del interes de algunos, en que tal doctrina pudo pasar entre muchos y hacerse tolerable, siempre con abierta repugnancia de no pocos: pero hoy, si pretenden lisongear con ella á los Curiales de Roma, deben saber, que allí mismo se mira como proscrita por los hombres virtuosos, sabios y moderados de la Curia misma, que lloran y reprueban las consecuencias de tan odiosas como exorbitantes pretensiones.

Demasiado palpables son los resultados de tan obstinada conducta. Que cuenten mis Calificadores los que hemos quedado firmes en la Unidad Católica, y comparen el pequeño número de hoy con las Iglesias que se nos han separado. Busquen con imparcialidad las causas; hagan para ello abstraccion del espíritu de Escuela; y verán á poco que profundicen la historia, cuanto se han equivocado en la causa, á que ellos atribuyen tan lamentables pérdidas. Se principió por exigencias, que con tolerancia, paciencia y caridad, con desinterés y sin ambicion mundana, aun haciendo sacrificios, se hubieran podido en parte satisfacer, y en parte conciliar: la negativa encrespó los ánimos: se acalararon las disputas doctrinales: se puso en juego el arte de la sofisteria escolástica: se traspasaron los límites de la modestia: se olvidaron las sapientísimas lecciones de S. Agustin en los casos de discordia sobre doctrina: se debilitó, se quebrautó el lazo de la union: y por último se rompió el freno de la obediencia. Suecia, Noruega, Dinamarca, Prusia, Holanda, Inglaterra, la mayor parte de la Alemania, un gran número de hijos de la Francia, todo esto hemos perdido en pocos años; y por fin esa ilustre Iglesia Griega, cuyos preciosos restos, que permanecian hasta ahora unidos, se hallau

(1) S. Lucas, cap. 6. S. Math. cap. 12.

muy cerca de su separacion, sino es que ya tenemos que llorarlos hoy desmembrados tambien de la Cabeza. Por último, á mis Calificadores, que tan candorosamente dicen, que ya está propagado el Evangelio en toda la redondez de la tierra, y que de consiguiente no necesitan ya los Sucesores de los Apóstoles las facultades extraordinarias, que tuvieron estos en el estado de la Iglesia naciente, no les haré presente los inmensos Países, á donde aun no ha penetrado la luz del Evangelio; únicamente les recordaré esos otros, que solo distan cuatro pasos, Africa y Asia, donde la espada del feroz Musulman acabó con la semilla de la fé tan abundante en otro tiempo.

Mis Calificadores parecen ignorar la fuerza de la mision divina, de aquella plenitud que se confiere á los Obispos por su ordenacion ó consagracion, y la confunden con su ejercicio, sin distinguir tampoco el uso ordinario, que de ella debe hacerse con sujecion á las leyes de la Iglesia, del extraordinario, á que obliga la necesidad, franqueándolas en virtud de la ley suprema de la caridad, á que aquellas vienen subordinadas. Mas nunca debieran olvidar, que la obra de Jesucristo fué confiada por el mismo para llevarla á su complemento, no solamente á los Apóstoles que ya murieron, sino tambien á sus Sucesores; y como esta obra está siempre empezando, y no concluirá hasta la consumacion de los siglos, siempre tiene que estarse ejercitando aquella mision divina por los Vicarios de Jesucristo en todos tiempos y circunstancias, en todos los Pueblos y Naciones, ya sean fieles, ó no lo sean, hallense en paz, ó hallense en guerra, estén en comunicacion con Roma, ó véanse por cualquier accidente privados de ella. Jamas perderán de vista en el ejercicio de la primordial obligacion Episcopal para la obra de la santificacion y salvacion del hombre, que las leyes ordinarias de la Iglesia son hechas para edificacion; y que desde el punto que consultadas todas las condiciones de la mas esquisita prudencia, la observancia de su letra cause destruccion, ya está el Pastor dispensado de ellas, y recobra mientras dure aquella situacion el ejercicio de los primitivos derechos de la plenitud de potestad de su mision divina. Si el caso, ó la repeticion de actos, á que pudiera obligar una larga duracion de la necesidad, por su trascendencia en la disciplina Eclesiástica general lo mereciese, justo y debido será, en reconocimiento de la Primacia del Sucesor de S. Pedro, que el Obispo ú Obispos en primera oportunidad se apresuren á dar cuenta de su conducta á S. Sd.

Igualmente cuando una Iglesia, por cualquier causa que sea, queda abandonada y sin Pastor, y las medidas ordinarias del derecho Canónico no han alcanzado á proveer de remedio al gran conflicto, en que pueda desgraciadamente encontrarse, ni la urgencia de los males permita otros recursos, ¿no dicta la ley suprema de la caridad y la misma Jurisprudencia Eclesiástica reconoce y ordena, que el mas pró-

ximo Pastor, el que se supone que está en mas espedita actitud, viene obligado á consolarla en su aflicción, ejerciendo los actos de potestad precisos á socorrerla en su necesidad? ¿Y qué potestad es la que despliega en tal situacion de una Diócesis agena, sino la que en su ordenacion Episcopal recibió de Jesucristo con su divina é ilimitada mision? El derecho no quita ni dá Potestad divina al Obispo sobre la ya recibida, que es esencial é inherente al Sacramento del Orden Sacro Episcopal, sino que arregla su ejercicio ordinario, para que haya en la Iglesia el debido orden de la caridad.

Bien sé, que para eludir tan clara y sencilla doctrina, acude la exagerada Escuela ultramontana á mil ardidcs escolásticos, distinciones confusas, sentidos variados, esplicaciones, que despues que las han dado, ellos mismos no entienden, aplicaciones tergiversadas, é invenciones, como la que refiere y adopta Borgessi, que tanto ha contentado á mis Calificadores.

Mas ponganse á sí mismos un ejemplo, aun con uno de esos mismos Obispos consagrados *ad honorem*, á quien los acontecimientos de la vida lo arrojasen al Mogol, al Japon, ó al pie del Monte de S. Elias. Allí ya es un Apóstol: su caridad activa le inspirará el ejercicio de su potestad Episcopal: catequizará: formará un rebaño: fundará una Iglesia: la gobernará: enseñará: la acrecentará, de modo que no alcanzará á tantos fieles su solicitud Pastoral: ordenará Presbíteros: consagrará un Sucesor en el Ministerio: el aumento sucesivo de los creyentes le obligará á crear nuevas Iglesias, para las cuales consagrará otros Obispos segun la necesidad. De todo esto nada se sabrá en Roma, ni en el mundo Católico: se ignorará que un grano de semilla evangélica ha sido arrebatado por los vientos y arrojado á un pais desconocido: y la alegría será, cuando corriendo los tiempos, se abra aquel Apóstol una comunicacion, y anuncie al Padre comun de los fieles, que cuente con el aumento de aquella porcion convertida, agregándola á la suma de la unidad universal. Pregunto á mis Calificadores con su Borgessi, en presencia de la distincion, esplicacion y tergiversacion de las admirables palabras de San Cipriano sobre la unidad y solidaridad del Episcopado, para introducir la nueva doctrina de una jurisdiccion universal comunicada inmediatamente por Dios á los Obispos, pero no bastante para el gobierno actual; ¿qué habrá hecho en todo esto aquel Obispo, sino poner en ejercicio por sí y ante sí la ilimitada Potestad Episcopal, que recibió en su ordenacion, y haber llenado generosamente los deberes de la caridad? ¿Qué jurisdiccion habrá desplegado, que derechos habrá ejercido, sino los *primitivos* del Episcopado, que nadie, sino Jesucristo, le dió en su divina mision? ¿En que habrá faltado á la unidad de la Iglesia, ni á la obediencia debida al Sumo Pontífice, ni á la Supremacia de su Primado sobre las demas Iglesias, ni á la juris-

prudencia canónica, por la que se gobierna la Iglesia universal? Me es bochornoso haber tenido que poner un ejemplo tan material, para ser comprendido por Sacerdotes y Doctores de una Ley, que por miserables ilusiones ó por menguadas opiniones quieren presentar con tal mezquindad, cuando ella es tan generosa, como el amor infinito del Dios, que para salvacion de los hombres la proclamó.

Para que mis Calificadores hablen con el language propio y debido á la realidad y verdad de los que ellos se han permitido apellidar *llamados primitivos derechos Episcopales*, que son los que corresponden esencialmente á los Obispos, en virtud de la mision divina y plena potestad, que Jesucristo les comunica inmediatamente por el Sacramento del Orden, haré la enumeracion de los principales, en los que están comprendidos los demas. Del conocimiento exacto de estos derechos del Sumo Sacerdocio del Episcopado, inherentes, no solo á la plenitud de la potestad del Orden Sacramental, sino tambien á la plenitud de la potestad de la jurisdiccion Sacramental inseparable de aquella, ó mas bien una misma con aquella, aunque la distingamos por la diversidad de sus actos, se vendrá igualmente en conocimiento de los deberes, á que por su mision divina está obligado.

El primer derecho, el mas característico del Episcopado, consiste en la fecundidad para la propagacion de los Ministros de la Iglesia. En virtud de él, el Obispo consagra á otros Obispos, ordena á los Presbíteros y demas Coadjutores necesarios á la conservacion del Sacerdocio de Jesucristo, y del orden gerárquico en el gobierno de su Iglesia, hasta la consumacion de los siglos. Para el ejercicio de este característico derecho, es consiguiente, que haya recibido al mismo tiempo la potestad de jurisdiccion, ó la autoridad para juzgar y asegurarse de las cualidades del Obispo ó Presbítero ordenando, cuyo conocimiento debe preceder á la imposicion de manos del modo mas escrupuloso. Esto es lo que S. Pablo previno á Tito y á Timoteo (1).

La obligacion de ejercer este primitivo derecho la prescriben á todo Obispo los Cánones de la Iglesia, tanto en los casos ordinarios, como en los estraordinarios. El Canon 5.º del Concilio Sardicense, reputado como continuacion del primer Concilio Niceno, espresa con la mayor claridad esta doctrina. „*Si en alguna Provincia, dice, en que había muchos Obispos, queda uno solo, y este no cuida de ir á ordenar á otro, aunque el Pueblo se haya juntado á este fin, los Obispos de la Provincia vecina deben primero representarle, que los Pueblos piden Obispo, y que la demanda es justa, é instarle que comparezca para ordenar juntos á un Obis-*

(1) S. Paul. ad Tit. 1. 5. ad Thimot. 5. 22.

po. Pero si él no responde á sus cartas, vayan ellos; y satisfagan al Pueblo, haciendo la consagracion." Conviene que noten los exagerados ultramontanos, que no dice el Canon, *se les dá potestad para hacer*; sino que declara, que *deben hacerlo*. Tambien advertirán, que un solo Obispo que quede, ese es el que tiene el derecho ó autoridad para *confirmar* la eleccion y consagrar al elegido, y si despues de requerido continuase en su negligencia, que equivale á no quedar en tal Provincia ningun Obispo, entónces la obligacion recae en los Obispos de la Provincia vecina, cuya negligencia, si por acaso tambien la hubiese, claro es, que debería suplirse por los de otras Provincias mas distantes.

No me olvidaré de hacer presente, para obviar las cavilaciones de mis adversarios sutiles y suspicaces en demasía, que aunque el referido Canon no lo previene, quizá por suponer demasiado urgente el caso, aquí tiene un lugar muy propio la Autoridad Superior del Papa como Primado, á cuyo derecho de vigilancia autoritativa corresponde escitar, reprender y corregir á los Obispos, que hayan sido negligentes, y aun proveer en su caso lo que juzgue mas ordenado y conveniente, segun los Canones, por los medios que le dicte su esquisita prudencia, y su caritativa autoridad Primacial.

En este muy notable Canon del Concilio de Sardica, famoso no solo por esta medida de tanta prevision, sino tambien porque en él se acordaron solemnemente por primera vez las apelaciones al Papa en los casos gravísimos, *para honrar la memoria de S. Pedro*, verán mis Calificadores otra nueva prueba, de cuánto desnaturalizaron la sencilla y purísima, tanto como admirable doctrina de S. Cipriano, en la mezquina interpretacion, que dieron con Borgessi á su tan célebre sentencia; *Episcopatus unus est, cujus á singulis in solidum pars tenetur*. Verán en esta disposicion del Concilio, reducida á práctica aquella doctrina de la unidad de la Iglesia en la unidad del Episcopado, y en la misma unidad la solidaridad y mancomunidad, por la cual todas las Iglesias vienen obligadas á socorrerse en su necesidad, no obstante el especial cuidado que debe cada Obispo á la que particularmente le está encomendada.

No debe omitirse una observacion importante, y es, que este célebre Canon Sardicense es posterior á los Canones Nicenos, en los que se había arreglado la parte de jurisdiccion que debían ejercer respectivamente los Patriarcas, Arzobispos y Obispos en la provision de Iglesias vacantes, sin que se hable una palabra del Papa: de lo cual se infiere, que la institucion Canónica de los Obispos, su adscripcion ó asignacion á tal ó cual Iglesia ó territorio particular, no depende del Papa por razon de su Primacia divina, sino que es un punto de disciplina variable; y ademas que los casos de necesidad, segun los Padres Sardicenses, no están comprendidos, ni jamas podrán compren-

derse en las reservas, ni en los límites que se hayan puesto por las leyes eclesiásticas ordinarias al ejercicio de la potestad ilimitada, conferida por Jesucristo inmediatamente á los Obispos en el Sacramento del Orden Episcopal.

El derecho de *juzgar* sobre la doctrina de la fé y costumbres, es tambien propio y peculiar del Obispo. En su virtud decide y declara, como *Juez*, la verdadera doctrina, y resuelve en todo lo que exige la instruccion de los fieles y el buen gobierno de la Iglesia, que particularmente está confiada á su direccion y cuidado. De este derecho emana la autoridad de corregir, y aun de castigar con penas eclesiásticas, previo el juicio que prescriben los Cánones, á los que subviertan y corrompan la doctrina de la fé y de la moral.

Como un derecho primitivo igualmente esencial al Obispo, se le reconoce por la Iglesia la autoridad de *interpretar*. La inteligencia de las Sagradas Escrituras y tradicion de los Apóstoles, para poder instruir, regir y gobernar su rebaño, es inseparable del Ministerio del Sumo Sacerdocio Episcopal. Es una obligacion de ejercicio continuo en el Obispo resolver las dudas que frecuentemente ocurren, no solo á los Sacerdotes y Ministros subalternos, sino tambien á los fieles, acerca de la aplicacion de las leyes divinas y eclesiásticas en la multitud de variados casos, que frecuentemente ocurren, segun el estado, profesion, edad y sexo de cada uno. Por esta razon tienen tambien el derecho de hacer reglamentos ú ordenanzas conforme á los Cánones, y mandar cumplir las ya establecidas, tanto en lo relativo á la dignidad del culto divino, estincion de practicas perjudiciales y supersticiosas, como para la instruccion y gobierno de los Presbíteros, Ministros y demas fieles de su Iglesia en todos sus estados y condiciones. Sin aquel derecho primitivo Episcopal, quedaria aniquilada toda la potestad de regir y gobernar su Iglesia; no tendria todos los medios necesarios para salvar hasta la mas perdida oveja de su rebaño, y quedaria destruida la autoridad intimamente anexa al Sumo Sacerdocio, de declarar y dispensar la ley general, cuando juzgue que hay urgente necesidad.

Son muy claros los demas derechos primitivos inherentes al Obispo en virtud de su Consagracion, para que me dilate en su exposicion. Todos están como tales, reconocidos por la Iglesia en su tradicion constante, la cual solo podrá ser oscurecida por el espíritu caviloso y disputador de la exagerada Escuela ultramontana. La expresion literal de muchos de ellos, y aun de algunos que se quieren desconocer, puede verse en el Pontifical Romano, sobre la Consagracion del Obispo. El Consagrante en nombre de la Iglesia le dice: *Episcopum oportet judicare, interpretari, consecrare, ordinare, offerre, baptizare et confirmare*. De estas funciones, las que no son delegables á un inferior, como la ordenacion de Obispos y otras, las desempeña

por sí el Obispo; y las delegables dispone por quien, cómo y cuándo se han de ejercer; y aun arregla y limita del mismo modo, en virtud de su autoridad de regimen y gobierno, el ejercicio de las facultades, que por su ordenacion corresponden á los Presbíteros y de-
mas Ministros.

Reasumiendo lo dicho, para que mis Calificadores no vacilen en reconocer *derechos primitivos Episcopales*, esto es, ademas de la potestad de orden y fecundidad, tambien la jurisdiccion para gobernar el rebaño, que se confia á cada Obispo, ligarlo por preceptos, por penas, por censuras; y desatarlo acordándole dispensas, indulgencias, y absolucion de censuras; y para que distingan, cuando deben aquellos ejercer estos derechos con sugesion á las leyes ordinarias de la Iglesia, y cuando quedan libres y espeditos en su ejercicio por la ley suprema de la caridad, digo, que la *mission divina*, recibida inmediatamente en el Sacramento de la Ordenacion Episcopal, no está limitada por Jesucristo á ninguna parte del mundo. La *mission Eclesiástica*, que es la institucion que se llama *Canónica*, para tal ó cual Iglesia particular, es la que limita el ejercicio ordinario de aquella inmensa potestad divina á la respectiva Diócesis con arreglo á los Cánones; cuya institucion ha sido conferida desde los Apóstoles hasta el dia, bajo distintas formas, por diferentes medios, y por diversas personas, segun los tiempos, lugares y circunstancias.

Dejo á mis Calificadores la aplicacion de los principios sentados contra la doctrina de su censura á este Considerando, y si no están preocupados, reconocerán de buena fé, que obraron con precipitacion y sin el detenimiento debido, al imponer á la mia notas injuriosas é injustas, confundiendo la potestad y derechos primitivos Episcopales con el ejercicio de ellos, y no distinguiendo los casos ordinarios de los de necesidad, como el que mi Predecesor había resuelto en su sentencia ejecutoriada, y sobre el cual recayó mi Providencia, en los que la Caridad es la primera ley entre las leyes Eclesiásticas. Me han censurado mis Calificadores, porque dije, que esta era la doctrina de la Iglesia de España. Su censura es tan grave como injusta; y apelo al testimonio y autoridad del Obispo de Cordoba Osio, tan célebre en el Concilio de Nicea, como en el de Sárdica; al de los Padres de los Concilios Toledanos, especialmente el 14, en el que se examinaron las Cartas de S. Agaton y Leon II, y las actas del Concilio 6.º General para su *confirmacion*; de los que condenaron y depusieron á Basilides y Marcial; de los que en diferentes Concilios juzgaron y anatematizaron á Prisciliano y otros, sin que para ello hubiesen recibido de nadie mas potestad, que la que tenían por su Ordenacion Episcopal, y sin que pensasen pedir la confirmacion de sus juicios para que tuviesen validez; de los que compusieron la famosa Junta de Alcalá de Henares en 1599; del Obispo de Avila el célebre

Fostado; de los Guerreros, Mendozas, Vozmedianos y Ayalas; y en tiempos mas próximos á nosotros de los Solís, Bellugas y otros muchos.

Pero mis Calificadores quisieran borrar de la historia de nuestros dias la mas insigne prueba de la justicia y exactitud de mi doctrina confirmada por un hecho célebre, que no pueden negar, y que tan pronto parecen aprobar como reprobar. La imparcialidad, la equidad, y la caridad en tal caso les debió impedir echar sobre mí una censura tan amarga como no merecida. Mas de cualquiera manera que quieran presentar este hecho alegado en mi Considerando, con su aprobacion ó sin ella, que poco importa, lo cierto es, que él ha existido con todos sus antecedentes y consecuencias, sin reprobacion de la Iglesia, ni aun de los Sumos Pontífices, lo cual le ha dado el caracter de legalidad irrevocable. Tal es el ejercicio de estos *derechos primitivos Episcopales* por los Obispos Españoles despues del fallecimiento de Pio VI, en virtud del Decreto de Cárlos IV de 5 de Setiembre de 1799, el cual entre otras contiene la cláusula siguiente. „A fin de que entretanto mis vasallos de todos mis dominios no carezcan de los auxilios precisos de la Religion, he resuelto, que hasta que Yo les dé á conocer el nuevo nombramiento de Papa, los Arzobispos y Obispos usen de *toda su plenitud de facultades, conforme á la antigua disciplina de la Iglesia* para las dispensas matrimoniales y demas que les competen.”

Esta medida fué adoptada por el Rey, porque así lo exigían las turbulentas circunstancias de la Europa, y segun dice la Real orden de la misma fecha, en virtud de „la Suprema Potestad Económica, que el Todopoderoso ha depositado en sus Reales manos para el bien del Estado y de la misma Iglesia, que no puede prescindir de que se halla en él.” En su consecuencia veinte Obispos, incluso dos Gobernadores y Vicarios Eclesiásticos, contestaron á S. M. auuentes, y ejercieron toda la plenitud de sus facultades Episcopales.

El hecho no necesita comentarios: su aplicacion es tan sencilla, y tan sencillamente lo apliqué en mi Providencia á la situacion de necesidad urgente, en que se había visto mi Predecesor, de que un súbdito suyo *no careciese de los auxilios precisos de la Religion*, que ha sido necesario, no sé si llamarla una mala voluntad, porque otra cosa apenas es concebible, para haberla calificado con tan incongruente, como injuriosa y absurda nota. „Por tanto, dicen mis Calificadores, es falso y calumnioso al Cuerpo antiguo y moderno de Obispos de España, decir, que es y ha sido su doctrina, que pueden usar de sus primitivos derechos Episcopales, y de su jurisdiccion propia emanada de solo Jesucristo y no del Papa; y que el ejercicio de aquellas facultades jurisdiccionales en toda su plenitud, en nada perjudica, ni á la unidad de la Iglesia, ni á la obediencia debida al Sumo Pontífice, ni á la Supremacia de su Pri-

„mado.” Si fuera posible aniquilar el hecho con todos sus antecedentes y consecuencias, de tal modo, que no hubiera existido, todavía pudiera, á favor de las argucias del escolasticismo disputador, hacerse pasar entre algunos ignorantes semejante ilusion ó impostura, como la que tal censura contiene: mas la aniquilacion de lo que ha existido y existe tan autenticamente, no entra en el dominio de mis Calificadores: asi es, que no han podido destruirlo, á pesar de los conatos que para ello han hecho, despues que le han dado su aprobacion, aunque de mala gana.

Dicen, que „no es de estrañar, que en aquellas apuradas circunstancias, en que quedó la Iglesia universal, el Ministerio Español, circulase á los Obispos la Real Orden del Sr. D. Carlos IV, sobre la reasuncion de sus derechos llamados primigenios.” Véase aquí confesada mi doctrina por mis Calificadores mismos: esto es lo que yo digo, que en tales apuradas circunstancias hay que poner en ejercicio los *primigenios* ó *primitivos derechos Episcopales*. Lo que parece inconcebible es tanta inconsecuencia de parte de mis Calificadores. Todo el dictamen de censura está reducido á negar la existencia de estos *derechos primigenios* ó *primitivos*, ó la jurisdiccion Episcopal conferida inmediatamente por Jesucristo, y no por el Papa; al mismo tiempo que no pueden ménos de confesarlos, y de hecho los reconocen en *apuradas circunstancias*. Tambien parece increible, que á renglon seguido hayan estampado las cláusulas siguientes: „Pero recibida, continúan, publicada y aceptada dicha Bula, (*Auctorem fidei*) revocó S. M. la Real orden de 1799, y dispensosó á la Bula su Real proteccion en todo su lleno, y se insertó en el Código de la Novísima Recopilacion, como ley del Reino. ¿Cómo pues se dice, que la doctrina de España, en cuanto á las facultades de los Obispos, es y ha sido, que puedan usar de sus primitivos derechos, y ejercitar la jurisdiccion sagrada en toda su plenitud?”

No sé cómo convendría contestar á esto, ni si es posible hacerlo debidamente con entera serenidad: pero no puedo dejar de decir á mis Calificadores, que segun la misma doctrina, que aunque de mala voluntad se han visto precisados poco ántes á reconocer y confesar, siempre que ocurran semejantes apuradas circunstancias, para que no carezcan los fieles de los auxilios precisos de la Religion, respetando siempre dicha Bula y todos los santos Cánones de la Iglesia, en cumplimiento de ella misma, y aun mas de ellos mismos, „los Arzobispos y Obispos, usarán de toda la plenitud de sus facultades, conforme á la antigua disciplina de la Iglesia.” No se hizo el hombre para el Sabado, sino el Sabado para el hombre, fué la increpacion de Jesus á los hipócritas Fariseos.

Celebro que por último mis Calificadores tengan por no dicho

ni valedero todo lo que con tanto afán han escrito en su dictamen de censura. Ya confiesan, que despues de publicada y aceptada la Bula, y estando inserta en la Novísima Recopilacion como ley del Reino, no pueden los Obispos usar de sus primitivos derechos: que es decir; que ántes de la Bula pudieron ejercerlos, en virtud del Real Decreto referido, como de hecho los ejercieron. Tenemos pues reconocida la existencia de tales derechos primitivos; porque los Reyes no alcanzan á tanto como á darlos: lo que hacen es, poner espedito el ejercicio de lo que ántes existía, removiendo impedimentos, ó declarando, que la necesidad del Estado y de la Iglesia exige de los Obispos, que ejerciten sus facultades en toda su plenitud. Y como la aceptación de la Bula no destruyó, ni suicidó á la misma Potestad Real que la aceptó, es claro, que si sobrevienen otras apuradas circunstancias, no obstante la Bula, podrá volver á restituir el ejercicio de las mismas facultades, las cuales siempre quedan disponibles en la necesidad, donde siempre existen, como existieron; en los Obispos. Esto es todo lo que yo necesitaba que confesáran, como han confesado, mis Calificadores, para que ellos mismos condenen todas sus censuras arbitrarias é injuriosas, y las vuelvan contra sí, quedando con su inconsecuencia convictos y confesos de su falta de justicia, equidad y caridad.

Pero insistiendo todavía en su propósito, dicen mis Calificadores, que „veinte Obispos, que contestaron anuentes á S. M., no representan la Iglesia de España, sino una minoría muy rebajada; y para „mayor desengaño de los reformistas, y que desistan de novedades, „siempre funestas á la Iglesia, y para sus promotores, no se olviden, que dicha Coleccion de Llorente ha sido reprobada, prohibida y condenada; y que los Católicos nunca nos separamos de la „obediencia debida á los decretos de la Iglesia. Luego el que promueve estas doctrinas, desobedece á la Iglesia y á la Autoridad „Real y conculca las leyes del Reino.” ¡Admirable es este modo de discurrir en una censura judicial! Falta la paciencia para descender á rebatir especies tan indigestas é incoherentes.

No es posible creer, que los demas Obispos de España, porque no contestaron, dejáran de usar de la plenitud de sus facultades en bien de sus rebaños, una vez removido por el Soberano, como tal, y como Protector de los Cánones y disciplina de la Iglesia, el obstáculo que pudiera oponerseles en circunstancias ordinarias: y si no hubieran usado de aquella plenitud, S. Cipriano los citaría ante el Tribunal de Dios, porque habrían dejado carecer á sus ovejas de los auxilios de la Religion. Pero lo cierto es, que mis Calificadores son los que acriminan á los que callaron; porque si no cumplieron lo prevenido en el Real Decreto citado, no acataron la Autoridad del Soberano; y si creyeron que había error de doctrina, tan digno de cen-

sura, incurrieron por su silencio en la increpacion de *canes muti*, que con ménos justicia dirigió el Papa á S. Braulio y sus compañeros, los Obispos de los Concilios 5.º y 6.º Toledanos.

En cuanto á la Coleccion de documentos de Llorente, que se supone *reprobada, prohibida y condenada*, aunque no se dice por quien, ni con que autoridad y formalidades, para que prestemos á esta prohibicion y condenacion el debido y racional respeto, parece se pretende insinuar, que ha sido hecha por la Iglesia. Esto es absolutamente falto de exactitud y de verdad. Ya se sabe cómo y porqué abundan semejantes prohibiciones, como las del famoso Edicto de Encinasola en 1825, que llenará siempre de confusion y remordimientos á los que tan osadamente comprometieron el buen nombre y la altísima Dignidad del Emmo. Prelado de Sevilla. Tambien se sabe porqué se usan con frecuencia estos equívocos, de atribuir á la Iglesia lo que ella no ha hecho, usurpando su nombre para autorizarlo y seducir incautos. Mas aunque fuese verdadera aquella condenacion, de quien quiera que sea, supuesto que nunca ha sido de la Iglesia; mas verdadera es la existencia de los hechos aprobados por la misma, que todos hemos visto y presenciado; y la condenacion de los documentos en que constan, no tiene la fuerza de aniquilarlos, ó de hacer, que lo que ya fué, no haya sido.

Como mis Calificadores no han tenido á bien citar esta condenacion de la Coleccion de documentos de Llorente, no se puede saber á punto fijo, que es lo que se condenó; si el acto de haber recogido y compilado dichos documentos; si los hechos referidos en ellos; si la doctrina que contienen; ó si á los que la enseñaron y practicaron; para que supiesemos, qué parte de anatema podrá caber á los promovedores de ella. Y en verdad, que el arrojo de condenar en masa por un golpe de pluma á veinte Obispos y ocho Reyes, con mas todos los Arzobispos, Obispos y Cabildos, consultados para la resolucion del Rey Enrique III en la citada Junta de Alcalá en 1599, cuyos documentos históricos forman la parte principal de la referida Coleccion, es cosa un poco mas seria y respetable, que lo que han pensado mis Calificadores, para que vengan con una intimidacion tan pueril por una parte, y por otra con la equivoca y engañosa especie, de atribuir á decreto de la Iglesia tamaño arrojo, haciéndole tan grave injuria. Yo creo, que no habrá hombre de bien, religioso é imparcial, que no estrañe, que bajo tales fundamentos haya habido en Sevilla doce Calificadores, que impongan *judicialmente* á mi doctrina la osada é injuriosa nota de *falsa y calumniosa al Cuerpo antiguo y moderno de Obispos de España*.

Mas todavía hay un hecho concluyente contra tan injusta calificacion, que degrada al mismo tiempo el honor, sabiduria, obediencia y discreta caridad del Episcopado Español, que aquellos afectan muy mal

á propósito defender. Nuestra incomunicacion con el Papa en la guerra contra Napoleon, motivó la competencia entre el Cardenal de Borbon, Arzobispo de Toledo y Administrador del de Sevilla, y Monseñor Gravina, Nuncio de S. Sd. en España. Pretendía este, que fuese documento legítimo y valedero, para que se le tuviese por autorizado para la concesion de dispensas, una simple carta particular del Sr. Evangelisti, en la cual le participaba, que el Papa le habia dicho *verbalmente*, que le comunicaba toda su autoridad en los casos ocurientes: mas el Emmo. Prelado de Toledo, no reconocía la suficiencia y validez de aquella carta.

El Ministro de Gracia y Justicia D. Nicolas María de Sierra, sugeto de muy conocida piedad y sabiduría, en su excelente y erudita esposicion á la Regencia, con presencia del expediente, de las consultas del Consejo y de las Universidades, pedidas por la Junta Central, de cuyo precioso manuscrito conservo una copia, al proponer la resolucion, para que los Obispos se reintegrasen en el ejercicio de sus *nativos derechos*, segun se habia hecho recientemente en el año de 99, dice por conclusion. „Así es, que consultados (muchos Obispos) por el Emmo. Cardenal Arzobispo de Toledo, con-
„ viene *la mayor parte*, segun lo manifiesta á S. I. (al Nuncio)
„ este digno Prelado, en que los Ordinarios deben proceder á la dis-
„ pensa, en el caso de que el Nuncio no esté *legitimamente* auto-
„ rizado.” Y despues de referir, que el mismo Nuncio se queja-
ba, de que algun Obispo habia concedido ya su dispensa hasta en el primer grado de afinidad, concluye con ocho muy luminosas proposiciones, de las cuales forma la novena, que es la resolutive, y dice así:
„ 9.^a Que hallándose el Reino de España en la misma situacion, y
„ habiendo evacuado el Consejo y las Universidades el informe pe-
„ dido por la Junta Central, manifestando la necesidad que hay, de
„ que los Obispos *recobren las facultades que recibieron en su ins-*
„ titucion, y que ejercieron por muchos siglos, para evitar los ma-
„ les que afligen á los fieles; V. M. conformándose con la primi-
„ tiva disciplina, con las declaraciones de algunos Concilios, y reso-
„ lucion de los Gobiernos de Europa en semejantes circunstancias,
„ y últimamente con la Suprema ley de la Caridad, que no puede
„ permitir, que quede sin socorro la necesidad espiritual, que sufren
„ los Pueblos Cristianos de España; V. M. se sirva mandar, que
„ en atencion, á que está cortada toda comunicacion con la Corte
„ de Roma, y que segun el estado de las relaciones políticas es con-
„ siguiente que dure mucho este triste estado; los Obispos, restable-
„ ciéndose en *sus antiguos derechos y primitivas facultades*, dis-
„ pensen sobre los impedimentos del Matrimonio, cuando lo exija la
„ prudencia y Caridad Cristiana, recomendándoles la severidad con
„ que se procedió en esta parte por los Obispos de los once prime-

„ros siglos, y la observancia de lo mandado en el Concilio Tridentino.”

Esto no necesita esplicacion. Vigente estaba la Bula *Auctorem fidei*; vigente la ley de la Novísima Recopilacion que la incluye; vigente la pena de espatriacion; y con todo eso, habiendo sobrevenido otras *apuradas circunstancias*, volvieron los Obispos de España á creerse justamente reintegrados en el ejercicio de sus *primitivos derechos*.

No merecen contestacion los ejemplos, que alegan mis Calificadores, de los Romanos Pontífices, que desde la mas remota antigüedad han tenido Legados en España, nombrado Vicarios Apostólicos, dirigido correcciones y reprehensiones á algunos Obispos. Todo esto pertenece al ejercicio de la Dignidad y Potestad del Primado, que ningun Católico niega á los Sucesores de S. Pedro, y yo espresamente confieso en mi Providencia denunciada y censurada.

En vista pues de todo cuanto llevo referido, preciso será, que mis Calificadores vuelvan sobre sí, y con mas meditacion y mejor acuerdo corrijan su doctrina notoriamente inexacta y contraria á los hechos, retirando en debida satisfaccion á tan grave ofensa una nota tan injusta contra mí, como injuriosa y depresiva del Episcopado Español, cuya sabiduría y discreta caridad son el fundamento de la doctrina de mi Considerando censurado, pues que ella no perjudica á la obediencia debida al Romano Pontífice, al justo respeto á la Bula *Auctorem fidei*, al Código de leyes que la incluyó, ni á la Magestad del Sr. D. Carlos IV, que la mandó insertar.

CONSIDERANDO 11. (1)

PUNTO 3.º

La Potestad de las llaves fué dada por Jesucristo á la Iglesia en propiedad: á S. Pedro y demas Apóstoles, como Ministros, para su ejercicio.

„Al reflexionar la doctrina, que dá en este número el Autor del
„Escrito que observamos, nos parece no habla con exactitud, ni
„dice con verdad, que el Cabildo ha hecho una esplicacion y aplicacion equivocada de las palabras de Jesucristo á S. Pedro; *Tibi dabo claves*; y que aquellas son contrarias á la verdadera inteligencia que las han dado los Santos Padres, y señaladamente S. Agustin.” Así comienzan mis Calificadores esta censura: y sobre

(1) Véase el Apéndice, Documento núm. 1.º

si soy yo el equivocado, ó lo es el Cabildo, han levantado tal ruido y algazara, que han hecho resucitar hasta los mas olvidados muertos. Han llamado á este juicio á Febronio, Edmundo Rieber, Quesnel, con sus discípulos Franceses y Belgas, y los cuarenta Abogados; á Dupin, Wan-Speen, Tourneli &c.; y por algunas simpatías que les encuentran, van aproximando poco á poco, y como *asimilando molecularmente* sus doctrinas por ciertas afinidades químico-teológicas, hasta enlazarlas y confundirlas por último con las del Apostata Marco Antonio de Dominis, que segun aseguran, dijo, que «la disparidad de Potestad entre los Apóstoles es un invento humano, que no se funda, ni en los Santos Evangelios, ni en las Sagradas Escrituras del Nuevo Testamento; cuya proposicion, añaden, fué censurada de herética y cismática, entendida de la jurisdiccion ordinaria de S. Pedro.»

Esta rara habilidad de conocer afinidades teológicas, la desenvuelven mis Calificadores con gran maestría, como que es uno de los resultados mas brillantes del arte de la Escolástica, que cultivan. Mas en el presente caso, han estado enteramente desacertados en la comparacion y aplicacion, pues mi doctrina no tiene ni la mas remota semejanza con la de Marco Antonio de Dominis, ántes bien es diametralmente opuesta y pugna abiertamente con ella. Para mí la jurisdiccion ordinaria del Primado de S. Pedro es divina; segun la doctrina de Marco Antonio es un invento humano.

Si yo tuviera inclinacion á *escolastizar*, sin mucho trabajo, y sin forzar los principios y sistema de mis Calificadores, sería fácil sacarlos convictos, aunque nunca confesos, de que ellos son los que, ó hacen humana la jurisdiccion del Primado, ó no han espresado en su dictámen ideas ortodoxas, acerca de la plenitud del Sumo Sacerdocio Episcopal, recibida en el Sacramento del Orden. Para ello no habría mas, que comparar con el dogma de la Unidad de la Iglesia, solidaridad y mancomunidad del Episcopado, las divisiones esenciales, que introducen ellos y su Escuela en esta misma Unidad, suponiendo arbitrariamente en el Primado otra distinta Potestad, que llaman *divina*, de *exclusiva* jurisdiccion; cuando la Iglesia no reconoce, despues de la plenitud del Sacramento del Orden en la Consagracion Episcopal, otro distinto Sacramento de Orden ó Consagracion, en el que al Electo Papa se confiera *divinamente* dicha *exclusiva* jurisdiccion Papal.

Digo esto, para que se vea cuanto divagan mis Calificadores, y cómo se entregan, con una ligereza indisculpable, á los mas increíbles despropósitos, y á las mas peligrosas doctrinas. Pero despues de todo, ¿me equivoqué yo, ó se equivocó el Cabildo? Y aun cuando se demostrase con la última evidencia, que el uno, ó el otro, ó los dos nos habíamos equivocado; ¿qué resultaría? ¿La proposicion de Marco An-

tonio de Dominis contra aquel, ó contra mi? No. Por mi parte jamas yo me habria atrevido á tomarla en boca, para asimilarla de tal manera, ó para prevenir el ánimo de un Juez, ni de nadie, contra la ortodoxia del Cabildo, aunque mi declarado enemigo. Pero mis Calificadores se han manifestado en todo su dictámen de censura muy parciales é injustos, con esta propension á heretificar, buscando supuestas afinidades de tan imposible amalgama como la presente, violentando del modo mas arbitrario sentidos naturales, sin piedad, ni caridad, y todo bajo pretesto de celo por la Religion.

Mas como lo que se han propuesto, es defender á todo trance la doctrina del Cabildo, con el que simpatizan por espíritu de Escuela, como si aquel fuese reo acusado ante un Juez, en cuyo caso yo los alabaria de todo corazon, hacen ahora, lo que ántes para salir del atolladero acerca de los primitivos derechos Episcopales. Entonces salieron en hombros de Borgessi con su jurisdiccion divina universal, pero no bastante para el gobierno actual; y ahora buscaron á Natal Alejandro, persuadiéndose, que por medio de una metáfora saldrán tambien airoso en la defensa del Cabildo.

« De dos maneras, dice Natal Alejandro, puede decirse que recibió S. Pedro las llaves del Reino de los Cielos; ó al modo que un Legado de un Príncipe recibe en su nombre las de una Ciudad, sin tener por esto poder é imperio en ella; ó como un Príncipe, que recibe el dominio de una Nacion y la representa. En este sentido, continúan mis Calificadores, debe entenderse el Padre S. Agustin.” Admito esta explicacion en lo poco aplicable; aunque á decir verdad, la comparacion no es muy feliz. Pero si mis Calificadores no hallan otra manera mas sólida de confirmar su doctrina, temen mucho lo que ántes he indicado; que asemejan exageradamente el Reino de los Cielos, á los Reinos de la tierra; que materializan demasiado sus llaves, comparándolas con lo que significa la entrega de las llaves de una Ciudad, ó con el dominio de un Príncipe sobre la Nacion que representa; y que humanizan peligrosamente su gobierno, y la autoridad y poder de su Gefe visible. Temen mucho, que si pretenden consolidar su doctrina con metáforas, las cuales, á no incurrir en los mayores absurdos, solo son aplicables en un muy aislado sentido, habrán entregado el Reino de los Cielos, la Ciudad, las llaves de la Ciudad, la Nacion y el que la representa á los enemigos de la Iglesia Católica.

Cuando digo, que admito la metáfora, es únicamente para mayor esclarecimiento de la doctrina que se propuso Natal Alejandro, á quien respeto mucho: mas con su permiso debo añadir, que en el estado de la cuestion, en que se hacen jugar tanto los equívocos y varios sentidos de una palabra, me es inadmisibile la aplicacion al Primado de S. Pedro, del concepto que incluye aquella espresion, como un Prín-

*eipe que recibe el dominio de una Nacion: y mucho ménos puedo admitir, que así deba entenderse S. Agustin, como pretenden mis Calificadores, cuando les desmienten literalmente las mismas palabras del Santo, que ellos alegan, y yo referiré integramente; pues que ellas solo hablan, como se va á ver, de la significacion figurada de toda la Iglesia en S. Pedro, al decirle Jesucristo; Tibi dabo claves Regni Cælorum. Petrus Apostolus, dice, propter Apostolatus sui Primatum, Ecclesiæ gerebat figurata quadam generalitate personam; quod enim ad ipsum propriè pertinet, natura homo unus erat, gratia unus Christianus, abundantiori gratia unus idemque primus Apostolus; sed quando ei dictum est; Tibi dabo claves Regni Cælorum, universam significabat Ecclesiam (1). Aquí no hay nada de *Príncipe que recibe el dominio de una Nacion*: no hay mas que el Primado de S. Pedro; y que cuando se le dijo; Tibi dabo claves Regni Cælorum, significaba toda la Iglesia, cuya persona representaba con cierta generalidad figurada. No sé pues, en que pueda fundarse la ilusion de mis Calificadores, que han encontrado en estas palabras un sentido que no existe.*

Cotéjese ahora con mi Considerando censurado la referida autoridad de S. Agustin, tan mal á propósito aplicada por mis Calificadores, ademas de infielmente esplicada, y se verá, que es absolutamente la prueba y confirmacion de mi doctrina. En dicho Considerando se leen por todo hombre sano las palabras del mismo S. Agustin, que siempre consiguiente consigo mismo en la inteligencia del *Tibi dabo claves etc.* dice: *Ideo unus pro omnibus, quia unitas est in omnibus etc. Quoniam in significatione Petrus figuram gestabat Ecclesiæ.* Es decir, que segun mi doctrina, que es la de S. Agustin, S. Pedro primer Apóstol recibió las llaves: los demas Apóstoles recibieron las llaves: la Iglesia recibió las llaves. Uno las recibió por todos. Todos las recibieron inmediatamente de Jesucristo para su ejercicio, como Ministros suyos y de su Esposa la Iglesia. *Sic nos existimet homo ut Ministros Christi et dispensatores Misteriorum Dei* (2).

Se dice pues rectamente, que las llaves fueron dadas á la Iglesia, porque todo el poder que los Apóstoles y los Obispos sus Sucesores han recibido de Jesucristo inmediatamente, lo poseen *pro indiviso ó in solidum* con el Papa, sin que esto perjudique á su Primacia, lo cual constituye la unidad y solidaridad del Episcopado. *Claves non homo unus, sed unitas accepit Ecclesiæ* (3). No es un

(1) S. August. in Tract. 124. in Joann.

(2) S. Paul. Epist. I. ad Cor. cap. 4.

(3) S. August. Serm. 295.

hombre solo el que recibió las llaves, sino la unidad de la Iglesia: la Iglesia, como depositaria respecto de Jesucristo, y como propietaria respecto de los Apóstoles y sus Sucesores. Pedro recibió el primero las llaves, no para ser dueño absoluto de ellas; sino como representante general de aquella Soberana Esposa de Jesucristo, y como su primer Ministro por institución divina. Por esta Prerogativa se concentró *eminentemente* en él y en sus Sucesores la potestad de *Superintendencia* en toda la Iglesia universal, para que se evite el cisma y se conserve la unidad; pero siempre quedando íntegra la Potestad que se ha conferido *in solidum* á todos los Obispos, y ejerce singularmente en su respectiva Iglesia bajo aquella Superintendencia cada uno de ellos, cuya totalidad, incluso el mismo Papa, forma el primer grado de la única Gerarquía divina de la Iglesia. Esta es en compendio la inteligencia que dá S. Agustin á las palabras de Jesucristo dirigidas á S. Pedro, *que con cierta generalidad figura-da representa á la Iglesia.*

No pudiendo los ultramontanos desconocer esta doctrina, han pensado eludirla con una nueva invencion, con la cual han dado inocentemente muchas armas á los enemigos de la Iglesia Católica. Tal es la division de potestad de orden, y potestad de las llaves ó de jurisdiccion en el Episcopado, dando á cada una de ellas un diverso origen inmediato. En mi juicio no han meditado bastante estos Escolásticos los varios errores, que quiso condenar el santo Concilio de Trento, en el reprobado disimulado sentido y estension, que pretendían dar los novadores de aquel tiempo á sus acatólicas doctrinas, cuyo conocimiento obligó á los Padres á declarar en sus Cánones y doctrina, *un Orden gerárquico divino* con tres grados, de los cuales es el primero el Sumo Sacerdocio del Episcopado. Ruego á mis Calificadores se ocupen en leer detenidamente los cuatro capítulos de la sesion 25. Allí observarán facilmente, que por la Consagracion Episcopal, no solo recibe el Obispo la divina Potestad, el derecho, la Autoridad sobrenatural de instituir y consagrar otros Obispos y ordenar los demas Ministros, sino que tambien por virtud de la misma Consagracion recibe la potestad de las llaves, ó sea la autoridad y derecho jurisdiccional para el régimen, direccion y gobierno de la Iglesia, que el Espiritu Santo ha encomendado á su cuidado.

Aquí no puedo ménos de admirar, que mis Calificadores, tan pios y tan religiosos, hayan intentado desvirtuar la fuerza del testo de S. Pablo; *Attendite vobis, &c.*, diciendo: que es bien sabido, que ha sufrido otras interpretaciones distintas de las que lleva en sí el natural y riguroso sentido de sus palabras. Entregando así las Santas Escrituras á las varias interpretaciones del sentido particular de cada uno, abren un camino sumamente peligroso contra su intencion: mas yo buyendo de este riesgo, insisto en la inteligencia y aplicacion

sencilla y natural que dá la Iglesia al testó de S. Pablo por boca de los Santos Padres en el Concilio Tridentino. «*Por tanto, (esto es, para no caer en una confusion tan perjudicial), declara el Santo Concilio, que á mas de los otros grados Eclesiásticos, pertenecen principalmente á este orden gerárquico los Obispos, los cuales ocupan el lugar de los Apóstoles, como Sucesores de ellos, y segun nos dice el mismo S. Pablo, fueron puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios (1); y que son superiores á los Presbíteros (2).*» En el Canon 6.^o de la misma sesion 23, dice: «*Si alguno dijere, que en la Iglesia Católica no hay una Gerarquia, instituida por ordenacion divina, que consta de Obispos, Presbíteros y Ministros; sea anatema (3).*»

Todas las ilusiones, que hace formar el espíritu de partido escolástico, se disipan en presencia de la clara y sencilla doctrina del Concilio Tridentino, quedando ya sin sólido fundamento esa invencion de las dos distintas potestades divinas, una de orden y otra de las llaves ó de jurisdiccion, en la mision y plenitud del Sumo Sacerdocio, que reciben los Obispos por la Consagracion Sacramental. La division y subdivision de aquella única Potestad divina, que se confiere en el Sumo Sacerdocio; division y subdivision que hace necesarias la multiplicidad y diversidad de actos de la misma Potestad, no multiplica las Potestades divinas. De consiguiente, no habiendo dos Potestades divinas distintas, no tienen apoyo las dos distintas Gerarquías divinas. No hay mas que un orden gerárquico divino; una Gerarquía por ordenacion divina. En este concepto dijo Sto. Tomás, *que aunque la Potestad del Papa excede á la del Obispo, no obstante la del uno y la del otro son de un mismo género, por lo cual, todo acto gerárquico, que puede hacer el Papa, puede hacerlo el Obispo (4).*

He hablado ya tanto sobre las llaves de S. Pedro y su Primado,

(1) Act. Apost. cap. 20.

(2) Proinde Sancta Synodus declarat, præter cæteros ecclesiasticos gradus, Episcopos, qui in Apostolorum locum successerunt, ad hunc Hierarchicum ordinem præcipue pertinere; et positos, sicut idem Apostolus ait, á Spiritu Sancto regere Ecclesiam Dei; eosque Presbiteris superiores esse. (Conc. Trid. Ses. 23. cap. 4.)

(3) Si quis dixerit, in Ecclesia Catholica non esse Hierarchiam divina ordinatione institutam, quæ constat ex Episcopis, Presbiteris et Ministris; anathema sit. (Ibid. Can. 6.)

(4) Potestas Sacerdotis exceditur á potestate Episcopi, quasi á potestate alterius generis; sed potestas Episcopi exceditur á potestate Papæ, quasi á potestate ejusdem generis. Unde omnem actum hierarchicum quem potest facere Papa, potest facere Episcopus. (S. Thom. lib. 4. Sent. dist. 24. quæst. 3. art. 2.)

sobre la unidad del Episcopado, de los derechos divinos de cada Obispo en particular, de qué manera está la potestad de las llaves en la Iglesia, y cómo las recibieron inmediatamente de Jesucristo, no solo S. Pedro, sino todos los demas Apóstoles, que causa tédio su repetición. Me refiero por tanto á lo dicho anteriormente, adhiriéndome á la luminosa doctrina del sapientísimo D. Alfonso de Madrigal, Obispo de Avila, transcrita literalmente en mi contestacion á la censura del Considerando 8.º, y que reproduzco aquí por su muy oportuna aplicacion á este punto. Tambien recuerdo muy particularmente lo que espuse en su lugar, acerca del abuso que se hace de la autoridad de S. Optato Milevitano; pues que mis Calificadores vuelven á repetirla aquí por tercera vez. Con la misma impertinencia alegan, que S. Juan Crisóstomo llamó á S. Pedro, *Choripheum Apostolici Chori, cui creditæ sunt claves Cæli*; lo cual, siendo una verdad innegable, pues ningun Católico desconoce el Primado de S. Pedro, y que á él, como á los demas Apóstoles, se confirió por Jesucristo la Potestad de las llaves, que es todo lo que dá á entender el texto citado; no obstante para nada venía al caso, porque nada prueba contra mi doctrina, ni en favor de la de mis Calificadores. Véanse ademas las Autoridades de S. Cipriano, S. Ambrosio, S. Agustin, S. Optato, S. Gerónimo, y demas que cito en mi contestacion á la censura del Considerando 6.º

De todo lo dicho resulta la exactitud de mi doctrina, que es la misma que contienen las palabras de S. Agustin, copiadas literalmente en mi Considerando. Deseo se compare aquella con la proposicion del tal Marco Antonio, que dijo, *que la disparidad de potestad entre los Apóstoles era un invento humano*; y despues de comparada, dígase, qué conexión hay entre una y otra doctrina, que haya podido dar á mis Calificadores el menor pretexto para traerla á cuento: solo puede haberlos movido á ello el prurito de heretificar.

Pero antes de concluir no puedo dejar de hacerme cargo del dilema, entre cuyos dos extremos me encierran, sin que me pueda escapar. O incurro en la heregía de Marco Antonio de Dominis, con toda la caterva de Quesnelistas Belgas y Franceses, Febronianos, Wan-Speenistas, Dupinistas y Tournelistas; ó reconozco como verdadero el aserto de los Canónigos de Málaga mis enemigos, y de mis Calificadores sus oficiosos y ardientes defensores. Así se espresan estos. „Concluimos esta nuestra observacion con este preciso raciocinio. O intenta el autor del escrito persuadir, que á la Unidad de „ la Iglesia fueron dadas las llaves *solamente*, y á S. Pedro como „ miembro de ella *con cierto Primado*; y entonces incurre en el *Ri-* „ *cherismo*; ó quere darnos á entender, que fueron dadas á la Unidad, „ y á S. Pedro como Príncipe y Primado y representante de toda „ ella; y en este caso convendremos, y se dirá exacta y verdadera la

„ explicacion y aplicacion, que ha hecho el Cabildo de las palabras,
 „ *Tibi dabo etc.*”

Llamo mucho la atencion sobre aquel intrusado adverbio *solamente*, y aquel *cierto Primado*: espresiones que enérgicamente rechazo; porque no son mias, ni tal es mi doctrina. Esta es la clave *heretificadora*: estos son los juegos frecuentemente empleados por la *diplomacia* teológica para torcer sentidos, desnaturalizar espresiones sencillas, é interpretar siniestra y malevolamente las mas católicas y rectas intenciones. Este es el *Richerismo*, en que con aquel adverbio y la otra indefinida cláusula introducidos furtivamente en el dilema, pretenden hacerme incurrir mis Calificadores, despues que me he podido escapar de la compañía de Marco Antonio de Dominis, con quien desapiadadamente me quisieron envolver. Con la mas pequeña parte de sinceridad, despreocupacion, imparcialidad y justicia no habría tenido lugar semejante argucia, ni el manifiesto agravio que con ella me han hecho.

Desvanecido ya el primer miembro del dilema, pasemos á examinar el segundo. Ni es exacta ni verdadera la aplicacion y explicacion que ha hecho el Cabildo de las palabras; *Tibi dabo etc.* El Cabildo las esplicó en el sentido, de que ellas eran el mas sólido fundamento de la *exclusiva* jurisdiccion del Papa, conferida á este inmediatamente por Jesucristo, y solo *mediatamente*, ó *por él* á los demas Obispos; explicacion, que lejos de ser conforme, es enteramente contraria á la verdadera inteligencia, que S. Agustin y demas Santos Padres dán á aquellas palabras, como en su respectivo lugar he demostrado.

La aplicacion es aun mas equivocada; porque en el caso del ex-Fraile Fernandez, objeto del desacertado informe del Cabildo, y de mi Providencia rectificándole, intentó este anular la sentencia ejecutoriada, y consiguió que no se ejecutase, induciendo en error á mi inmediato Antecesor, por consecuencia de aquella equivocada explicacion; alegando por principal razon, segun sus mezquinas doctrinas de *exclusiva* jurisdiccion y absolutismo Papal, fundadas absurdamente en el *Tibi dabo*, que el Juez Diocesano, Gobernador de la Mitra *Sede vacante* había carecido de jurisdiccion para conocer de aquel juicio, y pronunciar aquella sentencia.

Pero lo que mas asombra es, que se hayan atrevido mis Calificadores á defender la explicacion y aplicacion del Cabildo al *Tibi dabo*, sin haber visto su informe, pues que á ellos solo se les pasó copia de mi Providencia para su calificacion. ¿Cómo pues, sino adivinando, podian saber si era ó no exacta aquella explicacion y aplicacion? ¿Juzgaron en este caso como Jueces ó como adivinos? ¡Pasma ciertamente tanta ligereza! Y con estos antecedentes, el juicio de los doce Calificadores ¿qué calificacion merecerá? ¿Y es de este modo, como se debe tratar un negocio de tanta gravedad y de tan inmensa responsabilidad? Respondan sobre su conciencia los mismos Calificadores.

CONSIDERANDO 12. (1)

PUNTO 9.º

El Papa y la Iglesia no son una misma cosa.

Si se tratase puramente del lenguaje de la piedad, ó de buscar nombres que elevasen la altísima Dignidad del Sucesor de S. Pedro, ó de aplicarle metáforas significativas, alegorías misteriosas, títulos magníficos, en señal de la profunda reverencia, que todos los Católicos debemos al Padre comun de los fieles, á nadie cedería yo la ventaja en hacer estas demostraciones y aplicaciones, como repetidas veces he practicado de la manera mas solemne, y alguna especialmente tan pública, que en esta ocasion, á pesar del largo transcurso de años, no debieran haber olvidado mis Calificadores, para respetar siquiera mis intenciones.

Mas no es esto de lo que se trata. No es un panegírico, no es un sermón, no es una letanía alegórica la que tenemos que componer. Es cosa mas importante y delicada. Es una cuestion teológico-canónica la que nos ocupa. Es un negocio, en que hay que reducir á práctica una doctrina en circunstancias difíciles, apuradas y perentorias. Tenemos que ver, si el Pastor recibió de Jesueristo poder bastante para sacar sobre sus hombros una oveja, que cayó en el precipicio; ó si el náufrago, que se ahoga á la vista de su Padre, ha de esperar á que venga de Roma la tabla en que le ha de salvar. La estension de la potestad divina del Episcopado, cuyo ejercicio bien ordenado, no solo no es incompatible, sino que mas bien confirma y prueba la necesidad del Primado; el deslinde de los respectivos derechos y deberes en los casos ordinarios y estraordinarios, para el único fin de la santificacion y salvacion de los fieles, es el solo punto de vista del asunto presente.

La cuestion práctica se encierra en D. Francisco de Paula Fernandez, á quien el Cabildo de Málaga, por los exóticos asertos de su informe y sus mezquinas doctrinas escolásticas, opuestas á las disposiciones legales y canónicas, y mi inmediato Antecesor en el Gobierno de la Diócesis por su ilegal providencia gubernativa, habían condenado; despues que había sido salvado por sentencia judicial ejecutoriada del anterior Gobernador, apoyada en otras doctrinas mejor fundadas, mas generosas y mas caritativas. En la alternativa de hacer cumplir una ú otra disposicion, legal esta, arbitraria y absurda aquella; robustecida

(1) Véase el Apéndice, Documento núm. 1.º

esta con sólidas doctrinas, aquella envuelta en cuestiones y disputas escolásticas; la elección no podía ser dudosa: y por mi Providencia denunciada mandé en cumplimiento de las leyes, que se llevase á efecto la sentencia judicial ejecutoriada, removiendo los ilegales obstáculos, que por la absurda providencia gubernativa posterior se habian opuesto á su ejecucion.

La cuestion por tanto está fuera del dominio de las aulas. Allí se pueden debatir tan detenidamente como se quiera, con calor ó con frio, doctrinas especulativas, alegorias y metáforas. Aquí no tienen lugar frias especulaciones, argumentos, silogismos ni distinciones: aquí no hay otro medio, que tener valor para arrostrar el impetu de las corrientes, y caridad para tirarse al agua; ó dejar que perezca el naufrago. Yo adopté el primer partido, y no me arrepiento. Las amargas consecuencias que estoy sufriendo, son el patrimonio del cargo Pastoral.

El Cabildo y mis Calificadores no están por tan arriesgada doctrina: es mas cómoda la suya. Su conciencia queda tranquila y salva, aunque Fernandez perezca, con ponerse á discutir friamente, y aplicar una metáfora de S. Francisco de Sales para confirmar su sistema de única jurisdiccion Monárquica Papal. *Que el Papa y la Iglesia son una misma cosa*, afirman que dijo aquel Santo; y la muy poco oportuna alegacion de esta autoridad la noté yo en mi Considerando, como doctrina inadmisibile en el caso presente. Picados mis Calificadores, toman la defensa del Cabildo, y la prueba de la mala causa en que se empeñan, es la pobreza de ingenio que han desplegado. Si no hubieran echado en olvido, que su mision era la de Censores imparciales de una doctrina denunciada como heterodoxa, y no la de Abogados de los Canónigos de Málaga, y hubiesen estado mas animados del espíritu de justicia y caridad, muy fácilmente hubieran desempeñado su encargo. Su discrecion y su imparcialidad les habrían merecido un honor, de que ellos mismos se han privado.

Toda la defensa que hacen de aquella proposicion del Cabildo es la siguiente: „S. Francisco de Sales, dicen, tuvo la ingeniosa idea de
 „ reunir los diferentes títulos, que la antigüedad Eclesiástica ha dado
 „ á los Sumos Pontífices y á su Silla: ni nosotros podemos omitir algunas de sus edificantes espresiones (en sus controvers. discurs. 40).
 „ Hablando de la Iglesia dice así: si la consideramos como una casa,
 „ sabed, que está sentada sobre una roca y sobre su fundamento principal que es Pedro. Si os figurais la Iglesia como una Embajada,
 „ encontrareis á S. Pedro á su cabeza; si como un Reino, S. Pedro tiene las llaves de él; si como la imagen de una manada de ovejas y cabritos, S. Pedro es su Pastor, y el Pastor general bajo las órdenes de Jesucristo. No es rara, ni inadmisibile su doctrina, cuando dice, que el Papa y la Iglesia son una misma cosa; pues mucho

„antes había una proposicion equivalente del Padre San Ambrosio, cuando decía; *ubi est Petrus, ibi est Ecclesia.*”

Ciertamente que es admirable y de un mérito especial este discurso de mis Calificadores; pero en donde mas resalta es en la equivalencia de la proposicion de S. Ambrosio; *donde está Pedro, allí está la Iglesia*; con la otra de S. Francisco de Sales; *el Papa y la Iglesia son una misma cosa.* No es posible llevar con paciencia el ver convertidas cosas tan venerables y tan serias en el pueril pasatiempo de las paradojas, ó en superficiales cuestiones y ejercicios de una Academia peripatética, tan agenos de un caso de tanta importancia, y tan poco dignos de hombres graves, á quienes se ha dado una mision, cuya naturaleza no comprendieron, ó no respetaron, por no decir que abusaron de ella.

Un mejor servicio habrían hecho á la Iglesia de Dios y al Papa mismo, si hubiesen puesto mas atencion al sentido de las palabras, que se escaparon de su propia boca, distinguiendo al Papa de su Silla. En efecto la antigüedad Ecclesiástica reconoce la diferencia que hay, entre los Sumos Pontífices, que son mortales y algunas veces inciertos y dudosos, y la Santa Sede, que siempre subsiste; entre la Santa Sede y la Côte de Roma; entre la Côte de Roma y la Curia Romana; y entre la Curia Romana y la Iglesia y el Papa. *Aliud sunt Sedes, aliud Præsidentes*, dijo San Leon; y el Obispo Waltramo: *non omnes qui tenent Sedem Petri, sunt Petrus* (1). Es necesario no confundir aquellos distintos respetos, para que se conozcan con claridad y sin las ambigüedades que se usan demasiado, las diferentes atribuciones, los distintos derechos, y las diversas maneras de ejercerlos. Solo así se comprenderán exactamente nuestros deberes; no se pondrá en tortura, como tantas veces acontece, la conciencia de los fieles, y se descifrarán estas promiscuaciones y términos equívocos, que tan frecuentemente se emplean, para producir ilusiones, atribuyendo á la Iglesia lo que es el juicio, tal vez precipitado, de algun Obispo particular, de algun Cabildo Ecclesiástico, ó de algun Vicario Capítular *Sede vacante*; ó aplicando aisladamente al Papa, como Cabeza y miembro principal de la Iglesia, lo que es peculiar de esta como cuerpo ó reunion de todos los miembros con su Cabeza; ó bien extendiendo al Papa, como Primado de la Iglesia universal, los derechos que le corresponden como Obispo de la Iglesia particular de Roma, ó como Metropolitano de su Provincia, ó como Patriarca de Occidente.

Pero lo que es mucho mas perjudicial, y dá muy poderosas armas á nuestros enemigos, es atribuir á la Iglesia, á la Santa Sede, ó al Papa, segun sus distintos respetos, lo que hace la Corte Romana, ó

(1) Waltram. de invest. Episcop.

los Oficiales del Papa con el nombre del Papa mismo; ó lo que se ha introducido bajo mil formas y nombres especiosos en la Iglesia; y aun los mismos abusos, que ella lamenta, pero no sin dolor tolera. No es del caso desenvolver todos estos distintos conceptos, á los que corresponden nombres, títulos, derechos y deberes distintos: la indicacion general basta, para que entiendan mis denunciadores y Calificadores, que las letanías y las metáforas fomentan la piedad, pero no son las mas oportunas, para que Teólogos y Canonistas, como ellos son, establezcan la doctrina de la verdad.

S. Francisco de Sales, cuando se espresaba como Teólogo en la presente materia, lo hacía exactamente, diciendo: *id crit Deo gloriosum maxime, ut Episcopalis ordo pro eo, quomodo institutus est ac valet, agnoscatur* (1). Esta doctrina teológica positiva no acomodaba á mis Calificadores; por eso se fueron á buscar la ascética. En esta caben mucho mejor, por reverencia ácia S. Pedro y exaltacion de la Iglesia, alegorías, metáforas y cuantas figuras pudieran de algun modo, por alguna cierta propiedad, admitir un sentido aplicable á objetos tan sagrados; y aun me atrevo á decir, que á pesar de su ingeniosa solicitud, todavía dejó el Santo á la piedad un muy ancho campo que cultivar. Mas todo esto lo hizo con una tan humilde y sincera devocion, con tal sencillez y desinterés, cual yo desearía hallar, para edificacion mía, en esa turba de Doctores de allende y aquende, que llevados muchos de ellos de otros sentimientos menos puros, acaso lisongean al Romano Pontífice con gran daño de este y de la Iglesia. Véase á este propósito lo que dijo á Paulo III la Congregacion de Obispos y Cardenales en 1558, segun tengo referido en otro lugar, y lo espuesto por tantos Varones piadosos y santos Prelados, que han lamentado y lamentan la creciente gravedad de los males de la Iglesia, llorando aun mas la lejana esperanza de remedio.

Este Considerando no ofrecía ni aun el mas leve pretesto para censurarlo. Bien lo conocieron mis Calificadores; pero no pareciéndoles conveniente dar la mas pequeña muestra de imparcialidad ni de equidad ácia mí, porque eso sería rebajar la gloria de un completo triunfo, cual desean á sus compañeros en esta empeñada guerra de nombres simbólicos, se creyeron obligados á combatirlo de la manera superficial que se ha visto, contentándose con dar por fenecido y confirmado su muy agudo y sólido argumento, con la autoridad del que llaman célebre Conde de Maistrec. Mas no obstante que no han aplicado á este Considerando nota alguna particular, no se sabe, si le tendrán reservada alguna parte, de la que impusieron al fin á la Providencia *en su totalidad*.

(1) S. Franc. de Sales. Lib. 1, epist. 30.

CONSIDERANDO 13: (1)**PUNTO 10.**

De la jurisdiccion que egerce la Iglesia en la parte exterior y temporal de la disciplina eclesiástica por concesion de los Príncipes.

De los diez y seis Considerandos que contiene mi Providencia censurada, el señalado con el número 13 es el último que mis Calificadores juzgaron deber hacerlo objeto de su censura, omitiendo indebidamente dirigir su atencion á los tres que le siguen, y á la conclusion definitiva, con la cual están íntimamente enlazados todos, determinándose en ella por su espresa aplicacion el verdadero y natural sentido del presente, así como de todos los demas.

Ya he notado varias veces, y particularmente en la contestacion á la censura del Considerando 11, que esta propension, propia de hereéticos, de aislar frases y proposiciones, desquiciándolas de su base, desviándolas de su conocido objeto y natural sentido por la adiccion ó supresion de una palabra, y separando unos de otros, puntos íntimamente conexos entre sí, para con tales estratagemas egercer á mansalva el oficio de Censores, no solo es contraria á las reglas establecidas sábiamente por Benedicto XIV, sino que es opuesta al espíritu de Religion y de verdad.

Con tales reprobadas artes, no hay dogma, no hay símbolo de fé, no hay oracion, hasta la misma que Jesucristo nos enseñó, de que no se saquen mil absurdos, mil impiedades y mil heregías. Renuevo en comprobacion de esto, y para leccion y confusion de esta especie de hereéticos, el ejemplo de Teofilo Raynaldo en su satírica censura del *Credo*, referida ya en el punto 2.º de mi contestacion á la censura del Considerando 6.º El solo cotejo material de mis palabras, con las de mis Calificadores, bastará para el mas completo convencimiento de esta especie de alcovosía escolástica usada conmigo; y justificará el language fuerte, á que me obliga la necesidad de rechazar tan grande ofensa, defendiéndome de las graves imputaciones, que por este reprobado medio me han hecho en su denuncia los Canónigos de Málaga, y en su censura mis Calificadores de Sevilla.

Es constante, como doctrina dogmática, que la Iglesia recibió de Jesucristo toda la Potestad necesaria para arreglar su disciplina esencial, tanto interior como exterior, para lo cual se basta á sí misma, como So-

ciudad espiritual é independiente. Es igualmente cierto, que aunque muchos de sus actos sean exteriores, y se estendian tambien á cosas materiales, ejecutándose *modo humano*; no obstante la potestad con que se ejercen estos actos es toda espiritual. Mas todo esto, que es lo que constituye el dogma, no se opone á mi doctrina, ni deja por eso de ser tambien una verdad palpable, que hay en la Iglesia una *parte exterior y temporal de jurisdiccion, que ejerce la Iglesia, por la concesion piadosa de los Príncipes de la tierra, en beneficio de la misma Iglesia y del Estado*; que es la letra de mi Considerando.

Cualquier otra doctrina que se pretenda proclamar, con designios avanzados, tan descubiertos como en una época que ya pasó, ó tan encubiertos como se quiere que pasen ahora, y se vislumbran demasado en la censura á este Considerando, sería calumniar á la Iglesia, y renovar exageradas pretensiones y usurpaciones, que de nuevo encenderían la guerra, y pondrían en discordia con el poder de los Reyes á esta Sociedad divina, que ha sido instituida de un modo compatible con todas las Sociedades temporales, para perfeccionarlas con su doctrina celestial.

Los Príncipes, que reconocieron esta compatibilidad, como una de las mas sublimes cualidades características de la Iglesia de Jesucristo, y se persuadieron de cuánto contribuiría á la paz y felicidad de sus súbditos, que se facilitase y estendiese su benéfica influencia, llenos de profundo respeto y veneracion, la hicieron mil concesiones magnificas. Unidas en tan santo objeto las dos Sociedades, la celestial y la temporal, establecieron su concordia, y reconocieron la necesidad de la union fraternal, sin quebrantamiento de la respectiva independendencia. Así fué muy natural, que para auxiliarse mas eficazmente, se hiciesen reciprocas concesiones, que estrecháran mas y mas los lazos de la fraternidad. Los Príncipes concedieron á la Iglesia derechos y facultades inmensas en la parte temporal, seguros de que sus Ministros, animados del mayor desprendimiento, desinterés y espíritu de santidad, las desempeñarían en bien de sus Estados. En compensacion los Príncipes recibieron de la Iglesia el muy estenso é igualmente magnífico derecho de Proteccion y Patronato Eclesiástico.

Libre de este modo la Iglesia de las trabas y persecuciones de los primitivos tiempos, se halló mas espedita para estender por todo el mundo los dogmas de la fé y de la moral evangélica; así como la Potestad temporal económica de los Soberanos se encontró á su vez perfectamente apoyada y robustecida por aquella concesion. Son inmensos los bienes, que estas mútuas concesiones han producido, tanto á la Iglesia como al Estado; con ellas se han evitado mil ocasiones y motivos de conflicto y de discordia entre las dos Potestades Soberanas; aunque el genio del mal, adulterando tan santos propósitos, no ha faltado muchas veces á hacer, que nazca aquella, de lo mismo que fué establecido para alejarla. (1)

Contrayendo esta doctrina al caso presente, nadie creerá, ni aun mis Calificadores interpelados á responder esplicitamente se atreverán á decir, que el ejercicio de la parte de jurisdiccion exterior y *temporal* del Tribunal Eclesiástico de Málaga, con sus Asesores, Fiscales, Abogados, Notarios, Procuradores, Alguaciles y cárceles, con todo lo demas que corresponde al aparato del foro civil, y sus formas forenses, tenga un origen divino, ó que sea del resorte peculiar de la Potestad que Jesucristo concedió á su Iglesia. Pues esa es la que yo espresamente digo, que es *la parte exterior y TEMPORAL de la jurisdiccion, que ejerció aquel Tribunal Eclesiástico, por la concesion piadosa de los Príncipes de la tierra, en beneficio de la Iglesia y del Estado.* Estas son las palabras del Considerando presente, cuyo natural sentido ha sido tan siniestramente tergiversado por mis Calificadores. Veamos como lo traducen.

«No nos detendremos, principian su censura, en manifestar la jurisdiccion de la Iglesia sobre la disciplina en orden á la parte espiritual: en esto estamos de acuerdo todos. Pero no podemos dejar, de admirar, que el Autor del Escrito establezca, como un principio, que en la parte exterior y *temporal* la ejerce la Iglesia por concesion de los Príncipes. *La Iglesia ha recibido, no de los Príncipes, sino de Jesucristo, la potestad de arreglar su disciplina, tanto interior como exterior.*»

A primera vista, y sin descender á un análisis detallado, advertirá cualquiera el inescusable fraude de mis Calificadores, en haber suprimido la palabra *temporal* en la proposicion, que sientan como contradictoria de la mía; palabra tan esencial, como que ella sola marca del modo mas evidente la infinita distancia que hay entre las dos proposiciones y su respectivo sentido. Yo he contrapuesto en el primer miembro de mi proposicion la palabra *espiritual* á la palabra *temporal*, que se halla en el segundo, con la muy notable circunstancia, de haberla añadido despues de la palabra *exterior* con la copulativa *y*. ¿Por qué, pues, mis Calificadores han tenido la increíble osadía de unir lo que yo he separado con tanta distancia, como hay del cielo á la tierra; de lo espiritual á lo temporal? Y la prueba de que esto no lo han hecho por ignorancia, ni por descuido, ni porque en mi proposicion haya faltado claridad, sino por lo que su conciencia les acusará, es, que ellos mismos dicen, *que estamos de acuerdo todos en reconocer la jurisdiccion de la Iglesia sobre la disciplina en orden á la parte espiritual.* Dejo, pues, á mis Censores, que califiquen ellos mismos, segun su propia conciencia, si fué ó no maliciosa la supresion de la palabra *temporal* despues de la de *exterior* en la proposicion que á renglon seguido sentaron como contradictoria de la mía; puesto que por su insistencia en ella es imposible considerarla como involuntaria equivocacion. Yo, me abstendré de pronunciar mi juicio sobre ella; por

na incurrir en el language fuerte y amargo, que su calificacion exigiria.

Bien sabian mis Calificadores, que yo no habia establecido la doctrina heterodoxa, que han fugido, y calumniosamente me han atribuido, para poder aplicarme sus aterradoras censuras; mas era preciso, para su mal disimulado designio, comenzar á inspirar, como al descuido, una desfavorable prevencion, é imprimir una idea fuertemente desventajosa para mi. No hay un language mas verdadero y exacto que el que yo he usado, el mismo precisamente que han usado y usan todos los Autores Canonistas y Teólogos de todas Escuelas, cuando para esclarecer y distinguir los actos respectivos de dos Potestades diferentes, que confundia el Cabildo de Málaga en su informe, separo yo los que son peculiares *esencialmente* de la jurisdiccion *espiritual*, *tanto interior como exterior*, de los que son propios de la jurisdiccion puramente *exterior y temporal*: porque es claro, que aquellos actos anteriores, que no son del resorte de la Potestad *temporal*, pertenecen indudablemente á la Potestad *espiritual*. De modo, que hasta de la exactitud misma del language, que con tanta precision usé, se abusó por mis Calificadores, para que hubiese lugar á sus injustas y arbitrarias censuras.

Mas su propia conciencia les acusaba y contenia, al mismo tiempo que obraban tan apasionadamente. *La Iglesia ha recibido*, dicen aparentando ser esta proposicion la contradictoria de la mia, *no de los Príncipes, sino de Jesucristo, la potestad de arreglar su disciplina, tanto interior como exterior*. Proposicion es esta de eterna verdad: dogma de fé, que todos los Católicos confesamos; y el que siente la proposicion contradictoria, pronuncia abiertamente una doctrina *herética*. Esta nota teológica, que es la mas grave, la última, y la que incluye todas las demas, es la que no puede menos de imponérsele sin complicidad, sin criminal tolerancia, y sin un prevaricato contra la Religion. Pues ahora bien: mis Calificadores no se la han impuesto á mi proposicion: luego ó incurrieron en esta nota de prevaricato; ó no obraron de buena fé, cuando contrapusieron con tal inexactitud aquella proposicion dogmática á la mia. La nota de prevaricato y complicidad no es posible. ¿Y habremos de tener el sentimiento de pensar, que no obraron de buena fé, ni creyeron con error, que mi proposicion era contradictoria de la suya? Porque ¿cómo lo habian de creer, si en la suya omitian sin rebozo la palabra *temporal*, que se halla en la mia, y es precisamente la que la distingue de la suya en la parte esencial de su concepto y sentido ortodoxo? Y á vista de esto ¿podrán mis Calificadores, no digo defender las notas de cismática y herética, con que denuncian los Cañonigos de Málaga mi doctrina; sino ni aun justificar las que ellos le han impuesto, aunque menos graves, pero igualmente injustas, injuriosas y calumniosas?

Mi proposicion es de eterna verdad. ¿Se creeria posible que hu-

biese llegado el caso de tener que dar pruebas hasta de la evidencia misma? Cotéjense cien veces mis palabras, su objeto, y su natural sentido; pónganse frente á frente de las de mis Calificadores, de sus notas y sus censuras, y se verá, cuánto escándalo hay que deplorar. De esa parte de jurisdiccion *exterior y temporal*, que ejerció el Tribunal Eclesiástico de Málaga, con todas sus formas civiles, las que arreglan el proceso, las que le llevan hasta el pronunciamiento de la sentencia, las que han de hacer que produzca esta efectos civiles, las que le dán la fuerza física y material para hacerla ejecutar una vez ejecutoriada, las que yo debí vindicar en mi Providencia, en cumplimiento de mi deber religioso, al mismo tiempo que civil, como Magistrado con jurisdiccion eclesiástica y con jurisdiccion civil; de esta *parte de jurisdiccion exterior y temporal debida á la piedad de los Príncipes de la tierra*, es de la que notoriamente hablo, y claramente distingo en mi Considerando de la primera, que es la *esencialmente espiritual*, la cual, aunque se estiende, no solo á actos interiores sino tambien á exteriores, no obstante no se estiende á aquellos actos exteriores, que son propios y peculiares de la Potestad temporal, los cuales ejerce la Iglesia por concesion piadosa de los Príncipes. No sé qué idioma provea un language mas claro que este, que es el mismo que usé en mi Considerando, al aclarar lo que el Cabildo en su informe confundía. Pero de nada ha servido para mis Calificadores la aclaracion: antes con ser tan clara, hallaron medio, no ya solamente para confundirla, sino para tergiversarla con inesplicable intencion y con manifiesto agravio.

Rechazo igualmente la espresion que avanzan mis Calificadores, cuando con presencia de las palabras de mi Considerando, que espresan una idea particular, determinada, y circunserita á la *parte de jurisdiccion exterior y temporal*, en un determinado negocio, se atreven á generalizarla y decir de una manera absoluta «que yo establezco como un principio, que en la parte exterior y temporal la ejerce la Iglesia por la concesion piadosa de los Príncipes de la tierra.» Pasaría por la alteracion que hacen sufrir á mis palabras, si no estuviera palpando el juego abusivo que se hace de ellas, para darles los sentidos tergiversados que se permiten. La palabra *temporal*, repito, y está á la vista, la contrapongo particular y precisamente en el language tanto canónico como vulgar á la palabra *espiritual*, que le precede, sin establecer principio alguno. ¡Cuanta pena y trabajo en esta tener que contestar y desvanecer suposiciones tan arbitrarias, é imputaciones tan calumniosas, como se me han hecho, y cerrar todas las puertas á los sofismas y cavilidades, de los que tal ansia tienen de encontrar en todo heregias! Aun despues de una tan clara esplicacion ¡quién sabe todavía cuántas salidas é interpretaciones inventará el arte escolástico de mis Calificadores!

La esposicion de todo lo dicho me escusa de tener que entrar en un prolijo examen de cuanto mis Calificadores alegan en su censura á este Considerando. Estribando todo ello en un supuesto gratuito y absurdamente falso, nada prueba contra lo que yo he sentado. Lo que sí prueba en su mayor parte, es la misma doctrina mia, como no podía menos de suceder, confirmándola los ejemplares y dichos que citan de varios Principes, que han dado insignes testimonios de piedad en favor de la Iglesia, á quienes esta misma ha correspondido, no solo con la mas espresiva accion de gracias, sino tambien apoyando y robusteciendo, como es muy propio de su doctrina evangélica, la obediencia, el órden y la paz de los Estados.

Mas debo advertir, que mis Calificadores, entre sus contradicciones, que no son pocas, confunden frecuentemente lo mismo que confundía el Cabildo de Málaga; esto es, lo que corresponde esencialmente á la Potestad divina de la Iglesia, para arreglar su disciplina, tanto interna como esterna, con la parte de jurisdiccion *exterior y temporal*, que la misma ejerce, en virtud de concesion de los Principes. Así es, que citan algunos actos, que participan en su ejecucion de las atribuciones de la Potestad divina y de la Potestad temporal, ejercidos por la Iglesia, en virtud de sus facultades propias y esenciales, y de las temporales que los Principes le han delegado, para sacar la inexacta y falsa consecuencia general, de que las unas y las otras son propias de aquella divina Potestad. Fácil sería, si tal valiese, alegar otros hechos, que participan igualmente en su ejecucion de las atribuciones de las dos Potestades, y han sido ejercidos por la temporal, en virtud de sus facultades propias, y de las que tiene por delegacion ó concesion de la Iglesia, sin que por eso fuese verdadera la consecuencia, de que estas, como aquellas, son peculiares esencialmente de la Potestad temporal. De esta confusion de ideas, que causó la confusion de los límites de ambas Potestades, han resultado desgraciada y escandalosamente muchas veces las mútuas usurpaciones y discordias entre las Autoridades temporales y las Eclesiásticas. Mas este modo de argüir nacido en otros tiempos de ignorancia, aunque todavia bastante usado, ha venido á ser ya demasiado conocido, para que pueda alucinar.

Mis Calificadores, entre otras fútiles alegaciones, que trahen en apoyo de su doctrina, dicen lo siguiente. «Entonces fué (en los primeros siglos, de la Iglesia) cuando los Sres. Obispos empleaban, con mas libertad, tal que nunca, una gran parte del dia, en juzgar y decidir las causas de los seglares, sobre negocios puramente profanos y temporales, en cumplimiento de la doctrina del Apóstol S. Pablo.” Tan extraña aplicacion, é inteligencia tan agena del recto y verdadero sentido de la doctrina de S. Pablo, no la admite ninguno de los ultramontanos, ni aun los mas exagerados: solo pueden admitirla y sostenerla los que lleven encubierto el ambicioso designio de restablecer la anti-

social doctrina de la Bula dogmática *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII. Los litigios, de que se ocupaban los Prelados en los primeros siglos de la Iglesia, eran los que los fieles sometían voluntariamente á su decision, siguiendo el consejo de S. Pablo; y conocian de ellos, no como jueces, sino como árbitros, segun dice S. Agustin; *ecclesiástico juicio, non forense* (1). S. Bernardo acerca de este punto se expresa así: *Nemo monstrabit, ubi aliquando quisquam Apostolorum iudex sederit hominum, aut divisor terminorum, aut distributor terrarum. Stetisse Apostolos judicandos; sedisse judicantes non lego* (2). Pero nada mas explicito que el Evangelio mismo. *¿Quis me constituit iudicem aut divisorem inter vos?* (3) contestó Jesucristo al que le interpelaba para la division de la herencia con su hermano.

Todavía vuelven mis Calificadores á citar, aunque muy inoportunamente, la Bula dogmática *Auctorem fidei*, en comprobacion de sus exagerados asertos. Con este motivo recuerdan ahora, «que es muy es-», traño y reparable, que se hable sin respeto de dicha Bula dogmáti-», ca en el Considerando 10, llamando hereticadoras las censuras de», dicha Bula, la cual está recibida en estos Reinos, como ley en ellos,», que es la 22. tit. 1.º lib. 1.º de la Novísima Recopilacion, en la que», se pone *pena de espatriacion* por no someterse en *un todo* á dicha», Bula; y al mismo tiempo se falta tambien á la obediencia debida á», la Magestad Real del Sr. D. Carlos IV, &c.”

Como la parcialidad manifiesta de mis Calificadores no ha dejado de acriminar, sin la mas pequeña muestra de indulgencia y caridad, mis espresiones, aun las mas sencillas, exactas y verdaderas, no es extraño, que dominados de esta pasion contra mí, hayan dado tambien á mis palabras un sentido que yo repruebo. Respeto profundamente, como debo, la Bula *Auctorem fidei*; así como presto mi reverencia filial á todo lo que emana de la Santa Sede: la respeto tambien y me someto á ella como ley del Reino, á la que jamas falté por conviccion de mi deber, no por miedo á la *pena de espatriacion* (que no olvidaron recordar muy oportunamente mis Calificadores), porque para mí toda la tierra es de Dios, y esta patria ya me despide bien de prisa; ni por último dejaré de acatar la Magestad del Sr. D. Carlos IV, que la mandó observar.

Presupuestas estas demostraciones espontáneas de mi respeto y obediencia, rechazo la nota arbitraria é injuriosa de *despreciativa de las Bulas dogmáticas*, con que han marcado mi Providencia en la nota final impuesta á su totalidad, aludiendo sin duda á aquella cláusula, cuando muy poco antes, segun se ha visto, solo de paso, y sin mas prueba que

(1) S. August. lib. 3, ad Bonif. cap. 5.

(2) S. Bernard. lib. 1 de consid. cap. 6.

(3) S. Luc. cap. 12. v. 14.

su desfavorable y gratuita intencion, únicamente había sido calificada de irrespetuosa: *que se hable sin respeto*, son las palabras de mis Calificadores; lo cual no es ni con mucho lo mismo que *despreciativa*.

Para tal calificacion todavía han necesitado dislocar de mi Considerando 10. lo referido allí, y trasplantarlo aquí, con la notable circunstancia de haberlo colocado despues de copiar la nota impuesta en aquella Bula contra una proposicion del Sinodo de Pistoya, con cuya censura estoy yo de acuerdo. Mas esta proposicion no es mía, ni tiene conexion alguna con mi doctrina muy claramente determinada. Para su cotejo la copiaré á la letra segun la trahen mis Calificadores. «La „ proposicion, que sería abuso de la Autoridad de la Iglesia, el hacer „ la trascender de los límites de la doctrina y costumbres, y el estenderla á las cosas exteriores &c., en cuanto en aquellas indeterminadas palabras, y *el estenderla á las cosas exteriores*, denota como „ abuso de la Autoridad de la Iglesia el uso de su Potestad recibida „ de Dios, de la cual usaron aun los mismos Apóstoles al establecer „ y sancionar la disciplina exterior; *herética*.”

Yo mismo he pronounciado antes esta nota de *herética* contra tal proposicion, en aquel sentido *determinado* por los Redactores de la Bula; cosa que mis Calificadores no hicieron en su censura al Considerando 10, como yá hice notar allí: no porque no crean que no merece aquella nota; sino porque no creyeron de buena fé, que aquel sentido *yá determinado* se contuviese en mi Considerando: lo afectaron sí, suprimiendo fraudulentamente la palabra *temporal*, que se halla tan marcada en él, y que determina con toda precision su sentido, contrario y diametralmente opuesto al censurado en dicha Bula. Mis Calificadores se tendrán que ver á su pesar en la necesidad de reconocer, que la referida Bula lejos de censurar, mas bien confirma mi doctrina misma, porque reprueba *aquellas indeterminadas palabras*, y yo las determiné muy especialmente, añadiendo en mi Considerando á la palabra *exterior* la de *y temporal*. Siento que la pesadez de mis Calificadores me obligue á repeticiones tan fastidiosas.

Veamos el efecto diverso que produce su censura, colocando la cita de la Bula en su verdadero lugar, que es el Considerando 10, del que se ha arrancado para trasplantarla aquí. Tan inoportuna dislocacion, y el haber hecho preceder inmediatamente aquella cita de una nota heretical de la misma Bula, aunque aplicada á muy diverso objeto del contenido en el referido Considerando 10, previene muy desfavorablemente contra mí. En aquel Considerando rechazaba yo la doctrina del Cabildo de Málaga, que pretendia tener un decisivo apoyo en la Bula *Auctorem fidei*, contra el ejercicio de los derechos primitivos del Episcopado; porque, como mis Calificadores, desconoce la existencia de estos, y solo reconoce la esclusiva jurisdiccion del Papa. En confirmacion de aquel ejercicio en la necesidad, no obstante las prohibiciones y

condenaciones, recordé el reciente ejemplo de lo mandado por el mismo Carlos IV en 1799, con motivo del fallecimiento del Papa Pío VI, de quien es la referida Bula. El Rey, no solo la tenía presente, sino que también sabía, que el Consejo de Castilla, que era el Cuerpo facultativo legal, y sin cuyo asentimiento no se daba legalmente el *Regium Exequatur*, oídos sus Fiscales en 31 de Mayo de 1795, es decir cuatro años antes, se había opuesto al pase de dicha Bula.

Con presencia pues de todas estas notables circunstancias, que por públicas no pudieron ser ignoradas del Cabildo, digo yo en aquel Considerando, que no obstante las hereticadoras censuras de la Bula, y sin temor alguno de incurrir en ellas, el Rey puso espeditos, para su ejercicio, los primitivos derechos de los Obispos de España, en vista de la necesidad y críticas circunstancias de sus Estados y de la Europa. Si no es creíble, que el Rey por no atenerse á la Bula en aquel caso, ni yo por espresar el hecho, de que no fué obstáculo su existencia, concibiésemos ni el mas lejano propósito contra el dogma ó dogmas espresados en ella; tampoco será justo, que á aquel y á mí se nos impute que la despreciamos. El sentido obvio y natural está bastante esplicito en aquel Considerando 10; y en cuanto á la nota de desprecio, me refiero á lo dicho antes en la contestacion á la censura del mismo Considerando, y á lo que añadiré en la respuesta al voto particular de la minoría.

Si pararon su atencion mis Calificadores en la palabra *hereticadoras*, y de aquí infieren el *poco respeto*, que despues sublimaron arbitrariamente hasta el grado de *desprecio*, perdonenme estos Señores que les diga, que fueron demasiao acerbos en su calificacion. Los hombres mas piadosos han lamentado, que los Redactores de la Bula *Auctorem fidei*, se hubiesen entregado en demasia, aunque con el mejor celo, á buscar con nimia sollicitud y suspicacia, en materias no dogmáticas ni tocantes á la unidad católica, ciertos sentidos, que si creyeron erróneos en su opinion particular, ó no se hallaban en el lenguaje obvio y natural que usó el Sinodo, ó lícitamente los pudo enunciar, porque los creyó, y aun hoy dia los sostienen las Naciones mas Católicas, como verdades apoyadas en graves fundamentos. Los muy respetables individuos del Consejo de Castilla, sus Fiscales y el Rey mismo, personas todas, que no pueden ser sospechosas, confirman muy ampliamente esto mismo, como puede verse en el estenso dictamen de los Fiscales de dicho Consejo, acerca de la negativa del pase á aquella Bula. Este manuscrito precioso, del cual conservo una copia (*), es

(*) En el mes de Diciembre de 1815, en una noche para siempre memorable, enmedio de las mas tiernas lágrimas de un *Adios triste*, y el mas doloroso para muchos ilustres amigos y para mí, me dejó esta copia el tan virtuoso como sabio D. Diego Muñoz Torrero, Obispo electo de Guadix. Pago aquí un tribu-

un monumento de sabiduría y solidéz, á la par que de prudencia, religiosidad y veneracion ácia la Santa Sede: ojalá se imprimiese para la general instruccion.

La aglomeracion de notas y censuras buscadas por dichos Redactores, y aplicadas en puntos no dogmáticos ni relativos á la unidad, á tantos sentidos sacados por interpretacion de espresiones, que acaso no las contenían naturalmente; y de otras que impusieron á verdades reputadas por tales en el Sinodo, pero que no son conformes con las opiniones en ciertas circunstancias dominantes en la Curia Romana; notas y censuras innecesarias, muchas veces perjudiciales, impuestas con la facilidad que se ha deplorado y se advierte con sentimiento en los Doctores ultramontanos; es lo que se entiende por el adjetivo *heretificadoras*, el cual no está exento de fundado motivo para su aplicacion á cierta parte no dogmática de aquellas censuras. Muchos son los ejemplos que se citan en aquel dictámen Fiscal y se ilustran de la manera mas sábia y concluyente, relativos á la potestad esterna y temporal, que censuraron los Redactores de dicha Bula por no convenir con sus opiniones, no obstante que son motivo de mútua discordia entre la Potestad Eclesiástica y los Soberanos, que las han rechazado, calificándolas de atentatorias á su independendia y Potestad temporal. La discusion y esposicion racional de esto, no creo que pueda perjudicar al respeto y reverencia que profesamos á Pio VI y á su Bula *Auctorem fidei*, en la que sus Redactores aparecen no haber sido del todo felices y oportunos en todas las censuras, que presentaron á la aprobacion de S. Sd., respecto de materias no dogmáticas, ni relativas á la unidad Católica, y que se contróvierten por las Escuelas, salva la fé y la caridad.

Por estas consideraciones, y sin que se haya tenido por señal de poco respeto y veneracion, estuvo retenida la Bula por cinco años, al fin de los cuales, despues de mil y mil cosas y causas políticas, y hasta domésticas, que no es necesario decir, y aun por prudencia y decoro se deban callar, inopinadamente se le dió el *pase* por el Rey, y se mandó publicar por simples Reales órdenes de 10 y 15 de Diciembre de 1809; pero con las espresas cláusulas restrictivas de, *sin perjuicio de las regalías, derechos y facultades de S. M.* (1). Ni podía ser de

to de amistad y buena memoria á este Varon insigne, modelo de rara inocencia y sencillez de corazon, hombre eminente y de la mas admirable sabiduría, honor del Clero Español, y fundamento de los mas principales de las glorias de España en este siglo. Emigrado á Portugal por consecuencia de la invasion del Ejército Francés en España en 1825, y aherrrojado despues en los calabozos de Lisboa, sucumbió; y sus restos mortales yacen aun olvidados en esa tierra extranjera.

(1) Certif. del Secret. del Consejo D. Bartolomé Muñoz, de 2 de Enero de 1801. Madrid, en la imprenta Real.

otro modo, porque los Reyes, por absolutos que sean, no tienen el derecho de condenarse al suicidio á sí propios, ó á sus Reinos, como se verificaría si pudiesen enagenar ó aniquilar las Regalías y derechos esenciales de la Nación, que como Soberanos administran.

Repruebo las equívocas doctrinas sobre la Potestad de los Soberanos, que mis Calificadores han derramado, quizá mas por indiscrecion, que por otra causa, en su larga censura á este Considerando. Si de nuevo las meditasen, creo se sorprehenderían, al ver firmado por ellos este escrito, ignorando lo que en él y en tales circunstancias se ha dicho. Aun los mismos que lo redactaron, reconocieran, que distraídos olvidaron por algunos momentos la delicadeza de su encargo, preocupados de aquella especie de fragilidad humana, que es la causa de que tantas veces el entendimiento sea dominado por el corazón. Por ella sin duda se dejaron llevar demasiado de los sentimientos y pasiones que los afectaban, y son consecuencia inevitable de los trastornos de esta discordia y guerra civil que nos divide, en la que tanto se ha confundido lo religioso con lo profano, y lo divino con lo humano. Como súbditos fieles y leales, como sábios y desinteresados Doctores de la ley, como puros y sencillos Sacerdotes de la paz, de que tanto necesitamos, les hago la justicia de que conocerán, que el espíritu de la Iglesia no es de contienda, envidia, ni rivalidad; que esta Sociedad divina es amiga de todas las Sociedades de la tierra, y con todas quiere y debe vivir en paz; que su carácter es la mansedumbre; y su especial distintivo la compatibilidad universal: por eso es paciente, benigna, condescendiente, y toda caridad: y por último reconocerán, rectificando sus espresiones, que la union y concordia, tan necesarias entre las dos Potestades Soberanas que gobiernan la tierra, la espiritual y la temporal, no pueden conservarse con recíprocos disimulados avances y usurpaciones; sino por el mútuo respeto de los respectivos límites bien reconocidos, y la mútua gratitud por las concesiones, que en beneficio comun se hagan amigablemente las dos entre sí.

Con el exámen de este Considerando 13, concluyen mis Calificadores la censura de mi Providencia, omitiendo, como ya antes he indicado, hacerse cargo de los tres últimos y conclusion final, así como tampoco tomaron en consideracion la introduccion y los cinco primeros, bajo el pretesto, de que eran *fuera de su propósito y no les pertenecian sus doctrinas*. Tanto en estos como en aquellos se contienen los fundamentos legales, canónicos y jurídicos de la disposicion final de mi Providencia, cuya justicia y legalidad no pudieron mis escrupulosos Calificadores desconocer, cuando dejaron de hacerla objeto de sus censuras; fundamentos, que á fuer de imparciales y justificados Censores, no debieron jamas perder de vista, para hacer con el acierto debido la calificacion. Mas como de dichos Considerandos omitidos, resalta con la mayor evidencia la injusticia y parcialidad, con que mi

Providencia ha sido censurada, han creído mas conveniente guardar silencio sobre ellos, para poder llevar adelante el fin que se propusieron en su censura.

La misma razon que ellos dán, para no ocuparse de los tres últimos Considerandos y conclusion de la Providencia, es el mas fuerte cargo, que se les puede hacer por esta omision. «La doctrina, dicen, de los otros números que restan, hasta la conclusion del Escrito, se versa solamente sobre la nulidad ó validez del juicio incoado y fenecido anteriormente, en los que repite con frecuencia el autor del Escrito, ser inadmisibles y aun intolerables las doctrinas del Cabildo, que á nuestro parecer dicra su informe con bastante solidéz y verdad.” No deja de ser admirable, que califiquen de sólido y verdadero el informe del Cabildo de Málaga, sin haberlo siquiera visto; mas prescindiendo de esto, y de otras semejantes singularidades de mis Calificadores, es muy de notar, que dejen de hacerse cargo y censurar estos Considerandos, *porque tienen por objeto la nulidad ó validez del juicio incoado y fenecido anteriormente*, cuando este y no otro es el objeto de todos los Considerandos y de toda la Providencia. Si esta razon valiese, de ninguno de ellos deberían haberse hecho cargo. ¡En cuantas contradicciones se incurre cuando falta la imparcialidad! Habrían hablado con mas verdad, si hubieran dicho, que la justicia y legalidad de mi Providencia resalta evidentemente de la doctrina de estos Considerandos, que por su claridad, á pesar del mas ingenioso escolasticismo, no admiten la interpretacion, tergiversacion y supresion de palabras, que en los otros se han permitido, para hacer recaer sus arbitrarias y no merecidas censuras; y que de consiguiente, era necesario para su proposito no hacer mérito alguno de ellos.

El único objeto de todos los Considerandos de mi Providencia, es la demostracion de la validez de la sentencia ejecutoriada del Tribunal Eclesiástico de Málaga, por la cual, en vista de la urgencia y necesidad, y de las demas circunstancias que concurrían, se declararon nulos los votos de D. Francisco de Paula Fernandez, emitidos antes de la edad marcada por el Concilio de Trento, en virtud de una partida de bautismo suplantada, como se acreditó plenamente durante el juicio. De aquella demostracion resultaba al mismo tiempo la ilegalidad de la Providencia gubernativa de mi inmediato Antecesor, por la cual, con infraccion de todas las leyes, se mandó dejar sin efecto aquella sentencia ejecutoriada, dando por supuesta su nulidad, sin que hubiese sido declarada, en virtud únicamente del desacertado informe del Cabildo de Málaga, lleno de doctrinas inadmisibles é intolerables, de parallogismos y consecuencias equivocadas y perjudiciales en el Gobierno práctico de la Iglesia.

En vista de aquel único objeto de mi Providencia, tan evidente-

mente espresado en ella, aun cuando no hubiese existido la regla ya citada de Benedicto XIV, que parece escrita para el caso presente, no pudo ser lícito á mis Calificadores, bajo ningun pretesto, aislar, ni separar mis Considerandos unos de otros, para hacer objeto de su censura los que conducian mas á su propósito, dislocando, alterando y suprimiendo sus palabras, y omitiendo hacerse cargo de los demas, cuando todos ellos, como ya antes he repetido, no forman sino un solo cuerpo de doctrina, que parte de un solo principio, y va preparando la conclusion final, en la que está esplicitamente determinada, sin lugar á tergiversacion alguna, la aplicacion de todos los precedentes en su único y verdadero sentido.

Es tan manifiesto el íntimo enlace de todos los Considerandos entre sí, que ninguno de ellos forma sentido por sí solo, quedando en todos pendiente la oracion, hasta que la determina la conclusion ó parte dispositiva de la Providencia; y aun en la escritura material solo se dividen de intento ortográficamente el exordio, los Considerandos y la conclusion por el signo de dos puntos (:), para dar á entender, que no hay separacion posible de una tan sola idea. Ni es tan nuevo semejante modo de estender Providencias de esta clase, que pudiera ser desconocido de mis Calificadores, ni haberles dado pretesto para proceder del modo que han procedido.

Reasumiendo todos los Considerandos anteriores, digo en el último, que es el señalado con el número 16. «Considerando, como se
 „ ha dicho, que el Cabildo se equivoca, cuando asienta el hecho, de
 „ que Fernandez *está en el mismo estado que antes de principiar-*
 „ *se el juicio, inodado con un impedimento dirimente* (son pala-
 „ bras literales del Cabildo), cuando ya por una ejecutoria judicial
 „ había sido declarado hábil para contraer matrimonio; y que un re-
 „ curso de fuerza, que es lo que legítimamente procedía, produciría
 „ en estas tan delicadas circunstanCIAS un conflicto de muy desagra-
 „ dables consecuencias, tanto para el Vicario Capitular, nuestro Pre-
 „ decesor, como para el Cabildo, que le indujo en error; porque el
 „ resultado no podía ser otro, que obtener el referido Fernandez la
 „ proteccion de la Autoridad civil, á la que se vería precisada á ce-
 „ der la eclesiástica, en razon del poderoso derecho que le ha dado
 „ la sentencia ejecutoriada: En vista de todo, y de lo que nos dicta
 „ en el presente caso nuestra conciencia, y la mas generosa cari-
 „ dad, felizmente de acuerdo con la ley; Decretamos, que interpone-
 „ mos toda nuestra autoridad, y que por ella debemos remover y re-
 „ movemos cuantos obstáculos se han opuesto á la ejecucion de la
 „ sentencia definitiva, pronunciada por este Tribunal en once de Mar-
 „ zo del año próximo pasado, y declarada por consentida y pasada
 „ en autoridad de cosa juzgada en veinte y dos del mismo mes, por
 „ la cual se declararon rotos, nulos é insubsistentes los votos solem-

„ nes, que D. Francisco de Paula Fernandez hizo en su profesion,
 „ nula en si misma, y á este libre de ellos y en aptitud de elegir el
 „ estado, que mas bien visto le fuere; cuya sentencia mandamos se
 „ lleve á debido efecto &c.”

Esto no podía ocultarse á mis Calificadores, porque lo tenían bajo sus ojos, y porque no hay mas que leer, como necesariamente leyeron, desde la primera palabra de la Providencia hasta la ultima, para ver, que á esto unicamente se dirige todo su contesto. Por lo cual, omitir hacerse cargo de los tres Considerandos que siguen al 13, y de su conexion intima con esta conclusion final, aislando y desquiciando las espresiones limitadas á un determinado sentido particular, y generalizándolas arbitrariamente, para sacar de puros particulares y atribuirme una consecuencia universal y absoluta, no era de esperar de mis Calificadores á ley de hombres desapasionados, lógicos y sábios. Así pues, jamas debió ser permitido á la mas preocupada intencion, y mucho menos á la imparcialidad de religiosos Calificadores, dislocar palabras, aislar conceptos, ni calumniar, tergiversando el único y natural sentido, que en mi Providencia está particular y espresamente determinado.

Mis Calificadores, despues que han procedido del modo irregular que se ha visto, despues de haber hacinado tanta multitud de especies inconexas é inconducentes, despues de haber alterado las palabras y recto sentido de mi Providencia, despues de haber aislado y dislocado á su placer las frases y conceptos para hacer recaer sus censuras, despues que han hablado difusamente sobre cada uno de los Considerandos, que han creído mas conducentes á su propósito, sin marcar proposicion alguna censurable, ni la nota que relativamente le corresponde, concluyen así su dictamen de censura. «Nosotros, habiendo re,
 „ flexionado y pesado con detenimiento las razones espuestas, damos
 „ nuestro parecer y censura del Escrito que hemos examinado, y lo
 „ calificamos *en su totalidad* de falso, injurioso, depresivo de los
 „ derechos y prerogativas del Romano Pontífice, ofensivo al Episcopado español, despreciativo de las Bulas dogmáticas, y que reproduce y esparce doctrinas reprobadas y condenadas ya por la
 „ Iglesia.”

Mas despues de cuanto llevo espuesto en estas contestaciones, cualquiera conocerá, como aun antes de ellas lo reconoció la sabia Academia de ciencias Eclesiásticas de Madrid, con cuánta sinrazon, parcialidad, preocupacion, injusticia é ilegalidad han sido impuestas tan calumniosas, injuriosas y no merecidas notas; y que las doctrinas de mi Providencia, ni son falsas, ni injuriosas, ni depresivas de los derechos y Prerogativas del Romano Pontífice, ni ofensivas al Episcopado Español, ni despreciativas de las Bulas dogmáticas, ni han sido jamas reprobadas ni condenadas por la Iglesia.

CONTESTACION

*á la censura, que por separado dán mis Calificadores á un oficio,
que dirigi al Cabildo de Málaga, acerca de la Potestad y
Dignidad de los Obispos electos. (1)*

Esta censura se reduce á muy poco en sus palabras, pero á mucho en su sentido. Dicen mis Calificadores, que toda la doctrina contenida en el oficio «es un extracto del Cuaderno impreso en Madrid en 1820, con el título de *Breve esposicion &c.....*; así, estando comprendida tan materialmente en él, creemos, añaden, que por una consecuencia forzosa, debe estarlo tambien en la censura, que contra aquel tiene decretada la Santidad del Sr. Pio VII en 7 de Diciembre de 1821. Esta misma, continúan, fué publicada y mandada guardar, bajo pena de escomunion mayor, por nuestro Emmo. Prelado en su Edicto (el de Encinasola) de 10 de Marzo de 1825. En él advierte tambien S. Emcia., que procedía conforme á los decretos de S. M.; y que era su ánimo comprender en la misma censura, todos los manuscritos que contuvieran doctrinas semejantes á las de los libros que prohibía. En este caso ya prevenido se halla el citado manuscrito. Tal es nuestro dictamen &c.”

¡Con cuánta superficialidad se ha tratado un asunto de tanto interés público Nacional y Eclesiástico, y de tan incalculables como trascendentales consecuencias! ¡Cuán poco se ha profundizado para fijar la verdadera doctrina de la Iglesia, y compararla con la mía, antes de proscribirla! Este es el estado de servil sometimiento, y de santa ignorancia, como le llaman, á que se nos quiere condenar.

No puede darse contestacion mas decisiva, que la que se halla en el *Informe*, impreso en esta Ciudad, del Sr. D. José Maria Jayme, Magistrado que era de esta Audiencia de Sevilla, pedido á la misma por el Tribunal Supremo de Justicia, acerca de la Providencia que recayó en el recurso de fuerza, que interpuso el Fiscal de S. M., y á que yo me adherí, contra los procedimientos del Sr. D. Nicolas Maestre, Gobernador de esta Diócesis. En dicho informe, con presenacia del expediente original, se describe así la parte histórica de este punto.

(1) Véase el Apéndice, Documento núm. 3.

„ «No puede omitirse una circunstancia, que V. A. notará tam-
 „ bien, y que por sí sola indica el espíritu de los que han interve-
 „ nido en este negocio, y su tendencia. Se dijo en las censuras, que
 „ las doctrinas del Ilmo. Obispo electo de Méjico, estaban tomadas
 „ de un folleto del Sr. Abad y Queipo, Obispo electo de Valladolid
 „ de Mechoacan, que había sido condenado por S. Sd. en Bula de
 „ 7 de Diciembre de 1821, publicada y mandada guardar por Edic-
 „ to del Emmo. Cardenal Arzobispo de esta Diócesis de 10 de Mar-
 „ zo de 1825, de conformidad, se decía, con los decretos de S. M.;
 „ y así lo espresó el Gobernador de esta Diócesis en su esposicion
 „ al Gobierno de 11 de Julio de 1853. Se pidió de Real orden
 „ copia íntegra y fehaciente de la Bula citada, del Edicto del M. R.
 „ Cardenal Arzobispo, y que se espresase al mismo tiempo, si obtu-
 „ vo el *pase*, ó fué autorizado por alguna Real orden especial para
 „ su publicacion y ejecucion, remitiendo igualmente en este caso co-
 „ pia de ella.

„ En cumplimiento de esta orden, remitió el Gobernador unica-
 „ mente dos certificaciones, en una de las cuales se inserta el enca-
 „ bezamiento, artículo 10, y conclusion del Edicto de 10 de Marzo
 „ de 1825; y en la otra se espresa no haberse encontrado en la Se-
 „ cretaria de Cámara de este Arzobispado, ni la Bula ó Edicto de S.
 „ Sd., en que prohibiese el folleto del Sr. Abad y Queipo, ni Real
 „ orden alguna, que autorizase la publicacion del Edicto de 10 de
 „ Marzo. Al remitir estas certificaciones, manifestó el Gobernador,
 „ que había padecido equivocacion, cuando aseguró, que el folleto del
 „ Sr. Abad y Queipo estaba prohibido por una Bula de S. Sd., pues
 „ que no lo estaba, sino por un Decreto de la Congregacion del *In-*
 „ *dice*, añadiendo, que tambien se había padecido equivocacion en su
 „ fecha, segun consta del Indice de libros prohibidos, impreso en Ro-
 „ ma de orden de S. Sd. Buen cuidado tuvo el Gobernador de no
 „ remitir copia íntegra del citado Edicto de 10 de Marzo, como se
 „ le había mandado por el Gobierno de S. M. Allí se hubieran visto
 „ con escándalo prohibidas las obras de nuestros mas célebres Au-
 „ tores, tenidas en el mayor aprecio por todo Gobierno ilustrado y
 „ liberal, y tenidas unicamente y aborrecidas por los partidarios del
 „ absolutismo. La triste época de reaccion, en que se publicó aquel
 „ Edicto, demuestra claramente su espíritu y objeto; y los principios
 „ de despotismo, que entonces se proclamaban y establecían, no son,
 „ ni pueden ser admisibles, ni aplicables á la época presente, ni al
 „ sistema de libertad, que felizmente nos gobierna.

„ Pero lo que no podrá menos de admirar y sorprender á ese
 „ Tribunal Supremo, guardador y depositario de las Regalías y Pre-
 „ rogativas de la Nacion, es, que se diese cumplimiento, y se man-
 „ daseu observar por el Arzobispo de esta Diócesis las disposiciones

„ del Pontífice Romano, sin obtener el pase del Consejo; y aun mas,
 „ que esta transgresion de la ley del Reyno, este fraude, que mina-
 „ ba por su cimiento al Estado, haya servido de base y fundamento
 „ para la calificacion de doctrinas, en que se trataba de los derechos
 „ de la Corona, de las Prerogativas de la Nacion, y del Patronato
 „ Eclesiástico de los Príncipes Españoles. Muy pronto, sin embar-
 „ go, se reprimió esta osada usurpacion de poder; porque S. M., ce-
 „ losa siempre de la independencia de la Nacion, y de la integridad
 „ de sus derechos y Regalías, no tardó en atajar un mal de tanta tras-
 „ cendencia, declarando por su Real orden de 27 de Octubre de 1838,
 „ nulo y de ningun valor ni efecto civil el indicado Edicto de 10 de
 „ Marzo de 1825 (fol. 174), con lo cual destruyó enteramente el
 „ mas robusto fundamento de las censuras.”

Muchas reflexiones y muy amargas, que pudiera hacer y me se-
 rían lícitas en varios sentidos, me sugieren los párrafos transcritos; pe-
 ro aunque la defensa natural me obliga y estimula á esponerlas, hago
 el gran sacrificio de callarlas. Tan solo haré presente, que el contes-
 to de aquella Real orden, de la que ningun mérito hizo el Sr. Gober-
 nador, ni el Tribunal creado por el mismo, pues que ni mandó dar
 traslado de ella al Fiscal, para que pidiese lo que correspondiera, ni la
 comunicó á los Calificadores, para que rectificasen su juicio y censu-
 ra, porque esto hubiera sido descubrir el mismo Gobernador su exce-
 siva ligereza, me releva enteramente del peso de esta censura, y de
 consiguiente del deber de contestar á ella.

Debo sin embargo hacer conocer á mis Calificadores lo que in-
 culpablemente ignoran, para que no estrañen tanto, que la doctrina
 de mi oficio censurado y los testimonios que alego, se hallen compren-
 didos en el Cuaderno impreso del Illmo. Sr. Abad y Queipo. Este
 sábio y venerable anciano, perseguido por la Inquisicion de Méjico y
 de Madrid, mas por envidia y venganza, que porque diesen lugar y
 justo motivo para ello los puntos religiosos, que se tomaron por pre-
 testo, como ahora me sucede á mí, al defender las Prerogativas Rea-
 les y el derecho de Patronato de nuestros Reyes, fué auxiliado en sus
 defensas por varios amigos, de los que aun viven algunos. Yo me hi-
 ce cargo tambien por una mas estrecha obligacion de gratitud y respec-
 to, de trabajar y ayudarle en cuanto mis pobres luces alcanzasen. Aun
 conservo borradores, apuntes y observaciones estensas, que le suminis-
 tré, sobre los varios puntos teológicos y canónicos, de que tenía que ha-
 cer uso en su defensa, siendo el de los Obispos electos uno de los que
 mas me ocuparon, y de los que con preferencia hizo uso mi amado
 anciano perseguido. Todavía dejó en silencio otras reflexiones y do-
 cumentos que le dí registrados; y aun me atrevo á presentar á mis
 Calificadores algunos apuntes, para si quieren estudiarlos, y verán, que
 no está todo reducido á aquel impreso y á mi oficio.

Pero estos Señores, en vez de haberse ocupado en ilustrar esta doctrina, antes de censurarla, pues con aquel único objeto la había yo propuesto al Cabildo, diciendole espresa y literalmente, *para que mutuamente nos ilustremos*, se entretuvieron en la pueril ocupacion de cotejarla materialmente con el citado Impreso, y formar una tabla comparativa, para declararla ya sin mas examen comprendida en la supuesta censura que se ha visto. No es el modo de esclarecer un punto de muy difícil y árdua resolucion, abogarlo, como se permiten mis denunciadores y Calificadores, empleando el tiránico terror de las denuncias, prohibiciones y censuras. Condenar y perseguir antes de examinar, discutir é ilustrar, solo es propio de los que mal seguros en el fundamento y solidez de sus doctrinas, no encuentran otro medio para sostenerlas, que proscribir y sofocar las que las combaten. Cuando mis Calificadores hayan examinado esta materia, y discutido lealmente, con profundidad, sin pasion y sin personalidad, con solo el deseo de hallar la verdad; entonces, donde quiera que resulte el error, todos, y yo el primero, lo proscribiremos, y descargaremos sobre él todo el peso de las censuras, prohibiciones y condenaciones. Entretanto no debe perderse de vista, que este profundo examen interesa tanto al ejercicio de la Prerogativa Real de la Corona de España, como á la Iglesia misma, de la que el Rey es Protector y Patrono; y que importa mucho que se fije la verdad, para la acertada administracion y quietud de los Estados, no solo en lo temporal, sino tambien en lo espiritual.

Reservándome tratar esta materia con alguna mas amplitud en la Contestacion al voto particular de la menoría, no me estiendo mas, refiriéndome á lo que allí diré para mayor ilustracion, y para el mas completo convencimiento de la ligereza con que ha procedido la mayoría.

CONTESTACION

*al voto particular que añadieron á las anteriores Censuras
tres Calificadores.*

La memoria de mis Calificadores, compuesta de tres de los doce, comenzando por manifestar su conformidad con el dictámen de censura de sus demas compañeros, añaden despues lo que sigue. «Pero al
,, observar que es vaga é indeterminada (la censura de estos en su
,, totalidad), y que es necesario fijar de algun modo las proposiciones
,, dignas de reprobacion; *examinadas del modo que nos ha sido po-*
,, *sible* las doctrinas emitidas por dicho Sr. Obispo electo, y conte-
,, nidas en las copias de sus escritos, que se han pasado á la Junta,
,, tenemos el honor de presentar á la misma nuestras observaciones,
,, suplicándola se sirva acordar unir las á las actas para que así conste.”

En efecto, la censura de la mayoría es vaga é indeterminada, como se ha visto; y por tanto no se me podría obligar á contestar en juicio, porque no hay cargo esplicitamente marcado, sobre que pueda versar mi defensa, ni sobre que pudiese por consiguiente recaer sentencia de tribunal alguno. Censuras vagas é indeterminadas, no son materia de juicio alguno particular. Por esto es muy de estrañar, que el Gobernador Eclesiástico de Sevilla, presupuesta y no concedida su competencia, y la legalidad de la denuncia, no hubiese devuelto á la mayoría de los Calificadores sus censuras, para que determinasen las proposiciones, que debieran ser objeto del juicio, y á las que pudiesen dirigirse específicamente mis esplicaciones y defensas.

Mas al añadir estos Señores del voto particular la cláusula de *examinadas del modo que nos ha sido posible*, no puede dejar de notarse, que indican no haber podido examinar mis doctrinas del modo que quisieran, ó con el detenimiento, la independencia, y la libertad conveniente. Esto es mucho mas digno de consideracion, mas grave y de mayor trascendencia, si se atiende á lo que refiere el Sr. D. José Maria Jayme en su Informe ya citado. Hablando acerca de este punto dice así.

«La sola lectura de los autos y diligencias estendidos en el espediente, hará conocer á V. Alteza, la coaccion y violencia, que sobre los Calificadores ejerció el Gobernador, y la informalidad, precipitacion é ilegalidad, con que se hizo la calificacion. Reunidos aquellos en Junta general, nombraron una comision de su seno, que

„ se encargase de estender su dictámen, y lo presentase á la aproba-
 „ cion de la misma Junta. Los autos de 22 de Mayo y 25 de Ju-
 „ nio, son una prueba bien evidente de la falta de libertad é inde-
 „ pendencia, con que obraban los Calificadores, y de la inobservan-
 „ cia de todas las leyes eclesiásticas por el Gobernador de esta Dió-
 „ cesis. En el primero, afectando al parecer delicadeza, puso en du-
 „ da la ortodoxia de los individuos encargados de proponer su dicta-
 „ men, los cuales por medio de una comision, tuvieron que protestar-
 „ le los sentimientos ortodoxos de que se hallaban animados, segun
 „ aparece de las diligencias á continuacion de dicho auto. De este
 „ modo, prescindiendo de la imparcialidad de Juez, hasta prejudgó la
 „ calificacion, haciendo sospechosos de opiniones no ortodoxas á los
 „ que no quisiesen concurrir á ella.

„ «En el auto de 25 de Junio prosigue prejudgando la calificacion,
 „ y gradúa de graves y trascendentales los perjuicios, que dice se es-
 „ taban siguiendo de la demora, prelijando el término de tres dias, pa-
 „ ra que los Calificadores diesen concluida su comision. ¿Era sufi-
 „ ciente este corto plazo para discutir, rectificar, corregir y aprobar
 „ la censura? ¿Se respetaron aqui las garantías, que los Cánones y
 „ Bulas, igualmente que las leyes del Reyno, conceden en favor de
 „ los Autores de escritos ó proposiciones denunciadas? V. Alteza
 „ conocerá demasiado que nó. Asi es, que reunidos en Junta gene-
 „ ral los Calificadores, por mandato terminante del Gobernador, pre-
 „ sentó uno de ellos, en nombre de la Comision, un papel, que po-
 „ drá llamarse borrador, incorrecto, y lleno de equivocaciones y en-
 „ miendas, con la informalidad de no estar salvadas, y con letras de
 „ diferentes manos; con el título de *Dictámen de Censura, dado por*
 „ *los Señores de la Comision, para la aprobacion de la Junta*
 „ *general de Calificadores*; pero los individuos de la Comision no lo
 „ habian firmado, ni visto siquiera; y de su mismo contesto aparece, que
 „ fué obra de uno solo, hablando unas veces en singular, otras en plu-
 „ ral, sin haber tenido ni aun el cuidado ó la precaucion de corre-
 „ girlo. Despues de una rápida lectura de este dictámen, que se pre-
 „ sentó á nombre de la Comision, se encontró, que los individuos que
 „ la componían, no lo habían firmado, y no pudiendo hacerlo en el
 „ acto, por hallarse dos de ellos enfermos, se comisionó al mismo que
 „ lo había presentado, para que recogiese sus firmas, como lo hizo, fir-
 „ mando el mismo comisionado por uno de aquellos, sin que consta-
 „ se estar autorizado para hacerlo. Presentado así el dictámen, con
 „ sola la primera lectura, sin mas examen ni discusion, fué suscrito
 „ por los demas individuos de la Junta, escepto tres, que improvisa-
 „ ron en el acto un voto particular. La certeza de lo espuesto, re-
 „ sulta evidentemente de las diligencias del espediente, folios 74 á
 „ 78, que no dejarán de llamar muy particularmente la atencion del

„ Tribunal Supremo. Sin embargo, el Gobernador en su esposicion
 „ citada (fol. 145) se atreve á afirmar, que á la censura habian pré-
 „ cedido repetidas conferencias y el mas detenido examen. ¿Y es es-
 „ te el órden prescrito por los Cánones, para la calificacion de escri-
 „ tos denunciados ó sospechosos? ¿Sera esta la circunspeccion, grave-
 „ dad y detenimiento, con que deben ser censuradas y calificadas, no
 „ solo las doctrinas de un Obispo electo, Gobernador de su Iglesia, si-
 „ no las de todo fiel Cristiano?”

La pluma se cae de la mano al tener que contestar á unas cen-
 suras amañadas de una manera tan injusta. El alma mas inocente se
 asusta y tiembla al considerarse llamada á juicio ante un Tribunal, cual
 aparece aquí descrito, con los demas caractéres, con que dicho Informe
 lo presenta, y que se ha ocupado con tanto afan de los medios de pre-
 parar con un aparente barniz de justicia, una condenacion, que antici-
 padamente estaba ya decretada contra mí. No usó de medios mas ile-
 gales el hipócrita, falaz y sobervio Patriarca Teofilo de Alejandría,
 para que fuese condenado en un Concilio S. Juan Crisóstomo, con es-
 cándalo de la Cristiandad. Yo protesto de la misma manera que este
 Santo lo hizo, dirigiendo sus cartas á las Iglesias de Oriente y Occi-
 dente; y reclamo mis jueces naturales, mas imparciales, mas justos,
 menos prevenidos, con mas sabiduría y mas con caridad.

CENSURA AL CONSIDERANDO 9.º

Estos tres Calificadores, no sé porqué, antepusieron la censura de este
 Considerando á la del 8.º que le precede; de consiguiente, obligado yo á
 seguir en mi contestacion su desordenado método, me veo tambien en
 la precision de invertir el órden natural, ocupándome antes, de contes-
 tar á la censura del Considerando 9.º que á la del 8.º

Aunque en mi contestacion á las censuras de la mayoría, he ma-
 nifestado, cuánto se han equivocado mis Calificadores, dando siniestras
 interpretaciones á mis doctrinas, y buscando arbitrariamente sentidos,
 que no hay en mis palabras; no obstante responderé mas individual-
 mente á las notas de estos tres Señores, que ya las aplican á propo-
 siciones mas determinadas. «La doctrina, dicen, contenida en el Con-
 „ siderando 9.º, en el que se impugna por el Sr. Obispo electo la
 „ *exclusiva* jurisdiccion del Papa, es *herética*, segun el sentido en
 „ que la profiere; porque segun el contesto de dicho Considerando, no
 „ solo niega, que el Papa es el único que tiene jurisdiccion en la Igle-
 „ sia, *en lo que dice verdad*; sino que procura probar, que la Po-
 „ testad del Papa no es de tal naturaleza, que en virtud de ella pue-
 „ da desplegar su jurisdiccion en la Iglesia universal.”

Ante todo es necesario advertir, que mis Calificadores hallan aquí dos cosas; el contesto del Considerando, y el sentido de la doctrina del mismo Considerando. El contexto es mio; y ellos mismos convienen, en que, lo que se dice en él, es verdad: mas el sentido réprobo que gratuitamente me atribuyen, ese no es mio; es hijo de la cavilosidad ó del error de mis Calificadores. En el contexto confiesan que digo verdad: esto me basta; y queda tambien con esto impugnada por estos tres Señores la censura de sus demas compañeros á este Considerando; y aun la suya propia, porque yo no puedo ser responsable de los varios sentidos, que arbitrariamente quiera cada cual fingir á su modo, desnaturalizando el sencillo contexto, que es una verdad confesada por los mismos. El sentido absurdo, ó mas bien el despropósito, que han supuesto falsamente contenerse en el contexto, reconocido por ellos como verdadero, es lo que yo rechazo con la mayor energia. ¿Quién puede contener el efecto de las cavilaciones escolásticas? Imaginarse un sentido herético en un contexto que dice verdad; esta es la propension de los heretificadores. En echando á volar la imaginacion, no hay expresion sencilla, ni contexto verdadero, ni artículo de fé, de que no se pueda, á favor de sutilezas y tergiversaciones, abusar y convertir en error.

Pero todavía pretenden probar la legitimidad de su consecuencia, y para ello añaden lo que sigue. «Que esta sea la mente del Señor „ Obispo en el citado Considerando, se vé bien por el ejemplar histórico, que en el mismo lugar alega, y es la causa del Presbítero „ Apiario, el cual, dice el Sr. Obispo electo, que escomulgado por „ su propio Obispo, apeló á la Silla Apostólica, y fué admitida la „ apelacion por el Papa Zozimo, y que 217 Obispos de Africa, reunidos en Carlago con motivo de este grave conflicto, rechazaron „ las pretensiones de Roma, &c.” La debilidad del fundamento de su calumniosa imputacion, que atribuye á mi mente lo que solo es efecto de su cavilosa imaginacion, es tan notoria, que no hay mas que leer sin prevencion el Considerando, enyo contexto confiesan ser verdad, y sin salir de su letra, ver el sentido natural de la prueba que doy, para confirmar la misma verdad. Esta es la alegacion de aquel hecho histórico. Mi mente es, no la que falsamente me han supuesto mis Calificadores, sino la contenida sencillamente en la verdad del contexto: á saber, que no es *exclusiva* en la Iglesia la jurisdiccion del Papa; y en prueba de ello añado en dicho Considerando «que la *exclusiva jurisdiccion Papal es un dogma nuevo*, y por lo mismo falso, desconocido en „ los cinco primeros siglos de la Iglesia, como se ve acreditado en los „ mas célebres Autores de la Historia Eclesiástica por mil hechos prácticos, especialmente el del Presbítero Apiario, &c.” La coaviciacion en que estaban S. Aurelio, S. Agustin, S. Alipio, y sus demas compañeros en aquel Concilio, de que tenían de Jesucristo su juris-

dicion propia y la bastante para regir su Iglesia, corregir y castigar sus súbditos, sin estar pendientes, para esta parte tan esencial de su Ministerio Episcopal, de las órdenes de Roma, es la prueba que yo alego en este sentido, y esta era mi mente.

La autoridad incontrastable de aquellos Santos Obispos, que vindicaban su jurisdiccion divina en la justa condenacion de Apiario, hecha con todas las formas Canónicas, por la potestad de su propio Prelado, y aprobada por la Iglesia de Africa, de cuyo juicio, por eludir el castigo, había apelado este Presbítero á Roma, es un argumento invencible contra la exagerada Escuela ultramontana. Salvando los derechos del Primado de los Sumos Pontífices en toda la Iglesia universal, que aquellos Obispos reconocían; no obstante resisten reconocer, que las apelaciones á la Santa Sede sean un derecho divino Primacial, segun pretende dicha Escuela, como consecuencia de su doctrina de la única y esclusiva jurisdiccion Papal. Pero no pudiendo mis Calificadores borrar, ni aquilar este insigne hecho histórico, que por sí solo destruye todo su sistema, tratan de eludirlo de alguna manera y proscribirlo, y para ello dicen, que yo abuso de él. Mas no basta haberlo dicho: era necesario haberlo probado, y esto es imposible: la imputacion es demasiado grave, para que se hayan permitido abanzarla con tanta temeridad y ligereza, sin tomarse la pena de alegar la mas pequeña prueba y testimonio de lo que tan temerariamente se me imputa. *Si male loquutus sum, testimonium perhibe de malo.* Léase sin prevencion mi Considerando, y dígase donde está el abuso.

Mis Calificadores sí que han abusado de su posicion y encargo, valiéndose hasta de los mas reprobados medios, para hacer recaer sobre mis doctrinas las mas arbitrarias é injustas notas y censuras. No les ha bastado sacar un sentido falso y heterodoxo de un contesto reconocido por ellos mismos como verdadero y ortodoxo, y espresado con palabras claras y terminantes. Todavía para hacer recaer sobre mi Considerando sus inicuas notas de heregía y cisma, han necesitado añadirle espresiones, que aquel no contiene, y sustituir sus claras y sencillas palabras, por otras inventadas por ellos, que pudieran admitir el sentido arbitrario, que les quisieran aplicar, y sobre que pudiesen recaer aquellas censuras. Léase mil veces mi Considerando 9.º: cotejense sus palabras con las que mis Calificadores se han atrevido á suplantar, y se verá, que ni aun el mas ligero pretesto hay en las mías, para suponer lo que la malevolencia de estos, por tan ilícitos y reprobados medios, me ha atribuido.

Las palabras literales de mi Considerando son estas. «Atendiendo, do á que toda esta doctrina de la *exclusiva* jurisdiccion Papal es, un dogma nuevo, y por lo mismo falso, desconocido en los cinco primeros siglos de la Iglesia, como se vé acreditado en los mas célebres Autores de la Historia Eclesiástica, por mil hechos prácticos,

„ especialmente el del Presbítero Apiario, escomulgado por su Obis-
 „ po y admitida la apelacion por el Papa Zozimo, y que doscientos
 „ diez y siete Obispos de Africa, reunidos en Cartago con motivo
 „ de este grave conflicto, bajo la presidencia de S. Aurelio, entre
 „ los cuales se hallaban S. Agustin, S. Alipio, y S. Posidio, re-
 „ chazaron las pretensiones de Roma, obligando al Papa, á que reti-
 „ rase á su Legado el Obispo Faustino y otros Presbíteros y Diáco-
 „ nos, que con igual carácter le acompañaban, y escribiéndole una
 „ Epístola Sinodal, á fin de *que no volviese á enviar sus Clérigos*
 „ *para ejecutar sus órdenes;* añadiéndole tambien estas muy notables
 „ palabras acerca del Legado Faustino: *nosotros contamos, que sin*
 „ *alterar la caridad fraterna, el Africa no será obligada á su-*
 „ *frirle, &c. &c.*”

Veamos como han sido interpretadas por mis Calificadores estas palabras tan claras y terminantes. «Por la mera lectura de este Con- siderando se vé, que con el ejemplar histórico alegado, de que abu- sa, no es la intencion del Obispo electo impugnar, que el Pontifi- ce Romano es el único, que esclusivamente recibió de Jesucristo la jurisdiccion, para regir la Iglesia, que es lo que el Cabildo de Má- laga defiende, sino que abanzando mas, impugna bajo el nombre de jurisdiccion esclusiva *la facultad que á este le compete de go- bernar la Iglesia universal.* Por eso dice, que queriendo cono- cer de la causa de Apiario *en virtud de su Potestad Suprema,* los Obispos de Africa *rehusaron obedecerle,* con todas las demas frases que alega; y que en este sentido sea censurable y realmente herética, está fundado en las decisiones de los Concilios Generales, que han declarado, que el Primado consiste en *la facultad de apa- centar, regir y gobernar la Iglesia.*”

Aquí se vé una prueba evidente de lo que tengo dicho al fin de mi contestacion á la censura de la mayoría á mi Considerando 9.º, acerca de este juego equívoco de voces de arbitraria y elástica signi- ficacion, con el cual hacen los disputadores Escolásticos restringir ó abanzar mas ó menos el sentido de una proposicion, segun parece ó conviene á sus cavilaciones, para sacar una heregia de la doctrina mas verdadera, clara y sencilla. Yo hablo aquí de *jurisdiccion* y mis Ca- lificadores responden por *facultad.* Yo hablo de *jurisdiccion esclusi- va,* y suponiendo falsamente que yo abanzo, ellos son los que han *abanzado* á convertirla en *facultad de gobernar la Iglesia univer- sal.* Yo hablo de lo que es propio de la jurisdiccion Episcopal en un sentido muy claro; y ellos lo han confundido con lo que es propio y exclusivo de la jurisdiccion Primacial. Yo hablo de la jurisdiccion que cada Obispo ejerce por derecho propio en su Iglesia particular, é in- fiero de ello, que no es *esclusiva* la del Papa, alegando en confirma- cion de mi doctrina contra la *esclusiva jurisdiccion Papal,* el ejem-

plo de jurisdiccion Episcopal, ejercida y sostenida por las Iglesias de Africa, que no reconocieron en el Papa el derecho de admitir las apelaciones, no obstante que le reconocían su Primado de honor y jurisdiccion, y su *facultad* de gobernar la Iglesia universal; y ellos me imputan calumniosamente, que con aquel ejemplo he abanzado á *impugnar esta misma facultad de gobernar la Iglesia universal*. Yo digo llanamente, y sin hacer mencion de la Suprema Potestad del Primado, que la apelacion de Apiario *fué admitida* por el Papa Zozimo; y ellos con mañosa solisteria suponen, para que resulte la heregia, que yo he dicho, que este *queria conocer de la causa de aquel, en virtud de su Potestad Suprema*. Yo digo que los Obispos de Africa *rechazaron las pretensiones de Roma*; y ellos me atribuyen haber dicho que *rehusaron obedecer al Papa*.

Cese de una vez el uso de este lenguaje equívoco y capcioso, que no sirve sino de lazo y red, para que caigan los que á cualquiera caviloso disputador se le autoje hacer caer, atribuyéndole haber abanzado lo que solamente una malévola suspicacia abauzó, dando tortura á las mas sencillas espresiones. Este modo de alterar sentidos, transformando y tergiversando con adiciones y suplantaciones arbitrarias las espresiones literales, para de una manera tan infiel y tortuosa hacer que aparezca una heregia, que no existe, no es propio de la sinceridad, imparcialidad y deseo del acierto, que deben animar á sábios y religiosos Calificadores, á quienes debemos ademas suponer adornados de todas las cualidades, que constituyen la hombría de bien. Analicemos la traduccion que han hecho del contesto de mi Considerando.

Dicen en primer lugar «que por la mera lectura del Considerando se vé, que con el ejemplar histórico, de que abuso, no es mi intencion *impugnar*, que el Pontífice Romano es el único, que *esclusivamente* recibió de Jesucristo la jurisdiccion para regir la Iglesia, que es lo que el Cabildo de Málaga defiende; sino que abanzando mas, *impugno*, bajo el nombre de jurisdiccion *esclusiva*, la *facultad* que á este compete de gobernar la Iglesia universal.»

No sé con que facultad se han permitido mis Calificadores esta arbitraria interpretacion. El objeto de todos los Considerandos de mi Providencia no es otro, que rebatir las absurdas doctrinas del Cabildo de Málaga, que indujo en error á mi inmediato Antecesor, para que dejase sin efecto la sentencia ejecutoriada de su Predecesor en el Gobierno de la Diócesis; limitándome en este Considerando 9.º á combatir unicamente la *esclusiva* jurisdiccion del Papa, que el Cabildo establecía; y en prueba de mi doctrina, que estos tres Calificadores han reconocido *ser una verdad* en este sentido, alegaba el hecho histórico de la apelacion del Presbítero Apiario, admitida por el Papa, y rechazada por los Obispos de Africa.

¿De donde, pues, han podido inferir mis Calificadores, que no

es mi intencion impugnar la *esclusiva* jurisdiccion del Papa, que defiende el Cabildo, sino que abanzando mas, impugno bajo el nombre de jurisdiccion esclusiva, la *facultad* que compete á aquel de gobernar la Iglesia universal? Si aquel hecho, si aquella apelacion no tiene, ni puede tener conexion alguna con la *facultad* de gobernar la Iglesia universal, pues que las apelaciones de los juicios sentenciados, y el derecho de admitirlas, corresponden á la jurisdiccion, ¿cómo ha podido dar lícitamente pretesto á mis Calificadores, para que solo por haberlo citado, me hagan una imputacion tan calumniosa? ¿Ni cómo podía yo combatir esta *facultad*, cuando espresamente la reconozco, como derecho esencial de la Primacia? Lo que yo impugno solamente es la *jurisdiccion única y esclusiva* del Papa en toda la Iglesia universal, y como prueba de mi doctrina, alego el hecho de la apelacion del Presbítero Apiario, admitida por el Papa, y no consentida por los Obispos de Africa, que no reconocieron en él aquel derecho; apelacion, que ninguna relacion tiene, ni puede tener con la *facultad* de gobernar la Iglesia universal, que por razon de su Primacia corresponde al Pontífice Romano; sino que es relativa únicamente á la parte jurisdiccional, que no es *esclusiva* en el Papa.

Si este hecho atacase, como pretenden estos tres Calificadores, la *facultad* de gobernar la Iglesia universal, que corresponde al Papa, la nota de *herética*, que impusieron á la doctrina de mi Considerando, no se le podría aplicar con razon y justicia, no habiendo yo hecho en él mas que citar aquel pasage historico, en prueba de que no es *esclusiva* la jurisdiccion del Papa. Aquella nota de *herética* en tal caso debería aplicarse á la doctrina de los Santos Obispos de Africa, que resistieron la pretension del Papa Zozimo, el cual en virtud de la apelacion de Apiario, quería conocer de la causa de este, sentenciada por su propio Obispo, y cuya sentencia habia sido confirmada por los de su Provincia.

Pero no cabe tal absurdo, ni se puede hacer á aquellos Santos Padres el agravio de suponer, que no reconocían ni acataban el Primado divino del Papa, y la *facultad* que en su virtud le compete de gobernar la Iglesia universal. Aquellos Santos Prelados reconocían; como yo reconozco tambien, el Primado divino de S. Pedro y sus Sucesores, con todos los derechos y facultades esenciales, que le son inherentes; reconocían, como yo reconozco, la facultad, que compete al Pontífice Romano, de admitir todos los recursos que se le dirijan, y cuyo conocimiento le corresponda, en virtud de la *facultad* de regir y gobernar como Primado la Iglesia universal; pero resistían y rechazaban, el derecho de admitir las apelaciones, en lo cual me fundo yo para impugnar tambien, la *esclusiva* jurisdiccion del Papa, que es de lo que trato unicamente en mi Considerando.

Estos Señores de la memoria deben advertir; que sus injustas

censuras no pueden herirme, sin que antes hayan atravesado con sus armas á S. Agustín, S. Aurelio, S. Alipio, S. Posidio y sus ilustres compañeros; y que si han conseguido afligirme con ellas, abriendo el camino, para que mis odiosos enemigos se regocijen en mi opresion, no por eso conseguirán se proscriba y condene mi doctrina, sin haber hollado primero la virtud y sabiduria de tan santos y respetables Obispos, á quienes yo sigo, y que venera toda la Cristiandad.

Despues de haber interpretado mi intencion de la manera absurda que se ha visto, añaden todavía otra calumnia, suponiendome lo que yo no he dicho. He aquí sus palabras. «Por eso dice, que queriendo conocer (el Papa) de la causa de Apiario en virtud de su Potestad Suprema, los Obispos de Africa rehusaron obedecerle.” Léase todo mi Considerando, y véase en donde digo yo, que el Papa quisiese conocer de la causa de Apiario en virtud de su Potestad Suprema: tal cosa no se hallará en él, ni tal Potestad Suprema he tomado en boca. Tan continuas y falsas imputaciones, ¿podrán calificarse de involuntarias equivocaciones? ¿Podrán tolerarse con paciencia, y contestarse con templanza los cargos, que con tales adiciones y suplantaciones se me han dirigido? Colóquense en mi lugar mis Calificadores, y respondan sobre su conciencia.

Esta introduccion furtiva de las palabras *en virtud de su Potestad Suprema*, es muy capciosa; porque bajo tal nombre se entiende, no solo la que tiene el Papa *ex vi Primatus divini*, á la que corresponden esenciales derechos y facultades en toda la Iglesia universal; sino tambien la que la misma Iglesia le ha conferido para su buen gobierno, añadiendole otros derechos y otras facultades, que no siendo esenciales al Primado, sin perjuicio de esta Prerogativa divina, pudieran cesar ó acrecer en ciertos tiempos, lugares y circunstancias, porque así lo reclamase el bien de la Iglesia misma. Esto es evidente en la Historia Eclesiástica, en la que se ven concesiones y privilegios acordados á la Santa Sede, como Primada entre todas las Iglesias; y cuando usa de ellos, ejerce justamente la *Potestad Suprema* en la Iglesia universal, sin que por eso se entienda, que la ejerce *ex vi Primatus divini*. Aquí se vé por qué medios, y bajo qué pretesto tan capcioso, al mismo tiempo que con cuánta tergiversacion y adiccion de palabras, que yo no he proferido, se ha falseado tan deslealmente mi mas clara y sencilla intencion, levantándome una calumnia, para atribuirme una heregia, que yo ni he dicho, ni siquiera he imaginado.

Pero bien se deja conocer el objeto con que introdujeron esta frase, que abraza dos sentidos, y puede aplicarse, ya en uno, ya en otro, segun mejor convenza. Consiguientes estos tres Calificadores en la suplantacion que hicieron, atribuyendo á la facultad de gobernar la Iglesia universal, que es exclusiva del Papa, lo que es propio de

la jurisdicción, que ejercen todos los Obispos, han introducido ahora mañosamente la espresion, *en virtud de su Potestad Suprema*, para inferir, que el derecho de admitir las apelaciones, y conocer de los juicios sentenciados y fenecidos en toda la Iglesia universal, corresponde esencialmente al Papa por derecho divino. Pero ¿en dónde está definido el dogma? En ninguna parte. Mas bien todo lo contrario es lo que se vé establecido en los Cánones Nicenos, en los que se apoyaban S. Aurelio, S. Posidio, S. Agustín, S. Alipio y demas compañeros del Concilio de Cartago, para rechazar las pretensiones de los Papas acerca de las apelaciones. El Canon 5.^o Niceno, que establece la forma de los juicios dice así. *De his, qui communione privantur, seu ex Clero, seu ex laico ordine, ab Episcopis per unamquamque Provinciā, sententia regulari obtineat, ut hi, qui abjiciuntur, ab aliis non recipiantur. Requiritur autem ne pusillanimitate, aut contentione, aut alio quolibet Episcopi vitio videatur à congregatione seclusus. Ut hoc ergo decentius inquiratur, placuit, per unamquamque Provinciā bis in anno Concilia celebrari, ut communiter, omnibus simul Episcopis congregatis Provinciæ, discutiantur hujusmodi quæstiones, et sic, qui suo peccaverunt evidenter Episcopo, excommunicati rationabiliter ab omnibus æstimentur, usquequo vel in communi, vel Episcopo placeat humaniorem pro talibus ferre sententiam.*

Por este Canon el conocimiento definitivo de los juicios Eclesiásticos correspondía á los Obispos de la Provincia, sin recurso ulterior al Papa. Los Cánones Sardicenses son los primeros en que se vé consignado este privilegio á favor de la Santa Sede. *Si vobis placet, Petri memoriam honoremus.* Este honor, este obsequio, este derecho lo concedió la Iglesia en bien de la misma, al que ya era Primado, con todos los derechos divinos de tal en toda la Iglesia universal. Inútil por cierto hubiera sido pedir semejante concesion ó el pláceme á los Padres del Concilio, si ya le correspondía y se le reconocía aquel derecho por razon de su Primado. Lo que hubo fué, que á la divina Potestad Suprema Primacial, se añadió, para honrar la memoria de S. Pedro, esta otra Suprema Potestad Eclesiástica. *Sedi Senioris Romæ, quod Urbs illa imperaret, Patres merito jura tribuerunt*, dijo el Concilio de Calcedonia. A mis Calificadores les ha venido bien para sus fines confundir los derechos de esta Potestad Suprema, de que yo no he hablado en mi Considerando, para de este modo capcioso, atribuyendo á mi doctrina, arbitraria y calumniosamente, el sentido que les ha acomodado, poderla marcar con la mas terrible, la mas injusta y la mas innecesaria de las censuras.

No puede hacerse á aquellos Santos Obispos de Africa el agravio de suponer, que no reconocian y acataban el Primado divino del Papa, con todos sus derechos esenciales para el gobierno de la Igle-

sia universal, ¿Pues cómo es, que no obstante le niegan este derecho de las apelaciones, y escriben al Papa, con motivo de la de Apiario, que retire su Legado Faustino, enviado precisamente para conocer de un juicio legítima y definitivamente concluido, diciendole, *porque nosotros contamos, que sin alterar la caridad fraterna el Africa no será obligada á sufrirlo?* En aquello mismo, en que no encontraron motivo tan sábios y respetuosos Santos para que se alterase la caridad fraterna, han hallado con otro espíritu mis Calificadores un pretesto el mas desleal y abusivo, gritando á heregia, no ya solamente para alterarla, sino para destruirla. ¿Se pretenderá con tan exorbitantes aspiraciones, con tan ambiguas doctrinas, con las hereticadoras censuras contra las opuestas, perturbar el gobierno de la Iglesia, bajo el vano pretesto de afianzarlo, poniendo en diario conflicto la divina jurisdiccion ordinaria Primacial en toda la Iglesia universal, con la divina jurisdiccion ordinaria Episcopal? ¿Cómo sería posible á ningun Obispo el gobierno de su respectiva Iglesia, ni ser responsable al Espíritu Santo que se la ha encomendado, si cada uno de sus Presbíteros como Apiario, ó cada uno de sus súbditos, condenado ó castigado canónicamente, pudiese eludir ó retardar el castigo, bajo el pretesto de que el Papa debe conocer de todo juicio en apelacion, en virtud de la *facultad*, que le compete por razon de su Primacia, que todos reconocemos, de gobernar la Iglesia universal?

El mismo Sumo Pontífice en las contestaciones con los referidos Santos Obispos, si hubiera creído que le correspondía, por razon de su Primado divino, esa jurisdiccion *exclusiva*, ese derecho de conocer por vía de apelacion de todos los juicios de la Iglesia Católica, aunque estuviesen sentenciados y fenecidos por autoridad legítima ¿no lo habría alegado así? ¿Podía haber una cosa mas obvia, y al mismo tiempo mas obligante para la santa y sabia Iglesia de Africa y sus respetuosos Obispos, que haber hecho uso de un argumento tan incontestable, como el de la *Primacia divina*, si hubiese creído, que por razon de ella le correspondía aquel derecho? Pues lejos de esto el Santo Pontífice les alegaba, para conocer de la apelacion de Apiario, no su Primado divino, sino los Cánones que él llamaba del Concilio Niceno. Aludía indudablemente á los Sardicenses, que corrían en Roma unidos á los Nicenos, cuya circunstancia ignoraban los Santos Obispos de Africa, que solo conocían los de Nicéa. Claro es por tanto, que el Papa no vindicaba un derecho que le correspondiera en virtud de su divina Potestad Suprema Primacial para gobernar la Iglesia universal; sino el derecho Eclesiástico, que por dichos Cánones Sardicenses le había concedido la Iglesia, para hourar la memoria de S. Pedro.

Bien sabido es lo que pasó despues, acerca del envío de comisionados por la Iglesia de Africa, para traer de Constantinopla y

Alejandro copias auténticas de los Cánones, citados equivocadamente por el Papa con el nombre de Nicenos; pero todo esto prueba, que además del exámen, á que sometían el dicho y el juicio del Papa, el derecho de apelaciones no le correspondía en virtud de su Primado divino; y que de consiguiente, por la resistencia de la Iglesia de Africa á reconocer este derecho, no se perjudicaba la Potestad Suprema del Papa para gobernar la Iglesia universal.

No era así respecto de la jurisdicción divina Episcopal para regir cada Obispo su Iglesia particular: esta sí que la creían perjudicada aquellos Santos Prelados, y por eso la vindicaban, y con tanto vigor y constancia la defendían; sin que por ello se les acusara, como calumniosamente me acusan á mí, de que impugnasen, ni dejasen de reconocer en el Papa la Suprema Potestad Primacial. Sostenían con heroica firmeza y con gran sabiduría la jurisdicción divina, con que su propio Obispo había corregido y castigado á su inmediato súbdito Apiario, cuyo procedimiento había sido sancionado por los demás Obispos comprovinciales, y de cuyo juicio y sentencia la Iglesia de Africa no había reconocido hasta allí restricciones, reservas ni apelaciones á Roma. No reconocía, por último, aquella santa y sabia Iglesia ese dogma nuevo de la *exclusiva* jurisdicción del Papa, que alegaba para su fin el Cabildo de Málaga, como igualmente pretende todavía defender la mayoría de mis Calificadores, y yo impugnaba en mi Considerando 9.^o, é impugno también en mi anterior contestación á su censura; y aunque en esta impugnación han convenido conmigo los tres Señores del voto particular, declarando que está la razón de mi parte, y confesando que *en ello digo verdad*; no obstante, estos mas línces que los otros han atisvado lo que aquellos no vieron: una heregía al través de una verdad. Pónganse primero de acuerdo entre sí todos mis Calificadores, antes de calumniarme con tal osadía y sin el mas leve fundamento, y así evitarán, que como ha sucedido, se contradigan y destruyan mutuamente sus censuras.

No puedo dejar de hacerme cargo de la suplantación, que con abuso intolerable han cometido estos tres Calificadores, imputándome las palabras *rehusaron obedecerle*, que yo no he proferido, en lugar de *rechazaron las pretensiones de Roma*, que son las que contiene mi Considerando. A primera vista conocerá cualquiera la diferencia que hay entre las palabras que yo he dicho, y las que ellos han substituido, sin que se pueda ocultar el objeto de esta suplantación. ¿Puede de ninguna manera suponerse, que porque aquellos Padres *rechazaron las pretensiones de Roma, rehusasen obedecer al Papa*? ¿Podieron decir aquellos Santos Prelados, rehusando obedecer al Papa, que *contaban que no se alteraría la caridad fraterna*? ¿No es precisamente lo que la altera en su fundamento, el rehusar la obediencia á la Potestad Suprema de aquel? ¿No es evidente de

toda notoriedad el verdadero y ortodoxo sentido de las palabras de aquellos Santos Padres, que yo copié en mi Considerando, con el solo objeto de probar con su incontrastable autoridad, que la *exclusiva jurisdiccion* Papal es un dogma nuevo, y por lo mismo falso; desconocido en los cinco primeros siglos de la Iglesia?

¿Y cuales eran las pretensiones de Roma, que rechazaban los Santos Obispos de Africa? La de abrir y conocer de nuevo de los juicios fenecidos y sentenciados ya legítimamente por la autoridad y jurisdiccion ordinaria, que ellos ejercían en sus Iglesias, y la de enviar el Papa desde Roma sus Clérigos y Legados, para que en apelacion conociesen de aquellas causas y juicios ya sentenciados y fenecidos. ¿Y en qué fundaban su resistencia? ¿Era porque rehusasen obedecerle, ó porque desconociesen la Potestad Suprema del Papa para regir la Iglesia universal? No: sino porque la misma Iglesia universal en el Santo Concilio de Nicea, reconociendo la jurisdiccion ordinaria Episcopal, había mandado, que las causas se juzgasen por los Obispos en sus respectivas Provincias, y el Africa ignoraba la existencia de la nueva disciplina de las apelaciones al Papa, que se intentaba introducir por los Cónones Sardicenses.

Por la misma razon resistieron la mision del Legado Faustino y demas Clérigos que le acompañaban, para abrir de nuevo el juicio, y conocer, en virtud de la apelacion admitida por el Papa, de la causa de Apiario, ya definitiva y legítimamente fenecida y sentenciada por su propio Obispo, y confirmada por los de su Provincia. Por esto escribieron al Papa, que no enviase sus Clérigos para ejecutar sus órdenes, y que retirase á su Legado Faustino. *Executores etiam Clericos vestros, quibusque petentibus nolite mittere, nolite concedere; ne fumosum typhum, hoc est, fastum, ambitionem, et superbiam sæculi in Ecclesia Christi, quæ lucem simplicitatis et humilitatis diem, Deum videre cupientibus, præfert, videamus inducere: nam de fratre nostro Faustino amoto, jam pro suis nefandis nequitiiis de Christi Ecclesia dolendo Apiario, securi sumus, quod cum probitate ac moderatione tuæ Sanctitatis, salva fraterna charitate, Africa ulterius minime patiatur.*

Los Obispos de Africa, en aquella ocasion, como en otras muchas, rechazaron las pretensiones de Roma, sin desconocer por eso el Primado del Pontífice Romano, con sus derechos anexos á la Primacia, y sin que por ello le negasen la debida obediencia. Y no fué solo la Iglesia de Africa la que se vió obligada á rechazar las pretensiones de Roma. Apenas habrá Iglesia particular, que no se haya visto precisada á hacer uso de igual derecho. Tan cierto es por desgracia, que aquella Côte en sus pretensiones no se contiene siempre en los límites justos y debidos. La Iglesia Galicana en infinitas ocasiones ha rechazado las pretensiones de Roma, sin negarle por eso la

obediencia; y nuestra historia nos presenta una multitud de ocasiones, en que la Iglesia Española ha rechazado las mismas pretensiones, sin que jamas haya desconocido la Primacia del Papa y sus derechos esenciales, ni le haya nunca negado, ni rehusado la obediencia que le es debida.

¿Y cuantas veces tambien los Príncipes seculares, por el bien de sus Estados, han rechazado las pretensiones de Roma, que les eran perjudiciales, sin que se entienda por eso haber negado la obediencia al Papa? ¿Cuántas Bulas y disposiciones de los Sumos Pontífices han sido rechazadas y no admitidas por los Príncipes? ¿Y se dirá por eso que han rehusado obedecerles? En España, entre nosotros mismos ha sido y es frecuente poner restricciones, y hasta negar, aunque con la reverencia debida á la Santa Sede, el *pase* ó *exequatur Regium* á las disposiciones de Roma, que contienen pretensiones injustas, contrarias á las Regalías y Prerogativas de la Corona ó de la Nacion, y perjudiciales al bien del Estado, sin que por eso pueda decirse, que la Nacion Española ha rehusado la obediencia á la Potestad Suprema Primacial del Papa.

Aun en ocasiones de grave conflicto se han visto obligados nuestros Príncipes, con gran sentimiento, á hacer salir de estos Reinos á los Nuncios de S. Sd., como sucedió en nuestros dias con el Señor Gravina. ¿Y se ha negado por eso la obediencia al Papa? Claro es que no: nunca se le ha desconocido su Primacia, ni los derechos que por razon de ella le corresponden: jamas se le ha rehusado la obediencia; antes al contrario, la Nacion Española y su sábia Iglesia siempre han sido un modelo de sumision y respeto á la Potestad Suprema Primacial de los Sucesores de S. Pedro.

De todo lo dicho aparece, con cuánta ligereza, por no darle otro nombre, han procedido estos tres Calificadores, al suplantar las palabras *rehusaron obedecerle*, en lugar de las de *rechazaron las pretensiones de Roma*, que literalmente se hallan en mi Considerando. No hay medio de librar á estos Señores del voto particular de la terrible nota en que han incurrido, y que tiene su nombre propio, que yo no quiero pronunciar, por haber adulterado tan notoriamente, con tal violencia mis espresiones, para inferir, que no es mi intencion impugnar la jurisdiccion *exclusiva* del Papa, sino que abanzando mas, impugno la *facultad* que este tiene de gobernar la Iglesia universal; y aplicar á tan gratuita y arbitraria suposicion la mas grave de todas las censuras; la de *herética*.

La verdad del contesto de mi Considerando confesada por ellos mismos, agrava una conducta, que estribando puramente en tergiversaciones notorias, manifestos cambios de palabras y espresiones enteras, y en aliciones y supresiones furtivas de otras, no cabe, por mas que lo desearia, hallarles disculpa. May ciego debe estar el espiritu

de aquellos, á quienes deslumbra la luz misma de la verdad, que vieron y reconocieron. ¡Terrible estado! Como hermano les ruego con toda sinceridad, que se paren, que vuelvan sobre sí, que reconozcan su error, que rectifiquen su juicio, y que retiren su injusta censura, que alucinados y obcecados me han impuesto.

Por todo lo dicho se verá, que de intento me he ceñido á tratar estrictamente de la jurisdiccion que se ejerce en los juicios eclesiásticos, que es de la que hablaba en mi Considerando censurado, diciendo no ser *esclusiva* en el Papa; porque de un juicio eclesiástico del Tribunal Eclesiástico de Málaga, era de lo que se trataba en mi Providencia denunciada. Mas como no es de mi propósito escribir un tratado teológico-canónico, no he creído en la presente contestacion deber ocuparme de la jurisdiccion en aquel otro sentido mas lato, en que suelen entenderla los autores, produciendo mil equivocaciones y ambigüedades en el modo de espresarla y aplicarla, como ha sucedido á mis Calificadores de la mayoría y menoría. En este sentido lato, bajo el nombre de jurisdiccion, se comprende el régimen y administracion de las cosas sagradas, la guarda del depósito de la doctrina de la fé y costumbres, la predicacion, los Sacramentos, el culto, ritos y ceremonias, la potestad de ligar y desatar, instituir Pastores y Ministros para la continuacion de la obra del Señor, hacer leyes, dispensar de los Cánones en la necesidad, imponer penas espirituales, y por último, todo lo que incluye aquella ilimitada Potestad, que Jesucristo al volver á su eterno Padre encomendó á todos sus Apóstoles, y que se acostumbra llamar con el nombre genérico de Potestad de jurisdiccion, en la cual han sucedido por institucion divina los Obispos, sin perjuicio del Primado de S. Pedro.

Dilatándome en esto no habría hecho mas, que á la evidencian de lo espuesto añadir una mas estensa demostracion, que por todo lo dicho en contestacion á la mayoría de mis Calificadores, la creo innecesaria, y dar por resultado inequívoco, en confirmacion de mi Considerando censurado, esta patente verdad: á saber; no porque la Prerogativa del Primado sea *esclusiva* en S. Pedro y sus Sucesores, para mantener la unidad, rigiendo y gobernando la Iglesia universal; puede por eso ser admisible en ellos esa jurisdiccion *esclusiva*, que por el hecho de reputarla tal, aniquila enteramente la que los demas Obispos tienen *inmediatamente* del mismo Jesucristo, y es absolutamente necesaria á su Iglesia, para su propagacion, conservacion y perpetuidad.

CENSURA AL CONSIDERANDO 3.º



Despues de haber censurado, como se ha visto, el Considerando 9.º, continuando estos tres Señores Calificadores su exámen, pasan á censurar el 8.º diciendo así. «Si el animo del Sr. Obispo electo, cuan-», do dice por conclusion del Considerando 8.º, que el Papa es sola-», mente único en el Primado para mantener la unidad de la fé, fué», creerlo solo con autoridad para decisiones dogmáticas, y no para re-», gir y gobernar, es igualmente *cismática* y *herética*.” Aquí se vé el prurito de heretificar, al modo que criticó y ridiculizó Teófilo Raynaldo. No, Señores: no fué mi ánimo tal despropósito; ni es tan estolida mi fé, que admita semejantes dislates; ni mi manera de expresarla ha podido dar jamas aparente pretesto para esta tan calumniosa y gratuita suposicion, ni aun propuesta como dudosa.

Segun el modo de estender sus calificaciones, y aplicar sus censuras, no parece, sino que mis escritos examinados por estos Calificadores, compongan algun grueso volúmen en folio, en el que con minuciosa estension me ocupase yo de sentar doctrinas desatinadas y absurdas, que no caben suponerse, sino por una malévola voluntad. No es un libro, ni un escrito disertatorio de docenas de pliegos; es puramente una Providencia gubernativa fundada en cortos Considerandos, que son premisas sucintas, para hacer recaer la resolucion definitiva en un negocio de gobierno. Claro es, por tanto, que no siendo un tratado teológico, no venia al caso descender á las difusas esplicaciones de cada uno de sus pormenores.

Por contraposicion á la doctrina del Cabildo de Málaga, que llama al Sucesor de S. Pedro *único Vicario de Jesucristo*, y decia, que *la Potestad de jurisdiccion de los Obispos procede única y esclusivamente del Vicario de Jesucristo, Sucesor de S. Pedro*, con lo demas que puede verse en mi Considerando, nada mas natural, que yo á mi vez manifestase, en que atributo el Papa es *solo*, y en que prerogativa es *único*, espresando allí literalmente el dogma del Primado *para mantener la unidad de la fé*, que es la cualidad principal y esencialmente característica de la Primacia, y la que compendia sumariamente todas las demas. Exigir otra cosa en un documento de aquella naturaleza, echar de menos esplicaciones mas estensas y del todo inoportunas en el Considerando de una Providencia gubernativa, tomando pretesto de su omision para entregarse á una adivinanza, y de la sombra de un juicio hipotético y absolutamente temerario formar una realidad, á la que se tiene luego la osadía de imponer la nota de *cismática* y *herética*; se llamaría en asunto de menos importancia una cavilosidad: mas aquí, en un ne-

gocio tan delicado y de tanta trascendencia, donde se vá á hacer el oficio de jueces imparciales, rectos, sinceros, y aun equitativos, yo no sé que nombre darle. Entrego á los que de tal modo han procedido á los remordimientos de su conciencia.

Ad Petrum loquutus est Dominus, dice S. Paciano; *ad unum, ideo ut unitatem fundaret ex uno* (1). *Exordium ab unitate proficiscitur, et Primatus Petro datur, ut una Christi Ecclesia, et Cathedra una monstraretur*, dice S. Cipriano (2). A ser lícita la manera de censurar de mis Calificadores, nada mas obvio, que imponer á las espresiones de S. Paciano y S. Cipriano las notas de *cismáticas* y *heréticas*, que han impuesto á las mías. El Señor ha hablado á Pedro, á uno solo, á fin de fundar la unidad, comenzando por uno. El principio parte de la unidad; y á Pedro se dá el Primado, para que se muestre una la Iglesia de Cristo, y una su Cátedra ó la enseñanza de su fé. Aquí tienen mis Calificadores la doctrina de San Paciano y S. Cipriano, la misma exactamente que la mía; con la sola diferencia, de que yo he usado en mi Considerando la espresion, para mantener la unidad, que es mucho mas significativa, que la de mostrar la unidad, que usó S. Cipriano; y enteramente igual á la de fundar la unidad, de S. Paciano, porque fundada por Jesucristo en S. Pedro, la mantienen sus Sucesores. Apliquen pues á la doctrina de estos Santos, la misma arbitraria interpretacion y sentido, que han aplicado á la mía, é impónganle las mismas censuras de *cismática* y *herética*. Si el ánimo de estos Santos, dirán estos Calificadores, como dicen de mí, al esponer su doctrina del Primado que se dá á S. Pedro, para fundar la unidad, ó para que se muestre la unidad de la Iglesia y de la fé, fué creerlo solo con autoridad para decisiones dogmáticas, y no para regir y gobernar, es *cismática* y *herética*; y no se aplicarán estas notas á lo que aquellos Santos y yo hemos dicho; sino á lo que nos han supuesto los Calificadores, ó á lo que han echado de menos, y quisieran que con oportunidad ó sin ella hubieramos añadido, para que su cavilosidad no hallase pretesto para la censura. Prevenidos y preocupados, no encontrando cisma, ni herejía, en lo que se había dicho, se echaron á buscarla en torcidas presunciones é interpretaciones de lo que, por no creerse necesario en aquel caso, se había omitido.

¿Qué dirían estos Calificadores, si yo á mi vez les recriminase, acusándoles de herejía y cisma por su misma calificacion? Podiera yo decir de ellos, con la misma razon que ellos han dicho de mí: Si el ánimo de estos Señores, cuando omitieron espresar el origen de la auto-

(1) S. Pacian. Epíst. 5. ad Simp.

(2) S. Cypr. lib. de unit. Eccl.

ridad del Primado para decisiones dogmáticas, y para regir y gobernar, fué decir que el Papa la había recibido de la Iglesia, y no de Dios, ó como dicen los hereges, es un *invento humano*, la doctrina de mis Calificadores es *herética* y *cismática*. ¿No se diría con razon, que era una ineptia, por no decir otra cosa, esta suposicion? Pues en esta nota, cuando menos, han incurrido mis Calificadores respecto de mí. Con tal modo de heretificar, con tales cavilaciones, infiriendo de las palabras omitidas sentidos arbitrarios y absurdos, sin mas trabajo que encadenar mas ó menos bien proposiciones, cosa muy fácil á un escolástico sutil, astuto y disputador, el Credo entero, el Padre nuestro, los mandamientos de la Ley de Dios, y todo, todo sería susceptible, hasta de aquellas notas de heregía y cisma.

Por lo demas, espresado en mi Considerando tan terminante y literalmente el dogma del Primado divino, *para mantener la unidad de la fé*, que es el fin principal para que fué instituido, *ut capite constituto schismatis tollatur occasio*, claro es que reconozco incluida en él, toda la potestad legislativa, judicial y coercitiva, como medio necesario para este último fin, sin el cual sería vana y enteramente inútil tal Prerogativa. Nada haría el Primado con la autoridad de declarar en nombre de la Iglesia un dogma, si esta misma autoridad no se estendiese á regir y gobernar, manteniendo con todo el nervio de la disciplina canónica, la unidad de la fé en la misma Iglesia, como centro que es de ella.

Por tanto, la suposicion dubitativa ó condicional de mis Calificadores ha sido enteramente gratuita, arbitraria y sumamente injuriosa; y las notas de *cismática* y *herética*, que sobre ella han puesto á mi doctrina, son una evidente calumnia, que aunque presentada condicionalmente, siempre produce sospechas perjudiciales, y prevenciones desfavorables: sin que pueda servir de disculpa á este indebido modo de proceder, el que mis doctrinas solo hayan sido *examinadas del modo que les ha sido posible*, como dicen mis Calificadores que lo han hecho; porque en ningún caso la coaccion, el juicio precipitado, el corto tiempo para meditar, ni la falta de ciencia pueden autorizar para imponer tan terribles calificaciones, notas y censuras, con tanta injusticia y tanta falta de equidad.-

CENSURA AL CONSIDERANDO 13.



Acerca de este Considerando 13 dicen estos tres Calificadores, «que dá á entender, que la Iglesia no tiene autoridad para explicar su jurisdiccion, sino en las cosas meramente internas. Esta doctrina, continúan, está condenada como herética por la Bula *Auctorem fidei*, que en desprecio de la Santa Sede llama el Obispo electo heretificadora.” Aquel adverbio *meramente* unido al adjetivo *internas* es la clave heretificadora de mis Censores. ¿Porqué han de añadir de su cabeza palabras que yo no he dicho ni escrito, para despues apoyar en ellas sus aterradoras censuras? Qué; ¿me han supuesto tan ciego é ignorante, que no conozca y vea hasta con los sentidos materiales, que la jurisdiccion espiritual de la Iglesia se explica infinitas veces en cosas externas, por medios externos, y por actos externos? ¿No está en mi citado Considerando literalmente expresada la parte exterior y temporal de jurisdiccion, que ejerce la Iglesia por la concesion piadosa de los Principes, para distinguirla explicitamente de otra parte, no solo interior, sino exterior tambien, esencialmente espiritual, sobre que versa la disciplina universal de la Iglesia, pero que no es temporal, como la que ejerce la misma por concesion de los Principes? Mas el hombre apasionado ó preocupado no vé la mas patente verdad.

Una nueva prueba se vá á ver del ciego espíritu que los domina, y de la pasion que los arrastra. Bien avenidos mis Calificadores con las injuriosas suposiciones, adiciones, supresiones y suplantaciones, no han querido todavía perder esta costumbre al censurar este Considerando. Yo en mi Considerando 10 he aplicado el adjetivo *heretificadoras* á las censuras de la Bula *Auctorem fidei*; y estos Calificadores dislocándolo de allí y trasplantándolo á este Considerando 13, se han permitido hacerme la grave imputacion de suponer, que yo lo he aplicado á la Bula misma, para hacer recaer la nota de desprecio de la Santa Sede. ¿Cómo podrán sincerarse de esta calumnia, cuando han cerrado voluntariamente los ojos, para no ver en la última línea del Considerando 10, en el que aplicaba á las censuras el adjetivo *heretificadoras*, reconocida y prestada la obediencia debida al Pontífice, y la Supremacia del Primado del Papa, que reconocen todos los Obispos de la Cristiandad; cláusula incompatible con el desprecio de la Santa Sede que me imputan? En vez de tomar aquel adjetivo en el sentido, que con toda claridad dán á entender estas últimas palabras de mi Considerando, lo refirieron arbitrariamente á la Bula, para inferir de un modo tan tortuoso, que yo desprecio la Santa Sede,

que ni aun siquiera había nombrado, ni jamás nombraré, sino con la demostración mas espresiva de mi obediencia, veneracion y respeto.

El Cabildo de Málaga reprochaba el arrojado de cristiana caridad, á la par que de rigurosa justicia, con que mi Predecesor había salvado una oveja, que aquel con su informe condenó despues á perecer, atemorizando á mi inmediato Antecesor con la amenaza de aquellas censuras terribles de la Bula; las cuales sin embargo no impidieron al Rey, que la tenía presente, ni á los Obispos Espanoles en el año 1799 el mas lato ejercicio de su respectiva Potestad. Esta fué la espresion de mi pensamiento; y si no acerté á espresarle tan exacta y terminantemente como deseaba, y de manera que evitase la torcida inteligencia, que le han dado mis Calificadores, no es por cierto conforme á la equidad, atribuirle el mas ultrajante de todos los sentidos posibles, y el mas distante de mi carácter, de mis palabras, y de mi intencion. No dirán estos Señores, que porque los llamo tantas veces *heretificadores*, los desprecio; no: digan sí, y lo dirán con verdad, que les temo mucho, y que sus *heretificadoras* censuras me han llenado de terror y espanto, pues me han hecho experimentar entre mil amarguras toda la estension de su terrible, *no despreciable* poder.

Ya indiqué en mi contestacion á la mayoría, y repito ahora, que la significacion de aquel adjetivo formado del verbo *heretificar*, aplicado á las censuras, y no á la Bula, como han supuesto estos Calificadores, para inferir con la mas evidente calumnia, que yo desprecio á la Santa Sede, espresa la idea del modo, con que por un excesivo celo, que han criticado varones muy piadosos, han sido hechas algunas de ellas por los Redactores de la Bula en puntos no dogmáticos, ni relativos á la unidad Católica, suponiendo equivocadamente sentidos poco naturales, ó cambiando con error la dición, ó bien estendiéndose á imponer notas tal vez indiscretas contra las Regalías de la Potestad temporal de los Soberanos, como se vé en el dictamen de los no sospechosos, sino muy piadosos Fiscales del Consejo de Castilla en 1795, sobre la negativa del pase á dicha Bula.

Por último no dejará de notarse, que tanto la mayoría de los Calificadores, como estos tres Señores del voto particular, al dar una interpretacion tan injusta y violenta á la palabra *heretificadoras*, formándose con tan frivolo pretexto una acusacion tan grave, como la de *desprecio de la Santa Sede*, aunque entre sí no estén convenidos ni conformes; todavía ni unos ni otros se han tomado la pena de esponer, como era regular, sus fundamentos, y legitimar el cargo con presencia de mis espresiones literales, para que no se atribuyese á su excesiva suspicacia. No habiéndolo hecho así, estoy autorizado para rechazar semejante acusacion, como vaga y calumniosa, hija solo de su manifesta parcialidad y desfavorable prevencion contra mi, de que tantas y tan evidentes pruebas llevo referidas.

CENSURA DE MI OFICIO DE 2 DE FEBRERO AL CABILDO DE MÁLAGA.

Continúan estos Señores su voto particular, marcando las proposiciones que creen dignas de censura, y dicen hablando de mi oficio de 2 de Febrero al Cabildo de Málaga, «que se hallan en él también algunas proposiciones, que merecen ser censuradas: tal és, prosiguen, la de que la Potestad de regir y gobernar su Iglesia la adquiere el Obispo, porque la Iglesia misma se la dá por el hecho solo de la eleccion y aceptacion, antes de la confirmacion, la cual es por lo menos errónea, pues supone, que puede ejercerse la jurisdiccion Episcopal sin la *debida mision*.” Parece increíble que se hayan atrevido á abanzar una suposicion tan injuriosa, infundada y arbitraria. Aquí hay en mis Calificadores notorio error por una parte, y por otra confusion ó cambio de palabras, y de consiguiente tergiversacion del sentido natural. Hablar en el primer miembro de la cláusula, ó en el antecedente mio, de la potestad, y en el segundo, ó en la consecuencia, que es enteramente suya, del ejercicio de esta potestad, cualquiera conocerá, que es un sofisma no permitido, que usado para aplicarme tan grave censura, merecería por mi parte cualquiera calificacion, aun la mas severa. La inexactitud del raciocinio resulta con solo observar, que este es el sofisma llamado de potencia á acto. La facultad de andar la tiene el que está atado, aunque esté impedido de ejercerla.

Las palabras, *sin la debida mision*, añadidas ó supuestas por mis Calificadores, hacen variar enteramente el sentido; y no siendo más, las rechazo, porque tergiversando esencialmente el concepto, contienen el craso error que me atribuyen, y que yo repruebo. *Sin la debida mision* no hay potestad; ni por consiguiente válido, ni lícito ejercicio de tal potestad. Esto es tan cierto y evidente, que lo contrario por tan absurdo á nadie jamás le ha ocurrido. La cuestion es, si la eleccion hecha por la Iglesia ó por su delegacion dá la *debida mision*; ó si se necesita un segundo acto que la dé, cual es la confirmacion. Esto es lo que se controvierte; y sobre lo que yo he presentado mi opinion con sus fundamentos en mi oficio denunciado.

Y es bien de admirar, que estos tres Calificadores para censurarla, graduándola cuando menos de errónea, aun confundiendo la potestad con el ejercicio de ella, y suponiendo la arbitraria adiccion de *sin la debida mision*, como si la eleccion no la diese, todavía hayan inventado una decision canónica, que no existe. Tal es la supuesta declaracion del Concilio 2.º General de Leon, que fingen que dice «que

„ no solo no es bastante para adquirirla (la mision) la eleccion y aceptacion, sino que priva del derecho que dá la eleccion al Electo, si se atreve á ejercer la jurisdiccion antes de ser confirmado, cuya disciplina se mandó tambien observar por el Papa Bonifacio VIII.” Yo no sé cómo se han atrevido mis Calificadores en materia tan grave á inventar con engaño una declaracion, que ni remotamente ha habido en su primera parte, que es la esencial para la cuestion presente, y de la que puramente se trata: esto es; que no es bastante la eleccion y aceptacion para adquirir la mision. A ser verdad esta decision, al punto confesaría que había incurrido en error, y lo retractaría; así como siendo una ficcion manifiesta, que semejante declaracion hubiese hecho aquel Concilio, me quejo de que con tan indisculpable ligereza se levante una impostura, para inducir á otros en error.

La decretal de Gregorio X, *Avaritiæ cæcitas*, formada de la declaracion, que citan mis Calificadores, del referido 2.º Concilio General de Leon, despues de la esposicion de motivos, en la que ni una sola palabra se habla de eleccion, ni de mision, dice en la parte dispositiva: *Hac generali constitutione sancimus, ut nullus de cætero administrationem Dignitatis, ad quam electus est, priusquam celebrata de ipso electio confirmetur, sub œconomatus, vel procuratoris nomine, aut alio de novo quesito colore, in spiritualibus vel temporalibus, per se vel per alium, pro parte vel in totum, gerere vel recipere, aut illis se immiscere præsumat. Omnes illos qui secus fecerint, jure, si quod eis per electionem quesitum fuerit, decernentes, eo ipso privatos* (1). Así concluye, sin que hable ni aun remotamente de la declaracion, que fingen estos tres Calificadores, de que no sea bastante la eleccion y aceptacion para la debida mision. Por el contrario, reconoce la Potestad y Dignidad de los Electos; y al privarles para lo sucesivo tan solo de la administracion ó ejercicio de aquella Dignidad y Potestad, reconoce tambien evidentemente, no solo que la mision se adquirió por la eleccion, sino tambien la legitimidad de la administracion, que hasta aquella época habían estado ejerciendo en virtud de sola la eleccion.

La segunda parte de la asercion de mis Calificadores; esto es, que por aquella declaracion Conciliar «se priva del derecho que dá la eleccion al Electo si se atreve á ejercer la jurisdiccion antes de ser confirmado,» sí que es cierta y verdadera: ella es la presente disciplina, establecida en dicho Concilio, cuya disposicion, no habiendo sido bastante, para desarraigar la posesion en que estaban los Obispos electos de administrar sus Iglesias por sola su eleccion, fué severa-

(1) C. 5. de Electione in sexto.

mente reproducida, y mandada observar muy estrecha y eficazmente por Bonifacio VIII en su Extravagante *Injunctæ Nobis*; en virtud de la cual está suspendido el *ejercicio de la mision*, ó sea la administracion de la Dignidad para que ha sido elegido, hasta que se confirme la eleccion. Este es el objeto de la declaracion del Concilio y de las Decretales referidas; infiriéndose de ellas evidentemente, que en la eleccion se dá la mision y la potestad, porque esta se ejercía sin el requisito de la confirmacion; mas por los abusos de avaricia y ambicion se prohibió tan solo el ejercicio y administracion, sin desconocer la Dignidad y la Potestad, y sin hacer declaracion alguna contra ellas. En este sentido dijo el Canonista Gonzalez; *Illud enim discrimen versatur inter electionem et confirmationem, quod electio confert Dignitatem in habitu, confirmatio vero in actu; electio jus præstat, confirmatio exercitium* (1).

No debe perderse de vista, que por semejantes abusos habían precedido á aquellas prohibiciones, otras para que los Electos no administrasen sus Iglesias, las cuales no habían sido bastantes para impedirles totalmente la posesion de gobernar en que estaban; sin que por faltar á ellas se hubiesen declarado nulos los actos de su administracion; prueba de que se reconocía la Potestad y *debida mision* de la Iglesia en su eleccion, antes de la confirmacion.

Debe advertirse igualmente, que dichas prohibiciones no han revocado la disposicion escepcional, que en favor de los Obispos electos constituidos fuera de Italia, ó mas bien en favor de sus Iglesias, había decretado el Concilio General Lateranense, del que se formó la decretal *Nihil est* de Inocencio III, que dice en su parte dispositiva: *Ita quod interim valde remoti, videlicet extra Italiam constituti, si electi fuerint in concordia, dispensative, propter necessitates Ecclesiarum et utilitates, in spiritualibus et temporalibus administrent, sic tamen, ut de rebus Ecclesiasticis nihil pœnitus alienent* (2). El mismo Sumo Pontífice en la Decretal *Quod sicut*, hablando de los Arzobispos electos de Francia, Alemania y demas partes remotas, dice; *Si tanto tempore quousque posset Electus confirmationem cum palio à Sede Apostolica obtinere, regalia non reciperet, Ecclesia, que interim administratione careret, non modicum incurreret detrimentum* (3). Aquí se vé, que por la sola eleccion, sin la confirmacion, confiere la Iglesia á los Electos la administracion, que no podría ejercerse sin la *debida mision*. La eleccion, pues, importa la *mision*, antes de la confirmacion.

(1) Gonzalez comment. in Decr. lib. 1. tit. 6. cap. 3. núm. 8.

(2) Cap. 44. extra de electione.

(3) Cap. 28. extra de electione.

Es muy esplicito lo que acerca de este punto se lee en la Glosa á las Decretales de Gregorio IX. Al comentar la ya citada *Nihil est*, dice así: *In duobus casibus ex sola electione habetur jus administrandi, in iis videlicet, qui subsunt nullo medio Romano Pontifici, ut hic; et in Romano Pontifice. (Dist. 23. In nomine Domini). Sed quid si Suffraganeus est valde remotus á suo Metropolitano? Numquid eodem modo potest administrare? Videtur quod sic; cum eadem causa subsit; ergo videtur quod idem jus.* Comprobemos la cita de la Decretal *In nomine Domini* de Nicolas II en el Concilio Lateranense, año 1059, en la que se habla de la eleccion del Romano Pontífice. *Plane, dice, postquam electio fuerit facta, si bellica tempestas, vel qualiscumque hominum conatus malignitatis studio resisterit, ut is, qui electus est in Apostolica Sede, juxta consuetudinem inthronizari non valeat; Electus tamen, sicut verus Papa, obtineat auctoritatem regendi Romanam Ecclesiam, et disponendi omnes facultates illius, quod Beatum Gregorium ante suam consecrationem fecisse cognovimus.* Veán aquí mis Calificadores mandada reconocer la eleccion con todo el derecho para ser considerado por ella *verdadero Papa*, sin otro acto posterior, y declarado, que obtuvo la autoridad de regir la Iglesia Romana, y disponer de todas sus facultades, como ya lo había hecho S. Gregorio. Despues de tan espresos testimonios no dirán mis Calificadores, que estos Santos Pontífices y el Concilio Lateranense no dieron á la eleccion el carácter de la *debida mision*, que es la doctrina de mi oficio, que con tanta ligereza han censurado, en el que no he dicho otra cosa, que lo que estos dicen, á saber; que en la eleccion está la *debida mision*, la Dignidad y la Potestad, aunque su ejercicio, en todo ó en parte, se haya restringido, segun los tiempos, casos y circunstancias.

El sábio Canonista Amort, entre otros ciento que se pudieran citar, es muy esplicito en esta parte. *Electi, dice, non possunt ante confirmationem exercere ullum actum suæ potestatis, neque in temporalibus, neque in spiritualibus.... Excipiuntur tamen ab hac lege illi, qui confirmationem immediate recipere tenentur á Sede Apostolica, et constituti sunt extra Italiam. Hi enim possunt ante confirmationem exercere actus suæ potestatis, tam in temporalibus, quam in spiritualibus (1).* «El Obispo electo, dice el Sr. Cortavarria, no puede ejercer jurisdiccion alguna antes de la confirmacion; sin embargo, se esceptúan de esta regla los Españoles y otros constituidos fuera de Italia (2).»

(1) Amort. Elementa juris Can. lib. 1. tít. 6.

(2) Episcopus electus nullam exercere valet jurisdictionem ante confirmationem: cæterum excipiuntur ab hac regula Hispani alique extra Italiam constituti. (Cortavarria, explanatio juris Decretalium, lib. 1. tít. 6.)

No debe omitirse aquí la doctrina que con la mayor claridad espuso el sábio Canonista Juan Pedro Gibert, cuya autoridad reconocen y citan con aprecio los Canónigos de Málaga en su informe, y cuya opinion y celebridad no es menor, que la de Wan-Speen, la de Bernardi, Cavalario y otros, que no habiendo tratado de intento este punto, no lo profundizaron, ni nos han dejado ideas exactas acerca de él. Aquel célebre autor, en sus adiciones ú observaciones al derecho Eclesiástico universal de Wan-Speen, dice así: «Les provisions du Pape „ sur la nomination des Eveques sont plutot des letres d'Institution, „ que des letres de confirmation, si ce n'est, qu'on ne donne á la „ Nomination toute la force de l'Election; ce qu'on ne pourroit „ sans injustice; parceque la Nomination tient la place de la Elec- „ tion; et paroít etre unne espece de election par compromis, les „ Chapitres ayant transmis leur droit entre les mains du Roi; mais „ en ce cas il faudroit reconoitre, que les nommés par le Prince aux „ Evechés situés hors de l'Italie, peuvent administrer ce qui appar- „ tient á la jurisdiction, avant les provisions du Pape, suivant le Cha- „ pitre 28 et 44, tit. de Elect.; ce qui seroit un remede efficace, „ contre les mauvaises difficultes, que font les Officiers de la Cour de „ Rome, et le retardement des provisions, si pernecieux au bien des „ ames.” (1) Esta doctrina la espresa dicho autor con mas estension, y con todos sus fundamentos en sus Instituciones Eclesiásticas (2).

Y preguntado á mis Calificadores ¿de dónde nace el vínculo del Obispo electo con su Iglesia, sino de la eleccion? ¿No es el mismo el vínculo del electo, que el del consagrado, aunque lo sea con mas razon todavía, si aquel está confirmado? No hay verdad mas espresamente declarada por Inocencio III. *Unde cum non sit majus vinculum Episcopi (consecrati) ad Ecclesiam, quam electi, maxime cum fuerit confirmatus, imo idem pœnitus et non aliud, idem juris obtinet in utroque* (3). Este vínculo no consiste en otra cosa, que en los mútuos derechos y deberes entre el Obispo electo y la Iglesia para que es elegido; los cuales no existirían, ni semejante vínculo se establecería por la eleccion, si esta no diese la *debida mision*. La Dignidad á que es elevado el Obispo electo por la eleccion, el vínculo sagrado que por la eleccion y aceptacion une al Electo con su Iglesia, esplican naturalmente, que la Iglesia confiere la *debida mision*, antes de la confirmacion, aunque por la presente disciplina sea necesaria esta para el ejercicio de aquella. Véase con mas

(1) Wan-Speen tom. 1. edit. Venet. 1769. pág. 322. addit. seu observ. in jus Eccl. univers. Joann. P. Gibert.

(2) Gibert, inst. Ecc. tom. 1. part. 1. tit. 80.

(3) Cap. 2. extra de translat. Episc.

estension este punto en mi *Examen del procedimiento ilegal del Gobernador del Arzobispado de Sevilla &c.*, y lo manifestado sobre esto mismo en su respectivo lugar en mi contestacion á la censura de la mayoría de mis Calificadores. Lo dicho basta, para que estos Señores de la memoria queden convencidos de la notoria inexactitud y ficcion, con que han alegado la supuesta declaracion Conciliar, así como de la confusion pueril que han hecho de la Potestad con su ejercicio, para por tan irregulares y reprobados medios hacer recaer su injusta censura.

Mas este punto, que se presenta para algunos con tal obscuridad, y que mis Calificadores condenan á usanza del Santo Oficio, porque este es el camino mas corto, es de tal importancia, é interesa tanto su ilustracion, no solo á la Iglesia, sino tambien á la Prerogativa Real, para el deslinde de los derechos, que la misma Iglesia ha concedido á los Reyes de España en la eleccion de los Obispos, que es necesario examinarle con toda detencion y profundidad. Para ello deben tenerse muy presentes, ademas de las reflexiones y testimonios alegados en el citado oficio, y los que se leen en mi referido *Examen*, los hechos históricos mencionados allí, de los dos hijos del Rey S. Fernando, elegidos por su Padre Arzobispos, Felipe de Sevilla, y Sancho de Toledo, los cuales entraron inmediatamente, sin la menor sombra de obstáculo de nalgue, ni posteriores dudas, en posesion del gobierno de sus respectivas Iglesias, en virtud de sola su eleccion, antes de la confirmacion, y sin otra alguna autorizacion; prueba incontestable de que en aquella se consideraba la *debida mision*, sin necesidad de la confirmacion. Hecha la eleccion en nombre de la Iglesia por la Prerogativa del Patronato de los Reyes de España, se consideró con los mismos efectos que producía la que hacían el Clero y el Pueblo, ó los Cabildos, segun la disciplina del tiempo y pais respectivo; y en conformidad de lo dispuesto en la citada declaracion del Concilio General Lateranense, reciente entonces, cual si hubiesen sido elegidos en *concordia*, tomaron posesion de sus Arzobispados y los administraron en virtud de sola la eleccion hecha por el Rey S. Fernando, en ejercicio de su Patronato Eclesiástico.

Han querido algunos suponer, que aquellos, cuando administraron sus Iglesias, estaban autorizados para ello por el Papa ó por su Legado Desiderio, que acompañaba á la Corte del Santo Rey; y otros afirman, que habían recibido la confirmacion de S. Sd., apoyados en una mera presuncion de nuestro historiador Mariana, destituida de todo fundamento, y no comprobada por documento alguno. Pero ni uno ni otro es cierto; siendo una prueba de ello esta misma variedad y contrariedad de opiniones. Si aquellos Electos hubieran estado autorizados por el Papa, ó por su Legado, facultado especialmente para esto, en los documentos que espidieron, hubieran espresado, que esta-

ban gobernando y administrando en virtud de aquella autorizacion; así como los Obispos electos, que hoy dia gobiernan sus Iglesias por haber sido nombrados Gobernadores por los Cabildos Eclesiásticos, espresan esta cualidad en todos los documentos que espiden: pero lejos de hacer mencion aquellos dos Arzobispos de autorizacion alguna, ni del Papa, ni de su Legado, no espresan otra razon para el gobierno y administracion de sus Iglesias, que la de Electos; siendo muy de notar, que Sancho, por sola esta cualidad de Arzobispo electo de Toledo, se reputaba yá y titulaba, sin contradiccion de nadie, Primado de las Españas. *Sancius divina Providentia Toletanæ Sedis Electus, Hispaniarum Primas &c.* Así encabezó el privilegio, que por su autoridad como Arzobispo electo concedió al Clero de Toledo, segun refiere Daniel Papebrochio (1).

Menos es cierto, que hubiesen recibido la confirmacion de S. Sd.; porque en tal caso hubieran dejado de llamarse Electos, titulándose pura y simplemente Arzobispos de Toledo y de Sevilla; pues los Obispos una vez confirmados, yá se consideran Obispos propios, entrando á regir sus Diócesis lo mismo que si estuviesen consagrados. Si hay quien dude de esto, no tiene mas que ver los encabezamientos de los títulos, edictos y documentos espeditos por los Obispos confirmados y no consagrados: allí se advertirá que dejan ya enteramente el adjetivo *electos*, titulándose *Obispos por la gracia de Dios y de la Santa Sede*.

En comprobacion de esta verdad hay un hecho reciente, que desvanece toda duda. El último Obispo de Málaga el Ilmo. Sr. D. Fr. José Gomez y Navas, confirmado por S. Sd., no llegó á consagrarse por su prematuro fallecimiento: sin embargo, estuvo gobernando y administrando su Iglesia por derecho propio reconocido, y nombró Gobernadores que la rigiesen en su nombre durante su ausencia, y en todos cuantos títulos espedia, se encabezaba del modo que antes he dicho, sin llamarse ya *electo*, como se vé en un impreso que tengo á la vista, y dice así: *Nos D. Fr. Josephus Gomez et Navas, Dei et Sanctæ Sedis Apostolicæ gratia, Episcopus Malacitanus, Regius Consiliarius &c.*, y se firmaba *Fr. Josefus, Episcopus Malacitanus*. Aquí se vé, que el Obispo confirmado, aunque no esté consagrado, ya no se llama *electo*, sino puramente Obispo. ¿Cómo pues hay quien se atreve á decir, que aquellos Arzobispos electos estaban confirmados por S. Sd., cuando ellos mismos reconocen faltarles esta cualidad titulándose *electos*? ¿Ni cómo era posible, que Felipe, estando confirmado, se titulase *Procurador de la Iglesia de Sevilla*, como se firma en uno de sus documentos? Aun el Papa mismo les llama *electos* y no confirmados en los rescriptos que les dirigia; *Dilecto Electo Hispalensi*, dice en uno que recibió Felipe. Es claro, pues, y evi-

(1) Daniel Papebroch. Acta vitæ S. Ferdinandi pag. 201 á 204.

dente, que ni estos, ni ninguno de los demas Obispos, titulados puramente *electos*, de que hago mencion en mi oficio censurado, y en mi citado *Examen*, habían recibido la confirmacion de S. Sd.

Todavía hay otros, que han dado tan poca importancia á la confirmacion, y la han presentado bajo un aspecto tan desventajoso, que han querido suponer, que por sola una pequeña demostracion de S. Sd., de un Legado suyo, ó de algun Metropolitano, como la de llamar aquel á un *Electo*, *amado hermano* y *Coepiscopo*, mandarle vestir ornamentos Episcopales para un cierto acto, y tomar asiento entre los Obispos y Arzobispos; ó darle algun Legado ó Metropolitano, como arbitrariamente suponen haber sucedido, asiento, voz y voto en los Concilios Provinciales, se conferia *ipso facto* la confirmacion canónica, y de consiguiente la *debida mision*.

Pero qué idea tan mezquina tienen formada de los medios canónicos, por los que la Iglesia confiere aquella mision. ¿Pues qué la confirmacion canónica es un acto voluntario y de pura liberalidad del Papa, ó de sus Legados, ó de un Metropolitano? ¿Puede acaso el que ha de confirmar la eleccion, por sola su voluntad ó arbitrio conceder ó negar la confirmacion? ¿No está obligado á concederla, siempre que la eleccion haya sido hecha canónicamente, y en persona que reúna las cualidades requeridas por los Cánones? ¿No sería perjudicar la Magestad de la Iglesia Católica, cuyo espíritu es que sea gobernada por los Cánones, como dice Bossuet y confiesan mis Calificadores, y rebajar la grandeza de la Santa Sede, el suponer, que un acto tan elevado y de tantas consecuencias, puede desempeñarse por pequeñas demostraciones improvisadas, dando así á entender, que el gobierno de la Iglesia es arbitrario, irregular, de mero antojo y sin sujecion á los Santos Cánones? El gobierno de la Iglesia ¿no está sugeto, como dice Gerson, citado por Bossuet, á la voluntad racional del Papa, la cual debe arreglarse á las determinaciones de los Concilios generales, principalmente á las ya hechas con el consentimiento y autoridad de los Sumos Pontífices? (1). ¿Ignoran los que tal suponen, que á la confirmacion canónica debe preceder un juicio canónico, en el que se inquieren las cualidades del Electo y las circunstancias de la eleccion? La Decretal antes citada *Nihil est*, espresamente previene, que aquel á quien corresponda la confirmacion de la eleccion, instruya un juicio informativo, acerca del modo como se ha hecho la eleccion, y de las cualidades de la persona elegida; y si resultase que en todo se ha

(1) Unde noster Gerson docet omnem statum Ecclesiastici ordinis subesse rationabili voluntati Papæ, quæ rationalitas regulanda est per determinationes Conciliorum, præsertim jam factas de consensu et auctoritate Summorum Pontificum. (Bjss. deffens. Cleri Gall. Par. 3. lib. 11. cap. 12).

procedido rectamente, le confiera la confirmacion. *Is ad quem pertinet ipsius (Electi) confirmatio, diligenter examinet, et electionis procesum, et personam Electi; ut cum omnia rite concurrerint, munus ei confirmationis impendat* (1). Esta misma disposicion se halla reproducida y corroborada por nuestras leyes. Una de las de Partida, despues de decir, que el Cabildo que elige al Obispo debe participar la eleccion al Papa, Patriarca, Primado ó Arzobispo, á quien corresponde la confirmacion, añade; *E si fallare que el elegido es á tal ome, cual manda el derecho, é que non ovo yerro ninguno en la forma de la eleccion, debelo confirmar* (2).

Es visto pues, que la confirmacion no es un acto voluntario de aquel á quien corresponde este derecho, sino que está obligado á confirmar la eleccion, si se ha hecho canónicamente, y el Electo reune las cualidades necesarias; que para tomar conocimiento de estas debe instruirse un juicio informativo; y que por aquellas meras demostraciones, sin que preceda este juicio canónico, no puede haber confirmacion: deduciéndose de todo esto, que los Obispos electos, que yo cito en mi oficio censurado, y en el *Examen* impreso, no habian recibido la confirmacion *canónica*; sino que estaban gobernando sus Iglesias, y eran considerados en la clase y categoría de la Dignidad para que estaban elegidos, en virtud de sola su eleccion, que dá la *debida mision*, aunque segun la actual disciplina no se ponga esta en ejercicio sino despues de la confirmacion.

Esta doctrina fué bien comprendida por los dignos Magistrados de esta Audiencia de Sevilla. En calidad de Tribunal encargado por la ley de defender y administrar judicialmente en su territorio la Potestad económica del Soberano, y el Patronato Eclesiástico, como una de las mas brillantes Prerogativas de la Corona de España, reconoció todos los derechos adquiridos y consiguientes á la Dignidad Episcopal, que debió mi humilde persona á la eleccion de S. M.: reconoció, que en el juicio que instruía contra mí el Gobernador Eclesiástico de esta Diócesis de Sevilla, se degradaba ó desconocía, con menoscabo de la Prerogativa Real en sus mas inmediatos efectos, aquella Dignidad y Potestad, alemas de la ordinaria Diocesana, que yo desempeñaba, no por razon de mi eleccion, sino como Gobernador de la Mitra de Málaga, nombrado unánime y canónicamente por aquel Cabildo, como lo habia sido poco antes el Sr. Bonel y Orbe, cuando era Obispo electo de la misma Diócesis de Málaga: reconoció, que el Gobernador Eclesiástico de Sevilla, pretendiendo ser mi juez competente, no obstante el contrario parecer del Fiscal eclesiástico, y de algunos de mis Calificado-

(1) Cap. 44. extra de electione.

(2) Ley 27. tit. 5. Partida 1.

res, se arrogaba las personalísimas facultades Metropoliticas, y usurpaba los derechos del Sufragáneo mas antiguo, á quien por fallecimiento ó impedimento del Metropolitano compete por la ley canónica preparar el juicio, y disponer en su caso la reunion del Concilio Provincial: reconoció por indicacion del Fiscal de S. M., que se había erigido en Sevilla un Tribunal desconocido y monstruoso, que ninguna ley autoriza; habiendo convertido ademas el Gobernador Eclesiástico su autoridad puramente gubernativa y circunscrita al territorio de su Diócesis, en Tribunal de justicia con jurisdiccion contenciosa sobre toda la Provincia Metropolitana, creando tambien y asociándose arbitrariamente un Conjuéz ilegal, transmitiéndole una jurisdiccion, que ni él mismo tenia: y por fin, convencida de tan patentes é increíbles absurdos y monstruosidades, como pueden verse con mas estension en el *Informe* del Magistrado D. José María Jayme al Tribunal Supremo de Justicia, no pudo menos esta Audiencia de fallar, que el Gobernador y el Provisor asociado hacían fuerza en conocer y proceder, anulando de este modo todo cuanto por tan exótico Tribunal se había obrado. Así lo declaró en su Providencia de 24 de Abril del año pasado 1859, cuyo tenor es el siguiente.

«Se declara, que el Gobernador de esta Diócesis con su asociado
 „ el Provisor y Vicario General de este Arzobispado, hacen fuerza en
 „ conocer y proceder: se retienen estos autos por ahora, y hasta tanto
 „ que el Gobierno de S. M. resuelva lo conveniente, acerca de la di-
 „ reccion ó destino, que en su caso se les debe dar: póngase en cono-
 „ cimiento de S. M. con certificacion de esta Providencia, del recur-
 „ so de proteccion interpuesto por el Reverendo Obispo electo, del de
 „ fuerza en conocer y proceder hecho por el Fiscal de S. M., y de la
 „ adhesion á este mismo recurso por el citado Reverendo Obispo elec-
 „ to, contenida en el auto de 6 del corriente: se encarga al Goberna-
 „ dor de este Obispado, que en lo sucesivo se abstenga de conocer
 „ de materias y contra personas no sugetas á su jurisdiccion, así como
 „ de nombrar Conjuéces para casos como el presente, haciendo esten-
 „ siva esta advertencia al Provisor y Vicario General en la parte que
 „ le corresponde.”

Causa el mayor asombro, y aun parece increíble, que segun se ha dicho, la mayoría del Tribunal Supremo de Justicia, es decir, ocho Ministros de él hayan opinado, en el Informe pedido por el Gobierno, que no debe ejecutarse el Decreto de esta Audiencia, no obstante que otros seis Ministros de aquel mismo Tribunal con incontestables razones sostienen la validez y subsistencia de aquel Decreto. ¡Triste muestra del espíritu de partido que nos devora....! ¿Quién pudo nunca imaginar, que el poder judicial se suicidase por su propia mano? ¿Quién vió jamás, que la Providencia definitiva de un Tribunal Superior en un recurso de fuerza, irrevocable é irreformable por su naturaleza y

por la ley, sea minada por los mismos que tienen, no solo un interés directo, como Magistrados dispensadores de la justicia y de las leyes, sino una obligacion inprescindible de sostenerla, y de hacer que se ejecute....? Y quién, y por qué medios y trámites ha de revocar ó anular aquella Providencia....? Ardua, difícil es la resolucion de esta cuestion..... En terrible conflicto se pone al Gobierno de S. M.....

Volviendo al punto de que me ocupaba, aunque parezca separarme algun tanto de mi objeto principal, no obstante debo añadir, que el deseo de hallar el principio y origen de esta disciplina, que autorizaba á los Obispos electos para la administracion de sus Diócesis en ciertos tiempos y paises, segun se vé establecido por hechos constantes, por Concilios y decretales, y confirmada su legítima existencia, hasta por las prohibiciones mismas y por las restricciones parciales del ejercicio de la potestad de los Electos por causa de abusos, me ha llevado á registrar muchos documentos antiguos, y confieso, que no lo he encontrado.

Pero meditando sobre ello, me ha parecido, que tal vez daría ocasion al establecimiento de esta disciplina el antiguo derecho de las *investiduras*, que posteriormente tantas disputas y sangrientas guerras motivó entre los Soberanos y los Papas, hasta la famosa capitulacion de Worms, que para unos ha sido de grande importancia, teniéndola otros por ridicula, en la cual se acordó cambiar la ceremonia de la investidura Episcopal, que desde los tiempos mas remotos daban los Soberanos *per annulum et baculum*, en la de *per virgam*. Y á fin de que sirva de discusion y estímulo para un mas profundo exámen, presentaré algunos datos, que acaso podrán abrir algun camino en medio de tal obscuridad, á quien desee ocuparse de materia tan árdua, y que ha venido á ser tan importante.

Segun Waltraudo, Obispo de Naumberg, cuyo precioso manuscrito, que es del año 1109 segun el siglo de Dionisio, fué impreso en 1609, S. Gregorio Magno escribió á Teodorico, Teodoberto y Brunihil, que procediesen en la colacion de las *investiduras* de los Obispos *sin simonia*: esto parece ya indicar, que aquellas no se reducían solo á una cosa puramente temporal, sino tambien de potestad eclesiástica, porque de otra manera no habría *simonia*. En el Concilio Romano celebrado por Adriano II, se concedió á Carlo Magno el derecho de las investiduras, no solo respecto del Romano Pontífice, sino tambien de los Arzobispos y Obispos: *et ut nisi á Rege laudetur et investiatur Episcopus, á nemine consecratur*. (1). El Papa S. Leon confirmó tambien al Emperador Othon esta Prerogativa, de que ya gozaban sus antecesores.

(1) Dist. 63. c. 22. Hadrianus Papa.

El referido Obispo Waltramo reprobó, que el Papa Gregorio VII retractase estos Privilegios, *que sub anathemate confirmaverant Silvester, Leo, Adrianus, primus Gregorius, Leo, Benedictus, erga Reges et Imperatores....* Legitur etiam, añade, de *Episcopis Hispaniæ, Scotiæ, Angliæ, Hungariæ, quomodo ex antiqua institutione, usque ad modernam novitatem per Reges introierint, cum pace temporalium pure et integre.* Teodorico de Niem, escritor y abreviador de cartas Apostólicas de Juan XXIII, hallándose con este Papa en Florencia, encontró un Codice antiquísimo, que contenía la descripción de las Inestiduras de los Obispos hechas por los Reyes Teutonicos, y refiere igualmente la concesion ya citada en favor de Carlo Magno; y la confirmacion del Privilegio á Othon I por el Papa Leon en el Concilio Lateranense. Ultimamente pueden consultarse los antiguos escritores Radulfo de Columba, el piadoso Lutpoldo de Bamberg. cap. 8 y 13 de *zelo Catholicæ fidei veterum Principum Germanorum*, y Patricio Ferrariense de *jure conferendi Episcopatus aliisque Beneficia Ecclesiastica, competente Imperatoribus*, con mas los Decretalistas acerca de las antes referidas de Inocencio III y Nicolas II.

No debo estenderme mas en esto: solo repito á mis Calificadores, que no obstante que por la Real Declaracion, que he referido en la contestacion á la mayoría sobre este mismo punto, estoy fuera del caso de la injusta censura, que con demasiada ligereza me impusieron, deseo, que se discuta desapasionadamente tan grave materia, *para que nos ilustremos mutuamente*; no para que nos denunciemos y persigamos, como ignoblemente han hecho conmigo los Canónigos de Málaga, por correspondencia á mi sincera invitacion; ni para que se me prodiguen insultos groseros, como han ejecutado algunos miserables articulistas anónimos, y otros, que sin haber saludado las Aulas, han tenido la debilidad de prestar su pobre nombre, para cubrir el del verdadero Doctor, que de tal manera se deshonró. Si del exámen profundo é imparcial de punto tan grave, interesante y trascendental, tanto para el ejercicio de la Prerogativa Real de los Reyes de España y su Patronato Eclesiástico, como para la Iglesia misma, apareciese la verdad, todos nos felicitaremos; y si hubiese error, en lo que hasta ahora no he manifestado, sino como una fundada opinion, estoy pronto á rectificarlo.

CONTESTACION A LA CENSURA FINAL.

Van á concluir su obra estos tres Calificadores: pero antes de examinar la censura general con que concluyen, es necesario recordar la situacion forzada en que los colocó el Gobernador Eclesiástico, sin que

quieren por eso exentos de culpa, pues que muy al principio, ya desde su nombramiento, ellos mismos habian puesto en duda la autoridad y competencia de aquel para este juicio, segun consta del oficio que el mismo dirigió al Canónigo Doctoral, del cual hace mérito el Sr. D. José María Jayme en su *Informe*: sin embargo posteriormente llegó á tal extremo la coaccion del Gobernador, y la debilidad de los Censores, que estos segun aparece de dicho *Informe*, hasta se vieron obligados á nombrar una comision, que fuese á protestarle la ortodoxia de sus doctrinas; como para desvanecer su desconfianza y darle á entender, que cooperarian á sus miras, anunciadas ya, aunque con astucia y disimulo, en la primera esposicion, con que dicho Gobernador sorprendió al Gobierno de S. M. para arrancar obrepticamente la Real orden de mi presentacion en Sevilla.

Después de un acto de tan marcada é inoportuna debilidad, no se estraña ya, que el deseo de congraciarse con aquel de quien temen y esperan, los haya llevado, una vez comprometidos en el primer paso, á secundar su propósito con toda eficacia en los sucesivos. No llenaban completamente aquellas miras las censuras vagas é indeterminadas de la mayoría, porque ningun cargo esplicito producian: y reconocido así por estos Señores del voto particular, no solo se esmeraron en presentar proposiciones determinadas con sus censuras de *cisma* y *heregia*, aunque del modo torcido y desleal, que se la visto; sino que por conclusion, incurriendo en el mismo defecto que criticaron en sus compañeros, fulminaron *en globo* otra porcion de censuras, que careciendo de fundamento, y no estando aplicadas á determinadas proposiciones, acaban previniendo desfavorablemente y preocupando el ánimo contra mí. De este modo, sacrificando su decro, contentaron á aquel, á quien se habían visto en precision de rendir el omenage de sus débiles voluntades, para satisfacer y evitar su significativo enojo.

Así concluyen su voto particular. «Aunque no es fácil estracar, otras proposiciones que merecian censura en los escritos presentados, á la Junta, por la confusion con que se mezclan las doctrinas; sin embargo se advierte en ellos una tendencia marcada á deprimir la autoridad de la cabeza visible de la Iglesia, y por ello las creemos, en su generalidad falsas; temerarias, inductivas al cisma, y trastornadoras del gobierno gerárquico de la Iglesia.»

Cualquiera creerá, que es una obra en folio magno de materias las mas abstractas, la que han tenido que examinar estos Señores, al ver las dificultades que ponderan y la confusion que encuentran. Dos pliegos escasos de impresion (es preciso cien veces repetirlo) es todo lo que vienen á componer los escritos presentados á la Junta, reducidos á una Providencia gubernativa con sus Considerandos y fórmulas, como se vé en el apéndice documento núm. 1.º, y un oficio mio al Ca-

bildo de Málaga, que se halla bajo el núm. 3.º Un exámen hecho sin prevencion, con santa libertad, con sencillez y discrecion, con un poco de equidad y mas instruccion, les habria facilitado el justo y arreglado desempeño de su cometido: y si hallaban obscuridad en alguna cláusula ó periodo, proponiendo se pidiese al autor una prévia espliacion, como lo demanda esencialmente la calidad de un juicio de doctrina, antes de herirle con injuriosas censuras, hubieran llenado su deber con grande acierto, y caritativo celo sacerdotal. Tan prudente, canónica y equitativa conducta, habria evitado el escándalo, de que á los grandes males que sufre hoy la Iglesia de España por consecuencia de la guerra civil que nos devora, se añada el que ellos han fomentado, sin duda contra su intencion, haciendo que una cuestion religiosa venga á servir de pretexto á ignobles pasiones disfrazadas, y á dar pábulo á la venganza mal disimulada.

Quando mis Calificadores me atribuyen tan vagamente proposiciones con tendencia á deprimir la autoridad de la cabeza visible de la Iglesia, inductivas al cisma, y trastornadoras del gobierno gerárquico de la Iglesia, se entiende bien, que es el sistema favorito de la soberanía absoluta de los Papas y su absorbente jurisdiccion lo que pretenden sostener y canonizar, sobre lo cual ya tengo sobradamente contestado. Para ello me imputan la confusion que ellos han introducido, permitiéndose imposturas y consiguientes censuras injustas. Yo deslindo y distingo la autoridad y jurisdiccion del Primado como cabeza de la Iglesia universal, y las facultades que le corresponden esencialmente por su origen inmediatamente divino, de aquellas otras, que por respeto y reverencia á tan elevada Dignidad, se le han concedido por la Iglesia para su mejor gobierno en ciertos tiempos y circunstancias, sin confundirlas con las que corresponden á sus demas Hermanos los Obispos, y les han sido conferidas tambien inmediatamente por Jesucristo.

Ellos por el contrario, confundiéndolas todas, creen hacer un gran servicio al Papa con atribuirle una tal autoridad y jurisdiccion, que absorba en sí la de todo el Episcopado, para que la reparta á su placer y voluntad, á la manera que hacen los Soberanos absolutos de la tierra con sus Magistrados. Creen en la confusion de sus ideas materiales y terrenas, que en esto consiste esencialmente el gobierno gerárquico de la Iglesia, introduciendo con la Potestad absoluta y esclusiva del Papa, que dicen ser Monárquica por institucion divina, en la forma que ellos se la quieren figurar, una otra gerarquía que confunde y aniquila aquella única por institucion divina, que la Iglesia reconoce con sus tres grados, como definió el Concilio Tridentino, á saber, Obispos, Presbíteros y Ministros; y en fin están persuadidos con notable equivocacion, que no hay falsedad, temeridad, error, cisma, ni trastorno del órden gerárquico de la Iglesia en deprimir los derechos

divinos de los Obispos, por exaltar en demasía la absoluta soberanía del Papa, dejando á aquellos hechos unos Prefectos de Provincia á voluntad de este, ó unos meros Vicarios suyos, cuando no lo son, sino de Jesucristo. Nada les importa que los Obispos queden reducidos á ser puramente *simulacros pintados*, como decía Gerson de los de su tiempo: ningun interés, ningun celo desplagan en favor de los derechos de los inmediatos Pastores de la grey respectiva para gobernarla y dirigirla, y de sus facultades divinas para salvar sus ovejas; y como si la Iglesia no estuviese igualmente edificada sobre el fundamento de todos los Apóstoles, todo su celo é interés se manifiesta casi siempre de una manera estrepitosa, por censuras y anatemas, cuando se toca, no á los divinos derechos del Primado, que ninguno de los Católicos desconoce; sino á los que gratuitamente quieren hacer pasar por tales, para con su angusto nombre sostener así, como perpétuamente inmutable é inmodificable, el gigantesco poder de las reservas, esenciones, restricciones y dispensas, en que tanto se interesan, mas que los Papas, los Curiales de la Corte Romana. Tan exorbitantes pretensiones son las que yo no apruebo, llevadas á tal extremo de degradacion de la Dignidad Episcopal, sin que esto tenga nada que ver en el sentido malévoló que injuriosamente pretenden atribuirme, con la divina autoridad de la cabeza visible de la Iglesia, ni con el Gobierno Gerárquico, que sin menoscabo de la Gerarquía divina ha establecido aquella por sus Cánones para el mas ordenado ejercicio de la Potestad divina de todos sus Ministros.

CONCLUSION.

De todo cuanto hasta aqui llevo espuesto resultan evidentemente los medios reprobados que se han puesto en juego, para hacer recaer sobre mis doctrinas las injustas calificaciones, que he refutado, y envolverse de consiguiente en una causa canónica tan mal urdida y con tanta ineptitud preparada. Bien conocieron desde el principio estos defectos los mismos que fraguaban tan inicua persecucion contra mí, viéndose en la necesidad de cubrilos por otros de igual ó mayor tamaño. No podían desconocer, ni ocultar la suplantacion de palabras, ficcion y adiccion furtiva de cláusulas, y la variacion de espresiones con que han desnaturalizado el verdadero y sencillo sentido de mis escritos, ni lo absurdo y anticanónico de las censuras indeterminadas sin aplicarlas á proposicion alguna: y para disimular aquellas nulidades, fué necesario dar un tortuoso é ilegal giro á los procedimientos de la causa que se pretendió formar.

El Fiscal de este Tribunal Eclesiástico D. Juan Baquerizo, á quien en esta parte debo hacer justicia, no obstante que despues que hizo presente la incompetencia del Gobernador de la Diócesis para conocer de esta causa, le faltó la firmeza necesaria para sostener su dictámen, y sin haberse resuelto legal y debilmente esta prévia y esencial cuestion, cediendo á los deseos ó tal vez exigencias de aquel, propuso yá procedimientos al Tribunal para la continuacion del juicio; prescindiendo sin embargo de esto, y atendiendo aisladamente al punto de vista presente, procedió con arreglo á la ley y á la razon en su dictámen Fiscal de 11 de Setiembre de 1853. En él no propuso, como acordó despues el supuesto Tribunal, que se me manda en reconocer las copias de mis escritos denunciados; sino *«las proposiciones denunciadas (son sus palabras literales), y que han sido calificadas por la Junta de Teólogos y Canonistas nombrada al efecto, para que declare si son ó no suyas, y caso de serlo, si se conforma ó nó con la calificacion que se les ha dado, permitiéndole que haga las esplicaciones que estime oportunas.»*

Por las palabras que anteceden se vé, cuan convencido estaba el Fiscal mismo, de que no eran más las proposiciones censuradas. Bien sabía y conocía la violenta variacion que habían sufrido mis espresiones, para fingir proposiciones y sentidos absurdos sobre que hacer recaer las injustas censuras que impusieron mis Calificadores. Por esto dijo en términos de duda, *y caso de serlo*, usando de este modesto, pero significativo lenguaje; por no decir de una vez, que se habían falseado mis palabras é intencion: mas para dar amplitud y ocasion á que esto se aclarase, añadió la última cláusula, *permitiéndole que haga las esplicaciones que estime oportunas*, lo cual llevado á efecto con sinceridad y buena fé, y sin el estrépito forense tan apetecido por mis supuestos jueces, hubiera podido tal vez proporcionar una satisfactoria terminacion de este desagradable negocio.

Pero no era esto lo que se buscaba: todo lo contrario; lo que se quería era un negocio complicado y elástico, que se prestase á la tension ó laxitud, según las faces que fuesen presentando nuestros negocios políticos, para recibir albricias al fin por cualquiera de las terminaciones que se creyese convenir, yá absolviendo, yá condenando las doctrinas y el autor que las sustentó. Por esto aquel dictámen tan racional, presupuesta y no concedida la competencia y legítima existencia del Tribunal, y la legalidad del giro que se había dado á los procedimientos, fué desestimado por los pretendidos jueces, quienes en vez de adherirse á él, dictaron el absurdo auto mandando, hasta con la conminacion de proceder á lo que hubiera lugar, que compareciese yo á las doce del día para reconocer unas copias de mis escritos. ¿Ni cómo habían de acceder á lo pedido ó propuesto por el Fiscal, si de ejecutarse aquella medida, quedaba descubierta la trama, y ellos imposibi-

litados de llevar á efecto sus maquinaciones contra mí? ¿Cómo era posible que me propusiesen el reconocimiento de las *proposiciones censuradas*, para que dijese yo *si eran ó no mías*, cuando por el solo cotejo material de ellas con las literales de mis escritos, se habría visto palpablemente la alteracion y adulteracion, que se les había hecho sufrir por mis Censores? ¿Cómo las había yo de reconocer por mías, cuando se notaba en ellas tal variacion, ficcion y suplantacion de palabras, que necesariamente me habían de obligar á repudiarlas? ¿Cómo ellos mismos habían de descubrir y poner de manifiesto los inieus medios de que se habían valido, para levantarme esta cruel é injusta persecucion? ¿Cómo se proseguía entonees este calumnioso procedimiento contra mí, que tan grande interés había en mantener indeciso, y prolongar indefinida y discrecionalmente para las miras y el fin propuesto?

Por tales consideraciones sin duda desecharon aquel medio indicado por el Fiscal, que terminaba de una vez este desagradable negocio, aunque de un modo poco decoroso para sus promovedores; con cuyo paso dieron una relevante prueba, de que no era el deseo de su pronta terminacion, como han querido suponer, el que les animaba: por esto dictaron el absurdo auto de 11 de Enero de 1859, en el cual, aunque involuntariamente, descubrieron el ilegal origen y principio de este monstruoso juicio anticanónico, incoado en virtud de meras copias de mis escritos, al mismo tiempo que el fin poco recto que se proponía este anómalo Tribunal, los medios ilegales de que se valía para llevarlo á cabo, su parcialidad y su desfavorable prevencion contra mí, que merecieron á los pretendidos jueces el severo apercibimiento, con que los conminó esta Audiencia.

Una observacion general hay que hacer, que comprende no solo á la denuncia del Cabildo de Málaga, y á las diversas calificaciones que han dado á mis doctrinas la mayoría y la minoría de los doce Calificadores; sino tambien á la esencia y calidad del juicio, gubernativo primero y despues súbitamente convertido en contencioso, no perdiendo de vista además el contrario dictámen emitido por la Academia de ciencias Eclesiásticas de S. Isidoro de Madrid. La memoria compuesta de tres, dando sentidos arbitrarios y violentos por medio de falsas suposiciones, como se ha visto, calificó algunas doctrinas de *heréticas* y *cismáticas*. La Mayoría de nueve, á cuyo dictámen tambien se adhirieron aquellos tres, si bien ha impuesto notas tergiversando igualmente el sentido natural de mis espresiones, no han sido de tanta gravedad y criminalidad. ¿Cual podrá ser la causa de esta diversidad de pareceres? La piedra de toque no es mas que una para todos; esta es la fé pura sin mezcla de opiniones, ni varias inteligencias; los dogmas espresamente creidos y definidos por la Iglesia. Pues bien; ó no son los mismos los dogmas que cree la mayoría y la minoría, ó no han

comprendido mis doctrinas de la misma manera, ó no es sobre puntos dogmáticos, sino opinables, sobre los que han hecho recaer sus censuras judiciales. En cualquiera de estos casos, y por el mismo hecho, claro es, que perdieron aquellas todo su valor y mérito. Además, la memoria que tan crueles notas impuso con tal ligereza, dice, que ha examinado mis doctrinas *del modo que le ha sido posible*: la mayoría afirma que las ha examinado con la mayor detención: ¿á quien creer á vista de tal contradicción?

En medio de todo esto la sabia Academia de ciencias Eclesiásticas de Madrid, á la que pertenecen casi todos los Eclesiásticos ilustrados del Reyno de todas Categorías, y los mas eminentes Jurisconsultos, Teólogos y Canonistas, ha calificado de injustas y no merecidas las notas con que las denunció el Cabildo de Málaga. Esto completa la demostración mas convincente de que la ligereza, la preocupación escolástica y otras causas, han dictado unas censuras judiciales, que carecen absolutamente de justicia, pero que no obstante han dado origen y motivo á unos procedimientos tan irregulares, anticanónicos y opresivos, que con dolor de mi corazón, después de agotados todos los medios de la prudencia y de la paciencia, me obligaron á recurrir á la Potestad temporal, buscando la protección que en justicia me dispensó.

Réstame solo dirigirme á mis Calificadores, para hacerles observar, que debieran haber atendido y dado la merecida importancia, con todos sus antecedentes y consecuencias, al caso que motivó mi Providencia, que tan aisladamente han censurado, desnaturalizando así el verdadero sentido de mis palabras y doctrina. La dificultad de nuestras comunicaciones con Roma en situación muy urgente y cada día mas apurada de un feligrés de la Diócesis de Málaga, fué una de las principales circunstancias, que tuvo presente el Tribunal Eclesiástico de dicha Diócesis, desempeñado por mi penúltimo Antecesor, para declarar la nulidad de la profesión religiosa del ex-Fraile Fernandez; circunstancia que hice yo notar particularmente en mi Providencia denunciada, y de la cual, como de todas las restantes han prescindido mis Calificadores, sin considerar, que mal podrá juzgarse de mis doctrinas, si no se atiende al asunto sobre que recaen, á las circunstancias que concurrieron, y al fin á que se dirigían.

Diez y ocho meses de detención experimentaban en aquella época de mi Gobierno las dispensas matrimoniales: por su consecuencia la ruina de la moral cristiana, la de las costumbres públicas, y el trastorno de las familias, con el deshonor de muchas, era lo que se estaba tocando. A trescientas aproximadamente ascendía el número de las dispensas pendientes, habiendo entre ellas algunos casos sumamente apremiantes, de mucha gravedad y de muy trascendentales consecuencias. Además la situación desesperada de algunos infelices, comprometidos muy gravemente en su conciencia y honor, pero en la absoluta impo-

sibilidad de sufragar los gastos de las dispensas era sobremanera aflictiva; y entre otros, por ser público, cito al desgraciado Juan Postigo, vecino de Cártama. Sus raras y especiales circunstancias llamaron la atencion de las Córtes, y estas remitieron al Gobierno su solicitud, para que mediando el Augusto Nombre de S. M. se facilitase su dispensa. Todos los pasos eran estériles, á pesar de mis esfuerzos, sin la anticipacion de una suma de dinero de todo punto imposible; y yo mismo, en prueba de mi respeto, sumision y obediencia al Sumo Pontífice, que mis Calificadores tan injustamente han desconocido, dirigí á S. Sd. en favor de aquel desgraciado, la mas humilde, encarecida y espresiva súplica, cuyo éxito ignoro por mi salida de Málaga para esta Ciudad.

Este y otros ejemplos dieron ocasion á un repetido fraude criminal, que pude cortar á tiempo, no sin muy graves y escandalosas consecuencias, que iban abriendo á los ignorantes un abismo, en que se dejaban fácilmente caer con la mayor sencillez. Los mismos Calificadores no pueden ignorar tan funesto y trascendental resultado de nuestra situacion complicada y aflictiva, porque lo palpan muy de cerca. ¿Cuántos matrimonios con impedimento dirimente, aun de este mismo Arzobispado, de Sevilla mismo, y acaso de algunos feligreses suyos, se han ido á contraer recientemente á Portugal, en donde se facilitan las dispensas sin recurrir á Roma, no sé bajo qué forma, ni de qué manera? Y estos matrimonios ¿son contrato? ¿Son Sacramento? ¿Son contrato y Sacramento, ó ni uno ni otro? Mas ellos existen pacíficamente; y reservando yo á la ciencia y estudio de mis Censores su definicion, solo lamento, y les llamo la atencion, con presencia de sus escolásticas doctrinas, acerca de tan deplorable estado, tan poco conveniente á la Sociedad, como á la Iglesia de Dios, y á la salvacion de las almas. Las disputas de escuela son de un interés muy inferior á la necesidad de remediar tantos males. Roguemos, pues, al Padre comun de los fieles, roguemos á nuestros venerables Obispos, roguemos á S. M., que pongan un término á estos conflictos de conciencia en nuestra aflictiva situacion, y de este modo desaparecerán tambien los temores de un cisma religioso, que desgraciadamente vá introduciéndose, bajo el velo del cisma político, que nos aqueja. Si somos guiados por espíritu de caridad Sacerdotal, y dejamos á un lado ese escolasticismo caviloso y disputador, todo puede conciliarse pacíficamente, sin menoscabo de ninguna autoridad, y sin que ni remotamente se roce el dogma. La cuestion es toda de disciplina variable, que se puede arreglar segun lo exigen las presentes circunstancias de los fieles en su gran necesidad.

Por lo demas, creamos cuanto de derecho divino corresponde al Primado de S. Pedro y sus Sucesores, reconozcamos cuantas facultades les ha conferido la Iglesia y ha agregado á su Primacia por res-

peto, por reverencia á la Santa Sede, y por utilidad de la Iglesia misma; pero que no sea con mengua y desconocimiento de los derechos divinos del Episcopado, ni con degradacion de estos en perjuicio de los fieles, que necesitan cerca de sí para socorro de sus dolencias, y para su salvacion eterna el ejercicio del poder divino, que como á S. Pedro concedió Jesucristo á los demas Apóstoles y á los Obispos sus Sucesores, sin perjuicio de la Primacia de aquel: que presida la justicia y la caridad en lo que se exija de nuestra creencia: que sea nuestra única guía en medio del laberinto intrincado de tantas sutiles disputas apasionadas, inocentes ó interesadas, la profesion de fé de Pio IV, sellada con la sancion de toda la Iglesia universal, la misma que yo he jurado y profesado, y en la que este gran Pontífice reunió con la mas esquisita discrecion y sin ambigüedad alguna, todo lo definido como dogma en el Santo Concilio de Trento, incluso lo relativo á la Potestad Eclesiástica, con presencia de todos los debates suscitados acerca de ella. Ninguno pretenda dominar nuestra fé, como decia San Pablo, ni se añadan, por voluntades particulares, y por sostener sistemas, artículos de fé, que no están espresa y literalmente revelados, ó no están definidos por la Iglesia. Tan herege es el que quita ó niega un dogma, como el que lo aumenta. Que no se haga odiosa la verdadera autoridad, la gran Magestad y Potestad de la Santa Sede, ni se ponga en riesgo lo justo y debido al Primero entre los Hermanos, al Gefe de la Iglesia, al encargado de la Unidad, que ningun Católico ha pensado negar, por añadirle con exorbitancia é insostenible esceso lo que con el mismo derecho corresponde á los demas Ministros, iguales en el primer grado de la Gerarquía, en el Sumo Sacerdocio, excepto la Primacia. No pongamos los dogmas de fé definidos por la Iglesia, al nivel de nuestras opiniones por fundadas y verdaderas que sean ó nos parezcan, porque sería engaño intolerable para los Católicos, y haría que con placer de nuestros enemigos, corriesen igual suerte el dogma y la opinion.

Disputéase académicamente cuanto hasta el dia no está definido como dogma; defienda cada cual la opinion que crea mas fundada y verdadera; pero absténgase de censurar y condenar la opuesta: no se irrite con censuras y anatemas á los que con igual justicia defienden las Prerogativas de la Corona, los Privilegios que la Iglesia ha concedido á nuestros Reyes para bien de la Iglesia misma, y á los que desean mantener toda la autoridad y respeto que se debe á los Obispos, principalmente en estas difíciles circunstancias, en que se halla la España; porque sin sus caritativos esfuerzos no conservará la Iglesia Española el prestigio, que le grangearon los Varones gloriosos que la han ilustrado, desde que vió la luz de la fé esta Nacion tan desgraciada, pero tan consecuente, tan firme y tan constante en la Unidad. No se quieran cohonestar, bajo pretestos especiosos, pretensiones immoderadas y

exclusivas, mientras se ván quedando poco á poco nuestros Pastores, esperándolo todo de Roma, sin las facultades necesarias para el debido cuidado, régimen y salvacion de su rebaño. Yo rindo mi obediencia, mi obsequio, mi reverencia y todo lo que soy al Gefe Supremo de la Iglesia, porque él me conserva la *Unidad*, sin la que no me puedo salvar. Volveré la vista para no ver, y emplearé mis ojos en llorar los males que experimenta la Iglesia, y los que hoy día particularmente padece nuestra España, á causa del desamparo en que nos hallamos, por errores, en que como hombre puedan inculpablemente haberle hecho caer; porque aunque Supremo Pontífice, tambien *está rodeado de enfermedad*: trabajaré, por fin, como es mi deber, y cual puede el último, pero el mas fervoroso de todos los fieles Cristianos, el menor entre los demas hermanos, en sostener, y no será la primera vez, aquella Unidad, aquel respeto y aquella reverencia filial.

No debo dar por terminado este trabajo, sin hacer á mis Calificadores una sincera manifestacion de mis sentimientos. Confieso, que al ver, desde el principio de su dictámen de censura, atacadas mis intenciones de un modo tan irregular y arbitrario, como poco caritativo, me creí muy gravemente ofendido en mi reputacion, y muy vivamente injuriado en el desempeño de mi Ministerio Pastoral. No me era fácil atinar exactamente la causa de tan cruel y ultrajante modo de proceder: solo me era dado sentir sus dolorosos efectos. Hubieran hallado, si se quiere, segun su opinion particular, errores en mi doctrina, ó en el modo de espresarla: soy hombre sugeto como los demas á errar; pero haber no solo abanzado desde luego, para inspirarlas al Tribunal que los nombró, sus desfavorables preocupaciones y preveniciones contra mi pobre entendimiento, sino hasta haber supuesto, aunque con un ligero correctivo, que mi voluntad tomó parte en aquellos errores *de propósito y de intento*..... tan calumniosa imputacion nunca era de esperar.

Este ultrage de la mas imprevista, como de la mas ofensiva animosidad ha influido sobremanera, en que mi defensa participe contra mi deseo en algunos lugares de cierta vehemencia, aunque mil veces reprimida, y nunca bastante correspondiente al género de ataque con que he sido hostilizado. Considérese atentamente la situacion angustiosa y violenta en que se me ha colocado, y se verá cuan disculpable es la energia, que algunas veces se advertirá en mi language. Herido en lo mas íntimo de mi corazon; injuriado en lo mas vivo de mi honor; calumniado con incomprehensible ligereza, hasta con las notas de *heresia y cisma*, de la manera que se ha visto; separado si bien temporalmente, pero muy anticanónica, ilegal é injustamente del Gobierno de la Diócesis de Málaga; procesado como reo, sin que haya delito, y sin que se me pueda llamar delincuente, aunque se suponga que hay error en mi entendimiento; mandado comparecer judicialmente al me-

dio dia cual criminal, para llamar la atencion pública por las calles y plazas de esta Ciudad; humillado así, mas que mi insignificante persona, el carácter y Dignidad de que se halla revestida; y esto para un acto, que por si solo califica en varios sentidos á este Tribunal monstruoso espresamente creado para mí; amenazado si no accedia á tal estremo de degradacion y oprobio, que no pude evitar, sino acudiendo á la proteccion de los Tribunales civiles ¿será extraño que alguna vez me haya espresado con calor en mi defensa? Esta, por mucho que yo me haya reprimido, no ha podido menos de ser algun tanto, aunque no del todo, proporcionada á la enormidad de tan violentos y multiplicados ataques, y á las terribles amarguras que me han hecho padecer.

Mas no quisiera, que porque haya vertido en queja ciertas espresiones duras y amargas, se interpretasen de modo, que se creyera, que yo abrigaba ni el mas remoto deseo de herir las intenciones y opinion de mis Calificadores: menos tampoco, que su gratuito mal tratamiento me haya inspirado el menor sentimiento de odio ácia sus personas, ni ácia el Juez que los nombró: jamás he dado entrada á semejante pasion, no digo contra estos Señores, pero ni aun contra los Canónigos de Málaga, con haberme tan directamente perseguido, y por tantos y tan diversos medios combatido, por una notoria mal disfrazada venganza; teniendo estos mismos recibidas pruebas evidentes, que reconocen si su corazon no es del todo insensible á la gratitud, de que lejos de haberles yo sido contrario por su irregular proceder conmigo, ha sido mi conducta con ellos, la que debía, la de un hermano, la de un obsequioso amigo.

Apesar de todo lo ocurrido y demas que pueda sobrevenir, una idea me domina ante Dios; la de ver, cómo haciéndolo compatible con el deber de mi justa defensa, y la de los derechos divinos del Episcopado, no pierdo el eorto mérito, que esta no merecida persecucion me valga, en satisfaccion de lo mucho que debo, llevándola con paeiencia, resignacion y entera conformidad á los ocultos designios de la divina Providencia. Ruego por tanto á unos y á otros y á todos, que perdonándome la parte de flaqueza humana, que adviertan en mis palabras, obras y eseritos, que estoy pronto y dócil á enmendar, corregir y rectificar, me erean sinceramente su mas cordial hermano, unido en la misma fé, esperanza y caridad, en el seno maternal de nuestra Santa Madre la Iglesia, á la que humildemente someto mi doctrina.

PROVIDENCIA EJECUTORIADA

DEL TRIBUNAL ECLESIASTICO DE MALAGA, DECLARANDO NULOS LOS VOTOS
DE DON FRANCISCO DE PAULA FERNANDEZ.

Siendo el objeto principal de la denuncia de los Canónigos de Málaga, de la censura de los Calificadores de Sevilla, y del estrepitoso juicio que contra mí se ha levantado, la Providencia por la que mandé llevar á efecto la sentencia ejecutoriada del Tribunal Eclesiástico de Málaga, declarando nulos los votos que hizo D. Francisco de Paula Fernandez en su profesion religiosa, y de la cual se hace mencion tanto en aquella Providencia, como en varios puntos de esta contestacion, he creido conveniente publicarla aquí para mayor ilustracion. Su tenor es el siguiente.

«En la Ciudad de Málaga á once dias del mes de Marzo de mil ochocientos treinta y siete: el Sr. Dr. D. Manuel Ventura Gomez, Presbítero, Canónigo de esta Santa Iglesia, Gobernador, Provisor y Vicario General Capitular de este Obispado *Sede Episcopali vacante*, con omnimoda jurisdiccion y Real aprobacion; habiendo visto estos autos, su Señoría, por ante mí el Notario, Dijo: que en atencion á que D. Francisco de Paula Fernandez, vecino de la villa de Casarabonela, ha probado bien y cumplidamente las causas, que propuso, para que se declarase por nula la profesion religiosa, que hizo en trece de Octubre del año pasado de mil ochocientos diez y ocho en el Convento de Mínimos de esta Ciudad, resultando que á la sazón no tenía la edad prevenida por el Santo Concilio de Trento para la validacion de aquel acto; así como tambien la ignorancia del interesado en cuanto á dicha falta de edad: vistas del propio modo las razones, que espone en su escrito del fólío sesenta y nueve, y con especialidad lo que dice al final de él, con el allanamiento del Fiscal; desde luego, en ejercicio de su jurisdiccion ordinaria, igual á la amplísima, que los Obispos recibieron de los Apóstoles, sin otra limitacion, que las anexas á la Dignidad y plenitud de orden, debía restituir y restituyó al D. Francisco de Paula Fernandez al quinquenio exigido por el Santo Concilio; y á su consecuencia debía asimismo declarar y declaró por rotos, nulos é

„ insubsistentes los votos solemnes, que hizo por virtud de dicha su
 „ profesion, nula en sí misma; quedando el propio D. Francisco de
 „ Paula Fernandez libre de ellos, y en aptitud para elegir el estado,
 „ que mas bien visto le sea; á cuyo fin luego que merezca ejecucion
 „ esta providencia, se le franqueará el correspondiente testimonio de
 „ ella. Y por este su auto en fuerza de definitivo, ó como mas ha-
 „ ya lugar en derecho, así lo proveyó, declaró, mandó y firmó su
 „ Señoría, con acuerdo y parecer de su Asesor el Licenciado D. Ma-
 „ nuel Torriglia, Abogado de este Ilustre Colegio, quien tambien lo
 „ firma, de que doy fé.=Dr. D. Manuel Ventura Gomez.=Licen-
 „ ciado Manuel Torriglia.= Salvador Senarega, Notario oficial
 „ mayor.”

Y no habiendo sido reclamada esta sentencia durante el término
 prescrito por la ley, fué declarada por consentida y pasada en auto-
 ridad de cosa juzgada por auto de 22 del mismo Marzo de 1837.

APÉNDICE. (a)

DON VALENTIN ORTIGOSA, OBISPO ELECTO DE MALAGA, GOBERNADOR Y VICARIO CAPITULAR.

*A los Venerables Señores Curas y Sacerdotes y á todos los fieles
de esta Diócesis.*

Con la mayor satisfaccion dirigí mi voz á todas las Autoridades, Corporaciones y habitantes de la Capital y pueblos de esta Diócesis en 20 de Enero de este año, espresándoles mi complacencia y gratitud por la favorable acogida que de todos merecí; pero no dejaba ya entonces de tener algunos infaustos presentimientos de los disgustos que iba despues á sufrir de parte de la vanidad mortificada y de la venenosa envidia, que no puede soportar, que se levante un profeta en su patria. Ya se han realizado, y me veo en el caso de dirigirles de nuevo mi voz, anunciándoles mi ausencia temporal. La siguiente Real orden dará á conocer, aun al ojo menos perspicaz, que no obstante las distinguidas consideraciones y miramientos ácia mí, que agradezco de todo corazon, ha sido espedida con error, ó arrancada por sorpresa; y que el aspecto de fé y Religion, que se ha supuesto, es el pretexto, mas bien que la causa de un suceso, que por aislado que parezca á mi persona, encierra mil consecuencias, que acaso no se han previsto bastante bien, y que ojalá no nos vengán á ser irremediabilmente funestas.

«Ilmo. Señor.—Con presencia de una comunicacion del Gobernador Eclesiástico del Arzobispado de Sevilla, relativa á la denuncia hecha por ese Cabildo Catedral de las doctrinas que V. I. ha emitido en varios escritos, y tambien de lo que V. I. mismo ha

(a) Este apéndice con sus notas fué impreso en Málaga en la imprenta de D. Luis Carreras en 1838.

„ manifestado en 18 del corriente; y deseando S. M. dejar espedito
 „ el ejercicio de la Potestad Eclesiástica, sin que por ello sea visto
 „ prejuzgar en manera alguna, ni la denuncia, ni la censura dada por
 „ el Sinodo de dicho Arzobispado, ni otra cuestion cualquiera; se ha
 „ servido mandar, que dicho Gobernador proceda con arreglo á dere-
 „ cho, y que se diga á V. I., que á fin de que esto pueda verifi-
 „ carse, y para obviar los inconvenientes y dificultades, que en otro
 „ caso podrían suscitarse, y embarazar el progreso y la pronta termi-
 „ nacion de este negocio, pase V. I. inmediatamente á la espresada
 „ Ciudad de Sevilla, en donde se guardarán á V. I. las consideracio-
 „ nes y miramientos debidos, sobre lo cual velará cuidadosamente el
 „ Gobierno, dándole en su caso la proteccion á que pueda haber lu-
 „ gar. S. M. se complace, de que V. I. se apresurará á emprender
 „ su viage, dando en ello una prueba de su respeto, y de la conside-
 „ racion debida al Gobierno de S. M. A fin de que durante la au-
 „ sencia de V. I. se rija la Diócesis por persona debidamente auto-
 „ rizada, se ha servido asimismo S. M. mandar, que el Cabildo Ca-
 „ tedral de esa Ciudad nombre quien se encargue del Gobierno Ecce-
 „ siástico de su Diócesis, tan luego como V. I. salga de esa pobla-
 „ cion, con cuyo objeto remito á V. I. el adjunto pliego, que debe-
 „ rá entregar oportunamente al Presidente de dicha Corporacion, avi-
 „ sando á vuelta de correo el recibo de esta Real orden, y manifes-
 „ tando al propio tiempo el dia en que haya de emprender su viage.
 „ Todo lo que de Real orden digo á V. I. para su inteligencia y
 „ cumplimiento. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 27 de
 „ Julio de 1858.—Castro.—Señor Obispo electo de Málaga Don Va-
 „ lentin Ortigosa.”

La grave enfermedad que he sufrido, y que tanto tiempo me ha
 tenido baldado y postrado en cama, me ha impedido llevar á efecto,
 tan pronto como yo hubiera deseado, la Real voluntad de S. M. El
 Señor Ministro de Gracia y Justicia, al remitirme aquella Real or-
 den, me acompañaba, segun en la misma se espresa, un pliego para
 el Ilmo. Cabildo, á cuyo Presidente debía yo entregarlo oportunamen-
 te, con el fin de que nombrára un Gobernador, que se encargase de la
 administracion de esta Diócesis, tan luego como yo saliera de esta Ca-
 pital, y la rigiese interinamente durante mi ausencia. Temiendo que
 mi enfermedad se prolongára demasiado (como así ha sucedido) y me
 obligase á dilatar, contra mi voluntad, mi viage á Sevilla; resintién-
 dose mi delicadeza, de que pudiera atribuirse esta dilacion á deseos de
 conservar un Gobierno, que jamás pensé obtener, ni he tenido empe-
 ño en retener, consulté á S. M. suplicándole se sirviera manifestar-
 me, si en consideracion á estas circunstancias era su Real voluntad se
 hiciese desde luego el nombramiento de Gobernador, y cesase yo en
 la Administracion de esta Diócesis. S. M. que comenzaba ya á vis-

luminar la calidad de la denuncia, y el fin que se proponen los denunciadores, se dignó dispensarme, con grande sorpresa y desconcierto de estos, una nueva prueba de su confianza, y de que ni ha creído las imposturas con que han pretendido mancharme, ni la infamante calumnia de mis doctrinas heréticas y cismáticas, autorizándome para retener y continuar en el Gobierno de ella, hasta que restablecido, llegase el momento de ponerme en camino.

Aliviado ya, aunque no restablecido de mi grave enfermedad, me dispongo á emprender dentro de pocos dias mi viage á Sevilla, adonde soy mandado, para dar razon judicial de mi creencia; á lo que estoy pronto á toda hora, si la autoridad ante la que soy enviado es competente; y marchó con la tranquilidad que me ofrece mi incorruptible fé y mi pura y examinada conciencia. Allí, como en cualquiera parte, ante todo fiel cristiano, espontáneamente, ante amigos, y con mucha mas firmeza ante enemigos, haré la profesion de la que recibí en el bautismo, y me consolidó la gracia de Dios en la confirmacion; y en lo no definido esplicitamente como artículo de fé, y esplicitamente contenido en las Sagradas Escrituras, espondré mis doctrinas, siempre con la sumision debida á nuestra Santa Madre Iglesia; estando dispuesto por lo demas á sufrir con resignacion todos los azares y trabajos de esta ultrajante persecucion, tan voluntaria y tan injustamente levantada contra mí. Espero defenderme como un Atanasiano, y salir triunfante de este combate, en que he sido alevosamente sorprendido: ni rehuso este certamen á que soy provocado, al que ojalá consiga yo de S. M. traer á mis denunciadores, para que en un gran templo, á presencia de los fieles, se renueve, á ejemplo de San Agustin con los Donatistas, la insigne memoria del certamen de Cartago; porque sé, que la fé no es mas que una, y que los artículos de la fé son granos de oro purísimo y sin mezcla, que se cuentan, y ni uno mas, ni uno menos. Tambien sé, que entre la verdad y el error no media mas que una sola línea indivisible, que no admite gradaciones de arbitrarias é inquisitoriales censuras. Los escritos mios, que parece son objeto de la denuncia del Cabildo, se publican por mí y acompañan á esta Carta para conocimiento del mundo entero, y yo espero tranquilo el juicio ilustrado de todos los hombres de buena voluntad, de corazon sencillo, y de fé sincera, sin farisismo, ni hipocresía.

A la simple lectura de ellos no habrá nadie que no se admire, y que no conozca, que esta persecucion es un efecto de envidia, de venganza y de otras pasiones del tiempo; pero á la que ha sido necesario, para mejor sorprender, dar el falso aspecto de religion y de celo farisaico por la fé. El descrédito y la ruina de las personas mas firmes y mas comprometidas en la causa de la Nacion es uno de los infinitos variados artificios, que están poniendo en juego contra nuestra causa, por desgracia con el éxito que desean, los hipócritas enemigos de nues-

tras libertades, los enemigos solapados de ISABEL 2.^a, y los encubiertos enemigos de sus mas fieles y constantes amigos. Perturbadores de la paz para sus fines bien conocidos, no han perdonado, ni mi persona, ni mi reputacion, ni aun mi jurisdiccion Diocesana, desde que este Cabildo Eclesiástico me dió posesion de ella á mi llegada á esta Capital; han incitado á ponerla en duda para turbar las conciencias en unas partes; la han atacado y desafiado desde los primeros dias, aun en escritos insolentes llenos de astucia y mala fé; han turbado la paz de los claustros de las infelices Monjas con secretas sujestiones, para que desconociesen mi autoridad; han sujetado hasta mis mas pequeños, indiferentes é inocentes actos á la accion malignante de su envenenado corazon; han puesto artificiosamente en duda mi creencia; y en fin, con otros mil ardidés de la mas refinada malignidad se han empeñado en envolverme en una guerra teológica, que yo hasta ahora no he dejado levantar. Mas nadie que me conozca, ni miles de miles que no me conocen, pero que han oido mi voz y humilde nombre, de quienes estoy recibiendo las mas sinceras é inequívocas demostraciones de adhesion con el presente desagradable motivo, ni aun los mismos que me denuncian y persiguen, pueden haber dudado jamás de mi fé y de mi ortodoxia; y hechos públicos hay, aun ruidosos, que no dejan lugar á duda, entre ellos la reciente ocurrencia de la mutilada Biblia, que espendía el caballero Graydon, por cuyo suceso tantos elogios me prodigó el mismo Cabildo, al propio tiempo que merecí la aprobacion del Gobierno de S. M. por la templanza, prudencia y tino con que lo dirigí hasta su terminacion.

Me es preciso aprovechar esta oportunidad para dar una muy grata satisfaccion, que debe serlo tambien para los fieles de esta Diócesis. Los dignos y Venerables Prelados, que me han favorecido con sus cartas, manifestando su sentimiento por la humillacion, á que suponen equivocadamente me he sujetado, obedeciendo un llamamiento del Gobernador del Metropolitano de Sevilla, con degradacion de la Dignidad Episcopal, se satisfarán, con presencia de la mencionada Real Orden, de que yo no me presento al referido Gobernador, porque haya reconocido su jurisdiccion; sino en debida obediencia á la órden de un Ministro de S. M., que me manda presentarme ante él. Por lo demas, la calidad de la denuncia, la legalidad de su admision, el juicio que intente aquel Gobernador, que por la calidad de tal carece de las facultades supremas personalisimas del Metropolitano en casos como el presente (aunque como persona particular es digno de las mayores consideraciones, y merece todos mis respetos), las formas canónicas y carácter legal de aquel, y la autoridad con que pretenda erigirse en mi juez, todo, todo será objeto de mi primer cuidado al presentarme en cumplimiento de dicha Real Orden; y creo, que por mi parte no tendrá que sufrir humillacion ninguna la Dignidad del Episcopado de

nuestra Santa Iglesia. Tampoco toleraré sin las mas enérgicas reclamaciones el atentado cometido contra las Prerogativas de la Corona de España, en los derechos de su Patronato Real y Eclesiástico, altamente ofendidos por denunciadores y pretendido Juez Metropolitano, y comprometidos en el mas funesto conflicto por sorpresa ó error del Gobierno mismo. ¿Cómo podía yo desconocer, para no reclamar oportunamente, que por una denuncia sin responsabilidad, hija de la maqui-nacion de un Cabildo contra su Prelado electo ó consagrado (que para el presente caso es igual), Gobernador y Vicario Capitular, ante el Gobernador de un Metropolitano, que ninguna jurisdiccion ni facultades tiene sobre los Comprovinciales; cómo podía yo desconocer, repito, que ademas de quedar deprimida la Prerogativa Real, la Dignidad del Episcopado Español quedaba tambien degradada, sin respeto y sin prestigio, dejándola con tal ejemplo sometida á fáciles y repetidas denuncias de los Cabildos, las mas veces (como al presente) seducidos ó arrastrados por la maligna influencia de una ó dos personas coligadas contra sus Prelados, con quienes harto frecuentemente se hallan en discordia, y que los llevarían y traerían á su antojo, como ahora, por un error ó sorpresa, que se reproducirían, han conseguido hacer conmigo? No: yo voy á obedecer al Gobierno que es lo primero: así evitaré siniestras interpretaciones: despues reclamaré mis derechos con toda viveza y con mi energía natural: de este modo habré llenado todos mis deberes; y con mi previa obediencia al Gobierno de S. M. habré tomado mejor posicion, para defender los altos respetos de la Dignidad Episcoppal en mi humillada persona comprometidos.

Yo deseaba vivamente evitar al Gobierno de S. M. estos conflictos, y por eso, antes de que tomase resolucion, le supliqué, que con presencia de la denuncia y de los escritos denunciados, oyese una Junta de Obispos respetables y sábios, como los que á la sazón se hallaban en Madrid. Bien lo merecía la gravedad y novedad del caso, como todavia lo merece; porque siempre es tiempo de enmendar un error de gran trascendencia con tan deplorables consecuencias: mas tuve la desgracia, de que no fuese apreciada mi solicitud, como era justo y digno del Episcopado y de la Prerogativa Real. Aun insisto é insistiré en mi súplica á S. M., para que se digne adoptar esta prudentísima medida, y si lo tiene á bien, asocie á tan ilustres Prelados uno ó dos Ministros Fiscales de la Suprema Magistratura, para restituir así á la Dignidad Episcopal su decoro deprimido por mi ordenada presentacion ante el Gobernador del Metropolitano de Sevilla, y mantener ilesa en la Prerogativa Real su menoscabada Regalía.

Entre tanto suplico á tan dignos Prelados, como me han favorecido, y á todos los demas que tomen un vivo interés por esta causa, no olviden y tomen en cuenta las delicadas circunstancias políticas de Málaga, que no son las que menos han contribuido á tan terrible com-

promiso. Soy deudor del mas alto reconocimiento á tan Venerables Prelados, porque con sus cartas me han confortado y alentado, llenándome ál mismo tiempo de la mayor satisfaccion, al ver que el Episcopado Español, á pesar del abatimiento en que se le ha pretendido sumir, generalizando por sistema de muchos años acá en todos los establecimientos literarios las doctrinas mas depresivas de su divina autoridad y jurisdiccion, y persiguiendo á los hombres mas virtuosos, desde que se sospechaba, que no se conformaban con ellas, todavía dá señales de vida y electricidad; y me recuerda los tiempos del Arzobispo San Julian y los insignes Prelados sus compañeros en el Concilio de Toledo, y al Venerable é intrépido Arzobispo de Granada D. Pedro Guerrero, con sus ilustres compañeros los Santos Prelados de Guadix y de Segovia D. Martin Perez de Ayala y D. Melchor de Vozmediano en el Concilio de Trento.

Al dirigirme muy particularmente con mi despedida al Venerable Clero y demas fieles de esta Diócesis, manifestándoles las causas y motivo de mi viage á Sevilla, mi objeto principal és, prevenirlos contra las falsas y venenosas especies difamantes, que la malignidad de mis enemigos, como enemigos de la paz y de nuestra causa nacional, ha difundido, hasta por cartas circulares, y contra las imposturas y calumnias, que para consuelo y fortuna mia nadie ha creído; y asegurarles, que su fé es la mía, y que jamás tendrán pretesto para ser débiles en ella por ningun ejemplo de cobardía que les dé su Obispo. Bien podrán ostigarme hasta hacerme provocar el enojo de S. M., y que lo que por mis súplicas no he conseguido de su bondad Real, se verifique por una tal vez temeraria resolucion mía, que me aleje para siempre de la Dignidad Episcopal, que si hoy me fuera licito dejar, lo haría al momento, porque no la he apetecido, ni apetezco; y ahora solo conservo por la necesidad de su defensa: sufriré penalidades y malos tratamientos: se abreviarán los dias de una vida, toda desde mi niñez llena de angustias y de continuados terribles pesares; una vida que jamás ha sido mía, de que apenas en ningun sentido he gozado, ni me ofrece yá atractivos en la tierra; que he arriesgado por otros muchas veces espontáneamente, y no por razon de oficio ni deber; cuya reputacion he puesto en peligro al presente, con anticipado conocimiento, en lo mismo que dá motivo principal á esta persecucion, por haber salvado sobre mis hombros, y sobre mi conciencia Pastoral, por un esfuerzo de generosa, ó si se quiere, temeraria caridad, una oveja de mi rebaño, que por meras disputas de opinion se hallaba perdida. Acabará entre amarguras una vida, á la que por descanso de mi valetudinaria vejez se le ha impuesto la obligacion de soportar, en dias tan tormentosos como los presentes, el difícilísimo é insoportable cargo Episcopal; cargo, que visto hoy mundanamente, como se suele mirar, no ofrece mas, que la ingrata retribucion que yo experimento,

y que solo se puede sostener por una fé celestial, que resista todo género de pruebas, y una esperanza llena de temblor, que Dios me haga tenga cumplimiento por su infinita misericordia: todo en fin lo perderé en este mundo; pero no perderé mi fé, ni mi honor. Mas para ello necesito y suplico á todos los fieles, me auxilien y conforten, dirigiendo sus oraciones, y levantando sus manos al Todopoderoso, para que me dé el espíritu de fortaleza y resignacion, con que pueda sobrellevar noblemente mi desgracia, y salir pacientemente esta persecucion, con que Dios ha venido á probarme; de la que espero, con su divino auxilio, salir con mayor gloria, con mas firme fé, y con mas caridad, que la que tienen conmigo mis voluntarios y oficiosos enemigos. Málaga 1.º de Octubre de 1858. = *Valentin Ortigosa*, Obispo electo y Gobernador.

DON VALENTIN ORTIGOSA,

Obispo electo de Málaga, Arcediano de Carmona, Dignidad de la Santa Iglesia Patriarcal de Sevilla, Juez del Supremo Tribunal Real y Apostólico del Escusado, del Consejo de S. M., Gobernador, Provisor y Vicario Capitular de esta Diócesis de Málaga, nombrado por el Ilmo. Dean y Cabildo de la misma, Sede Episcopali vacante, con omnimoda jurisdiccion &c.

Para rectificar el juicio dudoso ó equivocado, que haya podido formarse de mis doctrinas, con motivo de mi viage á Sevilla de órden de S. M. á dar razon de ellas ante el Metropolitano, en virtud de haber sido denunciados y calificados en mal sentido por este Cabildo Eclesiástico de Málaga algunos de mis escritos; y reconociéndome obligado á dar á todos los fieles cristianos, y singularmente á los de esta Diócesis, cuyo pastoral cuidado me está encargado, un publico testimonio de mi fé; he creido conveniente publicar dichos escritos, para que cotejando todos, sábios y menos sábios, la doctrina contenida en ellos, el modo y objeto de proponerla, con la fé recibida de sus padres, vean si hay contradiccion con alguno de los artículos de nuestra creencia católica.

Me dirijo muy particularmente respecto de las doctrinas que no estén al alcance de todos, no á los Teólogos y Canonistas de un solo libro, y que solo hayan adquirido los conocimientos triviales de las aulas; sino á los profundamente instruidos en la historia de la Iglesia y demas ramos de las ciencias Eclesiásticas, y que no se hallen ligados con las preocupaciones intolerantes de la escuela ultramontana; cuyo juicio, que no dudo está unido y conforme al mio, decidirá, si en los siguientes escritos hay alguna proposicion, que esté en contradiccion con los artículos de la fé y creencia universal de la Iglesia, y si ha habido motivo para semejante denuncia, y demas procedimientos que se han seguido.

DOCUMENTO N.º 1.º

PROVIDENCIA.==Málaga 22 de Enero de 1838.==Vistos estos antecedentes con la madurez y reflexion que exige un negocio de suyo tan delicado, y de tan graves y trascendentales consecuencias; precisados á esponer, aunque solo con muy ligeras indicaciones, los errores

y equivocaciones, que tanto contra la divina autoridad de los Obispos, como contra las Regalias y Prerogativas de la Corona y leyes vigentes del Reino se han sentado por el Cabildo, en el informe que le pidió nuestro Predecesor, á quiea, contra su intencion, ha inducido á caer en un error muy lamentable, de resultados legales y de conciencia muy funestos; y para que sirva de satisfaccion y tranquilidad de conciencia á cualquiera que haya dudado ó dudase en adelante de la legalidad de esta nuestra providencia, hemos acordado y acordamos lo siguiente:

1.º Considerando que D. Francisco de Paula Fernandez obtuvo sentencia judicial pronunciada por el Vicario Capitular, regente de la jurisdiccion Episcopal ordinaria de esta Diócesis, por la cual se declaró nula la profesion religiosa del mismo, y por tanto sugeto hábil para contraer matrimonio:

2.º Que esta sentencia no fué reclamada en tiempo oportuno, ni por el Fiscal, ni por ninguna otra persona, autoridad ni corporacion:

3.º Atendiendo á que la referida sentencia, transcurrido el plazo marcado por las leyes sin haber sido reclamada, fué declarada por consentida y pasada en autoridad de cosa juzgada, adquiriendo por esta declaracion tal fuerza y vigor, que ni Tribunal alguno, ni autoridad igual ni inferior pudo oponerse á su ejecucion bajo ningun pretexto, ni aun el del mas íntimo convencimiento de la conciencia particular:

4.º Considerando que en el hecho de haber mandado nuestro Antecesor pasar á la via gubernativa el espediente judicial ejecutoriado, con el ramo sobre dispensa de proclamas del Fernandez, y proveido auto en nueve de Mayo de mil ochocientos treinta y siete, con el objeto de que informase el Cabildo, si el Fernandez era sugeto apto para casarse con Doña Rosa de Rivas, y recibir este Sacramento de la ley de Gracia, sometió á la misma via gubernativa, con atentado contra la independencia del poder judicial, la sentencia ejecutoriada del Tribunal Eclesiástico, cuya autoridad, aunque simultánea en una misma persona, ejerce dos diversas é independientes atribuciones; atentado que al fin se consumó por la providencia gubernativa de veinte y ocho de Julio de mil ochocientos treinta y siete, dejando sin efecto la sentencia ejecutoriada:

5.º Considerando que el Cabildo, en lugar de haber atendido á rectificar en su informe el juicio equivocado, que contenia la anterior providencia, se estendió, menos que en esto, en formar una larguísima disertacion académica, llena de paralogismos y consecuencias equivocadas, que confirmaron en el error al Vicario Capitular:

6.º Atendiendo á que los principios en que funda el Cabildo toda su doctrina, para sacar de ella con repeticion sus consecuencias, son inadmisibles y aun intolerables, á saber; «La potestad de la jurisdiccion dada inmediatamente por nuestro Salvador á San Pedro, y por él y en él á sus Cólegas en el Apostolado, que es la misma que ob-

„ tiene hoy su Sucesor, *único Vicario de aquel Señor en la tierra;*” cuando toda la Iglesia universal ora unánimemente con la simplicidad de la fé, y sin lugar á interpretaciones y distinciones, que ha fingido el escolasticismo, desconocidas en los primeros siglos de la Iglesia, acerca de la sucesion de los Obispos en el gobierno y jurisdiccion ordinaria de los Apóstoles, como se vé en el prefacio de la misa en las festividades de los mismos, diciendo; *ut iisdem Rectoribus gubernetur, quos operis tui Vicarios eidem contulisti præesse Pastores*, siendo un axioma teológico, que la regla de orar nace de la regla de creer:

7.º Atendiendo á que es igualmente inadmisibile el principio que sienta, de que la *Dignidad de los Prelados se la ha conferido el Señor, y la Santa Sede Apostólica, como origen, fuente y raiz de toda potestad Eclesiástica*, porque asocia y confunde una verdad con un error; es decir, que el Señor, como origen, principio y raiz de toda potestad Eclesiástica, ha conferido la Dignidad á los Prelados, es una verdad de fé; pero que la Santa Sede Apostólica tambien es al mismo tiempo origen &c. de aquella Dignidad, es un error; y el asociar la verdad al error para establecer un principio, es un solisma intolerable en un negocio tan sagrado:

8.º Considerando que el Cabildo para fundar su informe acerca de la validez ó nulidad del juicio presente, se ha valido y compendiado ademas cuantas máximas se han inventado para apoyar la pretendida Monarquía universal, y dominio supremo de los Papas, á saber. «La potestad de jurisdiccion dada inmediatamente por nuestro Divino Salvador á San Pedro, y por él y en él á sus Cólegas en el Apostolado, que es la misma que obtiene hoy su Sucesor, *único Vicario de aquel Señor en la tierra*, debe ejercitarse segun las reglas, que él mismo, ó la Iglesia docente presidida por él hayan establecido bajo su aprobacion y confirmacion, sin cuya sancion ninguna regla disciplinar tiene valor ni fuerza obligatoria, por lo cual todos los verdaderos Concilios Ecuménicos, todos los Nacionales y Provinciales celebrados en todo el mundo católico, y todos los Obispos verdaderamente tales, sin querer rivalizar con el Pontífice Romano, Príncipe de toda la Iglesia, Obispo de los Obispos, Pastor de los Pastores, centro de la unidad, piedra fundamental de la Iglesia &c. &c.:" y despues «la potestad de jurisdiccion de los Obispos procede de única y esclusivamente del Vicario de Jesucristo, Sucesor de San Pedro..... y de consiguiente, residiendo en su persona la plenitud de la potestad, justa y lícitamente dá á los Obispos la parte que cree convenir para bien de sus respectivos rebaños, y se reserva las demas..... &c.” Cuyas máximas, en que se hallan notablemente mezcladas algunas verdades con muchos errores, son una injuria al Episcopado en general, y al derecho divino de cada uno de los Obispos, que recibieron inmediatamente del Espiritu Santo la jurisdiccion

y potestad de regir su grey, como espresamente dice San Pablo, y escándalo intolerable á toda la Iglesia, cuyo gobierno espiritual seria imposible en toda la redondez de la tierra, circunscribiendo toda la jurisdiccion en el Papa á su voluntad, como pretendido solo Virario de Jesucristo, cuando solamente es *único* en el Primado para mantener la unidad de la fé:

9.^o Atendiendo á que toda esta doctrina de la *exclusiva* jurisdiccion Papal es un dogma nuevo, y por lo mismo falso, desconocido en los cinco primeros siglos de la Iglesia, como se vé acreditado en los mas célebres autores de la historia eclesiástica por mil hechos prácticos, especialmente el del Presbítero Apiario escomulgado por su Obispo, y admitida la apelacion por el Papa Zozimo; y que doscientos diez y siete Obispos de Africa reunidos en Cartago, con motivo de este grave conflicto, bajo la presidencia de San Aurelio, entre los cuales se hallaban San Agustin, San Alipio y San Posidio, rechazaron las pretensiones de Roma, obligando al Papa á que retirase á su Legado el Obispo Faustino, y otros Presbíteros y Diáconos que con igual carácter le acompañaban, y escribiéndole una Epístola Sinodal, á fin de *que no volviese á enviar sus Clérigos para ejecutar sus órdenes*; añadiéndole tambien estas muy notables palabras acerca del Legado Faustino: *nosotros contamos, que sin alterar la caridad fraterna el Africa no será obligada á sufrirle &c. &c.*:

10. Considerando asimismo, que el usar los Obispos de sus primitivos derechos Episcopales y de su jurisdiccion propia, emanada de solo Jesucristo y no del Papa, desde los primeros siglos de la Iglesia, con toda la estension que contienen las palabras de Jesucristo, *sicut missit me Pater et ego mitto vos*, es y ha sido tambien la doctrina de la Iglesia de España, recientemente puesta en práctica, y mandada observar en el año mil setecientos noventa y nueve por la Autoridad Real, á pesar de las heretificatorias censuras de la Bula *Auctorem fidei*, con que amenaza el Lmo. Cabildo en su informe; y que el ejercicio de aquellas facultades jurisdiccionales en toda su plenitud, en nada perjudica, ni á la unidad de la Iglesia, ni á la obediencia debida al Pontífice, ni á la Supremacia del Primado del Papa, que reconocen todos los Obispos de la Cristiandad:

11. Considerando que el Cabildo hace una explicacion y aplicacion equivocada de las palabras que dijo Jesucristo á San Pedro; *tibi dabo claves Regni Cælorum*, contra la verdadera inteligencia que le dan los Santos Padres, y especialmente San Agustin, que explicando estas palabras, dice; que habiendo sido interrogados por Jesucristo los doce Apóstoles, sobre lo que ellos creían que era él mismo, Pedro, respondiendo por todos, por todos y con todos recibió la respuesta del *tibi dabo claves Regni Cælorum: ideo unus pro omnibus, quia unitas est in omnibus &c.* Y en otra parte: *quoniam in significatio-*

ne Petrus figuram gestabat Ecclesiae, quod illi uni datum est, Ecclesiae datum est; con cuya inteligencia está perfectamente de acuerdo la definicion dogmática del Concilio de Trento:

12. Atendiendo á que el Cabildo se apoya tambien para sostener sus exóticos asertos, que indujeron en error á nuestro Predecesor en el Vicariato Capitular, en la rara autoridad de San Francisco de Sales, que dice aquel, que dijo; *que el Papa y la Iglesia son una misma cosa;* lo cual, con el debido respeto al referido Santo, cuya santidad profundamente veneramos, cualquiera conocerá, que es una doctrina inalmisible; y como tal la rechazamos:

13. Considerando ademas que el Cabildo en su informe confunde la disciplina universal Eclesiástica en lo esencialmente espiritual, con la parte exterior y temporal de la jurisdiccion, que ejerce la Iglesia por la concesion piadosa de los Príncipes de la tierra en beneficio de la misma Iglesia y del Estado:

14. Atendiendo á que las formalidades que pretende exigir el Cabildo en virtud de la Bula de Benedicto XIV, como necesarias para la validez del juicio, casi todas eran de todo punto imposibles, tanto porque ha variado esencialmente por nuestras leyes posteriores el estado monástico, particularmente en sus votos de obediencia y pobreza, como porque son un gravámen insoportable de conciencia para los fieles, por la conocida dificultad y perjudicial tardanza en nuestras comunicaciones con la Santa Sede:

15. Considerando por último respecto de las doctrinas que sienta el Cabildo, que son inadmisibles, intolerables y de consecuencias tan perjudiciales en el gobierno práctico de la Iglesia, como lo han sido al presente, haciendo caer en el error mas grave y trascendental al Vicario Capitular, que le consultó; que sería interminable seguir uno por uno todos los principios de Escuela, que han hecho tan escesivamente difuso el referido informe del Cabildo, y que han obligado á dar, aunque con repugnancia, tanta estension á esta providencia:

16. Considerando, como se ha dicho, que el Cabildo se equivoca, cuando asienta el hecho, de que Fernandez *está en el mismo estado que antes de principiarse el juicio; inodado con un impedimento dirimente,* cuando yá por una ejecutoria judicial había sido declarado hábil para contraher matrimonio; y que un recurso de fuerza, que es lo que legitimamente procedía, produciría en estas tan delicadas circunstancias un conflicto de muy desagradables consecuencias, tanto para el Vicario Capitular nuestro Predecesor, como para el Cabildo que le indujo en error, porque el resultado no podía ser otro, que obtener el referido Fernandez la proteccion de la Autoridad Civil, á la que se vería precisada á ceder la Eclesiástica, en razon del poderoso derecho que le ha dado la sentencia ejecutoriada:

En vista de todo, y de lo que nos dicta en el presente caso nues-

tra conciencia, y la mas generosa caridad, felizmente de acuerdo con la ley; decretamos: que interponemos toda nuestra autoridad, y que por ella debemos remover y removemos cuantos obstáculos se han opuesto á la ejecucion de la sentencia definitiva, pronunciada por este Tribunal en once de Marzo del año próximo pasado, y declarada por consentida y pasada en autoridad de cosa juzgada en veinte y dos del mismo mes, por la cual se declararon rotos, nulos é insubsistentes los votos solemnes, que D. Francisco de Paula Fernandez hizo en su profesion, nula en sí misma, y á este libre de ellos, y en aptitud de elegir el estado que mas bien visto le fuere; cuya sentencia mandamos se lleve á debido efecto, y á tal fin librese por la Notaría mayor el correspondiente testimonio de esta providencia, con insercion del citado auto definitivo de once de Marzo del año último, el cual se entregue al mencionado Fernandez para los usos convenientes: devuélvase á la misma Notaría mayor el expediente judicial, estendiéndose á su continuacion copia certificada de la presente providencia, y únase al mismo la solicitud del referido Fernandez, en que pide la dispensa de proclamas, para su continuacion por la dicha Notaría hasta su definitiva resolucion; quedando el presente ramo en la Secretaría de Gobierno para su custodia en el archivo.=Valentin Ortigosa, Obispo electo y Gobernador.=Por mandado del I. S. Obispo electo y Gobernador.=Ldo. D. José Soruá, Secretario. (1)

DOCUMENTO N.º 2.º

ILMO. SEÑOR.=He recibido con el mayor sentimiento la comunicacion y prevenciones, que el M. I. Cabildo ha tenido por conveniente hacerme en fecha 12 del presente, con motivo de la noticia que le di del nombramiento de mi Secretario de Cámara y Gobierno en el Ldo. D. José Soruá, Abogado de los Tribunales de la Nacion. Aun

(1) NOTA. El informe del Cabildo, que provocó la anterior providencia, fué estendido y redactado por D. José María Muñoz de Aguilar, Doctoral de esta Santa Iglesia: el mismo, segun tengo entendido, ha sido el censor oficial de mi providencia nombrado por el Cabildo, y luego denunciador, como individuo de la Corporacion. Así ¿qué extraño es, que califique de heréticas y cismáticas las doctrinas de mis escritos, que se oponen á sus intolerantes principios ultramontanos? Tampoco es de admirar, que algunos de los Calificadores de Sevilla, coincidiendo en los mismos intolerantes principios ultramontanos, hayan coincidido tambien en las mismas censuras.

me ha sido más doloroso, que faltando á la modestia y á la caridad, se haya con tal ocasion entregado á inducciones tan mortificantes, y tan ajenas de mi carácter, como del propósito mismo, á que aspira el M. I. Cabildo. Esto me obliga á declarar una y mil veces, aunque sin necesidad, que en el nombramiento para mi Secretario de Cámara y Gobierno no he tenido, ni podía tener la mas remota idea de ofender en lo mas leve al Sr. Canónigo Lopez, Secretario anterior, ni al Cabildo; ni menos perjudicar ninguno de sus legítimos derechos. Mas habiendo yo creído cuando hice el referido nombramiento, y creyendo aun en este presente momento, que he usado legítimamente del mio, nombrando un sugeto de mi confianza, no puedo menos de hacer presente al M. I. Cabildo, cuán sensible me es este conflicto. Se agrava mucho mas cuando me dice, que vuelve á confirmar en el mismo destino al referido Sr. Canónigo D. Salvador Lopez, el cual, dice el Cabildo, «se presentará en la Secretaria á desempeñar su oficio, siendo del cuidado de este Cabildo notificarlo así á las oficinas de la jurisdiccion Eclesiástica, para que sepan y les conste que continúa, mientras que V. S. I. no haga ver al Cabildo motivos legales para que sea separado.» Perdóneme el Cabildo que le haga presente, que esta arrogancia y desafío de autoridad no es conforme al espíritu de la Iglesia, ni puede ceder en bien de la misma; y esto equivale á decir que no haya Gobierno, pues que mi confianza está depositada en otro; y la he depositado así, porque es esclusivamente mía, y no parto con nadie la responsabilidad de los actos de mi gobierno: y aquí me veo obligado por un altísimo deber á una dolorosa reticencia, á que no quisiera haberme visto provocado. (2)

Por lo demas, la parte doctrinal, que en apoyo de su derecho ha tenido por conveniente esponer el Cabildo, y en cuya discusion no es del caso presente entrar, no es tan exacta y verdadera para mí, como parece serlo á esa Ilustre Corporacion.

(2) El suceso justificó completamente la medida. Entre otras cosas graves, de que debía tomar conocimiento, las indicaciones que se me hicieron en la Secretaria de Estado antes de mi salida de Madrid, acerca de las fundadas sospechas que tenía el Gobierno, de que en Málaga se mantenía correspondencia secreta y criminal con Roma, por cuyo conducto se recibían bulas y breves, que se ejecutaban sin el *Regium exequatur*, atentando así á la Prerogativa Real, quedaron plenamente justificadas, con las que resultaron llevadas á efecto por mi Antecesor en el Gobierno D. Manuel Diez de Tejada, Dean de esta Santa Iglesia, y su Secretario nombrado por el Cabildo el Canónigo D. Salvador Lopez; cuyo expediente formado de Real orden está aun pendiente de resolucion de S. M., con quien he intercedido, para que todo lo subsane, y por su Real Clemencia se contente con dirigir á aquellos una benigna correccion reservada. En recompensa de este acto de generosidad me han denunciado como se vé.

Bien sabe el Cabildo, y yo tambien sé, que bajo el especioso nombre y apariencia de loables costumbres, se sostienen muchos abusos en la Iglesia de Dios; y que ademas hay costumbres, que si fueron loables en ciertos tiempos y circunstancias, en otros diversos, y otras distintas, serian de gran perjuicio á la Iglesia misma. Pero sin meterme á calificar en el presente caso, si aunque hasta aquí haya podido ser loable la costumbre de que el Cabildo nombre los Secretarios de Cámara y Gobierno de sus Vicarios Capitulares, limitándose estos á administrar la jurisdiccion con los oficiales que él mismo les nombre ó les tenga nombrados, con las demas restricciones que añade en su presente comunicacion, declaro por mi parte, como Obispo electo de esta Santa Iglesia, con la que por esta razon estoy ligado con grandes derechos y deberes, y como Gobernador de ella, que con tan degradante dependencia, cual pretende imponerme el Cabildo, me es imposible corresponder á la confianza de S. M., ni al grande objeto que se ha propuesto al trasmitirme su Real Autoridad, para que en union con la Eclesiástica, que me ha trasmitido la Iglesia por medio de este M. I. Cabildo, gobierne esta Diócesis, de la que he sido nombrado Prelado y Pastor por S. M. en el nombre y virtud de la Iglesia misma por su Patronato Eclesiástico y Prerogativa Real. Deseo que el Cabildo medite mucho sobre estas últimas cláusulas y su estension. Conozco las disposiciones de Inocencio III, y las de la Estravagante de Bonifacio VIII, y las respeto, aunque dadas á la sombra de la ignorancia de aquel tiempo; pero tambien conozco la Iglesia de Dios, única fuente y raiz de toda autoridad espiritual, y conozco su disciplina de muchos siglos, en que los Obispos, en virtud de sola su eleccion, hecha por legítimo Patrono en nombre de la Iglesia, entraban *ipso facto* en el gobierno de sus Diócesis, sin perjuicio de su posterior confirmacion y consagracion, por la que adquirirían otros derechos y deberes; y sin que yo aspire á tanto, si aspiro á que se reconozca la Dignidad Episcopal sin degradacion, y que no es lo mismo un simple Vicario Capitular, que el Obispo electo de una Iglesia, nombrado Gobernador de ella misma. El Cabildo me ha provocado á hacer esta vindicacion del Episcopado, á la que daría mayor estension y pruebas de hecho, si la necesidad lo exigiese.

Todo cuanto el Cabildo se permite decir sobre *separacion* del Secretario, el Señor Canónigo Lopez, me dispensará que le diga, que está demasiadamente exagerado, y es de todo punto inexacto. Yo no he pronunciado la degradante palabra *separacion* aplicada al caso presente: ahí está mi oficio, puesto en los términos mas sencillos y corteses: que se haga el cotejo con todo lo que se permite decir el Cabildo. Yo le entendido y entiendo, que á mi posesion del Gobierno era consiguiente, á mi voluntad, la *cesacion* del antiguo Secretario. *Cesacion*, y *no separacion*. Apelo á la honradez del mismo Sr. Canónigo Lo-

pez, á quien le dije amistosamente, que la necesidad de los negocios, y ciertos conflictos que habian creado las tristes circunstancias, en que tanto él, como el Cabildo y su anterior Gobernador se habian visto en las pasadas escisiones políticas de esta Provincia, me ponían en el sensible caso de nombrar otro Secretario: y no solo no lo repugnó, sino que me dijo, que le aliviase de esta carga lo mas pronto posible. Aun le insinué, que él mismo pusiese el oficio con todas las demostraciones satisfactorias que para sí quisiese. Este es mi noble y sencillo proceder, del que no me arrepiento. Mi entendimiento caerá mil veces en error; mi voluntad no.

En virtud de todo lo espuesto, y deseando que esta no sea una disputa de ultramontanos y cismontanos de ulteriores consecuencias, me ha parecido conveniente consultar al Gobierno de S. M., para que la decida como tenga por mas acertado; pues que tambien de su Autoridad Real se trata, y es muy dueño de estenderla ó limitarla; estando yo muy pronto á pedir á S. M. su Real permiso para renunciar el cargo de Gobernador de la Mitra, si no he de poder desempeñarlo, sino con la servil dependencia, las restricciones y limitaciones, que el Cabildo me hace presente en su actual comunicacion, á que contesto.

Entretanto debo hacer presente al M. I. Cabildo, que la administracion de justicia, y varios asuntos muy urgentes de este Gobierno Eclesiástico han quedado parados, y la responsabilidad no puede ser mía, no habiéndose tampoco servido el Sr. Gobernador mi Predecesor entregarme con el Gobierno la llave del escritorio, en donde están archivados los expedientes reservados; siendo este un atentado en todo sentido, que puede ser muy funesto. (5)

El que mi nombramiento haya recaído en un seglar de mi confianza, y no en un eclesiástico, no debía haber sido para el Cabildo un motivo de justificada resistencia por las razones que espone; pues que en esta misma Curia me encuentro con un simple Abogado de Málaga, seglar, nombrado Fiscal Eclesiástico, y entendiendo como tal en los negocios mas íntimos y delicados del Gobierno, y acusando por su oficio á los Clérigos criminales. El Sr. Obispo de Barcelona N. hizo las mayores instancias al Sr. D. Gaspar de Jovellanos, para que venciese la repugnancia del Sr. D. Agustín Argüelles, á fin de que admitiese este su Secretaría de Cámara y del Gobierno Eclesiástico: al

(5) El Cabildo, luego que recibió el oficio, en que le comunicaba mi nombramiento de Secretario, procedió por vías de hecho al atentado de recoger las llaves de la Secretaría Episcopal y los sellos del Gobierno, que no me entregó hasta que recurrí á la autoridad Civil, para que me protegiese en nombre de S. M. en el libre ejercicio de mi autoridad.

fu la admitió; y así empezó su carrera este insigne sábio Español, de Secretario Episcopal; y era seglar; y á nadie ocurrió escrúpulo ni dificultad. Omito contestar á otros varios puntos que contiene la comunicacion del Cabildo, porque no debo esponerme al peligro de faltar á la caridad, dando pábulo á la discordia, que tan amargamente provoca bajo el pretexto de la defensa de su pretendido derecho.

No puedo espresar sino con lágrimas de mi corazon, que este incidente haya venido á llenarme de mortal amargura en los primeros dias de mi gobierno; y espero que el M. I. Cabildo, haciendo honor y justicia á mi lealtad, y á mi carácter naturalmente franco y sencillo, se persuadirá, que de ningun modo quiero entablar disputa por pretensiones de amor propio, ni de ninguna otra cosa, que pueda perjudicar á nuestra íntima union y fraternal caridad. Por lo mismo me ha sido tan sensible, que el simple acto, necesario en estas circunstancias, de nombrar un Secretario de mi confianza, haya merecido, con ocasion de esponer su creido derecho, inducciones y consecuencias tan fuera de propósito, tan ofensivas y tan ajenas de una Corporacion Eclesiástica tan respetable, aun cuando yo hubiese procedido con un error, en que á mi parecer no he incurrido.

Prosiguiendo noblemente en mi conducta, como es mi carácter, hago saber al M. I. Cabildo, que doy cuenta á S. M. de este negocio con copia de su citada comunicacion, á fin de que deduzca sus derechos ante la Autoridad Real como tal, y como Protectora de la Iglesia.

Dios guarde á V. I. muchos años. Málaga 15 de Enero de 1838.
 =Valentin Ortigosa.= Ilmo. Sr. Dean y Cabildo de esta Santa Iglesia Catedral.

DOCUMENTO N.º 3.º

ILMO SEÑOR.=Cuando tuve el honor de consultar al M. I. Cabildo, acerca de las consideraciones y preeminencias, que tuviese acordado ó acordase, en virtud de la Real Orden de 13 de Setiembre próximo pasado, en la que S. M. se dignó manifestar á V. S. I., que esperaba me guardaría todas aquellas, á que *tiene derecho su Prelado electo por su alta Dignidad y carácter*, debo confesar ingenuamente, como confieso delante de Dios, que mi ignorancia del pormenor de estas cosas, que nunca estudié, porque nunca pensé en ser Obispo, motivó mi consulta, y el deseo de saber lo que me correspondía, no por mí, sino por el derecho de la alta Dignidad y carácter de Prelado electo.

Yo, Ilmo. Sr., le debido á Dios la gracia de no haber tenido as-

piraciones ambiciosas, ni menos pretensiones á distintivos de ruidosa esterilidad; ni conozco la vanidad, ni otras cosas de esta clase, que suelen lisongear á la humana flaqueza, aunque estoy tan sugeto á ella, y mucho mas, que los demas hombres. Tambien debo hacer á V. S. I. otra confesion como delante de Dios: no me ocurría, ni por sombra, que S. M. pensase en mi para elegirme Obispo, cuando fui sorprendido con la gaceta que incluía el tan amargo Real nombramiento. Temblé como un hombre atacado de parálisis mortal.... «Solo Dios, y yo,, que me conozco, (dije á S. M. despues de pasada la sorpresa) sabemos mi incapacidad y mi ineptitud: yo no puedo ser Obispo....» y á pesar de cuanto despues pasó para arrancarme la aceptacion, y de lo que actualmente pasa, yo tengo dentro de mí corazon la esperanza de que no lo seré, porque no se consumará. Así les digo y repito á mis amigos con frecuencia, que me observen, y verán prácticamente la prueba, de que yo no sirvo para Obispo; y el no haber querido jamás, ni aun ahora querer serio, y el pedir á Dios no quererlo nunca, no es mas que la conviccion, de que no tengo las cualidades propias en estos tiempos para serlo. Por eso tiemblo; y allá en las cuentas que cada hombre tira á sus solas, ajustando á veces las mías, aun postrado ante las misericordias del Señor, he salido lleno del mas desconsolado temor por mi salvacion. Todo esto que digo, y que no se debe atribuir á modestia, ni fa sa ni verdadera, sino á la espresion franca de un hombre de bien, que crece llegó el caso de decir ingénuamente de oficio lo que repite con frecuencia á todo el mundo; todo esto, digo, pondrá á V. S. I. en el caso de hacerme la justicia de creer, que no fué mi consulta motivada por querer ser, ni parecer, pues que desaparecer es lo que ha deseado y desea mi alma; sino por saber á que atenerme, para no caer en falta; ni que por mi descuido ú omision en no reclamar, se desdorase por mí la alta Dignidad de Prelato, segun yo la entiendo, y lo que S. M. hubiese querido entender que se la debía de derecho en su Real Orden citada.

Mas al mismo tiempo debo con la misma franqueza confesar, para que la bondad de mis hermanos me la tome en cuenta para su indulgencia, la parte de flaquezas, en que puedo facilmente incurrir por mi constitucion y genial carácter. Este es naturalmente activo, enérgico, resuelto, constante; y donde, despues de meditado, hallo la conviccion del deber, soy vehemente, y quizá contra mí muchas veces, imprudente: al lado de estas cualidades geniales, que me harán caer en muchos defectos y errores, soy muy tolerante y condescendiente; reconozco superioridad en todos los hombres, que saben algo con delicadeza; de todo el mundo quiero aprender; no conozco el orgullo, ni la elacion, y para no ser ni aun tentado de ella, publico con toda ingenuidad mi poca aptitud, mis poco apreciables cualidades, y hasta el humilde hogar en que nací. De una sola dicha gozo entre todas las ad-

versidades de una penosa vida, y que todo me lo compensa. Jamás me he hecho un enemigo, porque yo no puedo serlo de nadie, ni de nadie he sido ni soy rival. Mi puesto está siempre desocupado para cualquier otro, que pueda hacer el bien mejor que mi pobre capacidad; pero colocado en un puesto, lo he de llenar segun toda mi posibilidad: tal es mi carácter genial. Todo este fastidioso preámbulo me ha sido necesario, para que se rectifiquen, si por acaso ha habido ideas equivocadas, y que no se atribuyan mis dichos y hechos á vanas pretensiones que desconozco.

Pero aparte yá todo esto, y viniendo á la contestacion, que por unanimidad ha acordado el Ilmo. Cabildo, debo decir, que penetrado de lo que es el Episcopado, de la degradacion á que ha venido á descender por la desgracia de los tiempos, y despues de un profundo estudio de antiquísimos monumentos auténticos de la Iglesia, harto olvidados y desconocidos de la mayor parte, junto todo á mi ardiente deseo de trabajar en la restitution de sus altos derechos, soy llevado, como por instinto de conciencia, á procurar, que ya que me llegó el caso, é imperiosas circunstancias de larga prevision lo demandan á vista del critico estado en que se halla hoy la pobre Iglesia de España, se entre en discusion, para que mutuamente nos ilustremos y se ilustre todo el mundo, y que prescindiendo del espíritu de las escuelas ultramontana y cismontana, del impracticable jansenismo filosófico, del abominable, grosero é hipócrita jesuitismo, y de la aglomeracion de doctrinas impertinentes, basadas sobre principios no convenidos, fijemos estos, que es lo esencial. Es por tanto necesario desprender esta contestacion de todo lo que sea personal, y tratarla por separado. La cuestion merece otro terreno distinto de aquel, en que ni por sombras se vea por la suspicacia mas sutil otra intencion. Para esto tampoco sirven, sino de enojoso tedio y embarazo, todas las trivialidades de la doctrina benefical; pues al Episcopado, sin descender al ridículo, no se le ha podido llamar beneficio; ni menos vienen al caso tantas fastidiosas citas de la Sagrada Congregacion de Ritos; ni tampoco el recuerdo repetido de perniciosas fórmulas inventadas en tiempos modernos, y dadas á jurar sin deliberacion y maduro exámen, con peligro de desacatar jurando el nombre de Dios en vano, á cuya sombra se mantienen abusos y se perpetúan errores bajo nombres especiosos y piadosos; ni son oportunos los dichos, que se refieren á otro propósito, ni las argucias é interpretaciones arbitrarias del sutil escolasticismo, ni otras muchas cosas de esfera inferior, que son algo mas que impertinentes al solo aspecto y grave anuncio de tan alta cuestion. (4) ¿De

(4) El Cabildo en su comunicacion de 24 de Enero hizo descender, degradó y ridiculizó al Episcopado, hasta el estremo de aplicarle la trivialísima doctrina

dónde procede la Dignidad Episcopal? ¿De dónde nace, y desde que punto comienza la Potestad Episcopal en el Obispo? Descaría tener mas tiempo que emplear esclusivamente en esto; mas V. S. I. sabe, que ni los muchos negocios, ni mi quebrantada salud alcanza á tantas horas de trabajo diario. Pero ya que V. S. I. cree, que la Dignidad del Prelado electo, Gobernador de su Iglesia, no tiene mas derechos á otras consideraciones y preeminencias, que las que gratuitamente quiera dispensarle, ni, dice, que pueden espresarse de otro modo (y eso por pura atencion), que poniéndole un tapete á los pies el dia que quiera ir al Coro, y sentándose en una silla inferior el Prelado, porque todo lo demas lo guarda para despues de la confirmacion y consagracion, no puedo menos de decirle, que aunque así se verifique de hecho, y soy el primero á respetar, estoy no obstante en la mas grande oposicion con los principios en que funda el Cabildo su creencia, y por lo mismo tampoco puedo convenir en sus consecuencias. (5) Me-

sobre colacion y posesion de Beneficios, pretendiendo con ella decidir sobre la Potestad y Dignidad de los Obispos electos, como si el Episcopado fuese un Beneficio simple. Igualmente con quince inoportunas y nauseabundas citas de la Sagrada Congregacion de Ritos, que dice el Cabildo *ser la única autoridad en la materia*, otras de sus constituciones Capitulares, y otras fórmulas abusivas de nueva invencion quiere sostener sus pretensiones degradantes del Episcopado, llamando á aquellas disposiciones particulares, locales y reglamentarias, como para imponer, con los nombres de Cánones de la Iglesia, leyes Eclesiásticas, disciplina universal de la Iglesia. Esta inexactitud de language, por no llamarla con su verdadero nombre, marcará bien, para todo hombre instruido en las ciencias Eclesiásticas, la desigualdad de este debate, con cuanta pena y trabajo hay que luchar contra la ignorancia, y con cuantos peligros de aparecer con los ignorantes con las notas de irrespetuoso y cismático, y aun con olor y sabor de cosas peores.

(5) De tal manera ha desconocido la intolerante escuela ultramontana la Potestad, la Dignidad y los derechos de los Obispos electos, y ha encallecido voluntariamente las pupilas de sus ojos para no ver, que no obstante que hallan sus adeptos por una sucesion de muchos siglos, que los Soberanos los tratan como Magnates, como grandes Dignatarios, como Consejeros; que los Sumos Pontífices los llaman Hermanos y Coepiscopos, y declaran enemigos personales suyos y de la Santa Sede á los Diocesanos de su jurisdiccion, que no les presten todo honor y reverencia, como declaró San Gregorio respecto de Sanzón, Obispo electo de Orleans; que los ven asistir á nuestros Concilios nacionales presididos por Cardenales Legados del Papa, con igualdad de voto que los demas Obispos consagrados; y finalmente, que leen todos los dias, aunque sin sentir, en sus mismos Decretalistas el epígrafe *de Electione et Electi Potestate*, todavía insisten en hacer creer, y se empeñan en inducir en el error, de que los Obispos electos carecen de Potestad, y que en calidad de tales no han sido elevados á mayor Dignidad, ni adquirido para con su Iglesia ningunos derechos, como lo hace el Cabildo de

nos puedo persuadirme, que un insignificante tapete, que puesto ni quitado importa nada, para que merezca ser citado por modelo de humildad en el presente caso; que un mezquino, ridiculo tapete, digo, puesto debajo de los pies en el Coro, sea digna satisfaccion á la viva expresion de los elevados sentimientos de S. M., cuando recomendó modestamente á V. S. I., pudiendo haberlo hecho soberanamente, y se dignó manifestar el derecho, que como Obispo electo tengo, á preeminencias, que corresponden á la alta Dignidad y carácter de tal Prelado. ¿Puedo ó no puedo entrar en la Iglesia de que soy Prelado como tal? El Cabildo dice que no. ¿Puedo ó no entrar como Pastor en la Iglesia de que soy Obispo? El Cabildo contesta que no; sino

Málaga en su comunicacion de 24 de Enero, en que dice, que yo por ser Obispo electo no ocupo actualmente otro puesto en la Iglesia, que el de Sacerdote en la gerarquía de institucion divina, y en la Eclesiástica el de Dignidad de Arcediano de Carmona en la Santa Iglesia Patriarcal de Sevilla. Yo envío por último á mis denunciadores, censores y calificadores á que vean, estudien y mediten la respetable autoridad de Inocencio III en el capítulo 2.º de Traslac. Episcop., donde dice: *Unde cum non sit majus vinculum Episcopi (consecrati) ad Ecclesiam, quam electioni, maxime cum fuerit confirmatus, imo idem pœnitus et non aliud, idem juris obtinet in utroque.* Este vínculo, esta recíproca obligacion, que contrahe el Obispo electo con su Iglesia, igual al del Obispo consagrado, nace del inmediato acto que le ha precedido, esto es, de la eleccion hecha en nombre y virtud de la Iglesia, y la aceptacion del Electo: esta eleccion la hace la Corona por la eminente Prerogativa del Patronato Eclesiástico, que le tiene concedido la Iglesia misma: del vínculo que produce la eleccion y aceptacion, nace en el Electo la Potestad de regir y gobernar su Iglesia, dirigir su Clero y apacentar á los fieles, y en estos la obligacion de oírle, obedecerle y respetarle; y esta Potestad, aunque esté impedido su ejercicio, es la que constituye en el Electo la Dignidad Episcopal. Por esta sencilla esplicacion verán los que por solo haber hecho el estudio superficial de las aulas, sin haber profundizado la Historia Eclesiástica, censuran y blasfeman lo que ignoran, cuanto han errado poniendo en duda la ortodoxia de mis doctrinas, cuanto se han comprometido, y como han atentado contra la Dignidad Episcopal y contra la Prerogativa Real. En este caso se hallan los que me han denunciado ante el Gobernador Metropolitano de Sevilla; pues que como tal, ni aun el mismo Metropolitano, ni ningun Metropolitano solo, jamás tuvo jurisdiccion sobre la persona de otro Obispo electo ni consagrado; el que se ha erigido anticanónicamente en mi juez con grave responsabilidad ante el Episcopado Español; y del mismo modo los Ministros de la Corona ante aquel y ante la Nacion entera por su mandato de mi presentacion, con mengua de una de sus mas eminentes Prerogativas, y de las mas necesarias para la conservacion de su independendencia temporal en ciertas situaciones críticas, como por una lamentable desgracia pudiera acaso llegar á ser la presente, y de su tranquilidad interior y exterior.

que espere á la confirmacion y consagracion. Enhorabuena, sea así; y aunque creo no lo veré, examinemos lo que importa, que es la cuestion.

La Dignidad de un Prelado, Ilmo. Sr., emana de la Potestad de regir y gobernar su Iglesia, que adquiere el Obispo, porque la Iglesia se la dá, por el hecho solo de su eleccion y aceptacion, antes de la confirmacion y de la consagracion; si bien puede tener y tiene limitado su ejercicio en menos ó en mas, segun los legisladores, los tiempos, lugares y circunstancias de los Estados, á que se acomoda gustosamente la misma Iglesia, porque toda su autoridad es espiritual, y de ilimitada caridad. Esto es lo que desconoce el Cabildo, y esta es la cuestion capital.

Quizá será en vano el estudio que emplee V. S. I. en buscar su resolucion clara y precisa en todo lo que se ha escrito de siete siglos acá; ni acaso hallará en los sapientísimos autores clásicos de siglo y medio á esta parte, que tanto han ilustrado la ciencia canónica, todo lo que desearía para averiguar su esplicita opinion en tan grave materia, aunque sí encontrará pinceladas, que al segundo término y á un paso mas se verán totalmente oscurecidas y envueltas en densísimas sombras. Por lo mismo yo me tomo la libertad de rogar al Cabildo, para que mutuamente nos ilustremos, y se forme con acierto nuestra opinion, que consulte antiguas actas y venerables monumentos de la Iglesia: allí se halla consignada su verdadera doctrina; allí su sapientísima disciplina. Verá al Obispo electo de Marseburgo Gelisario, y á Carlos, electo Obispo de Constancia, administrando y gobernando sus respectivas Iglesias inmediatamente por sola su eleccion, con la circunstancia, que este último fué nombrado por el Emperador contra la voluntad del Metropolitano y de su propio Cabildo. Hallará á Mauricio Obispo electo de Lóndres, que ni aun era Presbítero; al Prelado electo de Norwenter; á Esteban, Obispo electo de Puy; á Arnulfo, electo de Bergamo, todos gobernando sus Iglesias antes de su confirmacion y consagracion, y solo por el titulo de su eleccion. Verá á Lamberto, Obispo electo de Artois; á Serlon, electo de Seés y otros mil ejemplares que confirman lo mismo. Pero entre todos voy á citar al Cabildo dos insignes testimonios, que suplico medite, y los aplique en muchos sentidos, elevándose un poco sobre las doctrinas triviales de libros comunes, por las raras circunstancias que les acompañaron, singularmente las de Hugo, Obispo Diense, las que yo omito ahora en gracia de la posible brevedad. Dicen las actas. «*Et sublimatus est*», Hugo, *electus noster, cum gaudio et cordis jubilo, in Pontificali*», *solio acclamatus est, et confirmatus Episcopus de Dei et Christi ejus*», *judicio, de clericorum pœne omnium testimonio, de plebis quæ tunc*», *adfuit suffragio, de sacerdotum et bonorum virorum Collegio..... et*», *factum est divina cooperante clementia, ut omnes gratanter jussio-*

„ *nem ejus susciperent et obedirent, ita ut ante ejus ordinationem*
 „ *hæc meliorationis incremento sibi commissa per eum susciperet Eccle-*
 „ *sia.*” Debe advertirse que las palabras del testo *confirmatus Episcopus de Dei et Christi ejus judicio*, se refieren á que se creyó por el Pueblo, que aquella eleccion tan inopinada habia sido efecto de particular inspiracion divina. Muchos meses despues de estar Hugo gobernando su Iglesia, fué á Roma, donde el Pontífice le recibió con las mas espresivas demostraciones de aprecio, le ordenó de todas órdenes, pues no tenía mas que la priua tonsura, y despues le consagró Obispo.

Una demostracion igual á la antecedente se hallará en las actas de eleccion de Walterio, Obispo de Chalons, la cual hecha por el Clero y el Pueblo, dijeron estos en el acta dirigida al Metropolitano; «*enjus jurisdictioni et jugo sui regiminis nos nostrumque tradidimus dis-*»
 «*ponendum, secundum Canonum et inconvulsum totius Ecclesiæ*»
 «*privilegium.*” Despues de estar gobernando su Iglesia fué confirmada esta eleccion en el Concilio Provincial de Leon.

Basta por ahora. Si Dios nos dá tiempo que poder consagrar á nuestra mútua instruccion sobre un punto de tanta cuantía, y acaso de tanta necesidad en tiempos tan dificiles como nos han tocado, á cuyos sucesivos acontecimientos no alcanza la prevision humana, otro dia, cuando vea dispuesto de hecho al Ilmo. Cabildo á oir sin prevencion lo que buena ó malamente me ocurra, me comprometo á confirmar lo espuesto con otros muy notables monumentos de la historia de la Iglesia, que apoyan la doctrina que he emitido acerca de la Potestad de los Obispos electos emanada de sola su eleccion, y de la consiguiente Dignidad y Prelacia en sus respectivas Iglesias; y no olvidaré los testimonios de la Iglesia de Portugal, ni los de la Iglesia de España, tanto antiguos, como el del Concilio de Husillos, como otros modernos. Todo esto concurre á esclarecer la verdad asentada, á saber; la Potestad y el legitimo ejercicio *ipso facto* de la autoridad Episcopal en los Electos antes de la confirmacion y de la consagracion, es un hecho reconocido por la Iglesia misma, que como única fuente y raiz es la que dá y confiere dicha Potestad en el acto de la eleccion hecha en su nombre y virtud por sus delegados, que son los Patronos.

La confirmacion que se introdujo en siglos muy posteriores, y no siempre la dió la Iglesia, sino que muchas veces se la han reservado los Príncipes, hasta respecto de la eleccion de los Papas mismos, no es otra cosa, que el juicio que se forma sobre la validez de la eleccion, examinando si hubo fuerza, simonia ú otras causas canónicas que la invalidasen; mas ella no dá derecho alguno, sino que confirma, dá solemnidad y ejecutoria del derecho ya adquirido: en una palabra, dá la completa seguridad y la plenitud del oficio de regir y gobernar que ya tenía, y lo continúa ejerciendo de un modo indisputable y ejecuto-

riado; así como la consagracion ó la colacion de la plenitud del Orden Sacerdotal, solo añade al Obispo electo la eminentísima potestad de hacer descender al Espíritu Santo, y conferir á otros el Sacerdocio, para que no falte la sucesion Apostólica por esta admirable fecundidad, que conservará la Iglesia hasta la consumacion de los siglos.

Por todo lo dicho verá el Cabildo cuánto se equivocó, cuando con tanta confianza aseguró en su contestacion, que el Obispo electo, como tal, no ocupa en su Iglesia otro puesto, que el de Sacerdote en la gerarquía de institucion divina. Ruégole, pues, que ademas de lo que evidencian los monumentos referidos, vea entre otros testimonios, que fueron mejor tratados, y reconocidos con mas dignidad por el Papa Leon en su carta á Pedro, Obispo electo de Antioquia, y que no les niegue con tanta facilidad, ni sin que haya precedido una mas madura meditacion que hasta aquí, aquella sublime gerarquía divina, que la Iglesia les ha reconocido como Pastores y Jueces en sus antiguos Concilios, aun antes de ser confirmados ni consagrados, de lo que con mas profundo estudio hallará una muy concluyente leccion en nuestra misma Iglesia de España.

Tambien me veo en el caso de suplicar al Cabildo, que á pesar de las opiniones que cita de los Canonistas Cavallario y Van-Espen, que respeto mucho, porque han abierto el camino al estudio de la verdadera ciencia Canónica, aunque todavía nos han dejado mucho que deseear, me permita le diga, respetando mas la conviccion de una verdad, que aquellos autores creyeron equivocadamente, porque no profundizaron la cuestion, que «el Obispo electo antes de la confirmacion no „ es Pastor ni Obispo:” y segun Berardi, que «por sola la eleccion „ no adquiere ningun derecho.” Ruego tambien á V. S. I. no se decida con tanta precipitacion á pronunciar, como lo ha hecho, «que no „ es posible citar otra doctrina en contrario de la alegada por el mismo Cabildo, ni un ejemplar que la contradiga en los fastos de la „ Iglesia;” pues que ya le dejo citados muchos, y otros infinitos mas que me quedan por referir.

Ya debo concluir; y quisiera que el Cabildo me permitiese añadirle cuatro líneas, relativas á ciertas espresiones, que pasando de boca en boca sin muy maduro exámen, con el transcurso del tiempo se pretende darles mas latitud que la debida, y al fin, del descuido y de la tolerancia, inferir y fundar un derecho, que confunde y aniquila otros derechos. Se dice, y se repite frecuentemente, que el Cabildo es la fuente y raiz de la autoridad Episcopal *Sede vacante*, y que la conserva *in radice* despues que nombra Gobernador á su Prelado electo. Despues de cuanto llevo espresado la inteligencia verdadera es, que el Cabildo no es la fuente, sino el canal provisional y amovible depositario por donde vá el agua de la fuente; ni es la raiz, sino una rama inserta posteriormente en aquella única raiz, de donde inmediatamente

procede la vocacion divina, y de ella la autoridad Episcopal, por medio de quien le llamó en su nombre al Episcopado, *quæ est Ecclesia Dei vivi columna et firmamentum veritatis*.

Dios &c. = Málaga 2 de Febrero 1858. = Valentin Ortigosa. = Ilmo. Sr. Dean y Cabildo de esta Santa Iglesia Catedral. (6)



Todo hombre honrado, despues de la lectura de los precedentes escritos, se irritará al saber, que han sido denunciados como anti-religiosos, y calificados con las varias arbitrarias inquisitoriales censuras que en otros tiempos se usaban; y mucho mas se indignará, cuando haya visto, que á la invitacion amigable de una discusion cientifica *para ilustrarnos mutuamente*, se ha correspondido con la alevosia de denunciarme por lo mismo que era objeto de aquella fraternal invitacion. La hombría de bien resiste semejante conducta. = Málaga 6 de Setiembre de 1858. = Valentin Ortigosa, Obispo electo de Málaga, Gobernador y Vicario Capitular.

(6) Estos parecen ser, segun las noticias que he podido adquirir, los escritos incriminados y calificados con las censuras de heréticos, cismáticos, *redolentes et sapientes hæresim &c.*, es decir, que huelen y saben á heregía. Si mas adelante supiese de algun otro, que la fina nariz ó el esquisito paladar de mis denunciadores, censores y calificadores hayan encontrado digno de sus censuras, tambien lo publicaré.

NOTA.

En el mes de Abril de este año, poco antes de comenzarse á imprimir esta mi Contestacion, apareció el Prospecto de una obra, que se dice constará de dos tomos, escrita por el Dr. D. Manuel de Jesus Carmona, Capellan de S. Fernando, y Catedrático de Disciplina en esta Universidad de Sevilla, con el título de *Exámen critico-teológico-canónico de los escritos publicados por el Sr. D. Valentin Ortigosa, Obispo electo de Málaga*.

La publicacion tan prematura del índice, sin que sea por motivo de suscripcion, la rara eleccion de las materias, el modo aun mas raro de presentarlas, y sobre todo, el encabezamiento de los capítulos con invectivas y personalidades, como especial objeto de una obra destinada al exámen de doctrinas, dán desde luego idea de la animosidad del autor, al mismo tiempo que de su esterilidad, sus pobres miras, y poco nobles designios.

Todo hombre sensato é ilustrado al leer tal índice, no podrá menos de dolerse, de que un Sacerdote, que se dice Teólogo-Canonista, haya querido asociar su nombre, para hacerlo sonar, á la triste celebridad de este negocio, entrometiéndose á acalorar nuestras discordias, en lugar de trabajar para apagarlas, y que despliegue tan marcado espíritu de hostilidad contra una persona, á quien no conoce, ocupándose, no tanto de discutir doctrinas, cuanto de agriar é irritar con vituperios los ánimos, y agravar la situacion de un perseguido, que ningun daño le ha hecho, ni aun sabía hasta la época del anuncio, que existiese en el mundo el Sr. Carmona. Acaso obrando de este modo y con vista mas larga, se lisongeó baltar gracia ante los ojos de algun protector aquí, y mas fundada esperanza de premio en otra parte.

Mas cualquiera que sea su propósito, para mí ha sido muy sensible, que el Sr. Gobernador Eclesiástico, quien se dice había dado su licencia para la impresion de la obra, y ofrecido al autor una mas eficaz y aun efectiva proteccion, la haya recogido en este mes de Agosto por medio del Sr. Gefe Político, antes de su publicacion. No me importa profundizar lo que haya en el asunto; pero este incidente me impide aprovechar las luces, que pudiera el autor haber derramado sobre las materias Teológico-Canónicas que se controvierten; sin que las demasías, y las oficiosas libertades, que se haya permitido respecto de mí en negocio tan gravemente serio, fuesen parte, para que dejase de prestarle toda mi atencion, y significarle por ello, si la merecía, hasta la mas generosa gratitud.


Lejos yo de amargar al Sr. Carmona los disgustos consiguientes á

un suceso tan imprevisto, del que tan distante se consideraba, y que en ningun sentido podía temer, ni en la sustancia, ni en el modo; deseando por el contrario dulcificarle por mi parte este contratiempo, contribuyendo á la celebridad, que tanto le halaga, y á la que aspira con su obra en dos tomos, no puedo menos de suplicar á la autoridad, se sirva dejar espedita su circulacion. Muchos la coñocen yá; y la lectura de los pliegos que se hacian correr segun se imprimían, ha proporcionado la ocasion de que sus parciales mismos formasen la desventajosa idea, que tal vez motivó su prohibicion por el Sr. Gobernador Eclesiástico. Su publicacion, pues, ya no puede ser dañosa en ningun sentido, ni producir otra cosa, que un desengaño para el autor.

Yo no he visto ni un solo pliego, ni me he cuidado de procurarlo, esperando se publicase la obra entera; y así no puedo formar decididamente un juicio exacto de ella. Mas el solo anuncio con el índice provee bastante fundamento para pensar, que el Sr. Carmona ha obrado con suma precipitacion y con escesaiva ligereza; y que preocupado de un pensamiento dominante, para las miras que él se sabe, ha cuidado muy poco de los respetos debidos á la justicia y á la equidad, á la exactitud y á la verdad.

No siéndome posible examinar, como quisiera, su obra, me limito por hoy á decirle con S. Pablo: *Si hay algun pendenciero entre vosotros, yo no tengo tal costumbre, ni la Iglesia de Dios.* (a)

(a) S. Paul. ad Corinth. I. cap. 11. v. 16.

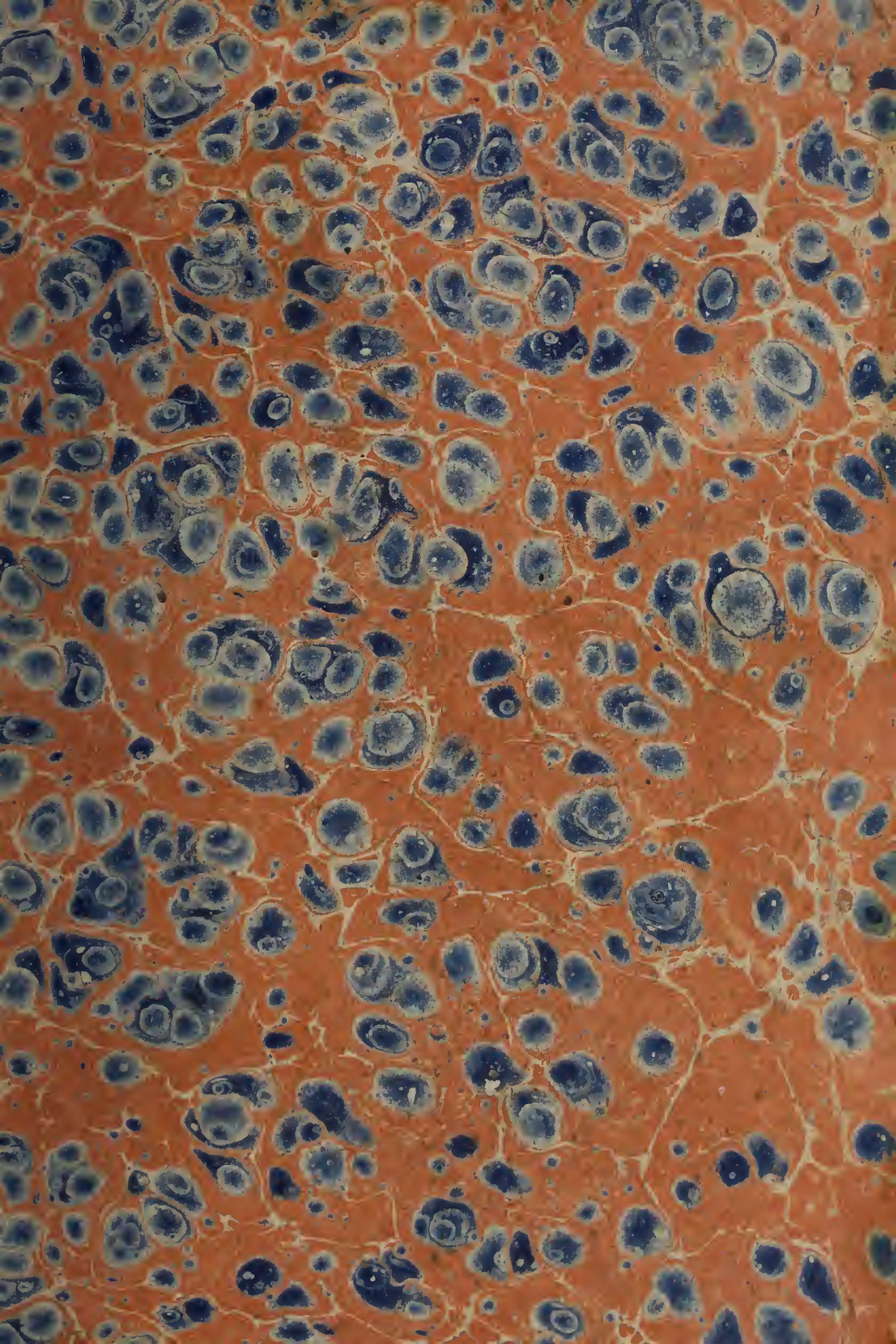


Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: Jan. 2006

PreservationTechnologies

A WORLD LEADER IN PAPER PRESERVATION

111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111



LIBRARY OF CONGRESS



0 017 285 033 9

